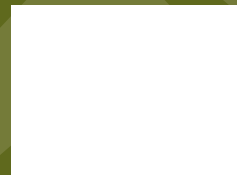


**PHC**  
PENSAMIENTO  
HUMANISTA CRISTIANO  
»»»

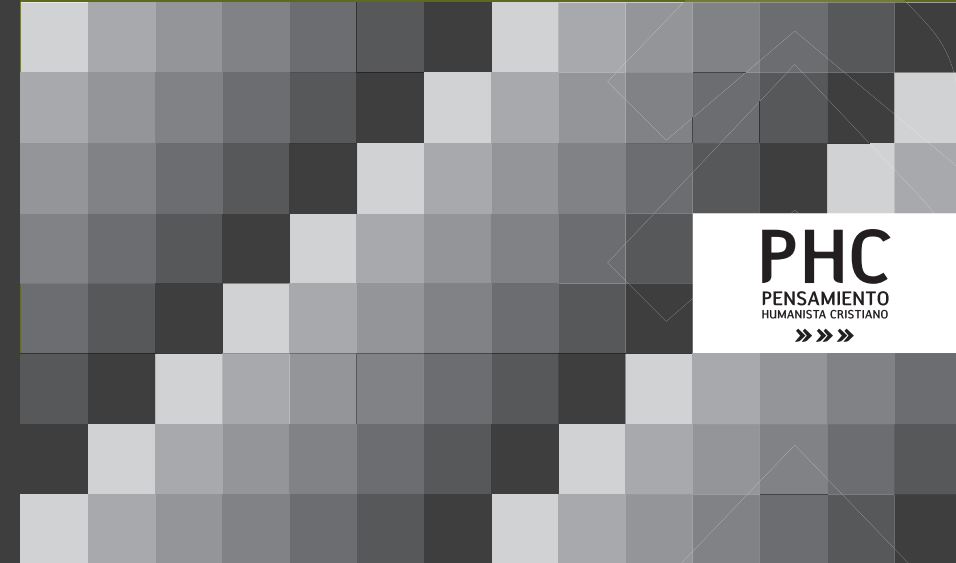
“El socialcristianismo es de la persona humana y está en el mundo, visible en el fragor cotidiano, en medio de la controversia para el diálogo. Los socialcristianos somos cristianos en el foro, en el ágora, en la plaza pública de la democracia...”

Y el socialcristianismo es para este tiempo y para todos los tiempos. Es el discurso político más nuevo y más nítidamente incardinado en la realidad contemporánea, el único plenamente nacido y desarrollado en el siglo XX. Es, sin duda, un discurso para un mundo del siglo XXI...”

**ENRIQUE SAN MIGUEL PÉREZ**



IDENTIDAD SOCIAL CRISTIANA EN EL SIGLO XXI | CONVICCIONES Y PROYECCIÓN | ENRIQUE SAN MIGUEL PÉREZ



**PHC**  
PENSAMIENTO  
HUMANISTA CRISTIANO  
»»»



ENRIQUE SAN MIGUEL PÉREZ, es Doctor en Derecho de la Universidad de Cantabria y Doctor en Historia de la Universidad Rey Juan Carlos. Además ha sido profesor visitante de la Universidad Miguel de Cervantes, Chile; Universidades de Hamburgo, Alemania; Anáhuac del Sur de México; Universidad de París XIIIDVal de Marne, Universidad de Edimburgo, Escocia y Universidad Católica de Argentina. Entre sus libros destacan: Humanismo Cristiano: La Posibilidad Universal De La Libertad (2005), El Siglo De La Democracia Cristiana (2006), La Política De Los Cristianos (2007), La Democracia Cristiana Y La Democracia De Los Cristianos (2010), El Evangelio De Los Audaces (2012), Historia De Las Instituciones Políticas Contemporáneas (2013), La Lectora De Fontevraud (2014).

## IDENTIDAD SOCIAL CRISTIANA EN EL SIGLO XXI CONVICCIONES Y PROYECCIÓN

ENRIQUE SAN MIGUEL PÉREZ



**Editado en Santiago de Chile por**  
JC Sáez Editor SpA.  
jcsaezeditor@gmail.com  
Fonos: (562)2633 5134 :: (562)2633 3239  
Dirección: Calle Mac Iver 125 oficina 1601  
Santiago de Chile  
www.jcsaezeditor.blogspot.com

**Diseño y diagramación : Jessica Jure de la Cerda**

DERECHOS EXCLUSIVOS RESERVADOS PARA  
TODOS LOS PAÍSES. PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL, PARA USO  
PRIVADO O COLECTIVO, EN CUALQUIER MEDIO IMPRESO O ELECTRÓNICO, DE  
ACUERDO A LAS LEYES N° 17.336 Y 18.443 DE 1985 (PROPIEDAD INTELECTUAL).

I.S.B.N. : -----

IMPRESO EN CHILE/ PRINTED IN CHILE

IDENTIDAD SOCIAL CRISTIANA EN EL SIGLO XXI  
CONVICCIONES Y PROYECCIÓN

ENRIQUE SAN MIGUEL PÉREZ  
CATEDRÁTICO DE HISTORIA DEL DERECHO Y DE LAS INSTITUCIONES  
UNIVERSIDAD REY JUAN CARLOS. MADRID



# ÍNDICE

PRÓLOGO .....	7
LA MUÑECA DE KAFKA, EL EQUIPO DE LINCOLN, Y LA ROSA QUE ADENAUER CORTÓ PARA MARÍA RUIZ-TAGLE .....	11
Introducción. Una vida con Moby Dick .....	11
1. Franz Kafka, cartero de muñecas.....	14
2. Las advertencias de Charles Péguy: ni partido intelectual, ni filosofía y metafísica electorales.....	20
3. El amigo alemán de Albert Camus y el egoísmo no rentable de Robert Schuman .....	23
4. El equipo de rivales de Abraham Lincoln .....	25
Conclusión. Ideas nuevas, dinamismo extraordinario, progreso amplio. O la rosa que Konrad Adenauer le regaló a María Ruiz-Tagle .....	30
EL ESTILO DEMOCRISTIANO, UNA MANERA DE SER .....	35
Introducción. El “optimismo trágico” del cristiano.....	35
1. La exigencia del estilo, la exigencia de la sinceridad .....	39
2. La gratuidad.....	41
3. La calidez .....	46
4. La amistad .....	49
5. La vida del espíritu.....	52
Conclusión: cuando el conocimiento no basta, y la persona lo es plenamente a través del compromiso.....	58
SER SOCIALCRISTIANO HOY .....	63
1. El desafío de la identidad .....	63
2. La vocación por el liderazgo democrático: el discurso de la centralidad.....	69
3. La Democracia Cristiana como expresión política y partidaria del discur- so socialcristiano .....	78
Reflexiones finales. La primavera socialcristiana .....	86

CORRER EL RIESGO DEL AMOR: PERSONALISMO	
FRENTE A INDIVIDUALISMO .....	93
1.- Introducción: la persona, o la esperanza y la certeza del Tú .....	93
2.- El humanismo como “delicadeza de cobardes”.	
La alternativa personalista. ....	96
3.- El personalismo, o construir la historia con quienes la sufren .....	99
4.- Conclusión: Ilona llega con la lluvia. Y la democracia llega con la amistad fraternal .....	102
LOS <i>CORSI E RICORSI</i> DE LA DEMOCRACIA CRISTIANA .....	105
Introducción: las edades de los políticos cristianos .....	105
1. La refundación ética y política del Estado de Derecho: Konrad Adenauer .....	109
2. La actualidad perenne de la centralidad democrática y constitucional: Alcide de Gasperi .....	113
3. La identidad cristiana de la democracia, la integración europea, y la paz del mundo: Robert Schuman .....	121
4. “Quizás no sea vano el hacernos fuertes alguna vez, aun a riesgo del heroísmo”: Aldo Moro .....	125
5. “El infierno es haber dejado de amar”: un epílogo con Robert Bresson.....	129
DOSSETTI Y EL DOSSETTISMO, CIEN AÑOS DESPUÉS.....	135
Introducción. Las raíces de un mito democristiano.....	135
1. El profesor, el partisano, el militante: el demócrata de inspiración cristiana .....	137
2. De Gasperi y Dossetti, o las dos almas del socialcristianismo .....	141
3. El fin del dossettismo político.....	145
4. La irrupción del dossettismo teológico: el Concilio Vaticano II .....	149
En conclusión: las lecciones de Dossetti y del dossettismo .....	151
Bibliografía .....	157

## PRÓLOGO

Con satisfacción, presentamos el tercer libro de la colección “Pensamiento Humanista Cristiano” titulado “Identidad Social Cristiana en el Siglo XXI, “que el Centro Democracia y Comunidad, la Editorial Juan Carlos Sáez y la Fundación Konrad Adenauer Stiftung, publican en esta oportunidad.

El profesor Enrique San Miguel realiza su primera publicación en Chile, la cual forma parte de sus numerosas publicaciones en Europa, la mayoría de las cuales se centran sobre los aportes de los personajes y del pensamiento democrata cristiano en Europa y América Latina, quien, además, se ha destacado por su compromiso en la formación de generaciones de jóvenes con vocación de servicio público, por ser miembro de la Red Nuevo Pensamiento Democrático y ponente activo de las Conferencias Oswaldo Payá, que se realizan durante el mes de Enero de cada año en la ciudad de Santiago de Chile.

El libro del profesor San Miguel recoge cinco textos inéditos sobre la historia, desarrollo y principios del pensamiento democrata cristiano.

El autor nos entrega una visión actualizada de este pensamiento. A partir de una síntesis de perspectivas y autores, basada en la filosofía política, la literatura, la poesía y la historia, nos entrega un relato de fácil lectura, a la vez que profundo e inspirador.

La vastedad de sus conocimientos le permite integrar en este libro, imágenes, recuerdos, diálogos, y verdadera poesía, con la alta política, aquella que hace grande las naciones y más justa a nuestras sociedades.

San Miguel reclama, para el pensamiento democrata cristiano, su mayor modernidad, comparada con el resto de los aún vigentes, la identidad cristiana que tiene la democracia y el elemento humanista de su política, que le otorga un carácter más familiar o hermanable.

En el primer capítulo describe que, pese a los cambios de época y contextos políticos muy distintos, el mensaje democristiano está plenamente vigente, enfrentando hoy, al igual que ayer, fenómenos diversos como el autoritarismo, el totalitarismo, los pensamientos únicos, el individualismo y el populismo, buscando, en cambio, poner siempre las instituciones al servicio del pueblo.



Así, nos recuerda que la historia es siempre para los demócratas cristianos una fuente “inagotable de esperanza, de ilusión, y de creatividad”, porque estos movimientos nunca se suman a experimentos políticos, proyectos oportunistas o personalistas de poder.

San Miguel nos interpela profundamente en el texto “El Estilo Democristiano. Una manera de ser” recalcando que el estilo democristiano es un estilo de libertad, de creatividad, de exploración de la propia identidad. Un estilo “de conocimiento para servir y transformar”. Nos invita a recordar que la militancia socialcristiana se basa en los principios de la **sinceridad**, para responder a la vocación cristiana de servicio, la **gratuidad** como potencia liberadora de la persona que da y se da, la **calidez** como un elemento imprescindible en política, la **amistad** de quienes comparten un destino común y tienen una severa exigencia en cuanto a las tareas a desarrollar y, finalmente, la **vida del espíritu**, fuente de toda vida en comunidad.

Junto a lo anterior, el autor, nos ilumina, instándonos a reflexionar qué significa “Ser socialcristiano hoy”, recalcando la apuesta por la política, que no es nunca parte del problema, sino que de la solución, al ser un medio que busca la justicia de todos los ciudadanos de una nación, y para enfrentar los nuevos desafíos globales. Así, la centralidad en la persona humana, se recoge en una renovada perspectiva, poniendo atención que en las democracias modernas hipertecnologizadas e informatizadas, el ser humano sigue siendo el centro del actuar político del socialcristianismo.

De igual modo, desarrolla con brillantez su tesis acerca de la centralidad del pensamiento humanista cristiano, la que demuestra con los valiosos aportes que este ha concretado, tanto en Europa como en América Latina, donde su compromiso y desarrollo de la democracia, se confunde con el ejercicio de este pensamiento. Esta centralidad constituye, a su juicio, un elemento distintivo y diferenciador de este movimiento.

Enrique San Miguel forma parte de una red de social cristianos que, comprometidos con su tiempo, reconocidos de la obra y pensamiento de los padres fundadores, recogen, actualizan y proyectan el pensamiento humanista cristiano, desde el presente hacia el futuro, libres de todo complejo e imbuidos por la fuerza de sus convicciones, de su identidad humanista, y de la vigencia, en todo tiempo y lugar, de sus compromisos esenciales : persona humana, bien común, comunidad, y la trilogía amor-solidaridad, justicia y libertad.

Estoy seguro que este texto será enriquecedor para generaciones muy diferentes de social cristianos, para los que hoy se acercan a este por primera vez, y

## IDENTIDAD SOCIAL CRISTIANA EN EL SIGLO XXI

también para aquellos que, tras una vida de lucha, miran con orgullo la historia de la democracia cristiana.

Esa historia que relata este libro, donde la camaradería entre hermanos de un mismo ideal, se refleja plenamente en un gesto, cuando el canciller Adenauer corta una rosa del jardín que él cultivaba y se la entrega a doña María Ruiz Tagle, al final de la visita del matrimonio Frei Ruiz Tagle a su casa en Alemania.

Gutenberg Martínez Ocamica



# LA MUÑECA DE KAFKA, EL EQUIPO DE LINCOLN, Y LA ROSA QUE ADENAUER CORTÓ PARA MARÍA RUIZ-TAGLE

## INTRODUCCIÓN. UNA VIDA CON MOBY DICK

Los cambios de época portan consigo el vértigo de la historia, pero también la humana inseguridad. La inseguridad acarrea la simplificación en la exigencia propia, en el análisis de la realidad, y en la detección y resolución de los problemas. La simplificación conduce al empobrecimiento mental y espiritual. Ese empobrecimiento determina la conversión del otro en responsable, parcial o total, de los problemas propios; es decir, en un enemigo. Y, cuando el otro es el enemigo, el populismo se dibuja como la única alternativa. Ni qué decir tiene que el populismo excluyente es la antesala del autoritarismo y del totalitarismo. Y el autoritarismo y el totalitarismo destruyen a la civilización y la condenan a reescribir la historia.

Y el populismo obedece a la misma naturaleza, se llame Le Pen o Maduro su representante, igual que una dictadura es una dictadura, la lidere Castro o Pinochet, atesora dos supremas cualidades: ofrece una explicación universal y una respuesta milagrosa para todos los problemas e interrogantes. Y, lo que es mejor: identifica a sus responsables, y posibilita que el malestar popular pueda saciar un afán de justicia que llegue a trocarse en voluntad de venganza. Es mucho más fácil hacer política cuando se cuenta con esquemas universales para el diagnóstico y la resolución de dudas y controversias. Es mucho más fácil hacer política cuando alguien pensó y sigue pensando por ti.

Soy democristiano porque era y es lo difícil. Soy democristiano porque quería y quiero pensar, y vivir, por mí mismo. Soy democristiano porque quiero sumar mi aportación a una historia que vamos a escribir juntos, mujeres y hombres ávidos de enfrentarnos a lo complejo. Vamos a crear y a construir. Mis insuficiencias doctrinales se convierten en un acicate constante y en un permanente estímulo. Comparto mi existencia con personas que no se permiten el lujo del acomodo, o el adocenamiento, o la autocomplacencia. Y cada día empieza todo.

Mis certezas son las mismas que albergaba François Mauriac en Maltaverne, la víspera de su partida hacia París, como un nuevo Lucien de Rubempré, a un París en donde se uniría inmediatamente al *Sillon* de Marc Sangnier, y lo abandonaría cuando el único papel que le adjudicaran fuera el mismo que a todos los nuevos simpatizantes, la formación y la difusión de propaganda, algo incompatible con su infinita insolencia juvenil: “no me quedaría solo; lo sabía. Sería amado; lo sabía. Pero estaba resuelto de antemano a no dejarme gobernar por nadie”<sup>1</sup>.

Los democristianos nos hemos conservado porque nos hemos sabido sentenciados a muerte, ejecutados y enterrados. Muy especialmente en países como España. Y, por eso, como en la canción del grupo madrileño *Los Secretos*, podemos entonar aquello de “he muerto y he resucitado”. En el cambio de siglo y de milenio, Sergio Micco y Eduardo Saffirio analizaron monográficamente la descendiente propensión de la ciencia y de la praxis política al reconocimiento, más o menos entusiasta, del fin de la Democracia Cristiana, en un libro cuyo título brillante no es otro que *Anunciaron tu muerte*. Y llegaron a conclusiones que conservan toda su vigencia. Entre ellas, a la necesidad de seguir siendo una comunidad en acción<sup>2</sup>. Juan Ruiz de Alarcón, después seguido por Pierre Corneille, recurriría al siempre socorrido “los muertos que vos matasteis gozan de buena salud”.

Pero, en ocasiones, las interpretaciones acerca del horizonte de la Democracia Cristiana eran más sutiles y perversas. Dos libros, aparecidos además en los mismos años en los que Europa se precipitaba hacia la crisis de civilización y de humanidad más profunda desde la II Guerra Mundial, delimitaban un escenario más plausible: la posibilidad de que la Democracia Cristiana no solo no estuviera muerta, sino más bien a punto de recobrar toda su fortaleza. O al menos, mutara en dirección a nuevos nichos políticos. En 2006, Marco Damilano publicaba *Democristianos imaginarios*. Y, desde el principio, el escritor romano advertía al lector acerca de sus dos objetivos principales: combatir la creciente nostalgia de la DC, y constatar que, antes o después, Moby Dick, la mortífera ballena blanca, volvería a surcar los mares con el mismo afán de dominarlos<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> MAURIAC, F.: *Un adolescente de otros tiempos*. Barcelona. 1970 p. 256: “...Dios mío, haga lo que haga, soy responsable ante Tí. Me esforzaré por volver a ser puro, porque no puedo prescindir de Tí”.

<sup>2</sup> MICCO, S.; SAFFIRIO, E.: *Anunciaron tu muerte. Siete respuestas comunitarias para un obituario prematuro*. Santiago de Chile. 2000, p. 18: “La invitación es a creer y actuar en comunidad. Que no hay nada más triste que estar solo y no creer en nada”.

<sup>3</sup> DAMILANO, M.: *Democristiani immaginari. Tutto quello che c'è da sapere sulla Balena bianca*. Firenze. 2006, 11 y ss.

Como si el noble afán conservacionista de los grandes mamíferos marinos no debiera incluir a la no menos venerable ballena política italiana.

Más científico, al año siguiente, el terrible 2007 de la gran explosión del capitalismo caníbal, Carlo Baccetti trasladaba el enfoque “post” a la Democracia Cristiana, para analizar sus restos vivientes y mortales, desarrollando el concepto “postdemocristianos”. El académico florentino procedía a un amplio análisis de las formaciones políticas surgidas de la implosión cristianodemócrata a partir de 1993, analizando su composición, identidad, y estrategias. Sus conclusiones, muy lúcidas, ponían de manifiesto la dificultad de que cobrara forma y entidad una apuesta por un partido “descentrado”, separado de su histórica vocación de fuerza vertebradora y aglutinadora<sup>4</sup>. Porque la Democracia Cristiana nació para otorgar sentido y contenido, pero también sencillez y sensibilidad, al ejercicio de las responsabilidades políticas y, muy especialmente, a la acción de gobierno.

La centralidad que proponía la Democracia Cristiana, una centralidad imprescindible a su propia razón de ser, representaba y representa poner las instituciones al servicio del pueblo. Asumir sin complejos el poder, pero un poder exento de grandilocuencia, de solemnidad, de aparato externo, de vocación mayestática. Despojar a la participación política de toda voluntad de resonancia épica, o al menos establecer la épica del sentido común, del cotidiano compromiso con una vocación compartida por la persona y por la comunidad. No se trataba de querer el poder porque, como decía el *Calígula* de Camus, “el poder brinda una oportunidad a lo imposible” y, por lo tanto, brinda a la libertad la opción de ser ejercitada sin límites<sup>5</sup>. Se trataba de convertir el poder en una libertad responsable.

Moby Dick, la ballena blanca, grande y majestuosa, indómita, esquivada, im- placable, en realidad, siempre fue parte esencial del ecosistema político. Y, con ella, la centralidad, cuya captura ambicionan todas las grandes fuerzas partidarias democráticas. En la centralidad se ubica una amplísima clase media, se reconoce una no menos diversa ciudadanía y, por lo tanto, se resuelven los procesos electorales. Pero sólo la Democracia Cristiana ha sido capaz de delimitar los perfiles de identidad de esa centralidad. La Democracia Cristiana no aspira a instrumentar la centralidad, porque esa centralidad es parte esencial de sí misma. A ella pertenecen sus líderes, descendientes de panaderos, de gendarmes, de maestros, de conductores de tranvía, de agricultores propietarios y de jornaleros, de profesionales liberales, y procedentes de lugares muy distantes de los grandes centros históricos de poder y decisión política, nacidos o afincados en

<sup>4</sup> BACCETTI, C.: *I postdemocrisiani*. Bologna. 2007, pp. 352 y ss.

<sup>5</sup> CAMUS, A.: *Calígula*. Madrid. 1981, p. 33.

Fürth, Clausen, Caltagirone, Mérida de Yucatán, Köschach-Mauthen, Moulins, Ludwigshafen, Sella di Valsugana, o Lecce. La centralidad pertenece a los más nobles impulsos humanos y a los más sencillos afanes. La centralidad es el cotidiano compromiso con el bien común. Como la creación, el trabajo, el espíritu cívico, la belleza, y el arte. Como el amor y la amistad.

#### 1. FRANZ KAFKA, CARTERO DE MUÑECAS

Mauriac sabía que sería amado. ¿Acaso la Democracia Cristiana no pervive gracias a su capacidad para suscitar una profunda corriente de simpatía popular? Los sobrenombres que acompañaron a la Dc italiana, como “la abuela”, o “la tía”, sugerían una relación familiar entre el partido -el también llamado “partido-país”- y una ciudadanía que entre 1946 y 1992 optó por otorgarle la confianza en doce elecciones consecutivas. Esa misma confianza evoca a los grandes líderes cristiano-demócratas. Konrad Adenauer es hoy considerado el político más grande de la historia de Alemania, y junto a Robert Schuman y Alcide de Gasperi, reconocido como “padre de Europa”. Figuras como Leopold Figl en Austria, Joseph Bech y Pierre Werner en Luxemburgo, Gastón Eyskens o Paul Van Zeeland en Bélgica, o Joseph Luns en los Países Bajos, son invariablemente recordadas como personalidades eminentes de la vida democrática. Los jóvenes alemanes de *La Rosa Blanca*, o Gilbert Dru en Francia, son mártires de la Resistencia, de la misma manera que Giuseppe Dossetti, Georges Bidault, o Paolo Emilio Taviani son evocados como sus audaces líderes. Y Aldo Moro sigue siendo el padre de Hamlet de la política italiana y europea, un permanente recordatorio de la mala conciencia que suscita la memoria del hombre justo y honesto, asesinado vilmente por la violencia totalitaria.

Para la Democracia Cristiana, es inconcebible un compromiso político desprovisto de un sentido profundo de la fraterna camaradería. En 2008, el V Congreso del PDC chileno deparó un documento final sumamente interesante a la hora de delimitar las cualidades que habrían de caracterizar a los servidores públicos cristiano-demócratas. En concreto, el epígrafe que lleva por denominación “Lealtad, probidad y unidad” reclamaba un desempeño coherente con un ideal de transparencia, independencia a toda forma de interés, y fraternidad en la expresión de posiciones y diferencias, una fraternidad que posibilitara una genuina unidad, no afectada, sino fundamentada en la adhesión que se origina

en la lealtad<sup>6</sup>. Conceptos esenciales a la propuesta democristiana. Conceptos que marcan la diferencia en el ser, en el estar y, sobre todo, en el accionar.

Federico García Lorca, un poeta no precisamente demócrata en cuanto cristiano, pero sí profundamente cristiano, como habría de poner de manifiesto en su correspondencia familiar a lo largo de su fecunda estancia en Nueva York<sup>7</sup>, decía en los versos de uno de sus Sonetos del amor oscuro: “Quiero llorar mi pena, y te lo digo/ para que tú me quieras y me llores”. La lealtad es incondicional, pero también el primer requisito de la reciprocidad que perfecciona el amor humano. Cuando regalamos nuestro amor realizamos -es evidente- una invitación a una respuesta equivalente. No se trata de un intercambio de sentimientos. Esa íntima esperanza de respuesta no invalida la gratuidad de nuestro comportamiento. Sencillamente, como Charles Ryder en Oxford, en el principio de *Retorno a Brideshead*, de Evelyn Waugh, vamos en busca del amor.

En último término, la existencia humana es una experiencia de amor que el propio poeta granadino evocaba cuando ponía fin a su poema, recordando, en el último terceto del mismo soneto, “que lo que no me des y no te pida/ será para la muerte, que no deja/, ni sombra por la carne estremecida”. Porque todo cuanto los seres humanos no le entregamos al amor, y en forma incondicional, será patrimonio de la muerte. O, mejor dicho, pertenece a la muerte ya. A esa forma implacable y silente de morir que, en la vida cotidiana, adquiere formas tan concretas como la inacción, la indiferencia, o la pasividad ante los asuntos públicos. Renunciar a la presencia y a la participación en la vida pública, es decir, renunciar a servir y a transformar, es también renunciar a la amistad y al amor. Optar por la mediocridad. Instalarse en la tristeza.

Algunos seres humanos alcanzan a conocer y compartir todas las vertientes del amor humano. Y lo manifiestan. El episodio más bello de la creación literaria del siglo XX lo protagonizó un escritor checo, mortalmente enfermo, que habitaba en la capital de una nación derrotada y azotada por la crisis y la escasez. Pero era plenamente feliz, por primera y última vez en su existencia. Ese escritor

<sup>6</sup> PARTIDO DEMÓCRATA CRISTIANO: *V Congreso Nacional. Para Ganar el Futuro. Chile 2008-2027. Síntesis de los acuerdos del Congreso*. Santiago de Chile. 2008, p. 17: “Asignamos la mayor importancia a la lealtad con los principios y la consecuencia y coherencia. Quienes, en representación de la Democracia Cristiana, ocupan cargos públicos, deben ejercerlos con absoluta honestidad, transparencia, autonomía respecto de los grupos de presión y buen criterio, para servir al bien común. Queremos un partido unido, capaz de convivir respetando la diversidad de aportes dentro de un cauce doctrinario común y de resolver sus diferencias internas dentro de un espíritu fraterno. La fraternidad es el valor superior de unidad de las ideas”.

<sup>7</sup> GARCÍA LORCA, F.: *Federico García Lorca escribe a su familia desde Nueva York y La Habana (1929-1930) Poesía. Revista Ilustrada de Información Poética* N° 23-24. Edición de



era Franz Kafka, instalado en Berlín en los meses centrales de 1923, junto a su última compañera, la joven polaca Dora Dymant, muy consciente de que su ya mortífera tuberculosis le concedía apenas unos meses más de vida, la misma que habría de apagarse hace ahora cerca de noventa años, el 3 de junio de 1924, en el sanatorio Kierling, en el *Wiener Wald*, a las afueras de Viena.

Una mañana, Kafka salió de paseo para encontrarse en el parque Steglitz, casi vecino a su casa, con una niña que lloraba porque había perdido a su muñeca. El escritor decidió entonces consolar a la pequeña, presentándose como un cartero de muñecas, asegurándole que su muñeca había salido de viaje y le había enviado una carta que le entregaría al día siguiente. Durante tres semanas, y con la misma pasión creativa y el mismo rigor disciplinario con el que siempre redactaba, Kafka se consagró a la tarea de componer unas cartas que la muñeca viajera enviaba desde distintos lugares del mundo. Porque la niña no había sido abandonada por su amiga, una amiga que, finalmente, se despediría tras comunicar que iba a contraer matrimonio en un país muy lejano. La muñeca había encontrado la felicidad. Y, de forma paulatina, la niña entendió una nueva realidad y se despidió también para siempre del cartero. O, como diría Paul Auster: “la niña tiene la historia, y cuando una persona es lo bastante afortunada para vivir dentro de una historia, para habitar un mundo imaginario, las penas de este mundo desaparecen. Mientras la historia sigue su curso, la realidad deja de existir”<sup>8</sup>.

Nunca fue posible averiguar la identidad de la niña. Apasionados por la obra de Kafka, como Klaus Wagenbach, lo intentaron durante años, preguntaron en los alrededores del parque, y fijaron carteles en las paredes y anuncios en la prensa. Quienes caminamos por un Berlín dividido, hace casi tres décadas, acariciamos la idea de haber podido compartir avenida, parque, o terraza, con la protagonista de la atención y de los mejores esfuerzos últimos de uno de los grandes genios de la literatura universal. Tampoco llegaremos nunca a conocer el destino final y el contenido exacto de las cartas. Pero sí sabemos que cumplieron su objetivo: la niña superó su desazón y muy pronto su sensibilidad infantil encontró nuevos alicientes vitales. Kafka creó una historia que dotó de entidad a lo impensable: la muñeca adquirió voz, una existencia moribunda cobró pleno sentido, y una niña aprendió a entender la naturaleza efímera del acontecer humano.

Si asimiláramos la gran aventura de la política democrática a la más bella de las historias nunca protagonizadas por los grandes escritores del siglo XX, la Democracia Cristiana sería, sucesivamente, y en primer lugar, un Kafka ca-

<sup>8</sup> AUSTER, P.: *Brooklyn Follies*. Barcelona. 2013, p. 183. Vid. igualmente, SIERRA I FABRA, J.: *Kafka y la muñeca viajera*. Madrid. 2007.

paz de construir, a partir de 1945, un gigantesco relato para dotar de nueva significación a un Estado de Derecho, material y moralmente exhausto, tras su combate contra el autoritarismo y el totalitarismo. A renglón seguido, una muñeca seducida por la posibilidad de explorar nuevos horizontes políticos y estratégicos, un viaje que, en el ámbito político, se convirtió en un viaje de regreso a su propia identidad originaria. Y, finalmente, una niña que ha sabido crecer transitando desde el llanto a la madurez. Va siendo hora de recuperar al cartero de muñecas, al constructor de relatos, al Kafka comprometido con el destino de una pequeña que sufre en medio de una capital, una nación y un continente dolientes. Un Kafka que sabe que cualquier forma de ideal fraterno empieza a materializarse en el ser humano concreto que camina por la vida a nuestro lado. Un Kafka que escribe una historia para cada persona.

El esfuerzo de Kafka es el esfuerzo de la civilización por reinventarse. Nunca fue más grande el autor de *El Castillo* que en las tres semanas en las que ejerció como cartero de muñecas. Cuando en 1968 Jaime Castillo Velasco publicó su *Teoría y práctica de la Democracia Cristiana chilena*, la definió como “la única filosofía que cree en el hombre, en los hombres, como criaturas de Dios, cuya dignidad permanece a través de la historia y en la cual se funda toda acción humana. Es la única filosofía política verdaderamente humanista, para la cual la relativa felicidad terrestre no puede ser alcanzada sino por la vía del amor y de la justicia”<sup>9</sup>. Una más que relativa felicidad fue la que uno de los más grandes escritores de la historia no encontró a través de la vanidad literaria, sino gracias al amor de quien se entregaba sin reservas al más frágil y vulnerable de sus semejantes.

Y eso significa que la Democracia Cristiana debe ubicarse, como en las mejores expresiones de su historia, en el siempre incómodo escenario de la donación incondicional, de la responsabilidad y de la madurez, del mensaje descarnado pero veraz. El mundo sigue siendo, como decía hace un siglo Louis Ferdinand Céline, un lugar en el que “la religión banderómana reemplazó rápidamente a la religión celestial”<sup>10</sup>. Pero la confianza de la ciudadanía sigue reposando sobre las personas que continúan diciendo la verdad, aunque duela, y muy especialmente para que duela. La comunidad de trabajo CDU/CSU, con Angela Merkel a la cabeza, ha sido y sigue siendo el motor político del principio de la resolución de la crisis económica y financiera en la Unión Europea; figuras tan ligadas a la trayectoria histórica de la DC como Mario Monti y Enrico Letta

<sup>9</sup> CASTILLO VELASCO, J.: *Teoría y práctica de la Democracia Cristiana chilena*. Santiago de Chile, 1968, p. 17.

<sup>10</sup> CÉLINE, L. F.: *El viaje hasta el fin de la noche*. Buenos Aires, 1945, p. 69.

han liderado la salida de Italia del marasmo berlusconista; un socialcristiano eminente, Ramón Guillermo Aveledo, ha sido capaz de impulsar la unidad de las fuerzas democráticas de oposición en Venezuela contra el populismo chavista y su epifenómeno madurista; y, en el actual debate territorial español, la figura de Josep Antonio Duran i Lleida ha sido y está siendo, en todo momento, esencial para la delimitación de un escenario de diálogo.

Nos encontramos ante tiempos que abocan a las grandes tradiciones democráticas a dialogar entre sí, para construir mayorías de gobierno que deparan como resultado amplias y, en ocasiones, amplísimas coaliciones de gobierno. En este instante, dos de los cinco grandes Estados de la Unión Europea, nada menos que Alemania e Italia, responden a soluciones ejecutivas en donde convergen, respectivamente, cristiano-demócratas y socialdemócratas, y centro-izquierda, democristianos y nuevo centro-derecha, entendiéndolo el centro-izquierda como una agregación de fuerzas que desemboca siempre, sea Letta o Renzi el primer ministro, en que acceda al Palazzo Chigi un antiguo militante democristiano.

No se trata tan sólo -con ser importante-, de una cuestión de convicción, sino también de estrategia. En el Hemisferio Norte, la crisis económica ha golpeado implacablemente a la clase media, y afecta muy severamente a la propia cohesión de la sociedad, una sociedad que se sostiene, por cierto, gracias a instituciones como la familia, las organizaciones cristianas de base y diocesanas, y la propia pervivencia del sentido cristiano de la fraternidad.

La Democracia Cristiana, ahora, acude a una nueva cita con la historia. Ser democristiano ha significado, siempre, querer ser parte, consciente y activa, de ella. Adoptar una identidad y, por lo tanto, una responsabilidad cívica integral. Como Napoleón, al convertirse en cónsul, asumiendo toda la historia de Francia, desde San Luis al Comité de Salud Pública<sup>11</sup>. La Democracia Cristiana se sabe a sí misma, y por completo, sin justificaciones y sin análisis comparativos de sus errores, sin jactancias acerca de sus aciertos o exhibiciones de sus millares de mártires por la libertad. No da lecciones de democracia, pero tampoco las recibe. Practica la cotidiana pedagogía de la convivencia en libertad. La democracia no es un homenaje a los servidores públicos. En democracia, el homenaje -y constante-, se lo merecen los ciudadanos que trabajan, emprenden y estudian con honestidad y compromiso.

---

<sup>11</sup> ARENDT, H.: *Eichmann en Jerusalén*. Barcelona. 2013, p. 433: “Todo gobierno asume la responsabilidad política de los actos, buenos y malos, de su antecesor, y toda nación la de los acontecimientos, buenos o malos, del pasado... Hablando en términos generales, ello significa, ni más ni menos, que toda generación, debido a haber nacido en un ámbito de continuidad histórica, asume la carga de los pecados de sus padres, y se beneficia de las glorias de sus antepasados”.

Y, desde una perspectiva cristiana de la existencia y del accionar político, el sentido del deber es eminentemente concreto, como el que asume *El húsar en el tejado*, de Jean Giono. Y, como demuestra el protagonista de la novela, cuando ese sentido personal del deber no existe, ha de ser creado<sup>12</sup>. Giono publicó la novela en 1951, en una Francia en donde la Democracia Cristiana era la primera fuerza partidaria en la coalición de gobierno, y el ejecutivo suscribía el 18 de abril de ese mismo año el Tratado de París instituyente de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero, bajo liderazgo democristiano, con Robert Schuman al frente del ministerio de Asuntos Exteriores. Giono, el sencillo hombre de campo, proponía una concepción de la responsabilidad muy distinta al discurso de la nación, la hegemonía, la clase, y el partido. Su novela presentaba a un joven revolucionario italiano que, huyendo de la persecución austriaca, recorría la Provenza de la monarquía de Julio francesa, azotada por el cólera. Una historia de fraternidad entre europeos en el tiempo posterior a las grandes contiendas napoleónicas, igual que Europa superaba el nacionalismo excluyente y la rigidez de sus correlatos emotivos, para ofrecer un nuevo cauce a la expresión política racional.

“Democracia cristiana” y “popularismo”, como hace casi un siglo estudiaba ya uno de nuestros primeros historiadores, Romolo Murri, tras la fundación del Ppi por Luigi Sturzo en los primeros días de 1919, apenas dos meses después del final de la Gran Guerra, pretendieron ser esos cauces políticos racionales para la materialización del sentido de la responsabilidad personal<sup>13</sup>. Estudiar al ser humano concreto, decía también Jean Giono, significaba mostrar el “canto del mundo”<sup>14</sup>. Pero la Democracia Cristiana quería ser un cauce partidario concreto y organizado para la mejor audición de ese canto. La Democracia Cristiana quería ser lo que ha sido en casi cien años de existencia: una nueva lectura, más amplia, más generosa, más humana, y más fraterna, de la propuesta democrática a la luz de la ley universal del amor. Una fuerza política que adquiriría forma partidaria con la vocación de alcanzar responsabilidades de gobierno. Un partido con raíz e identidad, para la militancia y el compromiso. Una alternativa al intelectualismo de la razón fría.

<sup>12</sup> GIONO, J.: *El húsar en el tejado*. Barcelona. 1995, p. 244.

<sup>13</sup> MURRI, R.: *Dalla Democrazia Cristiana al Partito Popolare Italiano*. Firenze. 1920, pp. 27 y ss.

<sup>14</sup> GIONO, J.: *La soledad de la compasión*. Barcelona. 2013, p. 153: “...En un pueblo de pescadores, se trata del mar; en un pueblo de tierra adentro, es el caso de los campos, el trigo y los prados: No se puede aislar al hombre. No está aislado. El rostro de la tierra está en su corazón”.

## 2. LAS ADVERTENCIAS DE CHARLES PÉGUY: NI PARTIDO INTELECTUAL, NI FILOSOFÍA Y METAFÍSICA ELECTORALES

Tengo debilidad por el cantante catalán Lluís Llach. Cuando pienso en el ahora y en el aquí, recuerdo siempre su disco del mismo título, *Ara i aquí*, y regreso a mi infancia en Torrelavega, y muy especialmente a una canción, *Cal que neixin flors a cada instant*, que era una de las predilectas de mi padre. Una canción cuya primera estrofa casi define a la Democracia Cristiana: “*Fe no és esperar/ Fe no es somniar/ Fe és penosa lluita per l’avui y pel demà/ Fe és un cop de falç/ Fe es donar la mà/ La fe no és viure d’un record passat*”. Porque la fe, en definitiva, como la Democracia Cristiana, es superar la inacción y la autocomplacencia, es decir, la resignación, para avanzar. Lo decía Gutenberg Martínez ya en 1999, en pleno vendaval neoliberal. Y John Kennedy, cuando mantenía que “la esencia de la vida es el cambio”. Y Marc Bloch, el historiador por excelencia, un judío compañero de tantos cristianos en la Resistencia francesa, como ellos víctima del totalitarismo nazi, cuando afirmaba que “la historia es la ciencia del cambio”. La Democracia Cristiana es vida e historia porque la Democracia Cristiana es la fuerza del cambio.

Elías Canetti sostenía, en *Masa y poder*, que los seres humanos se sentían doblemente amenazados por el enemigo externo y el interno o, en palabras del genial escritor sefardí, un enemigo que rodeaba la fortaleza, y otro que permanecía encerrado en el sótano<sup>15</sup>. Ambas amenazas evocan las *Situations* de Charles Péguy, uno de los más resueltamente “políticos” entre los libros del gran pensador francés. Péguy en centraba en los últimos días de 1906 en la “situación de hecho”, y se dirigía al “partido intelectual en el mundo moderno”, analizando la posición de la Iglesia y de los seglares frente a los “catecismos de Estado” de un “mundo sin Dios”.

Exigía a los cristianos que no se resignaran a reproducir este intelectualismo de la razón fría, del esteticismo gélido, satisfecho de sí mismo, ajeno a toda forma de pasión verdadera y de genuino espíritu militante. Que no concibieran al “partido intelectual” como vanguardia ni retaguardia del mundo cristiano. Que ese partido no fuera el intérprete secular de una “religión intelectual” y, como tal, estableciera una “filosofía y una metafísica electorales”. Péguy siempre mantuvo que toda expresión política nacía en la mística. Y Maritain habría

<sup>15</sup> CANETTI, E.: *Masa y poder*. Madrid. 1999, pp. 26 y s

de describir la aportación que, igualmente, realizó Henri Bergson al desarrollo de esta vertiente del pensamiento cristiano<sup>16</sup>.

A los democristianos, la política nos apasiona porque es el teatro en el que nuestros sueños cobran vida, es decir, rostro humano concreto. La política es el escenario de la fraternidad en donde nuestra existencia disfruta de pleno sentido. Nada más político que invitar a un pueblo a responder al desafío de la fraternidad. Porque la fraternidad no es una figura retórica reservada a los demócratas de inspiración cristiana. La fraternidad es la traducción política natural de la existencia humana como realidad compartida. Cuando el líder del cuarteto madrileño *Nacha Pop*, Antonio Vega, compuso su canción sobre el tiempo y el espacio, *Una décima de segundo*, invitó a medir “el ángulo formado por tí y por mí”. Y, si los seres humanos vivimos en ángulo, eso significa que estamos unidos por, al menos, un punto. El misterio del hombre sigue siendo el hombre con el hombre, como decía Martín Buber. Por eso, como Robert Bolt recuerda en sus páginas introductorias a *Un hombre para la Eternidad*, Tomás Moro no quería desvincularse de la sociedad. Era un hombre que pretendía dotar de pautas racionales al sentido religioso de la vida. El Derecho era su cauce<sup>17</sup>. Y el Estado de Derecho sigue siendo el nuestro.

La Democracia Cristiana, ahora, no debe perseguir una originalidad afectada en la búsqueda de la conversión de la acción política en una suerte de ejercicio retórico e intelectual, en poesía de amor ininteligible. Charles Péguy decía que “cuando se ama no se puede desamar”. Y Heinrich Böll precisaba aún más: “un artista no puede hacer más que amar”. El político, en cuanto cristiano, lo es porque ama. Y, porque ama, habita en la compasión, en la pasión compartida,

<sup>16</sup> PÉGUY, C.: *Situations*. Paris. 1940, pp. 98 y ss. Vid. también MARITAIN, J.: *De Bergson a santo Tomás de Aquino. Ensayos de metafísica y moral*. Buenos Aires. 1983, p. 46: “...ya en 1906 me hablaba de santa Teresa de Ávila, y me decía que, según su parecer, los filósofos harían bien en ser un poco más místicos, y los místicos un poco más filósofos”. El magisterio de Bergson sobre el matrimonio Maritain disfruta de una inmejorable descripción en MARITAIN, R.: *Las grandes amistades*. Buenos Aires. 1954, p. 81: “Su palabra elocuente y precisa nos tenía en suspenso; la distracción era imposible. Ni un solo instante se apartaba nuestra atención, se rompía el hilo precioso del discurso. Nos ocurría como con la música perfectamente bella: su autenticidad, su riqueza profunda encadena el espíritu y no le permite evadirse... Y cuando el pensamiento de Bergson alcanzaba uno de sus puntos culminantes, como el día en que nos dijo, haciendo alusión a una palabra del Apóstol (...): ‘Vivimos en lo absoluto, nos movemos y estamos en lo absoluto’, creaba en nosotros el entusiasmo, y una gratitud regocijada que había de subsistir a través de los años, a través también de grandes divergencias filosóficas, y a pesar de las críticas necesarias y no atenuadas”.

<sup>17</sup> BOLT, R.: *Un hombre para la Eternidad (A man for all seasons)* Madrid. 1967, p. 17: “Si ‘sociedad’ es el nombre que damos al comportamiento humano cuando tiene una estructura y un orden, entonces la Ley (...) es la estructura misma de la sociedad. La confianza de Moro en la ley era su confianza en la sociedad; su desesperado intento por refugiarse bajo las formas de la ley fue su determinación de permanecer dentro del refugio de la sociedad”.

una pasión por convivir y construir, una pasión por la acción transformadora. Por eso, cuando en 1970, el mismo año en el que finalizó el primero de sus mandatos presidenciales, el PDC chileno elaboró una amplia reflexión intelectual, y una audaz actualización de sus propias bases ideológicas y programáticas, proclamó su aspiración de ganar una nueva civilización y una nueva edad histórica: “la civilización del trabajo y la edad del trabajador”<sup>18</sup>. A través del trabajo, el hombre le da forma al mundo que le ha regalado Dios. Y, por eso, trabajo y civilización son conceptos inseparables en la óptica política del cristiano.

Trabajo, civilización... y política. La Democracia Cristiana, ahora, puede y debe invertir la dinámica resignada y previsible que nos propone una política desbordaba por un debate público que la adjudica la responsabilidad de toda forma de problema social, económico o institucional. Un debate que hace mucho que convirtió el desprestigio de la política en una de sus más recurrentes estrategias de deslegitimación. Albert Camus abordaba en su *Calígula* la historia del más trágico de los errores que puede cometer un hombre y, no digamos, un político: “ser desleal a la condición humana por pretender ser leal a uno mismo”<sup>19</sup>. Para el escritor nacido en Argel la verdadera tragedia de la inteligencia era resignarse a la mediocridad de colocar el interés propio por encima del bien común. En política, como en cualquier actividad vocacional, es decir, en el servicio, en la donación y en la gratuidad, no se está para colmar las propias expectativas. Entre otros motivos, porque esas expectativas son la negación de la política. La política es la superación del yo. Eso la hace tan irresistible. En el servicio a nuestros hermanos, vivimos; en todo lo demás, en todo, a lo sumo, sobrevivimos.

Camus supera la visión individualista de la historia que, llevada a su último extremo, significa la deificación de un hombre sin Dios. El problema se suscita cuando el hombre pretende alcanzar la mayoría de edad a través de la negación de Dios, porque se queda solo. Solo. Entre el misterio y el absurdo, elige el absurdo. Y el absurdo no puede explicarse a sí mismo. El absurdo, únicamente, puede anestesiar la conciencia ocupando el espacio, mental y físico, con cosas. Esa es la propuesta que nos ofrece el neoliberalismo: una existencia, personal y política, fragmentada, atomizada y aturdida. No existe ya el hombre rebelde, valga la redundancia, porque, como decía también Albert Camus, “el hombre es la única criatura que se niega a ser lo que es”.

<sup>18</sup> PARTIDO DEMÓCRATA CRISTIANO: *Fundamentos de la Democracia Cristiana*. Santiago de Chile. 1970, p. 27.

<sup>19</sup> CAMUS, A.: *Écrits libertaires (1948-1960)*. Rassemblés et présentés par Lou Martin. Barcelone. 2013, p. 104.

### 3. EL AMIGO ALEMÁN DE ALBERT CAMUS Y EL EGOÍSMO NO RENTABLE DE ROBERT SCHUMAN

En el absurdo decía Camus, el sufrimiento es individual. Pero la rebeldía es la aventura de todos<sup>20</sup>. Nuestra aventura. El primer verdadero hombre, Ulises, prefirió la aventura a la inmortalidad que le ofrecía Circe. El compromiso y el sufrimiento le parecieron preferibles a la comodidad de una existencia eterna.

Graham Greene mantenía en el comienzo de *El fin de la aventura* que “una historia no tiene comienzo ni fin”<sup>21</sup>. Casi en el mismo año, Eduardo Frei Montalva llegaba a la misma conclusión en *Pensamiento y acción*. O, mejor dicho, únicamente el cristianismo se encontraba siempre en el principio y en el fin. Y el desafío cristiano consistía en acertar a conservar esa tensión creativa, esa ambición, esa percepción protagónica de la historia:

*“En cada gran etapa de la Historia ocurre igual: los cristianos han estado en sus comienzos; lucharon y sufrieron; elevaron sus templos y monasterios; sus escuelas y hospitales; desbrozaron campos y morigeraron a hombres duros y violentos, transformando la Moral en Derecho, la Ley en costumbre; el esclavo, en hombre libre y en artesano; el bárbaro, en ciudadano de estas Repúblicas. Pero con el tiempo los impulsos se convierten en fórmulas; las columnas se recubren de mampostería; y las palabras que sirvieron para liberar, terminan oprimiendo, porque el hombre todo lo corrompe y lo gasta, para comenzar de nuevo, como los días, como las estaciones, como los tiempos. Y la tragedia del cristiano es que está presente en los orígenes y también en el fin”*<sup>22</sup>.

Frente a la tragedia, la rebeldía democristiana, en tiempos de populismos esquemáticos, de consignas simplificadoras, de deliberado empobrecimiento de la propuesta y del debate, se fundamenta en la confianza en la inteligencia y en la libertad. En la sustitución de la dialéctica de la confrontación por la dialéctica del abrazo. Uno de los más bellos libros de Camus reúne sus *Cartas a un amigo alemán*. Y un amigo alemán en los tiempos en que no era precisamente fácil que

<sup>20</sup> CAMUS, A.: *El hombre rebelde*. Madrid. 1982, p. 22: “Roto el espejo, no queda nada que pueda servirnos para contestar a las preguntas del siglo. El absurdo, lo mismo que la duda metódica, ha hecho tabla rasa. Nos deja en un callejón sin salida... La primera y única evidencia que me es dada así, dentro de la experiencia del absurdo, es la rebeldía... La rebeldía nace del espectáculo de la sinrazón, ante una condición injusta e incomprensible. Pero un impulso ciego reivindica el orden en medio del caos y la unidad en el corazón mismo de lo que huye y desaparece...”.

<sup>21</sup> GREENE, G.: *El fin de la aventura*. Barcelona. 1958, p. 11: “...arbitrariamente uno elige el momento de la experiencia desde el cual mira hacia atrás o hacia adelante...”.

<sup>22</sup> FREI MONTALVA, E.: *Pensamiento y Acción*. Santiago de Chile. 1956, pp. 50 y 52: “¿Vamos a temblar porque el mundo tiembla? ¿Vamos a ser estatuas de sal? ¿O bien desprendidos de la muerta hojarasca nos incorporaremos a la gran multitud, reavivando la vieja y siempre nueva Fe, con la encendida Caridad, sostenidos por el Misterio de la Esperanza?”.



un francés tuviera amigos alemanes, entre 1943 y 1945. El amigo le dice a Camus que Fausto hubiera podido vencer a Don Quijote. Camus le responde que Fausto y Don Quijote no fueron creados para derrotar al otro. Camus no quiere elegir entre Fausto y Alonso Quijano, o entre Hamlet y Sigfrido. No se trata de confrontar la fuerza con el conocimiento. Por cierto: la reflexión de Camus sobre los grandes representantes de la tradición literaria occidental se produce en la tercera de las tres cartas que dirigió a su amigo alemán, redactada en 1945, es decir, es la carta de un Camus que prevaleció en la guerra. La identidad no se construye mediante la negación o la fragmentación de la experiencia humana, sino a través de su enriquecimiento incesante. La identidad se fortalece en positivo<sup>23</sup>.

Y nuestra identidad democristiana se desarrolla, también, a través de nuestra capacidad para explicar, de nuestra vocación didáctica, del entendimiento de nuestro proyecto político como una incesante experiencia pedagógica. Cuando se profesa una convicción, cuando se milita en una causa, la paciencia no es una cualidad, sino una maravillosa posibilidad de extender un mensaje. Elisabeth de Wittelsbach, emperatriz y reina de la confederación austro-húngara, le confesaba a su profesor de griego, Constantin Christomanos, que no existía nada tan insoportable como un entusiasta. Los democristianos debemos ser insoportables. Nuestra alegría en la militancia es el único lujo que nos podemos permitir. En *Los hermanos Karamazov*, Dostoievski decía que “si nada es verdad, nada está permitido”. Nosotros, en cambio, con nuestra humilde y propositiva certeza, no tenemos más límites que la Eternidad.

Los democristianos sabemos que no tenemos toda la razón ni la razón en todo. Pero sabemos también que únicamente la participación, la militancia y el compromiso nos permiten compartir y construir la razón y la verdad que sirve a la plenitud de la aventura humana. Albert Camus sostenía que nuestro mundo “tiene al menos la verdad del hombre”, y nuestra tarea es “dar razones al hombre para que él mismo pueda combatir contra su propio destino”. Tenemos ideas y propuestas para la razón y para la verdad. Ideas y propuestas que ofrecemos con esperanza y con humildad.

Decía un democristiano resistente, como Georges Bidault, en el comienzo de sus extraordinarias y polémicas memorias, *D'une Résistance à l'autre* que, en el origen de la Resistencia francesa se daba más una “disposición del espíritu” y, aún más, “una expresión de carácter”, que un examen desapasionado y riguroso de la realidad. Que la energía motriz de la adhesión de los resistentes era

---

<sup>23</sup> CAMUS, A.: *Lettres à un ami allemand*. Paris. 1991, pp. 59 y 36.

“la fidelidad a las grandes causas por las cuales se puede vivir y, si es necesario, morir”<sup>24</sup>.

Ese sentido de la vocación primera sigue siendo parte de nuestra fortaleza. De la humilde certeza con la que afirmamos, y con plena convicción, que no despejamos todas las dudas ni resolvemos todos los problemas. No sólo respetamos profundamente a las restantes fuerzas partidarias: las necesitamos, las queremos, las esperamos. La garantía de la democracia y de la pluralidad es el encuentro profundo de nuestras convicciones y de nuestras diferencias. La diversidad nos empuja a revisar nuestras ideas, a reelaborar nuestras propuestas. La controversia nos impulsa hacia la exigencia. En la humildad encontramos la fuerza necesaria para no vacilar en la voluntad de persuasión. Y en la rivalidad se fundamenta nuestra certidumbre en la profunda vigencia del proyecto democrático.

El músculo político del mensaje de la Democracia Cristiana reside en su capacidad para realizar propuestas concretas, profundamente enraizadas en el conocimiento de la historia, y no en su reinterpretación. En proponer una nueva lectura de la vida social, en donde las expectativas legítimas encuentran en la generosidad y en la confianza su espacio natural. O, como diría un hombre bueno y, por lo tanto, inteligente, como Robert Schuman, “el egoísmo ya no es rentable”:  
*“Esta nueva política se compone de solidaridad y de confianza progresiva”.*  
*“Ella constituye un acto de fe, no como el que hizo J. J. Rousseau en la bondad humana, cruelmente desmentido desde hace dos siglos, sino un acto de fe en el buen sentido de los pueblos, convencidos al final de que su salvación reside en un entendimiento y cooperación tan sólidamente organizados entre sí que ningún gobierno, así asociado, podrá jamás apartarse de ello”<sup>25</sup>.*

#### 4. EL EQUIPO DE RIVALES DE ABRAHAM LINCOLN

Entendimiento y cooperación. La Democracia Cristiana es identidad. Pero no existe ninguna forma de identidad, cultural, nacional, política y partidaria, sin el conocimiento y la consideración de la realidad circundante. Querer cam-

<sup>24</sup> BIDAULT, G.: *D'une Résistance à l'autre*. Paris. 1965, p. 21.

<sup>25</sup> SCHUMAN, R.: *Para Europa*. Madrid. 2006, pp. 36 y 37: “Tenemos que preparar a las mentes para aceptar las soluciones europeas combatiendo en todas partes no sólo las pretensiones hegemónicas y la creencia en la superioridad, sino también las estrecheces del nacionalismo político, del proteccionismo autárquico y del aislamiento cultural. Todas estas tendencias heredadas del pasado habrá que sustituirlas por la noción de solidaridad, es decir, por la convicción de que el verdadero interés de cada uno consiste en reconocer y aceptar en la práctica la interdependencia de todos”.

biar el mundo, querer el mundo como puede llegar a ser, exige conocer el mundo tal y como es. La vocación política nace de la tensión creativa que se suscita entre ambos polos del acontecer humano. Y la historia nos brinda un extraordinario modelo de liderazgo arraigado en profundas convicciones cristianas y, por lo tanto, capaz de conciliar las grandes energías políticas y partidarias en un tiempo confrontadas dentro de un esquema de trabajo compartido: la creación, por el presidente estadounidense Abraham Lincoln, en 1861, de un gobierno que, en realidad, era un “equipo de rivales”. O lo que es lo mismo: responder a la extrema complejidad con la audaz conciliación entre proyectos e identidades diversas. El esquema de liderazgo de Lincoln le dejó a la historia diez grandes testimonios. O, más bien, diez grandes lecciones:

1. Hizo amistad con quienes habían sido sus opositores.
2. Reparó los sentimientos heridos antes de que se convirtieran en hostilidad permanente.
3. Asumió la responsabilidad cuando fueron sus colaboradores quienes se equivocaron.
4. Compartió con generosidad el prestigio que ganó.
5. Aprendió de sus errores.
6. Mantuvo sus propias fuerzas partidarias intactas, y las consolidó.
7. Conservó siempre sus propias competencias.
8. Valoró la importancia de los tiempos en política.
9. Trató de comprender las raíces profundas del poder.
10. Observó un respeto irrestricto por las fuentes de la legitimidad política.

Lincoln no era un ingenuo o un voluntarista. Sabía que reunía a su lado a los mejores hombres de Estado de Norteamérica. Todos tenían más experiencia política y de gobierno que él. Todos ellos disfrutaban de una más amplia y brillante cualificación académica; contaban con una posición social y profesional más acomodada; poseían un mayor grado de conocimiento; y tenían más experiencia política y de gobierno que él. Su procedencia política y partidaria, además, era sumamente diversa: Gideon Welles, secretario de Marina, Montgomery Blair, responsable de las comunicaciones postales, esenciales en tiempos de guerra, y Edwin M. Stanton, secretario de Guerra, eran antiguos demócratas. Y sus compañeros republicanos de gabinete, Seward en Estado, Chase en Tesoro, y Bates como fiscal general, eran los grandes y experimentado líderes del G.O.P

y, por lo tanto, los históricos rivales del propio Lincoln. No podía reunirse en un gobierno, y además en pleno conflicto, mayor complejidad y mayor rivalidad<sup>26</sup>.

Pero la complejidad y la rivalidad son presupuestos de la grandeza. Los grandes no tienen miedo a una rivalidad que es el ecosistema de la verdadera política, la que nos apasiona a cuantos compartimos la misma vocación por la vida pública. De esa complejidad y esa rivalidad nacen las grandes sociedades, las grandes naciones. Esa complejidad y esa rivalidad construyen liderazgo y hacen historia. Porque Lincoln lideró a esos hombres, pero no precisamente enfrentándoles o fomentando su rivalidad; o emitiendo mensajes contradictorios u oportunistas. Él supo aprender a su lado, y ser mejor. Conservar la serenidad cuando cundía el nerviosismo a su alrededor. Mantenerse firme cuando se extendía la debilidad y la inseguridad. Acudiendo a su mítico sentido del humor cuando la situación era ya severa. Y no abjurando nunca en su afán didáctico, en su convicción de la necesidad de explicar las cosas, y explicarlas las veces que hiciera falta.

Lincoln sabía que un líder puede y debe saber separarse de la opinión dominante, de los estados de ánimo que prevalecen. Que un líder debe ser capaz de dar la vuelta a lo que parece obvio. El “honesto Abe” sabía que debía unir a los rivales, porque cuando la contienda finalizara, habría de reunir a todo su pueblo. Y si el gobierno, salido de unas elecciones, es legítimo cuando un partido obtiene un voto más que su adversario en la competencia electoral, un proyecto de nación y de permanencia como pueblo y como sociedad exigen un horizonte político distinto y nuevo, un horizonte en cuya línea pueda imaginarse primero, y reconocerse después, la inmensa mayoría de los ciudadanos. Y que ese proyecto político, basado en la dialéctica del abrazo, es decir, en el encuentro siempre explosivo entre inteligencia y libertad, puede y debe obtener ese amplísimo respaldo.

Lincoln conocía y comprendía que la historia le había citado. Él mismo afirmaba que veía formarse la tormenta y se preguntaba a sí mismo si estaba preparado. Y respondía que, sabiendo que su vocación era estar siempre cerca de Dios, y contar con un lugar cerca de Él, podía afirmar que, en efecto, se sentía preparado.

La Democracia Cristiana, ahora, y aquí, está también preparada para salir al encuentro de los grandes desafíos de la historia. Para un demócrata de inspiración cristiana la historia es una fuente inagotable de esperanza, de ilusión, y de creatividad. Aporta lo inesperado, lo sorprendente, lo no previsible. Lo posible. La creatividad, la innovación, y la originalidad. Por eso la Democracia

<sup>26</sup> KEARNS GOODWIN, D.: *Team of Rivals. The Political Genius of Abraham Lincoln*. London. 2009, pp. 13 y ss.

Cristiana es la interlocutora natural de los pueblos que deciden construir su futuro en unión y en libertad. Desde 1945, la opción de la transición, construcción y consolidación democráticas en Europa y en América Latina. Una opción responsable y audaz, visionaria y pragmática.

Por eso, el fascismo y el stalinismo, valga la redundancia, mataron a Manuel Carrasco i Formiguera, a los hermanos Scholl, a Gilbert Dru, a Aldo Moro, a Eduardo Frei Montalva, y a Oswaldo Payá. Los presuntos radicales no representan nunca un peligro para los enemigos del cambio. Decía Talleyrand que “la exageración conduce siempre a la insignificancia”, y la calculada demagogia del discurso alternativo es parte constitutiva del discurso establecido. Esos presuntos radicales son los mejores aliados y la mejor coartada del inmovilismo. Inmovilismo y radicalidad se alimentan mutuamente. Como el silencio y la falsedad. Los constructores de comunidad, democracia y concordia son siempre las auténticas amenazas a cuanto parece inmutable.

La Democracia Cristiana, ahora, como siempre en su historia, está integrada por mujeres y por hombres libres, militantes de convicción, y no de oportunidad. Sin más compromisos, ni menos, que la pertenencia al pueblo que somos. Nos rebelamos contra el empobrecimiento del espacio público, contra la reducción de la política a criterios esquemáticos diseñados para la confrontación, y no para la cooperación y la compasión, contra la mediocridad de una pugna política asimilada a las servidumbres de un nuevo mercado, el mercado electoral. No nos resignamos a que las controversias legítimas se conviertan en diferencias irreconciliables. No claudicamos ante las descalificaciones maximalistas, las mismas en Chile, en España, o en Venezuela, las mismas que soportaban en Francia, Alemania y en Italia Schuman, Adenauer y De Gasperi cuando eran acusados alternativamente, o al mismo tiempo, de traidores y agentes de la Santa Sede, del capital, o de los Estados Unidos, por los lacayos del totalitarismo stalinista.

Jacques Maritain escribió un largo ensayo llamado *Los dos poderes*, que se convirtió en la base del libro *Primacía de lo espiritual*, cuando la Acción Francesa de Charles Maurras fue condenada, el 29 de diciembre de 1926, por Pío XI. El objetivo del maestro parisino era reafirmar la autoridad de la Iglesia católica en el ámbito dogmático, y el deber de los creyentes de atenerse a su magisterio. Maritain partía de las ideas de Joseph de Maistre, quien sostenía que “no existe poder que no haya jamás abusado de sus fuerzas”, para reconocer las deficiencias de toda forma de gobierno humano<sup>27</sup>. Para la Democracia Cristiana, ahora, el desafío es proponer un nuevo poder que no abusa de la fuerza, porque tiene

<sup>27</sup> MARITAIN, J.: *Primacía de lo espiritual*. Buenos Aires. 1982, pp. 49.y ss.

la plena convicción de que la fuerza está unida a la responsabilidad, y de que no se puede derrotar a la injusticia con más injusticia.

Uno de los grandes pensadores, inspirador de la visión de Maritain, Henri Bergson, invitado a pronunciar la Conferencia Huxley, en Birmingham, el 29 de mayo de 1911, dedicó su intervención a la materia “La conciencia y la vida”. Según Bergson, la conciencia era en primer lugar memoria. Pero también anticipación del futuro. Y, por lo tanto, la primera función de la conciencia era apoyarse en el pasado para inclinarse hacia el futuro<sup>28</sup>.

La Democracia Cristiana es la más moderna entre las grandes tradiciones políticas y, por lo tanto, su conciencia se inclina sin dificultad ante el porvenir. Ha nacido en el siglo XX, en la amplia clase media que se construyó en la confianza en la aplicación de los principios de igualdad, mérito y capacidad, con la vocación de aglutinar a los seres humanos; sin enemigos entre los demócratas, y con todos los enemigos fuera de ellos; honesta y austera, en cuanto a su identidad, sus recursos y sus pretensiones: el poder del pueblo para la libertad, y la afirmación de la identidad entre el mensaje evangélico y el proyecto democrático. Como cristianos, nos encontramos plenamente identificados con el histórico proyecto político del Estado de Derecho, allí donde las normas jurídicas responden a un contenido ético, o al menos intencionalmente ético. Como demócratas, nuestra inspiración proviene de la propuesta emancipadora de Jesucristo.

Cuando Aldo Moro realizó el discurso de apertura del VIII congreso de la Democracia Cristiana italiana, el 27 de enero de 1962, definió como “objetivo supremo” del partido “la construcción del Estado democrático, y la consolidación de la libertad y de la dignidad sociales de todos los ciudadanos”. Pero, añadía el gran estadista italiano en la Cámara de Diputados el 9 de marzo siguiente, con ocasión de la votación de la confianza al gobierno Fanfani, un gran partido se renueva con la vida que se renueva, y “*encuentra dentro de sí mismo la novedad, y no la recibe de fuera; encuentra la capacidad de responder a lo nuevo con una profunda lealtad, con una absoluta coherencia en los ideales, en una continuidad histórica que es su función permanente en la vida nacional... Un partido que no se renueva con las cosas que cambian, que no sepa colocar y amalgamar dentro de su experiencia la novedad que se anuncia, la tarea cada día diversa, será antes o después superado por los acontecimientos, apartado del ritmo veloz de las cosas que no ha sabido comprender y a las cuales no ha sabido corresponder*”<sup>29</sup>.

<sup>28</sup> BERGSON, H.: *La energía espiritual*. Madrid. 1982, p. 17.

<sup>29</sup> MORO, A.: *La democrazia incompiuta. Attori e questioni della politica italiana 1943-1978*. A cura di Andrea Ambrogetti. Roma. 1999, p. 193 y 195.

En *La verité en politique*, François Bayrou definía a la verdad como la condición misma de la democracia, y no como un “plus”, o mucho menos como un medio. Pero el veterano político cristiano-demócrata iba más allá. Cuando definía “la apuesta, la audacia, la razón de ser, la filosofía profunda de la democracia”, la definía como “una filosofía de la liberación”. Y no sólo de la liberación de toda forma de poder abusivo, sino también de las servidumbres materiales que aquejan cotidianamente a los ciudadanos<sup>30</sup>. La autenticidad puede y debe impulsar una Democracia Cristiana emancipada, capaz de aglutinar innovadoras energías, crear un nuevo lenguaje político fraterno, y liderar un nuevo tiempo de reformas, un tiempo de igualdad de oportunidades, de adhesión vocacional a la política, de amistad cívica, de eficiencia y equidad en la acción de las instituciones públicas.

CONCLUSIÓN. IDEAS NUEVAS, DINAMISMO EXTRAORDINARIO, PROGRESO AMPLIO. O LA ROSA QUE KONRAD ADENAUER LE REGALÓ A MARÍA RUIZ-TAGLE

No son escenarios desconocidos para la Democracia Cristiana. Está a punto de cumplirse el cincuentenario de la visita que el presidente Eduardo Frei Montalva cursó a Alemania Federal en 1965, una visita en la que tuvo ocasión de visitar durante toda una tarde a un Konrad Adenauer casi nonagenario, junto con su esposa, doña María Ruiz-Tagle. Y, cuando en 1977 se cumplió el décimo aniversario del fallecimiento del gran canciller alemán, Eduardo Frei Montalva, convertido en el símbolo de la legitimidad política de la institucionalidad democrática en plena dictadura pinochetista, disfrutó de la oportunidad de evocar al estadista alemán y padre de Europa, junto a Helmut Kohl, líder de la oposición cristiano-demócrata en el *Bundestag*, y Golo Mann, el hijo historiador de Thomas Mann, hermano de Erika y Klaus. Un memorial excepcional, en el que el presidente Frei Montalva cerraba sus recuerdos del viejo canciller con bellas y emotivas líneas:

*“Al despedirse nos acompañó, y tomando unas tijeras cortó una rosa en el jardín que cultivaba y se la ofreció a mi señora.*

*Aún lo veo en ese atardecer: alto y recto, sin un doblez, como fue su vida; seco, rugoso, severo de aspecto, pero con esa cordialidad profunda de quienes no se prodigan en gestos fáciles. De toda su persona emanaba una sensación de autoridad y voluntad indomable.*

<sup>30</sup> BAYROU, F.: *La verité en politique*. Paris. 2013, p. 41.

*No tuvo otro propósito que servir a su pueblo, levantarlo del abismo en que estuvo sumido y enseñarlo a vivir adentro y afuera en paz, en libertad y en justicia. Lo consiguió. Ese fue el fundamento de su poder y de su gloria”<sup>31</sup>.*

Lluís Llach decía que “tienen que nacer flores a cada instante” cuando describía la fe. Flores como la rosa que Konrad Adenauer entregó a María Ruiz-Tagle. Flores para testimoniar la sencillez profunda del respeto, del afecto, de la fraternidad entre las personas y entre los pueblos. Helmut Kohl recordaría, en 1977, a Konrad Adenauer, su maestro, diez años después de su muerte. Y, muy especialmente, pondría en valor su capacidad para adoptar decisiones pensando sólo en el bien común, y no en el interés electoral más inmediato.

Los ciudadanos saben que los democristianos no se suman nunca a experimentos políticos, proyectos oportunistas o personalistas de poder, o aventuras circunstanciales. En política, cabe ya poco espacio para la invención. Pero sí mucho para un ideal renovador que sepa acudir, con humildad, al principio y a los principios, en singular y en plural, para proponer a los ciudadanos la fiesta cotidiana de la civilización democrática.

Y, sobre todo: los ciudadanos saben que la Democracia Cristiana no forma parte del complejo de fuerzas que persiguen la destrucción de la democracia a través de su desnaturalización o de su falseamiento. Saben que la Democracia Cristiana acude al encuentro de la historia que compartimos con profundo respeto y pleno sentido de la responsabilidad. Helmut Kohl, doctor en Historia, reconocido como un exhaustivo y brillante investigador en la configuración histórica de la CDU, y del socialcristianismo alemán, dedicó la amplia reflexión que sobre Konrad Adenauer compartió con Eduardo Frei Montalva y Golo Mann, precisamente, a determinar el impacto de la historia en la política:

*“...El que hoy en día quiera hacer política activa y no reactiva, es decir, una política a la zaga de crisis y problemas, debe tomar sus decisiones a la luz del futuro. Presente significa futuro abierto y también historia asimilada. Una actitud activa hacia el futuro de su propio pueblo presupone una relación activa con su propia historia. El futuro no lo puede ganar el que se olvidó de su propia historia.*

*La historia influye en el presente y en el futuro: abre alternativas, destruye posibilidades, une a un pueblo más allá de sus diferencias o crea nuevas diferencias. Si la polémica política y el conflicto social conducen a una polarización o a una integración de una sociedad depende de si los partidos en lucha viven,*

<sup>31</sup> FREI MONTALVA, E.: “Presencia de Adenauer”. FREI, E.; KOHL, H.; MANN, G.: *Konrad Adenauer. Presencia, patrimonio y postulado*, pp. 3-6. Buenos Aires. 1977, pp. 5-6 .



*a pesar de sus diferencias, de una historia común y si trabajan para un futuro común...*

*Los hombres y los pueblos encuentran su propia identidad solamente a través de una continuidad histórica. Para poder desafiar el presente y el futuro, no deben ni negar su propia historia ni tolerarla en forma pasiva o considerarla como una simple prolongación hacia el futuro, sino deben enfrentarla activamente, incluso críticamente. Cada generación escribe su propia historia y debe identificarse con ella.*

*Política sin historia es política sin raíces ni rumbo, sin paz ni perspectiva. Quien planifica el futuro en función de la política debe basarse en la experiencia histórica, sin por ello aferrarse a ella. Tradición no significa cuidar la ceniza, sino conservar el fuego”<sup>32</sup>.*

Konrad Adenauer conservó el fuego que calienta e ilumina la historia y, como el propio Helmut Kohl recordaba, ganó la estabilidad democrática gracias a su energía y a su sentido del cambio. A las ideas nuevas, a un extraordinario dinamismo, y a un progreso amplio. Estuvo atento a la lectura de los signos de los tiempos.

El cardenal Raúl Silva Henríquez, analizando en sus propias y maravillosas *Memorias* la resistencia de los cristianos chilenos contra la dictadura, decía que siempre resulta muy difícil juzgar “bajo las luces de hoy, las decisiones y las opciones de ayer”<sup>33</sup>. Un ilustre compatriota y querido amigo del cardenal, Eduardo Frei Montalva, realizó ese esfuerzo. El 31 de mayo de 1973 finalizaba en Santiago de Chile un discurso destinado al XII Congreso de la Democracia Cristiana italiana, que habría de celebrarse entre el 6 y el 10 de junio siguientes. La intervención del entonces senador por Santiago y presidente del Senado, en la sesión inaugural, procedía a una renovada interpretación de las relaciones económicas y de la propia identidad y presencia de los cristianos en la vida pública y en el escenario democrático. Han transcurrido más de cuatro décadas desde entonces. Pero las exigencias de lucidez en la reflexión, de creatividad, y

<sup>32</sup> KOHL, H.: “Konrad Adenauer, patrimonio y postulado”. FREI, E.; KOHL, H.; MANN, G.: Konrad Adenauer. Presencia..., pp. 7-22, p. 10.

<sup>33</sup> SILVA HENRÍQUEZ, R.: *Memorias*. III. Santiago de Chile. 1994, p. 17: “*El Señor nos pone una y otra vez frente al desafío de descubrir en la historia, en el devenir pasado y presente de los hechos, los signos de su voluntad. No somos infalibles; vivimos bajo el peso de la imperfección, que es a la vez un llamado insistente hacia la perfección. Nos exponemos cada día, ante cada situación, a identificar correctamente o no en esos signos lo que el Señor quiere. Es nuestra conciencia recta, nuestra intimidad solitaria iluminada por el Evangelio, lo único que puede ayudarnos en esta tarea cotidiana*”.

de seriedad y rigor en el análisis, para la Democracia Cristiana, ahora, siguen siendo las mismas:

*“Resulta ahora que la sociedad de consumo genera en su interior las mayores y más hondas insatisfacciones.*

*Por eso creemos los que abrazamos una vocación social y humana, cuya raíz e inspiración está en el Evangelio, que hemos tenido razón al plantear nuestra ruptura con este mundo, con sus injusticias y sus desniveles.*

*...Ha llegado el momento, como lo dijera el actual Pontífice, de dar un contenido histórico, económico y político a la doctrina social de la Iglesia... Esta no puede nacer de la fuerza ni de Poder. Sólo será creadora si nace de la conciencia de los hombres y se proyecta en un nuevo modelo de sociedad humana, que no tiene sentido si no fluye de la libertad de cada hombre y se refleja en una comunidad en que cada uno tenga una participación creadora profundamente vital y humana...*

*Sólo así se puede construir una sociedad personalista, comunitaria, pluralista y democrática...*

*Requiere esto un esfuerzo intelectual de la mayor magnitud, en que toda audacia es permitida, donde la imaginación creadora de los grupos políticos, culturales, de las élites, de obreros, de campesinos y sobre todo de la juventud, tienen un camino abierto.*

*Esta empresa intelectual y política supone un enorme esfuerzo moral, una idea de servicio y de acción, pero sobre todo una tarea de reflexión y de profundidad intelectual sin precedentes.*

*Una tarea para los que tienen fe y esperanza”<sup>34</sup>.*

Philip Larkin se preguntaba “¿para qué sirven los días?”, en su poema *Días*. Su respuesta era sencilla: “los días son donde vivimos”. Es decir, “vienen y nos despiertan una y otra vez”. Los días, decía el poeta británico, “están para nuestra felicidad”. El servicio y la acción, en la profundidad de la reflexión, pero muy especialmente cuando la fe y la esperanza los inspiran, son el contenido concreto

<sup>34</sup> ARCHIVO CASA MUSEO EDUARDO FREI MONTALVA: *Carpeta 262*. EFIN/1-04. Discurso de Eduardo Frei Montalva en el XII Congreso de la Democracia Cristiana. 6 de junio de 1973: “La política en pocos años ha dejado de ser local para adquirir dimensiones planetarias. Y al mismo tiempo observamos con temor que se concreta la amenaza de la extinción de los recursos naturales no renovables, la contaminación de los mares, ríos y lagos y la degradación de la atmósfera...”

La prodigiosa expansión económica ha estado acompañada por un sistema progresivamente alienante por su propia naturaleza. La crisis no es sólo económica. Es una crisis de civilización en el sentido del hombre, de los medios y los fines...

Nunca hará una progresión en un sentido verdaderamente humano y sólido sino a través del ejercicio de su propia responsabilidad que lo educa para ser libre”.

ENRIQUE SAN MIGUEL PÉREZ

de cada amanecer que dice algo de nosotros. Podríamos preguntarnos, como el propio escritor nacido en Coventry, “¿dónde vivir, sino en los días?”. Y, si la tarea de construir una sociedad personalista, comunitaria, pluralista y democrática es una tarea para los que tienen fe y esperanza, ¿dónde vivir, ahora, sino en los días de la Democracia Cristiana?

# EL ESTILO DEMOCRISTIANO

## UNA MANERA DE SER

### INTRODUCCIÓN. EL “OPTIMISMO TRÁGICO” DEL CRISTIANO

“¿La verdad? No se encuentra en las palabras ni en los escritos: es nuestra vida la que la fija y la manifiesta”<sup>35</sup>.

Las palabras de Emmanuel Mounier, tal y como le recordaba François Mauriac en la bellísima necrológica que le dedicó, conservan toda su demoleadora vigencia. Para el futuro Premio Nóbel de Literatura, Mounier había sido un “enemigo irreconciliable, a la vez, de la injusticia capitalista y del Estado totalitario, fuera fascista o stalinista”. Y con ese espíritu insobornable, con esa independencia de espíritu y de criterio, le retrataba su amigo Mauriac, también cristiano, también plenamente identificado con la convicción de que la verdad es el fruto del compromiso. De que lo relevante es que, como decía Sándor Márai, al final de todo “una persona responde con su vida entera”.

Mauriac mantenía que su amigo Mounier era “dulcemente intratable”<sup>36</sup>. Y la definición se aproxima poderosamente a la identidad democristiana. Afable hasta la ternura, casi hasta la dulzura. Pero difícil, muy difícil. E incomoda. Un democristiano en ejercicio es una persona cortés y afectuosa en el trato, pero también una persona que quiere y sabe defender sus ideas y convicciones hasta las últimas consecuencias. Como el Robert Schuman, ministro de Exteriores, que recordaba su colega irlandés y futuro Premio Nóbel de la Paz, Sean MacBride: extremadamente afectuoso, pero extremadamente firme en la defensa de sus posiciones.

---

<sup>35</sup> MAURIAC, F.: *La paix des cimes. Chroniques 1948-1955*. Paris. 2009, p. 191, y cerraba la reflexión con palabras de una belleza escalofriante: “Emmanuel Mounier pudo errar... el no avanzó en *Esprit* nada que, después de todo, fuera discutible, pero su vida y su muerte son indiscutibles”.

<sup>36</sup> *Ibidem*, p. 190.

Resulta llamativo, pero los fallecimientos de Emmanuel Mounier y de Marc Sangnier, y la lectura de la Declaración de 9 de mayo de 1950, por Robert Schuman, se produjeron con un intervalo de apenas semanas entre los tres grandes acontecimientos: Mounier, cuya necrológica respondía al título “El ejemplo de Emmanuel Mounier”, murió un 25 de marzo, y “Marc”, tal y como se llamaría la elegía funeraria compuesta por Mauriac, a quien el narrador bordelés escuchó, siguió y admiró en su primera juventud, falleció el 3 de junio. Súbitamente, y de manera prematura y no prevista en el caso del filósofo de Grenoble, habían desaparecido, y casi al mismo tiempo, el gran inspirador político y el pensador personalista más representativo de la cristiano-democracia francesa.

Y, además, su fallecimiento enmarcaba en el tiempo la primera materialización del gran proyecto universalista del humanismo cristiano: la construcción europea. Su muerte acompañaba en el tiempo a la paz de Europa. Su muerte era contemporánea de un nuevo florecimiento de la vida y de la esperanza. Jacques Maritain decía que “todo lo que no es amor perecerá”, y Christoph Schönborn mantiene que “quien renuncia a la muerte renuncia a la inmortalidad”. El estilo democristiano es el amor. Y el amor no muere, ni pasa.

Mauriac sostenía que su amigo Emmanuel Mounier no había acertado a resolver la masa de contradicciones en medio de las que había venido debatiéndose; pero que, con entera conciencia, y sufriendo lucidez, las había asumido. Y, con la misma conciencia y lucidez, las había superado, también, para convertirse en una presencia única, de radical honestidad, en el panorama público francés. El escritor de Burdeos resumía el carácter de Mounier en un rasgo esencial, denotativo, singular: su “optimismo trágico”. Esa síntesis de esperanza cristiana y, como diría Miguel de Unamuno, “sentimiento trágico de la vida”, o lo que es lo mismo, la necesaria comprensión de todas las dimensiones de la existencia, es esencial para reconocer, igualmente, el estilo de la Democracia Cristiana.

Y para reconocerla a despecho de la crítica despiadada a la que el mismísimo Mounier la sometió. El pensador procedente del Delfinado seguía parcialmente a Kierkegaard en su convencimiento de que el cristianismo había sido reducido a una reconducción pueril, debido al intento de transformarlo en una especie de bonito recuerdo infantil. Mounier reconocía en el niño la capacidad para no sucumbir a la duda que afectaba al cristiano que decía adoptar un efectivo compromiso. Es decir: que, como los niños, los cristianos podíamos preferir adoptar una actitud deliberadamente ajena a toda forma de responsabilidad. Y, por lo tanto, renunciar a la esperanza y al amor. Pero, en célebre afirmación de Mounier, ese ejercicio de libertad equivaldría igualmente a rechazar ser, precisa-

mente, hombre. Y, como decía Mauriac, el secreto del alma grande de Mounier radicaba en que “estaba en medio del mundo, pero no pertenecía al mundo”<sup>37</sup>.

En efecto, un democristiano está en el mundo, en medio de sus contiendas. Pero es libre. Irreductiblemente libre. Muchas veces he pensado en un fragmento de la historia de la literatura y, sobre todo, de la historia del cine, que puede aplicarse muy bien a la identidad cristiano-demócrata: es el funeral por Denys Finch-Hatton en *Memorias de África*, la novela de Isak Dinesen, baronesa Blixen, y la película dirigida en 1986 por Sidney Pollack, con Meryl Streep y Robert Redford en los papeles principales. Mejor dicho, en los papeles principales, excepto en Austria: todavía recuerdo los cines de la Mariahilferstrasse de Viena el verano de 1986 anunciando el trabajo estelar del actor austriaco Klaus María Brandauer en la película, en donde interpretaba al barón Blixen, y los papeles “secundarios” de Streep y Redford en las grandes fachadas ilustradas con escenas de esa inolvidable creación que acompañaba la banda sonora original del gran John Barry.

La baronesa pronuncia una conmovedora plegaria fúnebre que cualquier democristiano podría querer para sí mismo: “Señor, acoge el alma de tu hijo Dennis Finch-Hatton que compartiste con nosotros. Nos dio alegría, y le quisimos mucho. Nunca nos perteneció. Nunca me perteneció”<sup>38</sup>. La primera señal de identidad del servidor público en cuanto cristiano es su capacidad para no sucumbir a ninguna forma de convención o de sujeción. Dar hasta que duela. Amar hasta que duela. Pero ser libre hasta que duela a los demás. El estilo democristiano es un estilo de libertad, de creatividad, de exploración de la propia identidad. Es un estilo de conocimiento de uno mismo, pero de conocimiento para servir y transformar. Probablemente por eso el siglo XX es tan pródigo en creadores de inspiración cristiana. Probablemente por eso la calidad de la vida pública y del debate político se resiente tanto cuando esos creadores desaparecen, y se demora en el tiempo su necesario relevo generacional.

Libertad inmutable. Pero libertad para la responsabilidad. La libertad de quien voluntariamente la entiende como opinión y posibilidad de donación y de servicio. El democristiano sabe que “el cristianismo aplicado a la vida pública quiere decir lealtad, franqueza, valor, sacrificio”. Y que las palabras que en la mazmorra romana, en don-

<sup>37</sup> MOUNIER, E.: *Introduction aux existentialismes*. Édition présentée par Jacques le Goff et Jean-François Petit. Rennes. 2010, p. 33 y 53. Vid. igualmente MAURIAC, F.: *La paix des cimes...*, p. 191.

<sup>38</sup> DINESEN, I.: *Memorias de África*. Madrid. 2011, p. 346, reproduce el epitafio de Hugh Martin y de sus compañeros de Eton, ligeramente diferentes entre sí: “no me preocupa si el fuego se mezcla con la ceniza en mi muerte. Para mí, ahora todo está bien”, y “famoso en estos campos y muy amado por sus numerosos compañeros”.

de le había confinado el fascismo, escribía Alcide de Gasperi en los primeros días de 1928<sup>39</sup>, disfrutaban de plena vigencia, sentido y significación. El estilo democristiano se instala, por su propia definición, muy lejos de todas las formas de la comodidad económica, social, política o intelectual. Es el destino de quien ha decidido que, si quiere entregar su vida, tiene que ser libre, y ser libre repugna a una lógica de las relaciones humanas basada en una confederación de conductas y doctrinas tiránicas que incluye el materialismo, el individualismo, el egoísmo, y el relativismo.

Esa voluntad de no pertenecer, esa irreductible libertad de espíritu, esa radical independencia, esa tenacidad en la creencia y en la convicción, esa adhesión a una posición de profunda y consciente incomodidad para cuantos prefieren reducir el accionar político a una suerte de más o menos deportiva competencia, entre productos diseñados por el marketing o la ingeniería social, son algunos de los elementos que contribuyen a definir una distintiva manera de ser.

John Fitzgerald Kennedy mantenía que “un hombre hace lo que debe -pese a las consecuencias personales, pese a los obstáculos, y a los peligros y presiones- y eso es la base de toda moralidad humana”. En sus extraordinarias memorias, *Counselor*, Ted Sorensen, a quien el propio presidente Kennedy llamaba “mi banco de sangre intelectual”, sostenía que llegaría un día o, más bien, estaba llegando ya mientras él escribía durante el -por tantos conceptos históricos- año 2008, en el que los ciudadanos se hartarían del cinismo, de la corrupción y de la hipocresía, para adherirse de nuevo a visiones idealistas como las que proponía la Nueva Frontera<sup>40</sup>. Renunciar a un mundo regido por la falsedad y por el interés y, por sobre todas las cosas, como Kant, creer en el deber. Cumplir con el deber, o lo que es lo mismo, decir la verdad, suscita incomodidad e incompreensión: que se lo pregunten, por ejemplo, a Josep Antoni Durán i Lleida en Catalunya. Pero ahí radica la grandeza del verdadero político. Y esa grandeza no es una voluntad de estilo, sino parte del estilo mismo.

Y parte de un estilo que, en lo material, se fundamenta en la radical ruptura con todas las servidumbres mundanas. Montaigne aconsejaba transitar por el mundo con sencillez y desprendimiento, preparados para cualquier circunstancia, distantes de todo cuanto pudiera alejarnos de nuestra propia opción de vida<sup>41</sup>. Son exhortaciones que, transcurridos más de cuatro siglos desde su

<sup>39</sup> DE GASPERI, A.: *Cartas de la prisión*. Buenos Aires. 1957, p. 91.

<sup>40</sup> SORENSEN, T.: *Counselor. A Life at the Edge of History*. New York. 2008, p. 531.

<sup>41</sup> MONTAIGNE, M. de. *Los ensayos*. Barcelona. 2007, p. 329: “Puesto que Dios nos concede tiempo para disponer de nuestro desalajo, preparémonos, hagamos el equipaje, despedámonos a tiempo de la compañía, desembaracémonos de esas violentas ataduras que nos retienen en otro sitio y nos alejan de nosotros mismos”.

fallecimiento, conservan toda su vigencia y fortaleza. Ser democristiano significa estar preparado. Los democristianos demostraron, a lo largo de la historia, estarlo, y magníficamente, para enfrentarse con desafíos políticos caracterizados por su extrema complejidad, y saber ser excelentes administradores de las peores crisis. La frugalidad, la humildad y la sencillez son escuelas de formación más eficaces que cualquier doctorado en liderazgo. La austeridad es el estilo.

### 1. LA EXIGENCIA DEL ESTILO, LA EXIGENCIA DE LA SINCERIDAD

La militancia democristiana obedece, en primera instancia, a una perspectiva trascendente de la existencia. “Sin la vertiente religiosa, la vida es como un motor que se ha quedado sin aceite”<sup>42</sup>. La muy plástica afirmación de Romano Guardini viene a plantear en toda su crudeza la significación de las creencias religiosas, tanto en el mundo en el que vivió el gran pensador germano-italiano, como en el que nosotros compartimos. Una vida política democrática que obedece a una inspiración cristiana es una idea que, en último término, en su conjunto, responde a una significación religiosa.

La creencia cristiana, adicionalmente, atesora un valor esencial: no es el final de nada, sino el principio de todo. La condición y el impulso para una vida de identidad y de militancia. El año 2001, la Organización Demócrata Cristiana de América aprobó en Santiago de Chile uno de los grandes documentos programáticos en la historia de la Democracia Cristiana: “El Nuevo Centro Humanista y Reformista”. Un texto que, desde el principio, se internó en el territorio del estilo de la mano de conceptos tan inequívocamente democristianos como los enumerados en una forma que, transcurrida más de una década, conservan la misma entidad y frescura:

*“Se requieren así nuevos modos en política para superar la desvalorización de la misma. Este estilo debe estar marcado por varios rasgos, entre otros: la franqueza en la expresión, la transparencia, la honradez y la integridad en la actuación... La preocupación permanente y preferente por la gente común y corriente, por sus necesidades y aspiraciones, para superar el ensimismamiento en el que tiende a caer la política...”*<sup>43</sup>.

<sup>42</sup> GUARDINI, R.: *Quien sabe de Dios conoce al hombre*. Madrid. 1995, p. 128.

<sup>43</sup> ORGANIZACIÓN DEMÓCRATA CRISTIANA DE AMÉRICA (ODCA): *El Nuevo Centro Humanista y Reformista. La Propuesta de ODCA*. Santiago de Chile. 2001, pp. 10 y ss.



La ODCA apostaba por una política abierta a partir de valores intemporales como la franqueza, la transparencia, la honradez y la integridad; pero también valores que no pretendían justificarse a sí mismos, sino convertirse en la condición del sentido del servicio al bien común, es decir, de la resolución de las inquietudes y de los problemas de las personas. La ODCA proponía una identidad y un estilo que se emplazaban en la centralidad de la persona humana. Ya en un artículo publicado el 21 de octubre de 1993, en plena etapa final de la DC italiana, bajo el título muy explícito de *Ritorno al centrismo?*, Pietro Scoppola definía la centralidad como un espacio en donde convergían las energías constitucionales que entienden que el proyecto democrático es siempre un proyecto de innovación y de reforma<sup>44</sup>. El estilo democristiano no es estático, sino dinámico, porque quiere ocuparse de los problemas de los seres humanos concretos. Y actuar significa moverse.

El pensamiento y la acción convergen en un concepto al que Jean Lacroix adjudicaba una muy concreta denominación: sinceridad<sup>45</sup>. La “franqueza” de Alcide de Gasperi y de la ODCA se convertía en una constante búsqueda para un ser humano que es, a lo largo de su existencia peregrina, un “hacerse”. Sinceridad como actitud, como propósito, y como opción de congruencia. Sinceridad como estilo.

Sinceridad para responder a la genuina vocación cristiana de servicio y de transformación. Tras obtener una amplísima victoria en las elecciones presidenciales chilenas de 1964, Eduardo Frei Montalva decidió escribir, el 5 de septiembre, su primera carta como presidente electo. Su destinatario era uno de sus más incondicionales respaldos en la esfera internacional: el Papa Pablo VI. Y en una misiva escrita en un bellissimo francés, el gran estadista chileno le expuso al Papa, hijo y hermano de diputado cristiano-demócrata, probablemente el Papa con más comprensión política de la historia, su convicción de hasta qué punto tenía “más necesidad, más que nunca, de una auténtica inspiración cristiana, tanto al nivel de las bases populares que nos han entregado su con-

---

<sup>44</sup> SCOPPOLA, P.: *La coscienza e il potere*. Roma-Bari. 2007, p. 68.

<sup>45</sup> LACROIX, J.: *Amor y Persona*. Madrid. 1996, pp. 115-116: “La unidad de pensamiento y de acción tiene un nombre: sinceridad. La palabra exige una explicación. Si el hombre, tal como hemos mantenido, no está totalmente dado, sino presente a sí mismo, si está en devenir y debe hacerse, si en él hay distinción entre el ser y el parecer, la sinceridad, como la conciencia, no puede ser un estado, sino una búsqueda. Se confunde a veces la sinceridad con una especie de coincidencia renovada del ser consigo misma, con un respeto absoluto de sus impresiones ingenuas. El ideal no sería elegirse, sino aceptarse”.

fianza, como al nivel correspondiente a las arduas tareas gubernamentales que nos aguardan”<sup>46</sup>.

El estilo democristiano se perfecciona al servicio de la persona y dentro del cuadro institucional del régimen constitucional. Para la Democracia Cristiana, el fin último de las instancias públicas es contribuir al libre desarrollo externo e interno de la persona. Y eso significa no tanto atender al mero bienestar político y económico, sino al bienestar humano integral. Y que “el derecho privado y público pueden y deben orientarse por principios superiores de justicia, allí donde el valor de la persona humana, tal como el define el catolicismo, y dada la libertad e imperfección de esa persona, se expresa de acuerdo al principio de ordenada igualdad y fraternidad humana”<sup>47</sup>.

Estilo y franqueza, desarrollo humano integral, bienestar de la conciencia, sabiendo lo difícil que es alcanzar una vida buena. Porque, como dice el Padre Pietro, el sacerdote, interpretado por el gran Aldo Fabrizi, y ejecutado por los nazis delante de los niños de su parroquia, en *Roma, ciudad abierta*, película rodada en 1945, bajo la dirección de Roberto Rossellini, por acoger en su casa a partisanos y, entre otros, a partisanos comunistas, cuando le preguntan, antes de su fusilamiento, si tiene miedo, responde: “morir bien es fácil, pero no es fácil vivir bien”.

La belleza del guión en el que trabajó Rossellini, el admirador y seguidor de Alcide de Gasperi, con su amigo Federico Fellini, viene a poner de manifiesto la entidad del desafío que se dibuja delante del ser humano que decide vivir bien: el desafío de la sinceridad. Para el democristiano, un requisito de identidad, una exigencia, y un auténtico reto de estilo. No es el único

## 2. LA GRATUIDAD

El V Congreso del PDC chileno ofreció un documento final extraordinariamente interesante a la hora de delimitar las cualidades que habrían de caracterizar a los servidores públicos cristiano-demócratas. En concreto, el epígrafe que lleva por denominación “Lealtad, probidad y unidad” reclamaba un desempeño coherente con un ideal de transparencia, independencia a toda forma de interés, y fraternidad en la expresión de posiciones y diferencias, una fraternidad que posibilitaba una genuina unidad, la basada en una adhesión fundamentada en

<sup>46</sup> ARCHIVO CASA MUSEO EDUARDO FREI MONTALVA (ACMEFM): *Carpeta 0.49*. C. c. 2.2/ IT, Carta de Eduardo Frei Montalva a Su Santidad el Papa Pablo VI del 5 de septiembre de 1964.

<sup>47</sup> LA PIRA, G.: *Para una arquitectura cristiana del Estado*. Buenos Aires. 1956, pp. 222 y ss.

la lealtad<sup>48</sup>. Creo que son conceptos que, en el ámbito del estilo, están unidos a un término esencial a la propuesta democristiana: la gratuidad. En el ser, en el estar y, sobre todo, en el actuar.

Federico García Lorca, un poeta no precisamente cristiano-demócrata, pero si profundamente cristiano, como habría de mostrar en su correspondencia familiar durante su estancia en Nueva York<sup>49</sup>, decía en los versos de uno de sus *Sonetos del amor oscuro*: “Quiero llorar mi pena, y te lo digo/para que tú me quieras y me llores”. La gratuidad es incondicional. Pero la gratuidad es también el primer requisito de la lealtad y la reciprocidad que perfeccionan el amor humano. Cuando regalamos nuestro amor realizamos, es evidente, una invitación a una respuesta al menos equivalente por parte de las personas receptoras de nuestra donación. Y esa esperanza íntima de respuesta no invalida la gratuidad de nuestro comportamiento.

Como en *Notting Hill*, la película de Roger Michell de 1999, que narra los altibajos de la relación sentimental que mantienen un librero del popular barrio londinense, interpretado por Hugh Grant, y una estrella del cine a la que da vida Julia Roberts, cuando ella, Anna Scott en la película, acude a la librería, especializada en viajes, para decirle que “no soy más que una chica pidiéndole al chico del que está enamorada que la quiera”. Al final, el amor, siempre incondicional si es que aspira a ser auténtico, alberga la expectativa íntima, y legítima, de la correspondencia. En el fondo de la gratuidad en la donación no resulta nada difícil detectar esa ilusión que es la suprema entre todas las ilusiones humanas.

Paul Ricoeur lo denominaba el “mandamiento que precede a toda ley. ‘¡Ámame!’ “, partiendo del presupuesto de que “el mandato del amor es el amor mismo”<sup>50</sup>. En último término, la existencia humana es una experiencia de amor que Federico García Lorca evocaba cuando ponía fin a su poema recordando, en el último terceto, “Que lo que no me des y no te pida/ será para la muerte,

<sup>48</sup> PARTIDO DEMÓCRATA CRISTIANO: *V Congreso Nacional. Para Ganar el Futuro. Chile. 2008-2027. Síntesis de los acuerdos del Congreso*. Santiago de Chile. 2008, p. 17: “Asignamos la mayor importancia a la lealtad con los principios y la consecuencia y coherencia. Quienes, en representación de la Democracia Cristiana, ocupan cargos públicos, deben ejercerlos con absoluta honestidad, transparencia, autonomía respecto de los grupos de presión y buen criterio, para servir al bien común. Queremos un partido unido, capaz de convivir respetando la diversidad de aportes dentro de un cauce doctrinario común y de resolver sus diferencias internas dentro de un espíritu fraterno. La fraternidad es el valor superior de unidad en las ideas”.

<sup>49</sup> GARCÍA LORCA, F.: *Federico García Lorca escribe a su familia desde Nueva York y La Habana (1929-1930) Poesía. Revista Ilustrada de Información Poética N.º 23-24*. Edición de Christopher Maurer. Madrid. 1985, pp. 47-48. Vid. igualmente SAN MIGUEL PÉREZ, E.: *¡España, más España! La vida con la historia*. Madrid. 2011, pp. 114 y ss.

<sup>50</sup> RICOEUR, P.: *Amor y Justicia*. Madrid. 1993, p. 18.

que no deja/ ni sombra por la carne estremecida”. Todo cuanto los seres humanos no le entregamos al amor, y en forma incondicionada, será patrimonio de la muerte. O, mejor dicho: pertenece a la muerte ya. A esa forma silente del morir que, en la vida cotidiana, adquiere formas y denominaciones tales como mediocridad, indiferencia, insensibilidad, irresponsabilidad, miedo, o comodidad.

Provenimos del amor, nada retóricamente. Por eso es tan legítimo y tan racional suponer que vamos también hacia el amor. John Kennedy, en medio de las dificultades con las que hubo de enfrentarse a la histórica campaña presidencial de 1960, más de medio siglo después todavía conceptuada como la más importante de la historia, encontraba la explicación última a su propia vocación política, y a la energía y convicción que posibilitaban que superara todos los obstáculos que aparecían en la carrera electoral, y muy singularmente dentro de las filas de su propio partido, en ese sentimiento profundo de amor, de enorme respaldo y acompañamiento, de acogida, de pertenencia, de identidad, de sentida felicidad, que había tenido el privilegio de experimentar desde su infancia<sup>51</sup>.

Giuseppe Dossetti, igualmente, les recordaba a Pietro Scoppola y Leopoldo Elia que su primera relación con la vida religiosa había seguido un cauce familiar y no organizado. Dossetti mantenía que su auténtica maestra había sido su propia madre, que cada domingo impartía lecciones, o bien a su hermano, o bien a él mismo. Pero, en el marco de esa militancia cristiana diocesana, se había visto envuelto en el conflicto entre Pío XI y Mussolini como consecuencia de las actividades de Acción Católica en 1931.

Y Dossetti, que apenas con 18 años era presidente de la asociación parroquial, y estaba en plenas evaluaciones finales preparando el primero de sus grandes exámenes universitarios en medio de la noche avanzada, se encontró con que, súbitamente, la policía entró en su casa. El futuro líder democristiano aclaraba siempre que el comportamiento del comisario que lideraba a los agentes del gobierno fascista, un hombre inteligente y educado, avergonzado por la situación que estaba protagonizando, había sido correcto. Pero el comisario cumplió con su misión: comunicarle al casi adolescente presidente Dossetti que su círculo parroquial de estudiantes había quedado clausurado por orden gubernativa. El balance de Dossetti sería nítido: “este hecho, en sí muy pequeño,

<sup>51</sup> CASEY, S. A.: *The making of the catholic president. Kennedy vs. Nixon. 1960.* Oxford. 2009, pp. 28-29. Vid. igualmente PIETRUSZA, D.: *1960. LBJ vs. JFK vs. Nixon. The Epic Campaign That Forged Three Presidencies.* New York. 2008, pp. pp. 6 y ss.

fue también muy significativo, porque sirvió para orientar el resto de mi vida”<sup>52</sup>. Dossetti había sido educado por el amor y para el amor, y no para convertirse en víctima propiciatoria de un régimen despótico. Se sabía amado, y sabernos amados nos emancipa. La gratuidad nos libera.

Una gratuidad que constituye el primer presupuesto del hambre y sed de justicia. Y, partiendo de la validez de los históricos pilares de ese ideal de justicia, esto es, la distribución y la igualdad, la perspectiva del servidor público de inspiración cristiana puede y debe avanzar en la agregación de un tercer concepto: el del don, un concepto que se identifica con la gratuidad como condición de existencia<sup>53</sup>.

Dar, decía Romano Guardini, era lo más natural y, por lo tanto, lo más grande y lo más difícil en la vida. Pero siempre que se da lo mejor, lo más bello, “algo precioso, y no triste despojo”. Dar con alegría. Dar con ilusión. Y, añadía el filósofo nacido en Verona y fallecido en Munich, no era tan importante, con serlo, qué se da, como la manera en que se hacía<sup>54</sup>. Dar es, ante todo, forma y modo. Dar es estilo. La gratuidad es parte insustituible de la identidad democristiana.

Luigi Sturzo, ya con motivo de la fundación del Ppi, declaraba el 18 de enero de 1919 que le preocupaba extraordinariamente la suerte de una democracia rodeada por las tentativas de los nuevos imperialismos, por los imprevisibles y anárquicos desarrollos de los grandes imperios en decadencia o caídos, por los nuevos regímenes totalitarios, todavía más imprevisibles en cuanto a la violencia de sus posicionamientos, y por los viejos “liberalismos sectarios” que, a través de la fuerza del organismo estatal centralizado, resistían a “las nuevas corrientes emancipadoras”. La respuesta, sabía Sturzo, era eminentemente política.

Pero lo sabía también Jacques Maritain, que reclamaba una inteligencia cristiana que permaneciera fiel a sí misma, “tanto en el orden práctico, social y

<sup>52</sup> ELIA, L.; SCOPPOLA, P.: *A colloquio con Dossetti e Lazzati (19 novembre 1984)* Bologna. 2003, p. 23.

<sup>53</sup> RICOEUR, P.: *Amor y Justicia...*, p. 28: “...Así, el Dios de la esperanza y el de la creación son el mismo en los dos extremos de la economía del don. Al mismo tiempo, la relación a la ley y la relación a la salvación reciben el signo de su pertenencia respectiva a esta economía de estar situados ‘entre’ creación y escatología”.

<sup>54</sup> GUARDINI, R.: *Cartas sobre autoformación*. Buenos Aires. 1996, p. 31: “Lo más valioso del don es el modo con que se da. La misma cosa puede ser un amable coloquio o un frío expediente; honor o humillación; una acogida cordial o una repulsa; una cosa hosca, forzada o algo elevado o alentador.

Así pues, dad con gusto... Rápidos, no nos hagamos rogar. Lo mejor es no aguardar a que se nos pida, sino adelantarnos nosotros; observar dónde hay alguna falta, ir allí personalmente, interesarnos. Y esto no por necesidad abrumadora, por exigencia de justicia, sino con libertad, con una pura alegría dadivosa”.

político, como en el orden especulativo”. A partir de ambos presupuestos sería posible la creación de partidos de estructura novedosa, de inspiración cristiana, en donde la inteligencia cristiana acertara a impulsar “una actividad política vitalmente cristiana, con su esencia propia y unas características originales”. Sólo así sería concebible la creación de organizaciones políticas dotadas de una renovada identidad<sup>55</sup>.

Inteligencia, emancipación, identidad, originalidad. Signos de la gratuidad. Aunque, diría, la fuerza última de la gratuidad es su potencia liberadora. La gratuidad es una virtud que identifica a las personas genuinamente libres. Una persona libre es una persona que da y se da. Pero sabiendo que el auténtico modo del don de la gratuidad es la naturalidad, es decir: la autenticidad y la belleza en una donación que, como decía Guardini, implanta una nueva y original forma de felicidad y plenitud<sup>56</sup>.

La Madre Teresa recordaba siempre la definición de cristiano que le escuchó a un hinduista que conocía bien el trabajo que realizaban ella y sus misioneras: “el cristiano es alguien que se da”<sup>57</sup>. Robert Kennedy coincidía en los términos de la definición, pero aplicada a la acción política: “la política es una forma de darse a los demás”. No existiría estilo democristiano, porque no existiría la propia Democracia Cristiana, sin la gratuidad.

El amor, decía Max Scheler, implica abandonarse a compartir y participar. Y, como tal, el abandono, que es también impulso, empuja a conocer y querer. Y, además, a disfrutar de sentido y significación en ese itinerario del conocimiento

<sup>55</sup> MARITAIN, J.: *Para una filosofía de la persona humana*. Buenos Aires. 1984, pp. 237: “Imaginemos una fraternidad política de hombres decididos a poner en práctica, una vez adaptados al orden temporal... los métodos consagrados por los cristianos de mejores épocas y por los apóstoles de todos los tiempos... practican la pobreza, aceptan las penas infamantes, ejercen sobre sí mismos una severa vigilancia para no faltar nunca a la justicia, y nunca permiten que la mentira u otra cualquiera de las cosas que degradan al hombre vengan a manchar sus actos. Además, tienen verdadero amor a sus enemigos, pues aman tanto a los que combaten como a los que defienden, y el mismo daño que reciben en sus personas es absorbido y consumido en la caridad. El amor aniquila todo mal en sus corazones...”.

<sup>56</sup> GUARDINI, R.: *Cartas sobre autoformación...*, pp. 32-33. “Únicamente el hombre libre puede dar bien... Con un corazón alegre solamente puede dar el que es libre... Y viceversa, no hay mejor manera de liberarse que dar un corazón generoso. Cada don contribuye a liberarnos y cuanto más libres estemos, más puro será nuestro don. En el fondo sabemos con toda certeza que lo que se da con amor no se pierde para el donante... dar no es perder, porque el amor custodia...”.

El amor no sólo custodia; el amor transfigura. Lo dado en amor se convierte en gloria de Dios. Si uno da en amor, resulta que algo terreno y caduco se convierte en celestial y eterno. Una cosa mezquina es transformada en gloria y magnificencia. Una plenitud totalmente nueva nace allí”.

<sup>57</sup> MADRE TERESA DE CALCUTA: *Orar*. Pensamientos seleccionados, ordenados y traducidos por José Luis González-Balado. Barcelona. 1997, p. 40.

y del amor<sup>58</sup>. Un amor que es desprendimiento hacia el bien, pero desprendimiento vivido con la pasión de quien ha descubierto, como Pedro Salinas en *La voz a ti debida*, la “alegría de vivir sintiéndose vivido”. Es decir: la verdadera plenitud de la existencia misma.

### 3. LA CALIDEZ

Esa alegría es, seguramente, uno de los más poderosos argumentos para la fraternidad humana, Las breves memorias de Pietro Scoppola se originaron, como él mismo habría de confesar, cuando, tras ser operado del corazón en 2003, un tumor que consideraba controlado reapareció, y le obligó a un disciplinado tratamiento médico. Fue ese el momento en que decidió reflexionar sobre su existencia y su compromiso cristiano, acudiendo a la experiencia extraordinaria del Concilio Vaticano II como gran vivencia explicativa y fundamentadora de su identidad y de su militancia como democristiano.

Pero fue entonces, también, cuando confesó haber sido capaz de conocer y comprender a las jóvenes generaciones, y muy especialmente la incertidumbre que las aquejaba. Y, sobre todas las cosas, comprender las dos respuestas que los jóvenes parecían haber decidido oponer a la angustia y a la falta de certezas: o bien el rechazo de todo horizonte de fe y de valores, toda vez que la existencia carecería de sentido, contenido y lógica; o bien adherirse a una fe carente de pensamiento, sin interrogantes, sin afán de búsqueda, sin racionalidad, y sin exigencia<sup>59</sup>.

Para el democristiano, creo que una meditación sobre el estilo es necesariamente un ejercicio apasionado de reflexión desde el análisis, de exigencia, y de investigación, pero también una reflexión ardua, porque la fe cristiana es una opción de libertad o, como decía el cardenal Lustiger, de París, representa “la elección de Dios” por parte del ser humano concreto.

Y, por eso, porque ser cristiano equivale a un permanente examen de conciencia, el estilo democristiano se encuentra enraizado en la duda y en el inconformismo. En la Democracia Cristiana se conjugan una pulsión espiritual, y una

<sup>58</sup> SCHELER, M.: *Ordo amoris*. Madrid. 1996, pp. 44-45: “Lo que llamamos ‘conocer’ -...-supone siempre este acto primario y radical: un abandonar su propio ser y sus estados, sus propios ‘contenidos de conciencia’, una *trascenderlos* para llegar, en lo posible, a un contacto vivido con el mundo. Y lo que llamamos ‘real’ supone ante todo un acto de voluntad realizadora de algún sujeto, y a su vez este acto de voluntad supone un amor que le precede y le imprime dirección y contenido. Es, por tanto, siempre el *amor* lo que *nos despierta para conocer y querer*; más aún, es la madre del espíritu y de la razón misma”.

<sup>59</sup> SCOPPOLA, p.: *Un cattolico a modo suo*. Brescia. 2008, pp. 14 y ss.

identidad política que obedecen a un esfuerzo constante e implacable de lucidez. La Democracia Cristiana es una opción difícil y exigente, porque no se contenta con sostenerse en argumentos materiales o tangibles como su propia experiencia de gobierno. Pero eso, convierte también a la Democracia Cristiana en una opción que ofrece a la persona y al ciudadano la posibilidad de participar en un diálogo permanente. Y, en este diálogo, todos somos bienvenidos.

Creo que esa invitación perenne al encuentro y al diálogo puede muy bien denominarse calidez. Y, en el plano de las actitudes, políticas y personales, la calidez nos interpela necesariamente a una reflexión que deberá partir de un sentido y profundo ejercicio de cercanía, de proximidad y de identidad con los seres humanos, es decir, de un sentido y profundo ejercicio de humanidad.

La calidez es la consecuencia última del conjunto de hábitos y comportamientos que cabe esperar en todo servidor público, pero muy singularmente en los servidores públicos en cuanto cristianos: la sencillez, la humildad, la moderación, la austeridad, la accesibilidad, el equilibrio... Y, al lado de todas las cualidades de templanza, de serenidad y sosiego, un sentido profundo del rigor y de la exigencia en cuanto al obrar ordinario, y de humana y legítima ambición compartida, al servicio de la promoción de la vida y de la dignidad humanas. La calidez es parte esencial de nuestra obligación de jugarlos todo por Jesucristo. De equivocarnos con grandeza, en la audacia, en el desafío, en la aventura, en la pasión. La calidez es el cauce natural para la invitación al compromiso.

La calidez es imprescindible en política. Cuando el Partido Democrático nació en Italia como agregación de tradiciones ideológicas de centro y centroizquierda, que incluían el liberalismo progresista, el ecologismo, la socialdemocracia, y la democracia de inspiración más socialcristiana, es decir, acudiendo a un ejercicio responsable y consciente basado en una suerte de razón “fría”, en expresión de la época, Giuseppe Galasso, veterano dirigente del histórico Partido Republicano de Mazzini, gran historiador e hispanista, se preguntó si era posible construir un partido sin sueños y sin entusiasmos, sin mitos y sin pulsiones emotivas, sin las tensiones, esperanzas e, incluso, las ilusiones del corazón, es decir, sin todo cuanto acompaña a la razón en el accionar público<sup>60</sup>.

Es muy necesaria esa calidez cuando se considera la dureza de la dedicación política, y el escrutinio despiadado al que se ven sometidos los servidores públicos. John Fitzgerald Kennedy, siendo todavía senador, mantenía siempre que, en ninguna otra profesión que no fuera la política, los ciudadanos esperaban que

<sup>60</sup> GALASSO, G.: “Governo Prodi, maggioranza e partito democratico”, en RACINARO, R. (A cura di): *Sul Partito Democratico. Opinioni a confronto*, pp. 63-74. Napoli. 2007, p. 71.



una persona lo sacrificara todo por el bien común. Es más: consideraba legítima la formulación de esa expectativa de sacrificio de toda forma de interés privado al bien nacional<sup>61</sup>. Esa es la grandeza de la política. Y por eso los valores más eminentes de la condición humana se encuentran siempre dentro de su órbita de acción y decisión. De la política cabe esperar siempre lo mejor. Muchas, muchas veces, y muchísimas más que menos, lo da.

La grandeza pertenece, así pues, a la calidez de la donación, de la entrega, del desprendimiento, y de la generosidad. Y la mediocridad al comportamiento interesado y medroso. Gabriel Marcel decía en sus diarios filosóficos, hace más de ocho décadas, el 30 de marzo de 1931, que una terrible manifestación del “tener” representaba, en el fondo, un permanente anclaje en el pasado<sup>62</sup>. Por no decir instalarse en él. La obsesión por el tener reduce a los seres humanos a la imposibilidad de ganar el futuro. Nada tiene que ver con ese futuro quien ha privilegiado el tener sobre el ser. El futuro, y la calidez, son del ser.

En el *Diario de un cura rural*, de Georges Bernanos, el sacerdote protagonista, devorado por un tumor fulminante del que no ha tenido la menor voluntad en tratarse, agotado por la pobreza de una existencia en donde el sustento cotidiano es apenas pan duro mojado en un poco de vino, decide acometer el supremo objetivo de no ser, de negarse a sí mismo, de olvidarse de su morada, de los que un día fueron sus deseos y sus anhelos. El cura escribirá, en las últimas líneas de su diario: “la gracia es olvidarse”. Y cuando Louis Dufrety escribe al más cercano colega del joven sacerdote prematuramente fallecido, al célebre cura de Torcy, para referirle los últimos instantes de la existencia de su joven colega, le relata que, a punto de morir quiso decirle unas últimas palabras. “¡Qué más da! Todo es ya gracia”<sup>63</sup>.

---

<sup>61</sup> KENNEDY, J. F.: *Perfiles de coraje*. Buenos Aires. 1957, p. 21: “En ninguna otra ocupación que no sea la política se espera que un hombre sacrifique honores, prestigio y su carrera elegida en base a una simple decisión”.

<sup>62</sup> MARCEL, G.: *Ser y Tener*. Madrid. 1996, p. 87: “Me parece evidente que el tener implica siempre la oscura noción de una asimilación (no tengo sino algo que ha sido hecho mío, de un modo u otro) y por tanto de una referencia al pasado”.

<sup>63</sup> BERNANOS, G.: *Diario de un cura rural*. Madrid. 1998, pp. 287 y 285: “Todo ha terminado ya. La especie de desconfianza que tenía de mí, de mi persona, acaba de disiparse, creo que para siempre. La lucha ha terminado. No la comprendo ya. Me he reconciliado conmigo mismo, con este despojo que soy.

Odiarse es más fácil de lo que se cree... Pero si todo el orgullo muriera en nosotros, la gracia de las gracias sería apenas amarse humildemente a sí mismo, como a cualquiera de los miembros dolientes de Jesucristo”.

Gabrielle “Coco” Chanel mantenía, según Paul Morand, que “todo aquel que piensa en sí mismo está ya muerto”<sup>64</sup>. Ninguna forma de genuina intuición creativa, y no digamos de genio creativo, y Gabrielle Chanel fue, por muchos conceptos, intuición y genio en armonía y para la acción, pueden esperarse de la egolatría, del ensimismamiento, de la tristeza empobrecedora del “yo”. No cabe imaginar, ni siquiera concebir, la calidez para uno mismo. La calidez es relacional. La calidez es comunitaria.

El argumento que redactó el que probablemente sigue siendo el más formidable equipo de guionistas de la historia, integrado por Vittorio de Sica, Cesare Zavattini, Oreste Biancolli, Suso Cecchi D’Amico, Adolfo Franci, Gherardo Gherardi y Gerardo Guerrieri, y que el propio Vittorio de Sica convirtió en una de las películas más inolvidables de la historia del cine, *Ladrón de bicicletas*, contiene algunos fragmentos verdaderamente memorables. La oración de los pobres, sin embargo, una oración que puede hacer suya cualquier ser humano que en algún momento de su vida ha padecido la pobreza material o de espíritu, constituye seguramente la mejor expresión de una generación de artistas y creadores en cuanto cristianos que nos regalaron, con alegría y confianza, el redescubrimiento de las gracias que en cada ser humano concreto ejercía la humildad profunda.

Pero, sobre todo, de la acción transformadora del amor fraterno, de una caridad que se convertía “una caricia y en un beso en la mejilla de Cristo”<sup>65</sup>. Una caridad que nos empuja a compartir. Una caridad que nos convierte, plenamente, en servidores públicos.

#### 4. LA AMISTAD

Luigi Sturzo reclamaba “crear cátedras de una especie de universidad popular de los católicos para reeducar y entender” las nuevas realidades a las que se enfrentaba una ciudadanía cristiana que, para desarrollar nuevas respuestas a también novedosas problemáticas, necesitaba contenidos y argumentos. Y no los necesitaba tan sólo en sede académica, sino en el conjunto de las organiza-

<sup>64</sup> MORAND, P.: *El aire de Chanel*. Barcelona. 2006, p. 157.

<sup>65</sup> DE SICA, V.: *Ladrones de bicicletas*. México. D. F. 1977, p. 86: “...Iluminado, regreso a mi pobreza corporal para recorrer de nuevo los caminos del dolor y de la privación... Te agradezco, Jesús mío, los dones espirituales que me has dispensado. Te agradezco la gracia que mi cuerpo va a recibir, en nombre tuyo y con exaltada humildad, de manos de aquéllos que creen firmemente que cada acción en contra de la miseria y de la pobreza es como una caricia y un beso sobre la mejilla de Cristo en bien de la doliente humanidad. Regrésales en bendiciones, a ellos y a sus familias, toda la bondad de su caridad. ¡Así sea!”.

ciones e instancias cuya naturaleza y razón de ser no era otra que el accionar público en cuanto cristiano<sup>66</sup>.

El mejor exponente de las nuevas iniciativas de formación para la acción, emprendidas por los cristianos, y singularmente en un contexto tan hostil como la dictadura fascista, se corresponde con la fundación de la Universidad Católica del Sagrado Corazón de Milán, por Agostino Gemelli, y la consiguiente creación de la Federación Universitaria Católica Italiana, la mítica FUCI, de la que muy prontamente habría de ser nombrado capellán “Don Batista”, el Padre Gian Batista Montini. Universidad y FUCI, bajo el liderazgo de Gemelli y Montini, habrían de poner en práctica una singular y original metodología para la integración y la cohesión de sus jóvenes estudiantes y militantes: la amistad<sup>67</sup>.

La amistad es el más noble de todos los impulsos. Pero la amistad puede y debe cultivarse. Y la metodología “fucina” para hacerla posible era una síntesis de imaginación y disciplina, de amor y exigencia, de apertura y trabajo. No existía ninguna reserva en cuanto a la aceptación e integración de cuantos jóvenes quisieran participar en sus actividades. Ni mucho menos se exigía o se potenciaba la adhesión de los jóvenes cristianos o se vetaba la agregación de quienes no profesaban el cristianismo. La incorporación a la FUCI era una decisión plenamente libre, singularmente en un contexto histórico de persecución. Y el respeto por la libertad y las convicciones del otro era la premisa básica de su funcionamiento.

Pero, con el mismo énfasis, cualquier nuevo integrante de la FUCI, sin excepción, era sometido a la misma exigente disciplina de trabajo de todos los militantes de la organización. Amistad, sí, pero amistad para el trabajo, para la responsabilidad, y para la acción. La confluencia entre afecto fraterno en la actitud y severa exigencia en cuanto a las tareas a desarrollar, comenzando por un curso de filosofía fundamental, desde el mundo helénico, con especial detención en Santo Tomás y, en último término, en Maritain, pero pasando también por Hegel y Marx, posibilitaba que todos los jóvenes pudieran madurar su identidad de pensamiento y sus ideas políticas sólidamente. Y, a partir de la adquisición de esa identidad, acudir al debate político con apertura, con genuina voluntad de diálogo, sin miedos y sin complejos: sólo los fanáticos y los sectarios, siempre inseguros, tienen pánico al diálogo. Para un demócrata, y sobremanera para un demócrata de inspiración cristiana, la pluralidad intrínse-

<sup>66</sup> STURZO, L.: *Il manuale del buon politico*. A cura di Gabriele de Rosa. Milano. 1996, pp. 101 y ss.

<sup>67</sup> GHIRARDI, A.: *Democristiani. Storia di una classe politica dagli anni Trenta alla Seconda Repubblica*. Milano. 2004, pp. 16 y ss.

ca a la vida democrática es siempre un auténtico festejo de la inteligencia, de la razón, y de la convivencia<sup>68</sup>.

Para la Iglesia, todavía reciente la condena del *Sillon* y de unos métodos que, por muchos conceptos, anticipaban los aplicados por monseñor Montini en la FUCI<sup>69</sup>, una condena que, en todo caso, no sólo no conllevó el apartamiento de la obediencia católica por parte de Marc Sangnier y de sus discípulos, sino que todos permanecieron dentro de la propia Iglesia, y participaron activamente en la fundación del PDP y después del MRP, en un ejemplo imborrable de sacrificio y de lealtad<sup>70</sup>, la experiencia milanesa estableció un esquema de trabajo que reside en la base de la refundación de la Democracia Cristiana, durante y después de la II Guerra Mundial, y de la propia renovación del mensaje eclesial, a partir del Concilio Vaticano II.

La amistad exigente, la amistad con tarea y con proyecto, la amistad que aúna exigencia y esfuerzo, sacrificio y laboriosidad, compromiso y responsabilidad, la amistad que sabe ser militancia, pertenece a las más representativas expresiones de la identidad, la manera de ser y, en definitiva, el estilo democristiano.

Luigi Sturzo declaraba en un artículo publicado en *El Matí*, el órgano de expresión de *Unió Democràtica de Catalunya*, el partido cristiano-demócrata más

<sup>68</sup> TIRABOSCHI, M.: *Agostino Gemelli. Un figlio di San Francesco tra le sfide del Novecento*. Città del Vaticano. 2007, pp. 30 y ss.

Qué diferente era la Universidad que, casi en los mismos años, conoció Josep Plà en Barcelona, y qué él mismo sentenció, *cf.* PLÀ, J.: *El cuaderno gris*. Barcelona. 2009, p. 103: “A veces pienso que si los obreros, los comerciantes, los industriales, los payeses, los banqueros, fuesen en el trabajo, en la industria, en la banca, en la tierra, como los profesores de la universidad, todo quedaría detenido y parado. El mundo se detendría en seco.

¡Soñar con la universidad...! ¡Es absolutamente grotesco! Este mundo que incita a soñar tan bellas cosas... y que os lleva a pensar en unos señores medio dormidos delante de una mesa montada sobre una tarima...”.

<sup>69</sup> LEFÈVRE, D.: *Marc Sangnier. L'aventure du catholicisme social*. Paris. 2008, pp. 72 y ss.

<sup>70</sup> SAN PÍO X: *Carta Apóstolica Notre Charge Apostolique que condena la “Democracia Cristiana”*. s. a., p. 20: “Las doctrinas del *Sillon* no quedan en el dominio de la abstracción filosófica. Son enseñadas a la juventud católica y, además, se hacen ensayos para vivirlas. El *Sillon* se considera como el núcleo de la ciudad futura; la refleja, por consiguiente, lo más fielmente posible. En efecto, no hay jerarquía en el *Sillon*. La minoría que lo dirige se ha destacado de la masa por su selección, es decir, imponiéndose a ella por su autoridad moral y por sus virtudes. La entrada es libre, como es libre también la salida. Los estudios se hacen allí sin maestro; todo lo más, con un consejero. Los círculos de estudio son verdaderas cooperativas intelectuales, en las que cada uno es al mismo tiempo maestro y discípulo. La camaradería más absoluta reina entre los miembros y pone en contacto total sus almas; de aquí al alma común del *Sillon*. Se la ha definido como ‘una amistad’. El mismo sacerdote, cuando entra en él, abate la eminente dignidad de su sacerdocio y, por la más extraña inversión de papeles, se hace discípulo, se pone al nivel de sus jóvenes amigos y no es más que un camarada”.

antiguo de España, el 19 de septiembre de 1933, que la vida pública tenía como base el afán de justicia. Pero, añadía el Padre Sturzo desde su exilio londinense, si la justicia no se entendía como verdadero amor al prójimo, y no se perfeccionaba con ese mismo sentimiento de amor, no existiría tal justicia en el pleno sentido moral y cristiano de la palabra. La democracia, diría más recientemente Marcello Veneziani, “no es el reino del relativismo” y tampoco “es indiferente a los valores y a la responsabilidad”<sup>71</sup>. Amor, valores, y responsabilidad que se comparten. Esto se aproxima mucho a una definición de la amistad denotativa del estilo cristiano-demócrata.

La amistad es una condición de existencia, porque es una condición de fraternidad, es decir, de una existencia genuinamente humana. Pero es, también, una condición política, un valor democrático, y un valor de Estado. Y, en este año 2012, alcanza rango de valor en el ámbito de las relaciones internacionales, frente a la necesidad de construir un orden mundial justo. Claudio Orrego Vicuña lo sostenía hace ya tres décadas: si debemos pensar en imaginar un mundo en el que merezca la pena vivir y, sobre todo, en el que merezca la pena que vivan nuestros hijos, tiene que ser un mundo de amor y de amistad, de comprensión y de humildad<sup>72</sup>.

La construcción de ese mundo es parte esencial de la razón de ser de la Democracia Cristiana. Y esa sí que es una ambición tan legítima como honorable, y una ambición a la medida del estilo democristiano: la plena realización de la vida, la dignidad y la grandeza de la condición humana.

## 5. LA VIDA DEL ESPÍRITU

Romano Guardini mantenía que el alma se nutría de alegría, una alegría no incompatible con el dolor, pero sí con el mal humor y con la melancolía<sup>73</sup>. La alegría, como la esperanza, es condición de partida de la incardinación del cristiano en el mundo. Y, más concretamente, para el demócrata de inspiración cristiana, resulta evidente que, como mantenía Jacques Maritain, el impulso

<sup>71</sup> VENEZIANI, M.: *Comunitari o Liberali. La prossima alternativa?* Bari. 2006, pp. 93 y ss.

<sup>72</sup> ORREGO VICUÑA, C.: *El Desafío Político de Puebla. Reflexiones de un Laico para Laicos*. Santiago de Chile. 2002, p. 101: “Un mundo posible es un mundo de amor y de amistad. Aquel en que la debilidad ajena es comparada con la propia. En que el error del prójimo es comprendido a partir de una conciencia auto-crítica de las propias debilidades. Es un mundo comprensivo y tolerante; no en el sentido de confundir, en un mismo plano, la verdad y el error, sino de aceptar las limitaciones tanto de quien proclama la verdad como del que defiende el error”.

Sin amor y sin amistad -la versión laica del principio de fraternidad- los conflictos del futuro parecen irresolubles”.

<sup>73</sup> GUARDINI, R.: *Cartas sobre autoformación...*, pp. 9-10.

esencial al discurso democrático surge en la historia humana como una manifestación temporal de la inspiración evangélica. Que, como decía el filósofo parisiño, el cristianismo es “el fermento de la vida social y política de los pueblos” y el “portador de la esperanza temporal de los hombres”. Que el cristianismo es, en definitiva, en términos seculares, una corriente que se apodera del sentido y el significado de la historia al servicio de la emancipación humana, de la plena realización de la propuesta que Jesucristo dirige a cada ser humano concreto.

El estilo democristiano es joven. Como la condición humana. Como la democracia. Como la propuesta socialcristiana. Bernanos mantenía en su *Lettre aux anglais* que hasta la catedral de Chartres era joven, porque conseguía hacer latir los corazones y rejuvenecía los espíritus. Porque estaba llena de vitalidad. Y, por eso, porque la existencia era una juventud perenne del alma, los seres humanos preferían la miseria y la muerte a la mediocridad. Por eso, la cristiandad era la gran fuerza motriz del mundo. Por eso, cuando los grandes líderes democráticos de su tiempo, como Roosevelt decían, “soy demócrata”, en realidad estaban también diciendo: “soy cristiano”<sup>74</sup>.

El cultivo de la sensibilidad cultural, de la afinidad con todas las formas de la creación, de las bellas artes, de la ciencia y de la investigación, es también un renglón definidor de esa juventud del espíritu que caracteriza el estilo democristiano. El siglo XX fue con toda certeza el gran siglo de la cultura de inspiración cristiana, a despecho o, precisamente, gracias a la persecución auténticamente genocida a la que fue sometida<sup>75</sup>. Pero la persecución fue muy fecunda. Y, por eso, la permanente novedad del estilo democristiano radica en su sensibilidad, frescura y flexibilidad para saber leer los signos de los tiempos, y ofrecer visiones prospectivas auténticamente visionarias.

A este respecto, en un discurso finalizado en Santiago de Chile, el 31 de mayo de 1973, con destino al XII Congreso de la DC italiana, que habría de celebrarse entre el 6 y el 10 de junio siguientes, y en el que Eduardo Frei Montalva intervino en su sesión inaugural, el entonces senador por Santiago y presidente del Senado proponía una nueva interpretación de las relaciones económicas y de la propia identidad y presencia de los cristianos en la vida pública y en el escenario democrático, cuya lectura hoy, casi cuatro décadas después, solo puede mover a admiración, para a continuación afirmar la necesidad de que el estilo cristiano-demócrata fuera y siga siendo, siempre, un estilo de reflexión, de creación, de seriedad y de rigor en el análisis. Un estilo de creación:

<sup>74</sup> BERNANOS, G.: *Lettre aux anglais...*, pp. 210 y 290.

<sup>75</sup> LACROIX-RIZ, A.: *Le Vatican, l'Europe et le Reich*. Paris. 2010, pp. 344 y ss.

*“...El Occidente sufre la crisis de su propio éxito. Si tuviéramos tiempo para reflexionar deberíamos quedar atónitos ante el hecho de que la causa de la inquietud que atraviesa el corazón de las naciones prósperas es justamente su prosperidad...*

*Resulta ahora que la sociedad de consumo genera en su interior las mayores y más hondas insatisfacciones.*

*Por eso creemos los que abrazamos una vocación social y humana, cuya raíz e inspiración está en el Evangelio, que hemos tenido razón al plantear nuestra ruptura con este mundo, con sus injusticias y sus desniveles.*

*...Ha llegado el momento, como lo dijera el actual Pontífice, de dar un contenido histórico, económico y político a la doctrina social de la Iglesia... Esta no puede nacer de la fuerza ni del Poder. Solo será creadora si nace de la conciencia de los hombres y se proyecta en un nuevo modelo de sociedad humana, que no tiene sentido si no fluye de la libertad de cada hombre y se refleja en una comunidad en que cada uno tenga una participación creadora profundamente vital y humana...*

*Solo así se puede construir una sociedad personalista, comunitaria, pluralista y democrática...*

*Requiere esto un esfuerzo intelectual de la mayor magnitud, en que toda audacia es permitida, donde la imaginación creadora de los grupos políticos, culturales, de las élites, de obreros, de campesinos y sobre todo de la juventud, tienen un camino abierto.*

*Esta empresa intelectual y política supone un enorme esfuerzo moral, una idea de servicio y de acción, pero sobre todo una tarea de reflexión y de profundidad intelectual sin precedentes...*

*Una tarea para los que tienen fe y esperanza”<sup>76</sup>.*

---

<sup>76</sup> ACMEFM: *Carpeta* 262. EFIN/ 1-04. Discurso de Eduardo Frei Montalva en el XII Congreso de la Democracia Cristiana. 6 de junio de 1973: “La política en pocos años ha dejado de ser local para adquirir dimensiones planetarias. Y al mismo tiempo observamos con temor que se concreta la amenaza de la extinción de los recursos naturales no renovables, la contaminación de los mares, ríos y lagos y la degradación de la atmósfera...”

Por eso creemos los que abrazamos una vocación social y humana, cuya raíz e inspiración está en el Evangelio, que hemos tenido razón al plantear nuestra ruptura con este mundo, con sus injusticias y sus desniveles.

La prodigiosa expansión económica ha estado acompañada por un sistema progresivamente alienante por su propia naturaleza. La crisis no es sólo económica. Es una crisis de civilización en el sentido del hombre, de los medios y los fines...

Nunca hará una progresión en un sentido verdaderamente humano y sólido sino a través del ejercicio de su propia responsabilidad que lo educa para ser libre”.

Tras finalizar su experiencia como presidente de la Comisión Europea, Romano Prodi sostenía que era necesario, entre otras tareas, proceder a la recuperación del sentido profundo de la ciudadanía, o lo que era lo mismo, del sentimiento de pertenencia a la comunidad como fundamento para recobrar la motivación necesaria para la participación política. Ciudadanía, pertenencia, comunidad, participación... son conceptos que se encuentran en la mejor tradición de pensamiento de la Democracia Cristiana<sup>77</sup>.

Y el sentido de la identidad, la pertenencia y la participación exigen, como decía Robert Schuman en *Para Europa*, “un alma”. El alma que, siguiendo al gran exponente de la cristiano-democracia francesa y universal, se encuentra cuando se promueve “una voluntad política al servicio de un mismo ideal humano”<sup>78</sup>. El estilo democristiano es, en definitiva, un estilo político.

O lo que es lo mismo: un estilo que entiende la política como el más privilegiado de los instrumentos seculares y la más cualificada de las herramientas profanas para la plena, nítida y lúcida expresión de la propuesta cristiana de la persona humana, de su vida en familia y en comunidad, y de su deber y responsabilidad de compromiso al servicio de la fraternidad. La política, como deber, como vocación, y como horizonte de esperanza, es parte esencial del estilo democristiano. Ser democristiano significa ser, siempre, ciudadano. La política es la más genuina de las maneras de ser del demócrata de inspiración cristiana.

Por eso el estilo democristiano perdura en el tiempo. El democristiano es un militante intemporal, comprometido con la juventud del alma, o lo que es lo mismo, con la fe y la confianza; a veces incluso con la ingenuidad y la candidez. Un estilo que recorre toda la experiencia humana, desde la exuberancia y la brillantez hasta la extrema modestia y contención. En todo caso, un estilo jovial y afable, lleno de verdadera humanidad.

Tras el asesinato de Aldo Moro, el 9 de mayo de 1978, Eduardo Frei Montalva le dedicó un sentido homenaje que, por la entidad de ambas figuras, que se profesaban un verdadero afecto, plasmado en el envío de cartas manuscritas por Moro a Frei Montalva, siendo Moro primer ministro y Frei Montalva presidente, encierra una significación excepcional. Y, en ese homenaje, se encerraba un afecto que subsistía intacto, unido a un poderosísimo sentido de comunidad, de identidad, y de hermandad:

<sup>77</sup> PRODI, R.: *La mia visione dei fatti. Cinque anni di governo in Europa*. A cura di Silvia Gozi. Bologna, 2008, p. 145.

<sup>78</sup> SCHUMAN, R.: *Para Europa*. Madrid. 2006, p. 53.



*“El contraste que presentaba con el resto de los políticos italianos resultaba notorio; todos ellos eran extrovertidos, ágiles, de palabra fácil e ingeniosa, partícipes de una vida exuberante en ese país privilegiado.*

*Su semblante, en cambio, reflejaba una especie de honda tristeza; hablaba muy poco, en voz baja y pausada, a veces casi inaudible. En la tribuna jamás un ademán subrayaba una palabra o una frase. Pero lo que más llamaba la atención eran sus ojos, que al parecer no miraban hacia el exterior, como si todo él estuviera vuelto hacia adentro, en una reflexión continuada y melancólica.*

*Este personaje sin brillo aparente, modesto, silencioso, sobrio hasta el extremo, (era) de una exquisita bondad y cortesía en el trato”* <sup>79</sup>.

Por eso todas las instancias educativas, y diría yo, muy singularmente la instancia universitaria que con tanto cariño cultivaron Moro y Frei Montalva, son atmósferas que se identifican con enorme naturalidad con el estilo distintivo de la Democracia Cristiana. La Universidad fue uno de los epicentros de la maduración de un estilo muchas veces tildado de “profesoral” por los detractores de la Democracia Cristiana. *Proffesorini*, entre cariñoso y despectivo según quién lo utilizara, sería el término con el que los jóvenes diputados cristiano-demócratas del Parlamento constituyente italiano de 1946 serían conocidos. Y, en efecto, profesores universitarios eran Amintore Fanfani, Giorgio La Pira, Giuseppe Dossetti, Giuseppe Lazzati y Aldo Moro. Pero también muchos de los líderes republicanos populares franceses de la IV República, como Georges Bidault, o los hermanos Coste-Floret.

Por eso, cuando se recuerda la génesis resistente al comunismo-fascismo-nazismo de la Democracia Cristiana, una génesis joven, es inevitable recordar a los militantes franceses de la ACJF, de la misma forma que en Alemania no puede olvidarse a los militantes de *La Rosa Blanca*. Los testimonios escritos de los jóvenes resistentes cristianos franceses en las horas previas a su ejecución son escalofrantes: Bernard Courtault, estudiante del Liceo Paul Langevin, fusilado en el Mont Valérien el 3 de noviembre de 1942 con veinte años, escribía a su padre para decirle que los soldados alemanes le habían tratado bien “y algunos eran verdaderamente hombres de una bondad y de una caridad ejemplares”. André Soussotte, de la escuela de Rochefort, fusilado el 30 de noviembre de 1944 en Gaggenau, le pedía perdón a su novia por “...haberte causado tanto pesar; pero, para mí, ninguno en absoluto, no

<sup>79</sup> ACMEFM: *Carpeta* 262. EF MO-3/07. Las reflexiones del primer presidente cristiano-demócrata de la historia de Chile sobre el cuerpo y el rictus exánimes de Moro y sus asesinos son, también, imborrables: “No hay en ese rostro ni temor ni angustia, sino una especie de infinito y sosegado desamparo en un hombre que ya conoce su destino y su fin...”

Sus autores (del asesinato) pertenecen a la estirpe de los que nunca han creado nada”.

me arrepiento de nada. Soy el más feliz de todos. Podíamos haber tenido, seguro, una buena vida, pero yo tenía que dejarlo todo para servir a mi país”<sup>80</sup>.

Pero posiblemente es menos conocido que un profesor universitario y el último discípulo de Aldo Moro, Franco Tritto, recibió la llamada telefónica de las Brigadas Rojas, en donde se anunciaba la ejecución del presidente de la DC, y la ubicación de su cadáver. Franco Tritto desapareció prematuramente, como consecuencia de un cáncer muy cruel, y sin haber superado nunca del todo la tragedia de su maestro; también, sin utilizarla bajo ningún concepto. No tuvo tampoco demasiado “éxito” como político democristiano, ni quiso ser, en cuanto profesor universitario, un hombre de poder que considera la Universidad una mera plataforma para otros objetivos.

Tritto, sin embargo, trató de compilar las lecciones de su maestro, alcanzando a reunir las 59 que pronunció en *La Sapienza* el año académico 1975-1976. Y, singularmente, otros textos muy especialmente, de los que forman parte algunos artículos como *Confidenze di un professore*, publicado en *Azione Fucina*, la revista de la FUCI, el 25 de diciembre de 1944, en donde Aldo Moro reclamaba al estudiante “confianza y colaboración”, para perseguir ambos, profesor y alumno, conjuntamente, la verdad. La cruda honestidad con la que el joven profesor se dirige al alumno, en plena y sangrienta II Guerra Mundial, constituye hoy, casi siete décadas después, un testimonio imborrable de la perenne juventud de la identidad y el estilo de los demócratas en cuanto cristianos:

*“Il tuo professore è uomo di scienza, più o meno grande naturalmente, come è diverso l'ingegno umano e varia la forza del buon volere; ma è un uomo che ha dedicato la sua vita alla scienza, un sacerdote della verità... in un tale modo di essere del professore c'è un insegnamento definitivo per te. Ed è insegnamento ad amare e coltivare la verità per sè stessa, per ciò solo che fa spaziare la tua intelligenza e le permette di rispondere al suo compito e rende piena e buona la tua vita. Se questo amore di verità che avrai imparato a contatto dell'uomo di scienza non ti servirà forse per la tua tecnica abilità di professionista, sarà però sempre patrimonio prezioso della tua umanità, senza la quale non potrai essere neppure professionista, perché la professione è come uno svolgimento particolare della tua umanità e la suppone”*<sup>81</sup>.

La definición del profesor como “un sacerdote de la verdad” precede a una de las afirmaciones del joven Aldo Moro que mejor iluminan la definición del estilo democristiano: “en un tal modo de ser del profesor hay una enseñanza

<sup>80</sup> DELPARD, R.: *La Résistance de la jeunesse française. 1940-1944*. Paris. 2009, pp. 240 y 241. DREYFUS, F.-G.: *Histoire de la Résistance. 1940-1945*. Paris. 1996, pp. 113 y ss.

<sup>81</sup> BARBARA, D.; MARINO, R.: *La lezione. Aula XI*. Roma. 2008, pp. 53-54.

definitiva para ti”. Creo que en la maduración, asimilación y manifestación de un estilo debe existir, como en el propio accionar político, el deseo y la ambición de aportar renglones definitivos a la vida del espíritu y a la vida profana.

En definitiva, a la vida política. Una democracia rica y renovada es una democracia en donde concurren las tradiciones partidarias con su propia identidad. Y todas las grandes tradiciones partidarias pueden y deben dejar ese aporte distintivo y definitivo. También, el aporte que encierra su propio y distintivo estilo. En la proximidad del hombre de ciencia, en efecto, el estudiante puede y debe aprender el amor por la verdad. Un amor por la verdad de la que se nutre el futuro profesional. Un amor por la verdad que es un maravilloso patrimonio de humanidad.

CONCLUSIÓN: CUANDO EL CONOCIMIENTO NO BASTA, Y LA PERSONA LO ES PLENAMENTE A TRAVÉS DEL COMPROMISO...

...Y CODA FINAL: LA DEMOCRACIA CRISTIANA COMO IDEOLOGÍA INCÓMODA Y ESTILO ADULTO

Giorgio La Pira mantenía que ser persona exigía involucrarse. Y que el compromiso con el genuino bienestar humano integral se encontraba íntimamente relacionado con las más elevadas finalidades culturales, morales y religiosas, es decir, con las finalidades que otorgaban a la persona y a la sociedad su verdadera perfección y sus valores esenciales<sup>82</sup>. Para ser persona hay que tomar partido.

En *La vera vita*, el libro que se publicó de manera póstuma, en 1960, unos meses después de su fallecimiento el 8 de agosto de 1959, Luigi Sturzo mantenía que la cualificación académica era requisito necesario pero no suficiente para el político en cuanto cristiano. Que era imprescindible establecer un vínculo afectivo que uniera a los demócratas de inspiración cristiana, un vínculo que hiciera posible la convivencia en comunidad entre ellos y, sobre todo, entre todos los hombres. Sturzo mantenía que “la indiferencia distancia, el odio divide, el amor une”, y que el accionar era la clave para profundizar “el conocimiento y el amor con obras de justicia, de orden, de paz, de perfección”. Frente a la indiferencia y el odio, frente al distanciamiento y la división, amor y unidad.

Sturzo regresaba así a “Moralidad y éxito en política”, un artículo publicado un cuarto de siglo anterior, en donde reclamaba que el conjunto de las manifestaciones del servicio público no rebasaran la empalizada de la ética, y que el accionar político se convirtiera en un ejercicio de responsabilidad, de acuerdo

<sup>82</sup> LA PIRA, G.: *Para una arquitectura cristiana del Estado*. Buenos Aires. 1956, pp. 227 y ss.

con “una moral que se convertirá en ley natural e imperativa para la conciencia de cada uno y para la de todos”<sup>83</sup>.

La acción es la medida del estilo. Igual que, como decía Mounier, “la persona se pone a prueba en su compromiso”, el estilo solo puede llegar a conocerse a través de la acción<sup>84</sup>. Paul-Ludwig Landsberg sostenía que la significación intrínseca del compromiso era que hacía posible la historicidad de la condición humana, o lo que es igual, equivalía a la concreta asunción de la responsabilidad de participar en la creación del futuro de los seres humanos.

Somos seres humanos y, como tales, protagonistas de la historia, porque somos capaces de comprometernos. Es decir: la responsabilidad del compromiso no se encuentra vagamente inspirada en principios que pueden quedar reducidos a meros enunciados retóricos; nos enfrentamos a una responsabilidad que se traduce en actuaciones explícitas o, como dice Gutenberg Martínez, en principios que alumbran el sentido y destino de la acción, y además de una acción que nos permite crecer haciendo frente a los retos y desafíos de nuestro tiempo<sup>85</sup>.

Martín Buber decía que el fin de la educación era “abrirse a sí mismo y a los otros hacia el espíritu creador”<sup>86</sup>. Diría que el fin de la política, y la definición de un estilo político, también. La delimitación de los rasgos característicos de un estilo político, singularmente para la Democracia Cristiana, puede y debe entenderse como la síntesis de las razones para la adopción de un compromiso y una identidad militantes. El estilo democristiano está íntimamente abierto hacia el espíritu creador. Y hacia ese espíritu quiere conducir a la persona y a la comunidad. El *Veni Creator Spiritus* no es un himno que forme parte de la liturgia académica y universitaria por casualidad.

Y, como en la Sinfonía número 3 o “Escocesa”, de Félix Mendelssohn-Bartholdy, compuesta en su primera versión entre 1829 y 1830, año de revoluciones liberales y nacionales, año de eclosión de la vinculación íntima entre todas las formas del arte y de la creatividad con las reivindicaciones políticas, después del último movimiento cabe también espacio para una coda final. Mendelssohn la denominó oficiosamente “La reunión de los clanes”, y esa pieza que surge armoniosamente del final de la primera de las grandes obras sinfónicas del direc-

<sup>83</sup> STURZO, L.: *Il manuale del buon politico...*, pp. 39 y 78 y ss.

<sup>84</sup> COQ, G.: Mounier. *L'engagement politique*. Paris. 2008, p. 66.

<sup>85</sup> MARTÍNEZ OCAMICA, G.: *Fuentes doctrinales de la Democracia Cristiana*. Santiago de Chile. 2005, p. 35. Cfr. también PETIT, J.-F.: *Petite vie d'Emmanuel Mounier. La sainteté d'un philosophe*. Paris. 2008, pp. 65 y ss.

<sup>86</sup> BUBER, M.: *El camino del ser humano y otros escritos*. Madrid. 2003, p. 31.

tor alemán, como brotando de la histórica ceremonia de Glenfinnian, permite entender todo el desarrollo musical desde la “gruta de Fingal” del comienzo<sup>87</sup>. Como si hubiéramos de aguardar a las compases finales para cerrar la comprensión de una creación gigantesca. Esa coda nos brinda la clave de interpretación del conjunto de la composición.

En el caso del estilo democristiano, existe probablemente un último renglón de análisis que, por si mismo, permite entender, con claridad, lo que constituye una auténtica manera de ser. Una última dimensión del estilo cristiano-demócrata que pertenece al universo de la identidad, pero también de la acción: la Democracia Cristiana es una opción incómoda.

Una opción que cuestiona la civilización material del capitalismo, la ética consumista, el individualismo, el egoísmo y la codicia, pero también la lógica aberrante de la confrontación política; una opción que denuncia la injusticia y la falta de equidad; una opción que cree en la aplicación de los principios de igualdad, mérito y capacidad para posibilitar la movilidad social, y que denuncia la privatización o patrimonialización de lo público; que está en contra, y al mismo tiempo, del aborto y de la pena de muerte por los mismos motivos: porque, sobre todas las cosas, defiende la preservación de la vida y de la dignidad humanas; una opción que no se conforma y que no se resigna, y que aporta siempre una mirada de exigencia y de insatisfacción. El estilo democristiano es, y debe ser siendo, una fuente de incomodidad. Casi un regreso al Mounier de Mauriac: “dulcemente intratable”. O, más bien, al Schuman de MacBride: el afecto y la firmeza, la cordialidad y la convicción.

El gran Óscar Arnulfo Romero lo testimoniaba de una forma mucho más nítida y explícita cuando decía: “qué cosa más horrorosa haber vivido bien cómodo, sin ningún sufrimiento, no metiéndose en problemas, bien tranquilo” porque de nada le servirá, ya que “perderá su alma”. Para el estilo democristiano, no existe disyuntiva: asumir el padecimiento, los problemas, y la intranquilidad, pero ganar el alma.

Al final de *Shadowlands* de Richard Attenborough, una película de 1993 que en España se llamó *Tierras de penumbra*, y en donde Anthony Hopkins interpretaba al C. S. Lewis que, como diría uno de sus más bellos libros, elaborado en honor de su esposa Joy Gresham, fue *Surprised by Joy*, el autor de las *Crónicas de Narnia* confiesa que como niño, y como adulto, se debatió entre la comodidad y el sufrimiento. Que el niño eligió la comodidad, y el adulto eligió

---

<sup>87</sup> SALAZAR, A.: *La música en la sociedad europea IV. El siglo XIX hasta la época contemporánea*. Segunda parte. Madrid. 1985, pp. 133-134.

el sufrimiento. Y, recordando lo que en sus meses finales de vida, en medio de los últimos estertores de una enfermedad terrible, le decía siempre Joy: “la felicidad de ahora es parte del dolor de entonces”, afirma que el sereno padecimiento del adulto equivale a entender que “el dolor de ahora es parte de la felicidad de entonces”.

El estilo democristiano es el del Thomas Becket, de T. S. Eliot, que sabe que “actuar y sufrir es lo mismo”. El estilo democristiano sabe que el compromiso y la militancia son los requisitos de una existencia incómoda, que el propio sentido de la ambición comunitaria y la exigencia social de la Democracia Cristiana hará más incómoda todavía.

Pero esas son las premisas de una vida adulta y madura. La Democracia Cristiana no es una propuesta oportunista, o una opción que adula los instintos más elementales o más primarios de los ciudadanos. Porque el estilo democristiano es un estilo adulto. Porque el estilo democristiano es un estilo maduro. Porque la Democracia Cristiana es una alternativa para seres humanos que han superado la infancia del entendimiento. Una alternativa responsable. Una alternativa en la que se puede confiar.



# SER SOCIALCRISTIANO HOY

## 1. EL DESAFÍO DE LA IDENTIDAD

“La cosa más importante del mundo es saber ser para uno mismo”<sup>88</sup>.

Célebre y polémica afirmación. Cuantos se han declarado, a lo largo de los cuatro pasados siglos, seguidores y discípulos de Montaigne, proponen una interpretación diferente de ese “para” que, en un primera lectura, parece sugerir el utilitarismo, el egoísmo y el individualismo que constituyen el fundamento de los discursos materialistas que lideran el tránsito de la modernidad a la contemporaneidad. Y, por eso, una personalidad como François Mitterrand posó, para su retrato oficial como presidente de la República francesa, sosteniendo un ejemplar de los *Essays* en la mano.

Para un cristiano, muy especialmente para un servidor público en cuanto cristiano, Montaigne acertaba en ese “ser para”. Es decir: ser significa adoptar una identidad relacional; pero, para el cristiano, serlo con los restantes seres humanos. Y, a partir de ese muy singular “ser para”, probablemente cabe una reinterpretación de Montaigne. Stefan Zweig, por ejemplo, que escribió su maravilloso ensayo sobre el escritor del Périgord en pleno delirio totalitario, sostenía que los *Essays* habían planteado y resuelto todas las grandes interrogantes que afectan a la condición humana: “¿Cómo preservar... la insobornable claridad del espíritu y cómo conservar ilesa la humanidad del corazón en medio de la bestialidad?...¿Cómo preservar mi alma propia e individual y su materia, que sólo a mí me pertenece, cómo sustraer mi cuerpo, mi salud, mis nervios, mis pensamientos, mis sentimientos, al peligro de caer víctima de una locura y de unos intereses ajenos?”<sup>89</sup>.

Haciendo abstracción de la muy discutible delimitación de las facultades del alma que realiza el gran escritor muerto en Petrópolis, el hombre que quiso encontrar en América Latina la libertad y la creatividad que le negaba su ama-

<sup>88</sup> MONTAIGNE, M. de: *Los ensayos*. Barcelona. 2007, p. 329.

<sup>89</sup> ZWEIG, S.: *Montaigne*. 2008, pp. 19-20: “En tales épocas, en las que los nobles valores de la vida, todo lo que da sentido a nuestra existencia, la legítima y la hace más pura y bella, nuestra paz, nuestra independencia, nuestro derecho innato, todo esto es víctima de la locura de una docena de fanáticos y de ideologías, en tales épocas todos los problemas del hombre que no quiere perder su humanidad, sacrificada a la época, convergen en uno solo: ¿cómo mantenerme libre?”.



da Europa, no cabe duda que el prolífico creador vienés enunciaba una de las claves de interpretación de la identidad en una sociedad compleja y cambiante hasta darle la razón a Hamlet, cuando decía que “mientras crece la hierba ya es viejo el proverbio”. No sé si la cosa más importante pero, desde luego, la tarea más difícil en esta vida es saber ser uno mismo. Esa es la base de la personalidad.

Según Jacques Maritain, la personalidad implica los conceptos de totalidad e independencia. Y, siguiendo al pensador parisino, la persona humana es ni más ni menos que la imagen de Dios. En cualquier circunstancia<sup>90</sup>, para el cristiano, la preservación de su identidad es, así pues, garantía de su permanente vinculación con Dios. Por este requisito fundamental comenzaría a satisfacerse el desafío de ser y, sobre todas las cosas, saber ser un socialcristiano.

Julio Caro Baroja decía siempre que la identidad es dinámica. Como la propia existencia, cuya esencia motriz mantenía John Fitzgerald Kennedy, es el cambio. La propuesta socialcristiana es, por definición, una propuesta en movimiento. En términos cristianos, una opción peregrina, en constante inquietud, en constante alianza con los tiempos. Si queremos seguir siendo cristianos fieles, útiles a nuestros ciudadanos, comprometidos con nuestros hermanos, tenemos que estar en permanente movilidad. La lealtad, singularmente la lealtad socialcristiana, no es tampoco estática.

O lo que es lo mismo: ser socialcristiano significa desarrollar, en primera instancia, una profunda conciencia histórica. Es decir, mirar hacia el porvenir. Robert Schuman mantenía que había que amar la historia, pero no “intoxicarse con los libros de historia”, pensando en las lecturas que habían consumido generaciones enteras de europeos, a ambos lados de fronteras que habían terminado por convertirse en profundas líneas divisorias de odios, de resentimientos, y de afanes de revancha, en auténticos abismos de incompreensión. La historia amada por Schuman era la historia que habría de definir un superviviente de ambas guerras mundiales, el austriaco Heimito von Doderer como una “ciencia del futuro”, en la medida en que aspiraba a conocer cómo se había querido el

---

<sup>90</sup> MARITAIN, J.: *Los derechos del hombre y la ley natural*. Buenos Aires. 1943, pp. 13-14: “...Por indigente y aplastada que esté, una persona es, como tal, un todo, y en tanto que persona subsiste de manera independiente... El valor de la persona, su libertad, sus derechos, surgen del orden de las cosas naturalmente sagradas que llevan la señal del Padre de los seres y tienen en sí el término de su movimiento. La persona tiene una dignidad absoluta porque está en relación directa con lo absoluto, único medio en que puede hallar su plena realización”.

futuro en cada etapa del acontecer humano y, en consecuencia, se habían movi-  
lizado las ilusiones y los sueños de los hombres<sup>91</sup>.

Ser socialcristiano equivale a tomar plena conciencia de los desafíos y de las  
oportunidades que, de acuerdo con la historia, dibuja el futuro. Un pensador  
cristiano protestante como Paul Ricoeur decía que la memoria era un deber. Es  
más: convertía en sinónimos el “deber de memoria” y el “deber de justicia”. De  
esta forma se reemplazaría la historia tradicional por la historia en curso, es  
decir, una historia de los actores y no de los hechos. Una historia que se hace, se  
ve, se vive y, por lo tanto, se protagoniza: una historia con futuro. En definitiva,  
una historia que conquista la esperanza, arrancando al pasado todo su potencial  
fatídico<sup>92</sup>. Una historia que se convierte en una hermosa promesa, y no en una  
pesada y determinante herencia de dolor.

Y esa conciencia histórica de memoria para la esperanza del socialcristiano  
obedece a tres instancias de reflexión o, más bien, a una motivación originaria,  
a una vocación para la acción, y a una actitud. La delimitación de motivación,  
vocación y actitud, permite establecer los renglones básicos del compromiso y  
la praxis del socialcristiano aquí y hoy:

- La motivación originaria, en palabras de Gutenberg Martínez, es, sigue  
siendo, nítida: la insatisfacción espiritual que resuena en el fondo de  
la conciencia humana ante la saturación de propuestas meramente ma-  
terialistas que conducen a la deshumanización. Una insatisfacción que  
conduce a la reacción ante la injusticia social, pero también frente a la  
pretensión de reducir la grandeza de la condición humana a un destino  
mediocre, carente de trascendencia. La identidad socialcristiana se cons-  
truye alrededor de una certeza y una voluntad: la certeza de que existe  
alternativa al individualismo, al egoísmo, al utilitarismo y, en definitiva,  
a la mediocridad; la voluntad de crear espacios para la presencia, la par-  
ticipación, la militancia y la influencia de los socialcristianos en la vida  
pública y en el escenario político.

---

<sup>91</sup> DODERER, H. von: *Los demonios según la crónica del jefe de sección Geyrenhoff*. Barcelona. 2009, p. 577: “La historia no se puede entender como el conocimiento de lo pasado, sino más bien como la ciencia del futuro, de lo que fue el futuro en la época que estamos considerando, o de lo que iba a ser; es ahí donde se encuentra la esencia de los acontecimientos, el centro de la corriente, su curso principal”.

<sup>92</sup> RICOEUR, P.: *La critique et la conviction*. Entretien avec François Azouvi et Marc de Launay. París. 1995, p. 189. Del mismo autor, sobre el sentido dinámico de la moral evangélica como motor de la historia, *vid. Amor y justicia*. Madrid. 1993, pp. 89 y ss.

- La vocación para la acción responde a un impulso fundamental: la necesidad de incardinación “en las profundidades de la conciencia profana y de la existencia profana”, como decía Jacques Maritain. El socialcristianismo es de la persona humana y está en el mundo, visible en el fragor cotidiano, en medio de la controversia para el diálogo. Los socialcristianos somos cristianos en el foro, en el ágora, en la plaza pública de la democracia. No es en la placidez de la vida retirada donde se encuentra ahora el lugar del servidor público en cuanto cristiano, sino en la primera línea de los grandes debates sociales, políticos, académicos y cívicos.
- La actitud socialcristiana, por último, obedece a una profunda audacia de espíritu, a un sentido cristiano de esperanza y de confianza que en modo alguno puede compadecerse “con la timidez social, con el espíritu de vacilación y con el sordo temor del pueblo” que hace más de medio siglo, en el artículo *¿La agonía del cristianismo?*, publicado en mayo de 1946, denunciaba ya Emmanuel Mounier, cuando procedía a un muy crítico análisis de las formaciones cristiano-demócratas, apenas días antes de su histórica jornada electoral, en Francia y en Italia, del 2 de junio siguiente<sup>93</sup>.

El discurso socialcristiano no puede resignarse a glosar sus propios logros. Un discurso político profundamente enraizado en la historia es un discurso que sigue construyéndola. La trampa de la historia, singularmente para la Democracia Cristiana, como expresión política más representativa del socialcristianismo, estriba en convertir el examen atento de su acción institucional y de gobierno en un motivo de detención autocomplaciente. Es entonces cuando emerge su consideración como propuesta para tiempos excepcionales, de construcción o reconstrucción democrática, como solución para circunstancias desesperadas, como recurso final de un sistema democrático que termina disolviéndose, como algunas sociedades, cuando el “objeto de negocio” desaparece.

<sup>93</sup> MARTÍNEZ, G.: *Democracia Cristiana. Cambio y Reforma*. Santiago de Chile. 1999, p. 17: “...las personas exigen de sus representantes políticos, vías de humanización de las sociedades. Junto al crecimiento económico, las personas demandan grados crecientes de dignidad humana en el más amplio sentido, abarcando sus dimensiones personales y emocionales”. *Cfr.* igualmente MARITAIN, J.: *Cristianismo y Democracia*. Buenos Aires. 1955, p. 48, y MOUNIER, E.: *El personalismo. Antología esencial*. Salamanca. 2002, p. 780.

Es curioso que esa vocación de acudir con resolución al fragor del combate, venciendo la medrosa mediocridad de los indiferentes latiera, al mismo tiempo, en ambos Hemisferios, *cfr.* FREI MONTALVA, E.: *Chile desconocido*. Santiago de Chile. 2010, p. 10: “Es un libro hecho en fragor de la pelea, en medio de lucha. Quien lo delineó, es parte, y quiere tomar parte en esta hora de mentecatos que se creen más libres de juicio porque no actúan o no se resuelven a una definición de sí mismos, le repugna y no le respeta”.

Y el socialcristianismo es para este tiempo y para todos los tiempos. Es el discurso político más nuevo y más nítidamente incardinado en la realidad contemporánea, el único plenamente nacido y desarrollado en el siglo XX. Es, sin duda, un discurso para un mundo del siglo XXI en donde las más relevantes tradiciones partidarias continúan respondiendo a una configuración de pensamiento y, se diría, a una perspectiva antropológica, todavía perteneciente al siglo XVIII o, como mucho, al siglo XIX. Unas tradiciones partidarias que, en su formulación más básica, obedecen a una óptica materialista. Exactamente la misma óptica que se encuentra en los cimientos de la gigantesca crisis que aqueja a Occidente, una crisis cuya brutal derivada económica no esconde su esencial matriz moral.

Ser socialcristiano hoy representa ofrecer una respuesta integral a problemas integrales, problemas de humanidad. Con energía, y con esperanza consciente. Giuseppe Dossetti, en su maravilloso libro sobre el Concilio Vaticano II, escrito en 1966, apenas un año después de la finalización de los trabajos conciliares, hacía notar, en pleno debate público acerca de sus conclusiones y aportaciones, con plena conciencia de las críticas suscitadas, que en todo caso esos debates respondían en todos sus participantes a una actitud de partida: “un profundo y enérgico optimismo”. Y que con ese optimismo de la razón comprometida, con ese optimismo de la acción responsable, había que proceder a la materialización y actualización del mensaje conciliar, partiendo de dos premisas básicas: la claridad y la lucidez<sup>94</sup>.

Ser socialcristiano hoy significa compartir una identidad que disfruta de renglones definidores muy nítidos. Y, con esa misma nitidez, responsable nitidez, compartirlo. Significa ofrecerlo desde una convicción plenamente contrastada en la historia, pero sobre todo una convicción que acude al encuentro de las inquietudes y los problemas de la persona humana concreta: a más socialcristianismo, más democracia; a más socialcristianismo, más derechos y libertades; a más socialcristianismo, más justicia y más equidad; a más socialcristianismo, más oportunidades y más lealtad a la aplicación de los principios de igualdad, mérito y capacidad; a más socialcristianismo, más debate, más diálogo, y más pluralismo; a más socialcristianismo, más humanidad, más construcción política supranacional, más fraternidad, y más paz.

<sup>94</sup> DOSSETTI, G.: *Il Vaticano II. Frammenti di una riflessione*. Bologna. 1996, pp. 24-25. Sobre la misma materia, *vid.* S. S. BENEDETTO XVI: *Il Concilio Vaticano II quarant'anni dopo*. Discorso ai cardinali, agli arcivescovi, ai vescovi e ai prelati della curia romana per la presentazione degli auguri natalizi. Città del Vaticano. 2006, pp. 20-21.

Una convicción, en definitiva, política. Porque ser socialcristiano hoy significa realizar una apuesta por la política. Por esa “aventura y la más noble de todas” en la que creía John Fitzgerald Kennedy; por esa “manera de darse a los demás” de su hermano Robert Francis Kennedy; por la “ambición honorable” de Harold Macmillan; por esta “forma suprema de la caridad” según François Mauriac. Todos cristianos, todos persuadidos de que la política no era nunca, en democracia, parte del problema, sino parte de la solución. Todos comprometidos con el ideal de servicio para la transformación que propone una actividad siempre sometida al veredicto del pueblo y, por lo tanto, siempre dotada de esa indiscutible legitimidad, pero también de esa abrumadora responsabilidad. La misma política que importa, e importa mucho. La misma política en donde la medida de la decepción es directamente proporcional a la medida de la expectativa. Porque, en democracia, los ciudadanos esperamos mucho de la política.

La política no es, para el socialcristiano, una mera opción. Como cristianos en la esfera pública, nuestra primera responsabilidad es hacer posible la justicia. Y la consecución de la justicia en la vida pública, ese supremo anhelo cristiano, ha sido confiada a la política por una voz tan autorizada como la del Papa Benedicto XVI en su primera Encíclica, la *Deus caritas est*<sup>95</sup>. Justicia como objetivo y, también, como medida del accionar político. Y política, tal y como la concebía Konrad Adenauer, como mucho más que una mera agregación de reglas procedimentales para la debida y armónica organización de la vida institucional y la convivencia pública. Estas son las tareas que recaen sobre el Estado de Derecho que propugna el socialcristiano. Un Estado de Derecho después de 1945, refundado de acuerdo con una óptica política que posibilita su reconstitución al servicio de la libertad, la justicia, y la aplicación de los principios de igualdad, mérito y capacidad: una óptica inspirada por una visión central de la persona humana.

---

<sup>95</sup> S. S. EL PAPA BENEDICTO XVI: Carta Encíclica *Deus caritas est* del Sumo Pontífice a los obispos, a los presbíteros y diáconos, a las personas consagradas y a todos los fieles laicos sobre el amor cristiano. Madrid. 2006, pp. 14-15: “La justicia es el objeto y, por tanto, también la medida intrínseca de toda política. La política es más que una simple técnica para determinar los ordenamientos públicos: su origen y su meta están precisamente en la justicia, y ésta es de naturaleza ética...La sociedad justa no puede ser obra de la Iglesia, sino de la política”.

## 2. LA VOCACIÓN POR EL LIDERAZGO DEMOCRÁTICO: EL DISCURSO DE LA CENTRALIDAD

“...hay una sola razón común para apoyarme: realizar la Democracia, de veras y no formal; realizar la justicia social de veras y no en palabras; realizar el desarrollo económico de veras y no en las estadísticas”<sup>96</sup>.

Probablemente, la síntesis realizada por Eduardo Frei Montalva el 21 de junio de 1964, en su histórico *Discurso a la Patria Joven*, pueda convertirse en el mejor exponente de la conciencia histórica que acompaña al socialcristianismo en la genuina refundación del Estado de Derecho, de acuerdo a un objetivo, al menos, triple: alcanzar eso que Scoppola denominaba, siguiendo la línea de pensamiento de Dossetti, la “democracia sustancial”; materializar la justicia social, una justicia efectiva y tangible; y proceder al desarrollo económico, el mismo que tres años después del discurso de Frei Montalvo, Pablo VI iba a calificar como “el nombre contemporáneo de la paz” en su maravillosa y siempre recordada Encíclica *Populorum progressio*.

Que la edificación del Estado de Derecho, a partir de 1945, tras la superación del legado bárbaro y dramático del totalitarismo y del autoritarismo, es la consecuencia feliz de la capacidad de las fuerzas políticas democráticas para alcanzar un amplísimo acuerdo constitucional para la convivencia y para la tolerancia, en donde se integran perspectivas plurales y enriquecedoras de la experiencia democrática al servicio de la ampliación de los derechos, las libertades y las oportunidades, adquiere, en 2012, más de dos tercios de siglo después, una dimensión histórica felizmente compartida por las grandes tradiciones políticas democráticas: conservadurismo, liberalismo, democracia cristiana, y socialdemocracia.

Ese acuerdo pasa, indefectiblemente, por la potenciación de los espacios centrales de las sociedades que habitan en ambos Hemisferios ligados al proyecto de civilización occidental. Esos espacios centrales pueden detectarse muy nítidamente en el accionar partidario, y explican de una forma decisiva la evolución política de las grandes democracias europeas y americanas. En la extraordinaria elección presidencial de Eduardo Frei Montalvo, en 1964, quien aventajó en más de diecisiete puntos porcentuales a Salvador Allende, 56.09% contra

<sup>96</sup> FREI MONTALVA, E.: *Obras Escogidas (Período 1931-1982)* Selección y Prólogo de Oscar Pinochet de la Barra. Santiago de Chile. 1993, p. 296: “Para eso estoy llamando a todos los chilenos, y la respuesta desde la Izquierda y la Derecha es generosa, porque es sin condiciones a un programa de Gobierno del cual sólo es dueño el pueblo de Chile”.

38.93%, ostentó un peso decisivo, en la mejor tradición cristiano-demócrata, el voto femenino, el de la clase media urbana, y una muy significativa presencia del voto de la clase obrera<sup>97</sup>. Es decir, la misma alianza electoral entre clases medias urbanas profesionales y trabajadoras, con especial incidencia en el comportamiento electoral de las mujeres, que determinaba la hegemonía partidaria cristiano-demócrata en Alemania, Austria, Italia, o los países del Benelux, se plasmó en Chile con enorme fortaleza. La centralidad no es la “espuma de los días” de Boris Vian. La centralidad puede y debe ser conocida, analizada y explicada.

Aldo Moro sostenía que los valores morales y religiosos en los que se inspiraba la Democracia Cristiana, y que ella misma pretendía traducir en su accionar en el seno de la realidad social y política, estaban destinados a afirmarse plenamente dentro de la vida democrática de los pueblos. Y que se trataba de una afirmación “no de acuerdo con la plenitud propia de estos valores, sino en la lucha, en el debate, en la gradualidad e incertidumbre que distinguen a la vida democrática”<sup>98</sup>. La maduración de la propuesta socialcristiana y su asunción por amplísimos segmentos sociales de las renacientes democracias, en efecto, es un proceso que obedece al profundo debate suscitado en todos los escenarios de la vida de la comunidad política. La afirmación de la estrategia de la centralidad no es la resultante de un conjuro mágico, o de un espontáneo proceso de masiva adhesión social, sino la consecuencia de un trabajo de pedagogía democrática y de persuasión política ardua y prolongada en el tiempo. Un proceso que explica, por esta misma razón, su extraordinaria solidez.

De esta forma, la consolidación de la democracia contemporánea obedece a la conformación de una cultura política renovada. Una cultura política que no se basa en la exploración y profundización de las diferencias, sino en la apertura de un diálogo abierto a partir de identidades nítidas y sin complejos, que no albergan ningún recelo en acudir al encuentro de las ideas y de las propuestas, desde una permanente disponibilidad a la consideración de los argumentos del otro. Un diálogo que se establece a partir de la configuración de una democracia basada en una realidad social interclasista, que en el supuesto de América Latina alcanzaba en 2006 un 60% del total, pero en países como Argentina, Chile y Uruguay rebasaba el 70%. Y ello, como hace notar Ignacio Walker, no sólo de acuerdo con el Latinobarómetro, que sigue los criterios del Banco Mundial, sino con arreglo con la propia autopercepción de los grupos de población

<sup>97</sup> Cfr. GAZMURI, C.: *Eduardo Frei Montalva y su época*. II Tomos. Santiago de Chile. 2000, Tomo II, p. 570.

<sup>98</sup> MORO, A.: *La democrazia incompiuta. Attori e questioni della politica italiana 1943-1978*. Roma. 1999, p. 188.

encuestados<sup>99</sup>. La consolidación democrática, la feliz “rutina” democrática, es inseparable de una clase media cuya expresión política opta por el sosiego y la serenidad en las actitudes, el rigor y la seriedad en las propuestas, y la sencillez, la humildad y la coherencia en el estilo y en los códigos de conducta.

Esa cultura política respetuosa, constructiva, y honesta, es una aportación sustantiva del discurso socialcristiano, y se traduce en la definición de un nuevo horizonte político y de sociedad: la construcción de la civilización del amor, del perdón y de la reconciliación, la aplicación de la ley universal de la caridad, la convicción de que los seres humanos debemos persuadirnos de cuánto nos necesitamos los unos a los otros. Una civilización en donde nadie sobra, y todas las personas son irrepetibles. Se trata de planteamientos que representan una permanente novedad para la propia concepción de la actividad política, y de planteamientos que aportan un nuevo vocabulario, de acuerdo con un también nuevo espíritu de conciliación y de concordia.

Creo que el concepto más expresivo de la singularidad de la propuesta política socialcristiana y, sobre todo, el concepto más asociado a su vigencia, sigue siendo el de “centralidad”. Y que definirla hoy equivale, en primer término, a separarla de toda asociación convencional con un “centro” que se entiende como un punto equidistante entre “derecha” e “izquierda” o, lo que sería lo mismo, un emplazamiento en medio de un diagrama que convertiría a la acción política en una mera convención estratégica e incluso táctica, que busca el centro, porque en el centro se ganan las elecciones. Lejos de ese oportunismo característico de la vieja y rancia política, la centralidad nace para ofrecer a los ciudadanos una nueva aproximación a la presencia y participación pública, a la militancia política, y al efectivo compromiso con el bien común.

La posibilidad e, incluso, la oportunidad de construir el sistema político democrático a partir de la definición de un gran pacto político que, en términos institucionales, se traduce en el establecimiento del régimen constitucional, pero que al mismo tiempo ofrece a las fuerzas partidarias la oportunidad de liderar los consensos constitucionales en la acción política ordinaria cuenta, como es natural, con significativos detractores, pero también muy reconocidos partidarios. Entre los primeros destaca Giuseppe Chiarante, quien tras formar parte de la DC italiana, e incluso de su Consejo Nacional, tras el histórico Congreso de Nápoles del 26 al 30 de junio de 1954, decidió abrazar la militancia en la izquierda, y que circunscribe la experiencia histórica de la centralidad al desem-

<sup>99</sup> WALKER, I.: *La democracia en América Latina. Entre la esperanza y la desesperanza*. Santiago de Chile. 2009, p. 204.



peño político de Alcide de Gasperi, un extremo en el que coincide con el gran especialista de la historiografía marxista italiana sobre la Democracia Cristiana, Giorgio Galli.

Entiendo, sin embargo, que entre los grandes analistas de la centralidad, la más sustantiva y científica aportación de Pietro Scoppola habría de definir la identidad cristiano-demócrata con los grandes escenarios de consenso inherentes a las también grandes democracias. Y hacerlo, partiendo de un análisis de la realidad sustancial de las sociedades europeas de posguerra, sumamente clarificador. “todos los partidos... excluido quizás el Partido Liberal, son en el plano electoral partidos interclasistas; pero la Democracia Cristiana lo es en manera eminente”<sup>100</sup>. Porque, para el socialcristiano, la vocación interclasista del mensaje representa la traducción política de una concepción de las relaciones sociales que cree en la fraternidad humana, y no en la construcción de bloques de interés que culminen en la promoción de la propia fragmentación social.

Y, en este sentido, un bellissimo libro reciente, de Agostino Giovagnoli, sobre Pietro Scoppola viene a arrojar algunas luces sobre materias que el propio Scoppola, revisó profundamente en los últimos años de su vida, a partir de 2001, y especialmente el significado de la “solidaridad nacional” propuesta por Aldo Moro, que no contemplaba ya como la preparación para la alternancia de gobierno entre la DC y el PCI, sino como el límite de las posibilidades de renovación del sistema político italiano, ante sus propias circunstancias, y ante el entorno internacional, un límite que solo possibilitaba la colaboración entre ambas grandes fuerzas partidarias en las tareas ejecutivas. Así lo confirmaría el propio Scoppola en 2006 en su libro-conversación con Giuseppe Tognon, *La democrazia dei cristiani*. Pero, también en ese libro, reivindicando la necesidad de proceder a una nueva y actualizada lectura del “centrismo” y de la “centralidad” como fenómenos esenciales al examen de la identidad de la República italiana, y del propio régimen constitucional.

Y, sobre todo, definiendo una característica vertebral del *centrismo* tal y como lo concibió y materializó De Gasperi y, después, la Democracia Cristiana: un discurso nítido y fuerte al servicio de la democratización de Italia que no pretendía entrar en contradicción con la dialéctica política; al contrario, lo que

<sup>100</sup> CHIARANTE, G.: *Tra De Gasperi e Togliatti. Memorie degli anni Cinquanta*. Roma. 2006, pp. 26 y ss. SCOPPOLA, P.: *La proposta politica di De Gasperi*. Bologna. 1988, pp. 148 y ss, y *La repubblica dei partiti. Evoluzione e crisi di un sistema politico 1945-1996*. Bologna. 1997, pp. 411 y ss.

Una visión de conjunto del debate y del período puede seguirse en INVERNIZZI, M.; MARTINUCCI, P. (A cura di): *Dal “centrismo” al sessantotto*. Milano. 2007.

perseguía era combatir el desarrollo de propuestas extremistas en contra de la propia democracia<sup>101</sup>. Las políticas de la centralidad, en efecto, no se aplican en contra de las grandes identidades democráticas, o pretenden su disolución en un consenso institucional interesado o ficticio. Las políticas de la centralidad apuestan por el fortalecimiento de los históricos discursos democráticos, y son abiertamente beligerantes con los enemigos del Estado de Derecho. Centralidad es constitucionalidad. Centralidad equivale a fomento de las identidades democráticas y fortalecimiento del sistema de partidos. Centralidad representa institucionalidad social y democrática de Derecho.

La centralidad nace para afirmar que, en la política democrática, no existen más enemigos que los violentos, los intolerantes, los sectarios, los fanáticos, los totalitarios, los negadores de los derechos y libertades fundamentales, los avariciosos, los codiciosos. Que, en la política democrática, no cabe reconocer más que amigos, conciudadanos y, como cristianos, con entera convicción, hermanos. Amigos, conciudadanos y hermanos que profesan ideas y creencias que son las nuestras, o no, porque vivimos en sociedades plurales. Amigos, conciudadanos y hermanos que, eventualmente, se convierten en nuestros adversarios electorales, en buena y leal competencia, una competencia que debe hacernos mejores a todos. Y, por ende, hacer mejor a nuestro país. Pero amigos, conciudadanos y hermanos que, al fin y a la postre, son nuestros interlocutores en el diálogo, en la discrepancia, en el acuerdo, y en la vocación de construir y de crecer juntos.

El socialcristianismo es una ideología de puertas abiertas, manos tendidas y hogares preparados para una existencia compartida. Gabriela Mistral habría de relatar, en el “Cuaderno de Petrópolis” de *Bendita sea mi lengua. Diario íntimo*, el impacto que le produjo la publicación de *La Política y el Espíritu* de Eduardo Frei Montalva, y no sólo por sus “ideas sociales de reconstrucción”, que consideraba “sólidas, bien torneadas y serviciales”, sino por la introducción de una actitud ante el otro, que la escritora de Vicuña denominaba en pulcro estilo, “su radical honestidad en el trato del adversario” que, sobremanera en plena II Guerra Mundial, anunciaba una nueva estación del debate público y la acción política. Alguna de las cartas de Eduardo Frei Montalva a Gabriela Mistral, como la de 21 de octubre de 1942, no dejan lugar a dudas acerca de la lucidez con la que el gran estadista socialcristiano procedía al análisis de la

<sup>101</sup> GIOVAGNOLI, A.: *Chiesa e democrazia. La lezione di Pietro Scoppola*. Bologna. 2011, pp. 243 y ss. Vid. también SCOPPOLA, P.: *La democrazia dei cristiani. Il cattolicesimo politico nell'Italia unita*. Intervista a cura di Giuseppe Tognon. Roma-Bari. 2006, pp. 117-118.

propia composición social de sus cada vez más amplios y plurales partidarios. Y, por supuesto, de su profunda identidad popular:

*“Nosotros estamos cada vez más pobres, más solos; pero más empeñados en nuestra tarea. Es un estímulo extraordinario ver que el proletario, minero y campesino y obrero, comienza a entrar en nuestro movimiento. Era nuestra gran aspiración que lo entendieran los pobres, los trabajadores auténticos. Nuestra fuerza está compuesta en su noventa por ciento de gente de pequeña clase media para abajo. Y nuestros mejores grupos entre los mineros del salitre y del cobre.*

*“Le envié una larga carta hablándole de nuestro congreso americano de católicos democráticos... Queremos plantear una defensa continental, hecha por católicos, de la libertad, la democracia y la unión de nuestros países y de un amplio sentido social para defender y mejorar la situación de los pobres. Hemos logrado avanzar bastante en esto”<sup>102</sup>.*

Libertad, democracia, y sentido social para promover el desarrollo integral de los menos favorecidos. La centralidad socialcristiana coloca a la persona humana, y especialmente a esa persona, en vulnerable, en estado o riesgo de marginación o exclusión, en el primer plano de sus inquietudes. Pero esa persona se incardina dentro de la comunidad, en el seno de un Estado de Derecho cuyos instrumentos y políticas se ponen al servicio del ser humano concreto para posibilitar la plena realización de su propia vida, una vida ya no circunscrita a la satisfacción de necesidades materiales, a un horizonte de existencia tan mediocre como sólo el individualismo y el materialismo pueden asegurar, porque esa vida responde ya a una dimensión eminentemente moral, como en su elogio fúnebre de Alcide Gasperi, tras su fallecimiento el aciago verano de 1954, habría de mantener Aldo Moro.

La centralidad se identifica, en efecto, con una renovada perspectiva social de la acción de los poderes públicos. El Estado, como el mercado, no son los enemigos de la emancipación humana. Una gestión responsable y austera de los recursos públicos, en atención a una perspectiva fraterna de las prioridades, con particular atención a quienes más necesitan en atención a la fragilidad, vulnerabilidad, enfermedad, o marginalidad de sus circunstancias, es probablemente el primer requisito de un desarrollo armónico y equilibrado de una sociedad.

<sup>102</sup> MISTRAL, G.: *Bendita sea mi lengua. Diario íntimo*. Edición de Jaime Quezada. Santiago de Chile. 2009, pp. 215-216: “Siento complacencia en el equilibrio que Dios le ha dado para manejar el tema social valerosamente y sin perder el tino necesario al que maneja fuego; me conmueve su radical honestidad en el trato del adversario, verdadero fenómeno en un ambiente como el nuestro, donde se niega al enemigo no ya la sal, sino aire y suelo, y me admira la capacidad de síntesis que le ha librado de la pulverización en que paró el análisis de los ensayistas en el siglo pasado”.

La carta en FREI MONTALVA, E.: *Memorias (1911-1934) y Correspondencias con Gabriela Mistral y Jacques Maritain*. Santiago de Chile. 1989, p. 113.

Las instituciones públicas, además, como mantenía De Gasperi, pueden y deben adoptar una configuración equilibrada y eficiente, ajena a las pretensiones de instrumentación o, como decía el gran estadista del Trentino, “de la violencia de los Césares y de las masas”, para establecer y consolidar una legalidad fundamentada sobre valores éticos<sup>103</sup>.

En democracia, la legitimidad política descansa sobre las instituciones, en donde se encuentra representada la soberanía del pueblo que somos. Toda instancia económica, profesional o social ajena a este gigantesco depósito de legitimidad política, una legitimidad sin duda perfectible, porque la democracia, como decía Aldo Moro, está por definición “incompleta”, pero una legitimidad que no tiene parangón en la historia, merece sin duda respeto, y forma parte necesaria de la diversidad consustancial a las sociedades contemporáneas. Pero las decisiones políticas las adopta el pueblo a través de sus representantes democráticamente elegidos en procesos que garantizan la libre e igual competencia entre propuestas y actores de naturaleza política.

Por eso es tan importante que el comportamiento de los representantes del pueblo obedezca a una matriz eminentemente austera, humilde, sencilla, contenida. En el estilo de vida, en el manejo de recursos, y en la templanza, moderación y equilibrio en las actitudes, en la cordialidad y afabilidad del trato, en la ausencia de afectación o altivez. En la conciencia perenne de la transitoriedad de toda forma de ejercicio de responsabilidades de naturaleza pública.

Centralidad es habitar en la Rue Verneuil de París para así poder acudir a pie al *Quai d'Orsay* o al *Palais Bourbon*, al Ministerio o a la Asamblea Nacional, como hacía Robert Schuman. Centralidad es seguir dando clases con regularidad y detenerse en los pasillos con los jóvenes profesores ayudantes, como hizo hasta sus días finales Aldo Moro. Centralidad es pasar las vacaciones en una casa en los Dolomitas y dedicarlas a pasear, como Alcide de Gasperi. Centralidad es cultivar con esmero un pequeño jardín, como Konrad Adenauer. Centralidad es compartir vivienda y alimentos y acudir juntos al trabajo en la Cámara de Diputados, como Giuseppe Lazzatti, Giuseppe Dossetti, Giorgio La Pira y Amintore Fanfani, sonrientes y del brazo. Centralidad es no tener más patrimonio que una casa y una buena biblioteca, como Eduardo Frei Montalva.

Centralidad equivale no sólo a no negar los propios orígenes humildes, personales y familiares, sino también recordarlos con orgullo y devoción por los mayores, especialmente por las madres, siempre sacrificadas y solidarias con las

<sup>103</sup> GIOVAGNOLI, A.: *La cultura democristiana. Tra chiesa cattolica e identità italiana. 1918-1948*. Roma-Bari. 1991, p. XV.

ilusiones de sus hijos, como las de Helmut Kohl, Giulio Andreotti o Giuseppe Dossetti. Centralidad significa lealtad a los grandes compromisos de existencia: a la consagración religiosa o a la consagración familiar, a la opción cristiana de vida, al pueblo originario, ese pueblo al que todos los socialcristianos habrían de regresar con regularidad y, en los casos de Adenauer o de Schuman, regresar de manera definitiva.

Centralidad significa conjugar nombres de lugares desconocidos por la historia, hasta que los cristiano-demócratas, hombres provenientes de pueblos y ciudades de mediano e incluso pequeño tamaño, extraños a los grandes centros de poder o decisión política, los colocaron en el mapa: De Gasperi a Sella di Valsugana; Schuman a Scy-Chazelles; Sturzo y Scelba a Caltagirone; Klaus a Kötschach-Mauthen; Adenauer a Rhöndorf; Kohl a Ludwigshafen; Erhard a Fürth; Bidault a Moulins; Fanfani a Pieve-Santo Stefano. O, más recientemente, centralidad es “haber sabido siempre que la política sería mi vida”, como dice François Bayrou, a pesar de haber nacido en Bordères, en el límite entre el Bearne y la Bigorra, en pleno Pirineo o, más bien, haberlo sabido siempre, precisamente gracias a un profundo sentido de las propias raíces y de la propia identidad. Centralidad es ser tierra, pueblo, infancia, y recuerdos<sup>104</sup>.

Ser socialcristiano, hoy, significa apostar por la aplicación de una óptica política que reafirma la permanencia y vigencia de los grandes argumentos motores del Estado de Derecho: el afán de concordia, la voluntad de consenso, la práctica del diálogo, el sentido de la necesaria fortaleza institucional, y la capacidad para explorar nuevos motivos para el encuentro entre demócratas, a fin de proceder a la siempre imprescindible renovación del debate político. Sergio Micco y Eduardo Saffirio, interpretando el itinerario histórico de la Democracia Cristiana chilena, recordaban la necesidad de que ese diálogo y ese encuentro no afecte solamente a las elites dirigentes de las grandes organizaciones partidarias, y tampoco proceda a una superación o anulación de identidades, sino que disfrute de una amplísima base social y, al mismo tiempo, reafirme las identidades que concurren al consenso<sup>105</sup>. El diálogo sólo es posible entre identidades. Sin

<sup>104</sup> TARIBO, P.: *La terre, les lettres, et l'Elysée*. Paris. 2009, pp. 25 y ss.

<sup>105</sup> MICCO, S.; SAFFIRIO, E.: *Anunciaron tu muerte. Siete respuestas comunitarias para un obituario prematuro*. Santiago de Chile. 2000, pp. 207-208: “El consenso debe proyectarse como un amplio acuerdo entre las fuerzas sociales más significativas de la sociedad, que deben ser expresadas por el sistema de partidos políticos, traducándose en alianzas duraderas y de largo plazo. De otra forma, los consensos pasan a ser acuerdos cupulares y formales para acceder al poder o conservarlo. Éstos son efímeros. Los viables y duraderos son aquellos que, partiendo de las identidades de cada partido y de sus concepciones, se construyen en función de grandes objetivos nacionales”.

identidades, no es que no resulte posible ese diálogo: no resultará posible la propia democracia.

Centralidad, más que nunca, al servicio de una perspectiva fraterna de la dimensión necesariamente universal de la actividad pública, en donde la vocación de servicio público arrastra las formas y potencias de la ciencia, la creación, y la investigación, al compromiso cívico; en definitiva, al compromiso histórico y de civilización. En este sentido, la identidad socialcristiana, como en los mejores momentos de su pasado reciente, puede y debe adoptar una base socio-profesional más amplia, y una conformación más transversal. Sin duda, en el universo de la cultura<sup>106</sup>. Pero no solamente.

Sería un error que el discurso socialcristiano se obsesionara en pretender detectar y promover, artificialmente, intelectuales “orgánicos”. El proceso es, precisamente, el inverso: generar grandes espacios para el encuentro entre los demócratas de inspiración cristiana, y entre los demócratas de inspiración cristiana y quienes no lo son, para construir nuevos ámbitos para la reflexión, para el estudio, y para la formación. Espacios de los que puede y debe ser parte el mundo del trabajo y del emprendimiento.

Creo que ser socialcristiano en política hoy exige, en efecto, revalidar la opción democristiana. Que la opción democristiana es, de nuevo, como en los más representativos episodios de su historia fecunda, la respuesta a la terrible crisis transversal que aqueja a las grandes sociedades democráticas. Y que la opción democristiana puede y debe, también, como en los mejores episodios de su historia, proceder a una más audaz y más nítida presentación de su identidad, de sus principios, y de sus propuestas.

---

<sup>106</sup> SERRY, H.: *Naissance de l'intellectuel catholique*. Paris. 2004, pp. 344-345.

### 3. LA DEMOCRACIA CRISTIANA COMO EXPRESIÓN POLÍTICA Y PARTIDARIA DEL DISCURSO SOCIALCRISTIANO

“¿Qué es en sustancia la santidad? Es la imitación de Cristo. Ahora bien, la imitación de Cristo comporta tres cosas, tres unidades, tres ‘comuniones’: la unión con Dios y, por tanto, la vida interior de la gracia; la unión con las otras personas asociadas con nosotros en la caridad y en el apostolado; la unión con los pobres”<sup>107</sup>.

Cuando en 1950, Giorgio La Pira asumió la presidencia de la organización toscana de la Congregación de San Vicente de Paúl, se dirigió a sus integrantes, y no vaciló en proponerles la imitación de Cristo a través de tres grandes uniones: con Dios; con quienes, en cuanto cristianos, han decidido compartir con nosotros el amor y la evangelización; y, desde luego, con los más necesitados. Cuando se piensa que esta comunicación de La Pira coincidía en el tiempo con la Declaración Schuman, puede constatarse que el sentido de compromiso del pensamiento y del accionar político socialcristiano obedecía a un profundo sentido trascendente, pero expresaba esa vocación de trascendencia a través de la militancia política. Porque, para el universo socialcristiano, la Democracia Cristiana se había convertido en su canal natural de participación en la esfera pública.

La acción política del cristiano, en cuanto tal cristiano, una acción sin duda iluminada por la conciencia del deber, sabiendo que, como decía Alcide de Gasperi, “quien cumple con su deber no puede utilizarlo como título de mérito”, una conciencia del deber que es también creencia, al modo kantiano, es decir, obligación y responsabilidad, sentido de identidad y de pertenencia, conciencia de las incontables posibilidades que sobre todo cristiano recaen por el mero hecho de serlo, es una acción que responde a un sentido eminente de servicio a la persona y a la comunidad; o lo que es lo mismo, una acción por definición social.

Desde las primigenias formulaciones de la doctrina social-cristiana, en el ámbito laico ya presente en el pensamiento de Lamennais y Ozanam, y muy protagonista en las revoluciones europeas de 1848, singularmente en la francesa, pero también en el proceso unificador italiano y, por lo tanto, en el pensamiento del mismísimo Camilo Benso, conde de Cavour, quien, en su último discurso parlamentario, pronunciado el 9 de abril de 1861 ante el pleno del flamante Senado de la Italia recién reconstituida, defendía no sólo el principio de libertad religiosa, sino el hecho objetivo de la histórica incardinación de ese

<sup>107</sup> LA PIRA, G.: *Scritti vincenziani*. A cura di Giancarlo Gallici. Roma. 2007, p. 51.

planteamiento liberal en el ámbito de las creencias, una novedad atendiendo al desarrollo de las revoluciones parlamentarias en las sociedades del Septentrión europeo, con la identidad de las sociedades católicas que, como decía el gran artífice del renacimiento de Italia como sujeto de derecho internacional, tendían por su propia definición en valores a la adopción de la forma de estado democrática<sup>108</sup>, se transitó a su plena plasmación en el magisterio pontificio durante el medio siglo siguiente, muy simbólicamente encarnada en la Encíclica *Rerum Novarum* en 1891, una obra en donde León XIII mostraba una profunda inquietud por las terribles consecuencias humanitarias y sociales originadas por las revoluciones industriales, e instaba a los laicos cristianos a la participación en la esfera pública con el fin de construir un modelo político, social y laboral, basado en la caridad, en la justicia, y en la fraternidad humanas.

Desde entonces, la doctrina social-cristiana ha pasado a ser parte imprescindible del debate público acerca de la significación del trabajo y la situación de las clases trabajadoras en los Estados democráticos. El discurso socialcristiano, de hecho, es una variable casi horizontal del diálogo político y partidario, y puede detectarse su influencia en amplísimos segmentos de la vida pública de cualquiera de nuestras comunidades políticas.

Y lo es hasta el punto que cabe ser socialcristiano en el marco de opciones partidarias cuya formulación es, por vocación y definición, deliberadamente plural, como el PD italiano o el MoDem francés, y a partir de esa pertenencia, como sostiene el líder del MoDem, François Bayrou, afirmar que la religión, para los europeos, no es una ley, sino una fe, y como tal una adhesión de orden espiritual. Es decir, entender la religión, y el propio cristianismo, como un discurso esencial a un proyecto de civilización en donde se distinguen los órdenes terrenal y trascendente, y se separan las realidades espirituales, temporales y políticas<sup>109</sup>.

Cabe también ser socialcristiano en el seno de opciones partidarias que responden a una vocación centrista y a una formulación política transversal al conjunto de la sociedad, como es la UMP francesa, heredera por muchos conceptos del gaullismo. Y cabe, aunque eso pueda suscitar análisis muy escépticos de quienes consideran esa identidad cristiana necesariamente abocada a una muy problemática disyuntiva: o bien disolverse en medio de un cóctel populista de naturaleza táctica, necesariamente oportunista, una suerte de refundación

<sup>108</sup> CAVOUR: *Discorsi su Stato e Chiesa*. A cura di Girolamo Cotroneo e Pier Franco Quaglieni. Con interventi di Pier Carlo Boggio, Marco Minghetti, Francesco Ruffini, Giovanni Giolitti, Benedetto Croce, Benito Mussolini. Rubbettino. 2011, pp. 166 y ss.

<sup>109</sup> BAYROU, F.: "Tribune". *Le Point*. Paris. 12 janvier. 2006.



liberal-cristiano-moralizante del bonapartismo; o, por el contrario, convertirse en el fundamento de una refundación confesional del antiguo conservadurismo, ahora en pleno uso y disfrute de los mecanismos de persuasión de la nueva galaxia de la comunicación<sup>110</sup>.

Y, por supuesto, cabe ser socialcristiano en el marco del “popularismo” europeo contemporáneo, una opción que se levanta sobre dos pilares muy definidos, el humanismo cristiano y el liberalismo, en su formulación más clásica en ambos supuestos. Precisamente Nicolás Sarkozy quiso ofrecer una visión del “popularismo” por oposición al “populismo”, definiendo ser “popular” como hablar de los problemas que les preocupan a las personas, estar comprometido con los conciudadanos, conmovirse ante las situaciones y buscar propuestas de solución, tratar de cambiar y mejorar la vida de las personas, y oponerse a las convenciones<sup>111</sup>. Se trataba de una expresión de buenos deseos para la eficiencia gestora que rememora vagamente un discurso político con perfume socialcristiano, que habría de encontrarse muy presente en su campaña presidencial de 2007, con magníficos resultados por cierto. Ese perfume desapareció en la campaña de 2012. Y dicho sea sin ánimo de establecer conclusiones inspiradas por el principio de causalidad, los resultados no fueron esta vez los mismos.

La influencia del socialcristianismo, igualmente, se deja sentir en algunas formaciones clásicas del conservadurismo europeo, como los “soldados del destino”, el *Fianna Fail* irlandés, o de la izquierda, como el laborismo británico, singularmente bajo el liderazgo de Tony Blair: el propio antiguo primer ministro laborista reconoce en sus memorias que, cuando estalló la segunda guerra de Irak, Juan Pablo II, cuya posición nítidamente contraria al conflicto fue explícita desde el principio, le manifestó su posición a pesar de comprender “los peligros y la presión del liderazgo”, prestándole “auxilio espiritual”<sup>112</sup>.

Pero es evidente que, considerando la legitimidad de las opciones precedentes, existe una tradición partidaria cuya génesis fundacional, identidad y formulación, persigue la materialización política de la óptica socialcristiana y su implantación en la vida pública, en el debate ideológico, y en la configuración de las prioridades sociales, institucionales, y de gobierno. La opción socialcristiana, además, adopta una nítida identidad partidaria, una identidad que el mismísi-

<sup>110</sup> MUSSO, P.: *Le sarkoberlusconisme*. Clamecy. 2008, pp. 136 y ss. QUAGLIARIELLO, G.: *Cattolici. Pacifisti. Teocon. Chiesa e Politica in Italia dopo la caduta del Muro*. Milano. 2006, pp. 38 y ss. DAMILANO, M.: *Il partito di Dio. la nuova galassia dei cattolici italiani*. Torino. 2006, pp. 88 y ss.

<sup>111</sup> SARKOZY, N.: *Témoignage*. Paris. 2006, pp. 107 y ss.

<sup>112</sup> BLAIR, T.: *A journey*. London. 2010, pp. 520-521.

mo Giuseppe Dossetti, cuando en 1994 regresó a la escena pública italiana con sus postreras energías vitales, alarmado por la deriva política de la República, defendió, sosteniendo la virtualidad y vigencia de los “partidos de poder”, del “poder pobre” que sostenía De Gasperi, frente a los “partidos de programa”<sup>113</sup>. Esa tradición partidaria es la Democracia Cristiana. Y la historia del sistema democrático, desde 1919, pero muy especialmente desde 1945, es inseparable de su propia historia; de los mejores instantes de su historia. Y, me permito añadir: el futuro del sistema democrático es inseparable de su propio futuro; sobre todo, de los mejores instantes de su futuro.

La irrupción de la Democracia Cristiana en la vida política europea, desde los resultados sorprendentes que el PPI obtuvo en Italia en 1919, convirtiéndose con casi un 20% de los sufragios y un centenar de escaños en la segunda fuerza de la Cámara de Diputados apenas semanas después de su creación, introdujo desde el principio una radical novedad en la lógica de las relaciones políticas decimonónicas, una lógica de enfrentamiento y de confrontación que se resolvía en la alternancia en las tareas de gobierno entre dos grandes complejos políticos y partidarios, liberalismo y conservadurismo, que lideraban el naciente Estado Liberal. La paulatina aparición de formaciones católicas confesionales, con expresiones tan representativas como el *Zentrum* alemán, venía a expresar la necesidad de expresión política de los católicos en contextos de persecución ideológica, de *Kulturkampf*, pero no alteraba la identidad de un sistema político bipartidista, diseñado para el enfrentamiento y para la alternancia. De hecho, entre 1918 y 1933, con los totalitarismos, nazi y stalinista, presionando sobre el sistema parlamentario, las fuerzas democráticas recurrieron de manera constante a una amplísima coalición cuya clave de subsistencia era el *Zentrum*.

La lógica del enfrentamiento político en contextos de ordenadas competencia dio paso, sin embargo, tras la I Guerra Mundial, a una dinámica anti-política de aniquilamiento, con la aparición de tres paradigmas totalitarios: el leninista, después reconvertido en stalinista; el fascista, y el nazi. El totalitarismo no pretendía derrotar políticamente a las formaciones partidarias parlamentaristas o, en todo caso, no acudía a los procesos electorales para acceder a las tareas de gobierno en una posición de lealtad constitucional: el totalitarismo pretendía la destrucción del Estado de Derecho, y el consiguiente establecimiento de regímenes estatólatras monopartidistas, que habrían de desconocer los derechos y libertades fundamentales, comenzando por la vida y la dignidad humanas.

<sup>113</sup> GALLONI, G.: *Dossetti profeta del nostro tempo*. Roma. 2009, pp. 194 y ss.

A partir de 1945, la irrupción de la Democracia Cristiana como fuerza no confesional es un requisito esencial a la configuración de, no solo una nueva cultura política en donde las creencias y convicciones son parte de un renovado diálogo entre ópticas y perspectivas políticas y, más aún, entre cosmovisiones, sino también de una concepción de las relaciones internacionales y los grandes debates humanos de alcance, horizonte y visión mundiales<sup>114</sup>.

Creo que no resulta nada anecdótico que la conformación histórica de la Democracia Cristiana sea rigurosamente contemporánea de la violenta irrupción e instalación de los planteamientos totalitarios en la vida pública europea. Porque la plasmación partidaria del discurso socialcristiano establece, desde su propia génesis, una posición alternativa al totalitarismo. Nítida. Cuando desde la cárcel escribió Alcide de Gasperi a su amigo Giovanni Ciccolini, de Trento, el 7 de enero de 1928, el último secretario del PPI disuelto por el fascismo y el primero de la futura DC entiende, con auténtico sentido visionario, que su estancia en la cárcel es la consecuencia primera de una pugna frontal con el totalitarismo, y también parte de una nueva prueba histórica a la que se ven sometidos los cristianos, y muy especialmente los cristianos que han decidido adoptar un compromiso político militante<sup>115</sup>.

Y, desde luego, la definitiva consolidación del socialcristianismo, y una de las más representativas fuerzas impulsoras de la asombrosa sucesión de éxitos electorales que jalonan su evolución política, a partir de 1945, radica en el conmovedor tributo de abnegación, de persecución, de generosidad, y de sangre que los resistentes cristianos entregan durante la II Guerra Mundial. Merece la pena recordar, y lo merecerá siempre, las figuras de Georges Bidault, militante de la Resistencia desde 1940 y su líder a partir de la detención de Jean Moulin en 1943; de François de Menthon, líder de la Resistencia en el Delfinado; de Paolo Emilio Taviani, líder de la Resistencia en Liguria; de Giuseppe Dossetti, líder de

<sup>114</sup> WEIZSÄCKER, R. von: *Was für eine Welt wollen wir?* im Gespräch mit Jan Ross. Berlin. 2006, pp. 33 y ss.

<sup>115</sup> DE GASPERI, A.: *Cartas de la prisión*. Buenos Aires. 1957, p. 87: “Alguien, tal vez, por la vistosa fortuna que me acompañaba en el camino de la vida, había juzgado mal nuestro cristianismo social y político, al verlo ligado con cierto bienestar y rodeado por algún favor o prestigio. Estoy muy contento de que ahora también los adversarios honestos no se escandalicen de la fortuna y juzguen la belleza y la fecundidad de nuestra idea, que ha quedado desnuda y única señora de mi espíritu... No encierro en el pecho un ánimo de héroe ni me ilumina la luz interior de un santo; sea, sin embargo, alabado el Señor, que me hace comprender cuán justo es que en la desgracia de todos yo, que estaba en los primeros puestos, por una equitativa compensación deba ahora arrastrarme en el camino, más harapiento y más maltrecho que los demás. No hay ningún mérito en ser los primeros, cuando se marcha bajo un sol triunfal y una bandera acostumbrada a las victorias. Hay tal vez algún mérito en avanzar arrastrándose en el barro del camino, después de la derrota”.

la Resistencia en la Emilia-Romaña; de una Resistencia alemana cuyos miembros más representativos, tanto los del *Círculo de Kreisau* como los integrantes de *La Rosa Blanca*, eran militantes cristianos. Merece la pena recordar a De Gasperi en las cárceles fascistas; a Giuseppe Lazzatti en los campos de internamiento nazis de Rum, Deblin, Oberlangen, Sandbostel y Wietzendorf; a Robert Schuman en el campo de concentración de Neudstadt; merece la pena recordar a los jóvenes masacrados por el totalitarismo por ser cristianos y demócratas: Sophie Scholl, Gilbert Dru, Christoph Probst...

Georges Bernanos había ya descrito en su *Lettre aux Anglais*, en plena contienda, el alcance de la devastadora crisis de humanidad que había aquejado a una Europa que había decidido ignorar sus raíces cristianas. En la redactada en julio de 1941, ya avanzaba que la democracia burguesa, que había combatido al servicio de la gran propiedad y las grandes entidades de ahorro, debía ser también superada, para construir una nueva democracia denotada por su vocación social y su identidad cristiana<sup>116</sup>. Pero la nómina de quienes fueron perseguidos y, finalmente, tiroteados o asesinados por ser demócratas y cristianos no se circunscribe, por cierto, ni a los jóvenes ni a los resistentes de la gran contienda europea: Aldo Moro, Bernardo Leighton, o Eduardo Frei Montalva conocieron la saña con la que el extremismo vesánico persigue a quienes combaten en defensa de la justicia y de la libertad.

A partir de 1945, la Democracia Cristiana, desprovista además de su denominación partidaria de entreguerras, convertida en un “Movimiento”, además Republicano y Popular en Francia, en una “Unión” Cristiana y Demócrata en Alemania, o Cristiana y Social en Baviera, o simplemente en la *Democrazia Cristiana*, con la cruz y el lema *Libertas*, en Italia, se convirtió en la columna vertebral del más gigantesco proyecto de la milenaria historia de Europa: la reconstrucción y fortalecimiento, y además de manera simultánea, de su tejido productivo, de sus recursos materiales, de sus criterios axiológicos básicos, de su identidad como experiencia de cultura y de civilización humanista, y de su ordenamiento democrático. Y una reconstrucción y fortalecimiento que debía preservar, por sobre todas las cosas, la paz, y garantizar su perdurabilidad en el tiempo.

Esa empresa histórica, la más compleja y grandiosa en la historia de Europa, el continente con más terrible y azarosa existencia, fue liderada por la Democracia Cristiana. Y en una forma que todavía resulta sorprendente. Porque hubo de avanzar en contra y a despecho de la hostilidad o, directamente, la oposición de sus adversarios democráticos y sus enemigos totalitarios, cuyas descalificacio-

<sup>116</sup> BERNANOS, G.: *Lettre aux Anglais*. Rio de Janeiro. 1942, pp. 129 y ss.

nes se dirigieron contra Adenauer, “el canciller de los vencedores”; y contra De Gasperi, “el primer ministro de la Europa negra”; y contra Schuman, alternativamente el “*boche*”, el “nazi” o el “alemán”, siempre según las afirmaciones de la oposición comunista, del mismo comunismo stalinista que había pactado con el nazismo el 23 de agosto de 1939. Es decir: quienes habían padecido cárcel y persecución por sus ideas democráticas, seguían siendo señalados e infamados, por seguir profesando las mismas ideas democráticas, por el totalitarismo.

Y, al mismo tiempo, la Democracia Cristiana hubo de trabajar para ensanchar la base partidaria del Estado de Derecho y de sus grandes consensos en materia de política interior y exterior, creando las condiciones para la alternancia política. Como la “justicia” en las *Alegorías del buen y del mal gobierno* de Ambrogio Lorenzetti en el Palazzo Comunale de Siena, la Democracia Cristiana era uno de los platos de la balanza que permitía el equilibrio del conjunto del sistema. Pero, al mismo tiempo, se diría que era también la justicia misma, laborando para devolver la armonía y la equidad a la existencia humana. Como en el *Cristo yacente* de Andrea Mantegna, en donde la razón y la perspectiva acuden al encuentro del sentimiento y de la tragedia para ofrecer una nueva óptica de la Pasión de Jesús, la Democracia Cristiana ofrece una visión integral de la experiencia humana, de su materialidad profana y de su pulsión trascendente <sup>117</sup>.

Una justicia y una visión, como la propia democracia, no neutra. La Democracia Cristiana advirtió con qué cinismo los enemigos del Estado de Derecho habían utilizado los instrumentos democráticos para acceder a un liderazgo que después habían utilizado para destruir la propia democracia, desde sus propias raíces. Mussolini en 1922, Hitler en 1933 y Pétain en 1940 habían alcanzado la suprema magistratura de Italia, Alemania y Francia merced a procedimientos constitucionales. En el caso de Pétain, valiéndose de los votos de una Asamblea Nacional francesa, la elegida en las legislativas de 1936, en donde disfrutaba de mayoría absoluta el Frente Popular, pero una Asamblea poseída por ese espíritu de *résignation en masse*, que según privilegiados testigos de la caída de Francia, como Soma Morgenstern, como Irene Némirovsky, o como Marc Bloch, determinó el desmoronamiento institucional y moral de la más antigua democracia de la Europa continental en apenas cuarenta días<sup>118</sup>. Las consecuencias de la inacción democrática ante el progreso de sus enemigos, a costa de sus propias fuerzas, fueron nefastas para toda la Humanidad.

<sup>117</sup> CAROLI, E.: *Il volto di Gesù. Storia di un'immagine dall'antichità all'arte contemporanea*. Milano. 2009, pp. 47 y ss.

<sup>118</sup> MORGENSTERN, S.: *Huida en Francia. Un relato novelado*. Valencia. 2005, pp. 145 y ss. NEMIROVSKY, I.: *Suite francesa*. Barcelona. 2005, pp. 67 y ss. *Para una interpretación de conjunto*, cfr. BLOCH, M.: *La extraña derrota*. Barcelona. 2003.

El Estado de Derecho representa una opción concreta de vida. El Estado de Derecho propone un cauce específico de convivencia, basado en el reconocimiento, preservación y efectiva tutela judicial de los derechos y libertades fundamentales, la aplicación de la regla de las mayorías desde el respeto a las minorías, la consagración de la división de poderes, y el sometimiento de la ciudadanía al imperio de la ley. Dentro de este cuadro, es evidente, pueden suscitarse diferencias notables. Pero el Estado de Derecho no puede proponer una cosa y la contraria, y sucumbir a la tiranía del relativismo. El discurso socialcristiano es un discurso radicalmente moderno, que se levanta sobre tres pilares que son, a su vez, los sujetos esenciales de debate del histórico proyecto de civilización: el antropocentrismo heredado de la cultura helénica, la significación ordenadora del Derecho que proviene de la cultura romana, y el sentido trascendente de la existencia que procede de la cultura judaica.

El debate democrático ha posibilitado un amplísimo consenso en torno a los dos primeros renglones. Y subsiste, como gran escenario para el diálogo, el tercero. Digo diálogo, porque por supuesto que dentro del cuadro democrático caben posiciones agnósticas, ateas o, simplemente, indiferentes. Pero lo que no cabe, en un ciudadano del año 2012, es la incultura, y dentro de las formas de la incultura, la incultura religiosa. Por eso, la efectiva universalidad del ejercicio del derecho a la educación es un objetivo esencial al proyecto socialcristiano.

Y, por eso, porque no tenemos derecho a exigir lo que nosotros mismos no estamos brindando, sobre cuántos nos dedicamos a la actividad científica, tanto en su dimensión docente como en la investigadora, recae una singular responsabilidad en la práctica cotidiana de la pedagogía cívica y democrática. Daniel Pennac recordaba no hace mucho uno de los pasajes del *Emilio* de Rousseau, que hacía leer a sus alumnos poco más que adolescentes, un pasaje en el que, sobre todos los estados posibles de la existencia, sobre los vaivenes de los cargos y de las responsabilidades, de las glorias y de las miserias, de los altos y de los bajos, empujaba a cada persona a tomar el único estado pleno y perdurable, que es el de ser humano<sup>119</sup>. Ser un hombre. Nada más. Y nada menos. Instruir

<sup>119</sup> PENNAC, D.: *Mal de escuela*. Barcelona. 2011, pp. 134-135: "...no hay más caracteres imborrables que aquellos que imprime la naturaleza, y la naturaleza no hace príncipes, ni ricos, ni grandes señores... ¡Afortunado quien sabe entonces abandonar el estado que le abandona, y permanecer hombre a pesar de la suerte! Alábase tanto como se desee a ese rey vencido que quiere enterrarse enfurecido bajo los restos de su trono; yo le desprecio; veo que solo existe por su corona y que no es nada en absoluto si no es rey; pero quien la pierde sin inmutarse está, entonces, por encima de ella. Del rango de rey que un cobarde, un malvado, un loco puede ocupar como cualquier otro, asciende al estado de hombre, que tan pocos hombres saben ocupar...".

a los profesionales, formar a los ciudadanos y educar a los seres humanos. Una hermosa tarea para el servidor público en cuanto cristiano.

La Democracia Cristiana en el gobierno, la misma que durante la presidencia de Frei Montalva en Chile levanta en seis años 45 hospitales y casi medio millón de viviendas, no sólo se revela como una formación eficaz en el ámbito interno, sino que lidera los más grandes proyectos de construcción supranacional de la historia. La Unión Europea, con sus esperanzas y sus decepciones, en todo caso con sus más de dos tercios de siglo de ininterrumpida paz en Europa occidental, sigue siendo un enorme legado histórico de la Democracia Cristiana. Pero nuevos desafíos, en la escala pragmática, y en la escala visionaria, aguardan al histórico discurso socialcristiano. Desafíos que delimitan los contornos de sentido y significación que explican qué representa ser socialcristiano hoy.

#### REFLEXIONES FINALES. LA PRIMAVERA SOCIALCRISTIANA

“Sabemos que todo esfuerzo por mejorar una sociedad, sobre todo cuando está tan metida esa injusticia y el pecado, es un esfuerzo que Dios bendice, que Dios quiere, que Dios exige”<sup>120</sup>.

Óscar Arnulfo Romero se encontraba pronunciando estas palabras minutos antes de su asesinato en la Catedral de San Salvador, el 24 de marzo de 1980, en pleno comienzo de la primavera centroamericana. Una primavera fecunda como sólo la sangre de los mártires puede garantizar. Y el arzobispo de San Salvador decía, en esa primavera, que pretender mejorar la sociedad era ni más ni menos que un propósito que el propio Dios quería y exigía. El mensaje, una vez más, no podía resultar más explícito para la conciencia del fiel cristiano, y no digamos del servidor público en cuanto cristiano: la vocación social no obedece al ejercicio libérrimo de una opción o elección, sino que representa una auténtica obligación moral.

---

<sup>120</sup> ROMERO, O. A.: *La violencia del amor*. Edición preparada por James R. Brockman, SJ. Santander. 2002, p. 214. En concreto, sus últimas palabras fueron: “Que este cuerpo inmolado y esta sangre sacrificada por los hombres, nos alimente también para dar nuestro cuerpo y nuestra sangre al sufrimiento y al dolor, como Cristo, no para sí, sino para dar conceptos de justicia y de paz a nuestro pueblo. Unámonos, pues, íntimamente en fe y esperanza a este momento de oración por doña Sarita y por nosotros...”, *cfr.* CAVADA DÍEZ, M. (Ed.): *Día a día con Monseñor Romero. Meditaciones para todo el año*. San Salvador. 2009, p. 388. *Vid.* también DELGADO, J.: *Oscar A. Romero. Biografía*. San Salvador. 2008, pp. 201 y ss.

No es una mera imagen, o una evocación interesada: las grandes vivencias partidarias y las grandes aportaciones a la construcción democrática y europeísta de la Democracia Cristiana se producen en primavera. El 2 de junio de 1946, el MRP francés y la DC italiana se impusieron en las elecciones legislativas que se celebraron en la misma jornada. En el supuesto francés, por primera y última vez en la historia; en el caso italiano, era la primera de doce victorias consecutivas, un registro sin igual en ningún gran Estado democrático. El 18 de abril de 1948, las decisivas elecciones italianas deparaban la primera y única mayoría absoluta democristiana, un resultado casi imposible en el sistema proporcional diseñado por la Constitución recién aprobada, con un 48.5% de los votos contra el 31% del Frente Popular, conformado por comunistas y socialistas. Y ello en unas elecciones en donde la votación superó el 92%, por encima del ya asombroso 89.1% del 2 de junio de 1946<sup>121</sup>.

Pero, en el supuesto europeo, la predominancia del liderazgo primaveral cristiano-demócrata en los grandes instantes fundacionales de la construcción continental es abrumadora: tanto al tiempo de la Declaración de 9 de mayo de 1950, como en el Tratado de París, que instituye la Comunidad Europea del Carbón y del Acero de 18 de abril de 1951, con figuras como Schuman, Bidault, Adenauer, De Gasperi, Eyskens y Dupong al frente; Tratados de Roma de 25 de marzo de 1957 instituyendo la Comunidad Económica Europea y la Comunidad Europea de la Energía Atómica, con Segni, Adenauer, Bech y Luns<sup>122</sup>. La primavera es una estación para la construcción europea y para la Democracia Cristiana.

La primavera, por cierto, no se circunscribe al Hemisferio Norte. Era primavera en Chile cuando Eduardo Frei Montalva tomó posesión de la presidencia de Chile el 4 de noviembre de 1964. Era primavera en Chile cuando, en diciembre de 1973, apenas dos meses después del golpe de Estado del 11 de septiembre, Jaime Castillo Velasco, Andrés Aylwin Azócar, Adolfo Zaldívar Larraín, Alejandro González Poblete, Luis Ortiz Quiroga, Gastón Cruzat Paúl y Francisco Cumplido Cereceda denunciaron ya las violaciones de los derechos humanos cometidas por la dictadura. Era primavera en Chile cuando esa dictadura fue derrotada en el plebiscito del 5 de octubre de 1988. Era primavera en Chile cuando, el 14 de diciembre de 1989, Patricio Aylwin se impuso en las elecciones presidenciales que representaron el regreso de la democracia<sup>123</sup>.

<sup>121</sup> NOVELLI, E.: *Le elezioni del quarantotto. Storia, strategie e immagini della prima campagna elettorale repubblicana*. Roma. 2008, pp. 76-77. Vid. igualmente MONTANELLI, I.; CERVI, M.: *L'Italia della Repubblica (2 giugno 1946-18 aprile 1948)* Milano. 2004, pp. 179 y ss.

<sup>122</sup> SAN MIGUEL PÉREZ, E.: *La Democracia Cristiana y la Democracia de los Cristianos*. Madrid. 2010, pp. 27 y ss.

<sup>123</sup> CUMPLIDO, F.: "Vigencia de Maritain en el Chile de hoy". *Revista Instituto Chileno de Estudios Humanísticos*, vol. 5, pp. 125-130. Santiago de Chile, marzo de 2005, pp. 129-130



La primavera, en todo caso, es una dimensión integral de la experiencia social-cristiana, y no una figura retórica o “buenista”. Fue en primavera, el 9 de mayo de 1978, el mismo 9 de mayo en el que los europeos recordamos la figura venerable de Robert Schuman, que apareció el cuerpo exánime de Aldo Moro en la vía Caetani, poniendo término al efímero proyecto de la “solidaridad democrática” que sus enemigos calificaban como “*cattocomunismo*”, una denominación tan perversa como injusta, que venía a poner de manifiesto la dificultad del proyecto constitucional italiano para acceder a un nuevo escalón evolutivo. No es extraño que algunos autores no precisamente cristiano-demócratas, como Guido Crainz, hayan calificado los también primaverales funerales de Estado oficiados por el mismísimo Papa Pablo VI, en San Juan de Letrán, el 1º de mayo de 1978 como unos auténticos “funerales de la República”<sup>124</sup>. En todo caso, los funerales en los que el Papa, apenas tres meses antes de su propia muerte, lívido por el dolor, se dirigió a Dios para decir: “...y a quién sino a Ti íbamos a rezar, Señor de la vida y de la muerte... pero Tú no quisiste escuchar nuestras súplicas...”.

Una vida interrumpida de manera cruel y prematura puede ser, también, una vida completa, como recordaba siempre Montaigne<sup>125</sup>. Se diría que Aldo Moro y la DC italiana, incluso la Democracia Cristiana europea, habían completado ya una vida cuando el 16 de marzo de 1978 el presidente del partido *biancofiore* fue secuestrado en la Vía Fani, mientras eran asesinadas las cinco personas que le acompañaban en su propio auto y en el de seguridad. El tiempo transcurrido desde 1978, y la irrupción del paradigma político liberal en los meses y años inmediatamente posteriores, tras la victoria de Margaret Thatcher en las elecciones británicas de 1979, y la de Ronald Reagan en las presidenciales estadounidenses de 1980, vendría a demostrar que, sin embargo, la existencia de la Democracia Cristiana se encontraba muy lejos de haber completado su *élan* vital.

La Democracia Cristiana... y el propio Estado de Derecho. No hace mucho, Lech Walesa aplicaba un abrumador sentido común al análisis del horizonte de la construcción europea, cuando sostenía que debatir en torno a la mejor manera de hacer más eficiente el mercado, en vez de hablar sobre sus principios fundamentales, representaba un error histórico. Porque él, un simple obrero de

<sup>124</sup> CRAINZ, G.: *Il paese mancato. Dal miracolo economico agli anni ottanta*. Roma. 2005, pp. 578 y ss.

Vid. igualmente GIOVAGNOLI, A.: *Il caso Moro. Una tragedia repubblicana*. Bologna. 2005, pp. 17 y ss. Vid. igualmente CLEMENTI, M.: *La pazzia di Aldo Moro*. Milano. 2006, pp. 271 y ss.

<sup>125</sup> MONTAIGNE, M. de. *Los ensayos...*, p. 105: “Dondequiera termine tu vida, está completa. El provecho de la vida no reside en la duración, reside en el uso. Alguno que ha vivido mucho tiempo, ha vivido poco-pon atención mientras estás ahí-. Radica en tu voluntad, no en el número de años, que hayas vivido lo suficiente”.

unos astilleros, no se había enfrentado al totalitarismo soviético con propuestas económicas, sino con categorías morales<sup>126</sup>. La nueva estación socialcristiana puede y debe ser una estación moderna, de principios y valores nítidos, claramente explicitados. Una estación de ideas y propuestas, pero también una estación de estilo y de identidad.

“Ya tenemos instituciones; ahora necesitamos alma”. El comentario que se le atribuye a Robert Schuman, el 9 de mayo de 1950, tras finalizar la lectura de su Declaración, en medio de una atmósfera húmeda, de mañana de primavera en París, y una atmósfera fría dentro del Salón del Reloj, dada la perfecta no inconsciencia de la inmensa mayoría de los asistentes acerca de la naturaleza histórica del contenido del mensaje, conserva toda su validez y toda su pujanza para el socialcristiano. Hoy, como entonces. Una democracia sana, abierta, propositiva, y vital, es una democracia con alma.

Porque el socialcristiano es, en definitiva, como decía el padre Alberto Hurtado, un “estado de ánimo” que crea una “actitud de alma”, un alma en el que debe generarse una “actitud social”. A partir de esos presupuestos es posible plantear, edificar y ofrecer una sociedad genuinamente humana, o lo que es lo mismo, una sociedad fraterna. Una sociedad que nos convoca, nos compromete y nos urge a todos los ciudadanos. Una sociedad cuyos integrantes se siente partícipes de la ley universal de la caridad<sup>127</sup>.

Ser socialcristiano, en fin, equivale a disfrutar de la audacia y de la libertad necesaria para ser, responsablemente, en comunión con los restantes seres humanos, protagonista de la historia. En su extraordinario libro sobre Enrique

<sup>126</sup> WALESA, L.: “La lucha por la libertad en nuestro tiempo”. SERRANO OCEJA, J. F. (Ed.): *Católicos y vida pública*, pp. 295-304. Madrid. 2010, p. 299.

<sup>127</sup> HURTADO CRUCHAGA, A., S.J.: *Humanismo Social*. Santiago de Chile. 2004, pp. 17 y 169: “Una sociedad con sentido social.

Realizarla: esa es la misión de todos nosotros. ¡Cada uno ha de poner su esfuerzo; que nadie se excuse pretextando que su acción es insignificante!

El niño desde pequeño ha de ser educado con sentido social...

Cada acción, aún la más escondida de la vida, tiene un valor social: no la desperdiciemos aunque parezca mínima.

Y así el fruto de todos irá surgiendo como una sociedad más humana, más fraterna.

Una sociedad que se ha ido alejando de su Dios, porque ha visto en la moral de sus fieles la divina irradiación de su fe, volverá a Cristo por el esplendor de la caridad.

El dogma de la comunión de los Santos, plenamente vivido, triunfará sobre la internacional materialista.

La Iglesia aparecerá a los hombres. Madre solícita de sus hijos que luchan penosamente por ganarse el pan.

Los hombres del siglo XX para entrar en la Iglesia esperan ver en nosotros, los que vivimos en ella, el testimonio de la caridad de Cristo”.

IV, François Bayrou le adjudicaba al primer Borbón francés un sobrenombre inédito en la historia: “el rey libre”. Bayrou, católico practicante, decía haber escrito la biografía, no como el historiador que no era, sino como el político que es, es decir, como el político que sufre el examen despiadado a que sus compatriotas someten al servidor público, pero también como el hombre-político-contemporáneo que se siente en especial deuda de responsabilidad con un país que vacila acerca de su futuro, y en donde la duda y la inquietud atenazan energías e ideas. Por eso, los ideales de tolerancia y de reconciliación abanderados por el fundador de la dinastía atesoraban tanta vigencia. Y, partiendo de esos ideales, resultaba posible y necesaria derrotar a la incertidumbre para ser, plena y responsablemente libres<sup>128</sup>.

La libertad humana o, diría yo, el día después de la libertad humana, es un motivo central de reflexión para el socialcristiano. Las consecuencias que se desprenden de una acción fundada moralmente, o lo contrario, se encuentran permanentemente presentes en algunas de las más grandes creaciones de uno de los excelsos cineastas del siglo XX, un sencillo y sensible cristiano llamado Robert Bresson. *Diario de un cura rural* (1951), *Pickpocket* (1959) y *El dinero* (1983) integran algunos de los títulos en donde, sucesivamente, un sacerdote se abandona completamente en las manos de Dios, un carterista es redimido de su adicción, y la aparente travesura inicial de unos adolescentes pertenecientes a familias tan pequeño-burguesas como deliberadamente cómplices en el delito de sus más jóvenes vástagos, arroja la culpa sobre un joven trabajador que arruina su vida y la de su familia, y origina una auténtica tragedia. Una evolución, todo hay que decirlo, que empieza en la proximidad de la brillante hoguera socialcristiana de la adaptación de Bernanos, rodada en plena Francia europeísta de Bidault, Schuman y el MRP, y finaliza en una obra desesperanzada, por momentos resignada, anegada por el alud de mediocridad de una década ganada progresivamente para el pensamiento débil y la ética de las estrellas michelín<sup>129</sup>.

El mensaje de Bayrou y de Bresson, dos servidores públicos en cuanto cristianos, es inequívoco: la libertad es la medida suprema de la genuina humanidad, es decir, de la acción responsable. La libertad es la energía perenne de la aventura humana, la auténtica primavera del hombre. El discurso socialcristiano debe ser un discurso de libertad.

Y, cómo no, como discurso de libertad, un discurso de exigencia, que alumbré la renovación de la cultura cívica y, sobremanera, de la cultura política. Una

<sup>128</sup> BAYROU, F.: *Henri IV. Le roi libre*. Paris. 2004, pp. 10-11.

<sup>129</sup> ARNAUD, P.: *Robert Bresson*. Paris. 2003, pp. 89 y ss. FRODON, J.-M.: *Robert Bresson*. Paris. 2007, pp. 83-87.

cultura política decisivamente inspirada por ese “cristianismo de cristiandad” que nadie definió de manera más áspera y auténtica, pero tampoco mejor, que Georges Bernanos, en medio de la conmoción suscitada por el comienzo de la Guerra Civil española, en *Los grandes cementerios bajo la luna*, cuando reclamaba a los cristianos la lucidez en el compromiso, y la adhesión resuelta al Evangelio:

*“...un cristiano puede ser cualquier cosa, un bruto, un idiota o un loco, pero de ninguna manera puede ser un imbécil. Me refero a los cristianos que han nacido cristianos, cristianos de estado, cristianos de cristiandad. En una palabra, cristianos nacidos en plena tierra cristiana, y que se crían libres y consuman una tras otra, bajo el sol o el aguacero, todas las estaciones de su vida...”*

*“Para un cristiano de cristiandad, el Evangelio no es solo una antología de la que se lee un trozo cada domingo en el misal... El Evangelio informa las leyes, las costumbres, las penas y hasta los placeres, porque en él se bendice la humilde esperanza del hombre y el fruto de su vientre. Podéis tomarlo a broma, si queréis. No conozco muchas cosas útiles, pero sé lo que es la esperanza en el Reino de Dios, ¡y no es poco, palabra de honor! ¿No me creéis? Peor para vosotros. Tal vez esta esperanza vuelva a estar con su pueblo. Tal vez la respiremos todos, un buen día, todos juntos, una mañana de los días, con la miel del alba? ¿No os interesa? Da lo mismo. Los que entonces no quieran recibirla en sus corazones por lo menos la reconocerán por esto: los hombres que hoy desvían la mirada a vuestro paso, o se burlan en cuanto les habéis dado la espalda, caminarán derechos a vuestro encuentro, con una mirada de hombre”<sup>130</sup>.*

La publicación del libro de Bernanos, en 1937, originó un auténtico terremoto en la vida pública francesa<sup>131</sup>. Su calificación posterior como “el texto más importante nunca publicado en contra del fascismo” por Hanna Arendt, otorgó a la intelectualidad cristiana una posición de liderazgo en el combate contra todas las formas del totalitarismo. Y posibilitó el pleno alineamiento de creadores católicos de pensamiento conservador, como François Mauriac, junto al proyecto democrático en vísperas de la II Guerra Mundial, un hecho que habría de despojar al futuro régimen de Vichy de un sustento intelectual que, en todo caso, contó con figuras tan relevantes -pero no precisamente cristianas- como Louis-Ferdinand Céline o Pierre Drieu La Rochelle. A partir de 1945, la presencia de los creadores de inspiración cristiana en la vida literaria francesa sería verdaderamente notable<sup>132</sup>.

<sup>130</sup> BERNANOS, G.: *Los grandes cementerios bajo la luna*. Barcelona. 2009, pp. 27-28.

<sup>131</sup> LOTTMAN, H.: *La Rive Gauche. La élite intelectual y política en Francia entre 1935 y 1950*. Barcelona. 2006, p. 170.

<sup>132</sup> DUFAY, F.: *Le soufre et le moisi. La droite littéraire après 1945*. Paris. 2010, 27 y ss.

El totalitarismo, en sus diversas vertientes, está muy lejos de haber desaparecido del mundo. Ni siquiera del espacio iberoamericano, como la subsistencia de la dictadura cubana viene a poner de manifiesto. Y la irrupción de los discursos populistas demuestra que la tentación totalitaria tampoco se ha desvanecido del horizonte de nuestros pueblos. Pero las sociedades democráticas deben también hacer frente a comportamientos cuya capacidad para tiranizar las conductas representa una forma de sujeción de las conciencias, difícilmente compatibles con la libertad humana.

El consumismo exacerbado, la idolatría a los bienes materiales, y el sometimiento a un estilo de vida basado en el individualismo y el egoísmo no son precisamente una tarjeta de presentación aceptable para cuantos compartimos una adhesión al sistema democrático, como consecuencia de su superioridad moral, es decir, de su capacidad para preservar, respetar y promover, en todas sus dimensiones, la vida y la dignidad humanas.

Miguel de Unamuno sostenía que eso que él mismo denominaba el “cristianismo social” recogía todo el esfuerzo del ser humano por “dar finalidad humana a la Historia”, es decir, edificar una genuina civilización de la condición humana. Y un pensador socialcristiano, sumamente representativo de la fecunda tradición del protestantismo francés, Denis de Rougemont, establecía con rotundidad los contenidos y las exigencias de ese programa de adhesión al proyecto cristiano de civilización:

*“La vida y el pensamiento cristiano, en efecto, se refieren en cada instante a aquello que determina la totalidad del hombre: su origen, su final, y su misión presente. El cristiano sabe que viene de Dios, el Creador; que va hacia el Reino de Dios, el Reconciliador; y que tiene por misión actual seguir a una Palabra que es Jesucristo, el Mediador... Esa Palabra no salva más que a aquéllos de entre los hombres que han rechazado este mundo... Este rechazo, esta espera activa, constituye la más radical de las revoluciones, digámoslo mejor: la única radical”* <sup>133</sup>.

El discurso cristiano-demócrata, en efecto, quiere impulsar esa identidad radicalmente humana de la historia. E impulsar esa identidad humana, como decía Marc Sangnier, con “lealtad a la verdad, a la justicia y al amor”. Eso significa, en fin, ser socialcristiano hoy.

<sup>133</sup> UNAMUNO, M. de. *La agonía del cristianismo*. Madrid. 1930, p. 28: “Porque la historia, que es el pensamiento de Dios en la tierra de los hombres, carece de los hombres, carece de última finalidad humana, camina al olvido, a la inconsciencia”. Vid. igualmente ROUGEMONT, D. de: “Changer la vie où changer l’homme”. MAURIAC, F.; DUCATTILLON, R. P.; BERDIAEFF, N.; MARC, A.; ROUGEMONT, D. de; ROPS, D.: *Le communisme et les chrétiens*, pp. 203-232. Paris. 1937, p. 213.

# CORRER EL RIESGO DEL AMOR: PERSONALISMO FRENTE A INDIVIDUALISMO

## 1.- INTRODUCCIÓN: LA PERSONA, O LA ESPERANZA Y LA CERTEZA DEL TÚ

*“...y al orientar esa actividad de manera de producir un valor máximo él busca sólo su propio beneficio, pero en este caso como en otros una mano invisible lo conduce a promover un objetivo que no entraba en sus propósitos. El que sea así no es necesariamente malo para la sociedad. Al perseguir su propio interés frecuentemente fomentará el de la sociedad mucho más eficazmente que si de hecho intentase fomentarlo. Nunca he visto muchas cosas buenas hechas por los que pretenden actuar en bien del pueblo...”*<sup>134</sup>.

Adam Smith propuso una cosmovisión. Pero, sobre todo, delimitó y estableció los términos de una actitud vital. Porque el individualismo encierra todo un esquema de interpretación de la condición humana. Cuando un genio de la envergadura de John Stuart Mill dedicó el más militante de los capítulos de su imprescindible *Sobre la libertad* a la “De la individualidad como uno de los elementos del bienestar”, describió con enorme nitidez los argumentos esenciales de todos los grandes defensores del individualismo desde entonces. En definitiva, Stuart Mill sostenía que no existe responsabilidad sin libertad, y la noción de responsabilidad es eminentemente individual, si es que la libertad que disfrutaba el ciudadano era una condición política digna de esa denominación<sup>135</sup>.

Para un cristiano-demócrata, la propuesta de Stuart Mill no se encuentra muy lejos de su propia óptica. Únicamente habría que completarla con la cierta reflexión de Konrad Adenauer -no existe libertad sin responsabilidad- para cerrar los términos de un diálogo político, el que mantienen el liberalismo clásico y el socialcristianismo, siempre apasionante. En realidad, eso que los discípulos del gran Arthur M. Schlesinger Jr. habrían de denominar, desde los tiempos del *New Deal*, con elegante estilo de Nueva Inglaterra, “la persuasión liberal”, ampliada por la mítica magia del Camelot kennedyano, ofrece un estilo

<sup>134</sup> SMITH, A.: *La riqueza de las naciones (Libros I-II-III y selección de los Libros IV y V)* Traducción y estudio preliminar de Carlos Rodríguez Braun. Madrid. 1994, p. 554.

<sup>135</sup> STUART MILL, J.: *Sobre la libertad*. Prólogo de Isaiah Berlin. Madrid. 1982, pp. 126 y ss.

y un accionar muy próximos al análisis, a la sensibilidad y al estilo de los demócratas de inspiración cristiana<sup>136</sup>.

Pero, es evidente, la propuesta política del socialcristianismo nace, y muy fundamentalmente, como consecuencia de una nueva lectura política y antropológica que pretende, explícitamente, que la vida pública se construya pensando en personas, y no en individuos. Y el examen de esa dialéctica individualismo/personalismo inevitablemente conduce, en la óptica cristiano-demócrata contemporánea, a una de las conferencias pronunciadas por Jacques Maritain en Buenos Aires, en agosto y septiembre de 1936, que recibió por título “Persona e individuo”, conferencias editadas bajo el título unitario de *Para una filosofía de la persona humana*.

El maestro parisino establecía la distinción entre ambos conceptos en términos, como siempre, muy plásticos, que se correspondían con algunas de sus más iluminadores afirmaciones -”es el amor el que ha de conducirnos a la persona”-, para proponer el reconocimiento de un “Tú”, de una subjetividad, como “el conjunto mismo de las profundidades inteligibles de un ser, que constituyen un todo *por sí*, un mundo asentado sobre sí, centrado sobre sí para existir: a quien, por consiguiente, puedo desear el bien, puedo amar por sí mismo, y que puede ser mi amigo”. Y, partiendo de estos presupuestos, el pensador nacido un 18 de noviembre ofrecía un nuevo horizonte de singularidad, de plenitud y de compromiso a la aventura humana<sup>137</sup>.

Confieso haber recurrido, con frecuencia y convicción, en clase y, sobre todo, fuera de ella, a las palabras de Maritain: la persona es un ser al que puedo amar por sí mismo y puede ser mi amigo. La persona es la posibilidad y, con la posibilidad, la certeza de mi felicidad. La persona, en efecto, pertenece al ámbito de lo posible y, por lo tanto, de lo esperanzador, al universo de las motivaciones que nos empujan a querer ser más radicalmente humanos. Además, la persona no niega ni elimina al individuo: Maritain sostenía que individualidad y personalidad son dos líneas metafísicas que se cruzan en la unidad de cada hombre.

<sup>136</sup> DIGGINS, J. P. (Ed.): *The Liberal Persuasion. Arthur Schlesinger Jr., and the challenge of the American past*. Princeton. 1997, pp. 7. y ss. SORENSEN, T.: *Counselor. A Life at the Edge of History*. New York. 2008, pp. 156 y ss.

<sup>137</sup> MARITAIN, J.: *Para una filosofía de la persona humana*. Buenos Aires. 1984, pp. 153, 155, y 160: “El hombre, si quiere, puede representar su papel en el mundo; es una ‘persona’. Pues, según Boecio, en su acepción primera, persona significó ‘máscara’, la máscara que usaban los actores en las comedias y tragedias antiguas. Y como estas máscaras representaban a los héroes cuyo papel mimaban los actores, se dio en llamar personas a todos los hombres que difieren unos de otros, no por la máscara, sino por una fisonomía bien típica, y que obran como personajes sobre la escena del mundo y que, en el gobierno providencial, pueden amar a Dios libremente y libremente resistirle”.

La persona completa la mera entidad individual, para otorgar al ser humano concreto contenido, proyecto, y sentido de vida.

El personalismo, y después el comunitarismo, representan una respuesta al individualismo, o más bien a las consecuencias de la exacerbación del análisis individualista. Por seguir estableciendo una equivalencia en magnitudes políticas, es evidente que el discurso del socialcristianismo constituye una alternativa integral al paleoliberalismo. Pero el personalismo, como corazón antropológico del socialcristiano, no es un discurso reactivo. El personalismo disfruta de su propia identidad, y equivale, en el inolvidable planteamiento de Emmanuel Mounier, a la afirmación de cuatro condiciones que, transcurridas casi ocho décadas desde su formulación, conservan una extraordinaria, casi sobrecogedora vigencia:

1. que una persona nunca puede ser tomada como medio por una colectividad o por cualquier otra persona.
2. que no existe espíritu impersonal, acontecimiento impersonal, valor o destino impersonal; lo impersonal es la materia. Toda comunidad es en sí misma una persona de personas...
3. que en consecuencia... es condenable todo régimen que, de derecho o de hecho, considere a las personas como objetos intercambiables... o incluso que las imponga esta vocación desde fuera por la tiranía de un moralismo legal, fuente de conformismo y de hipocresía.
4. que la sociedad, es decir, el régimen legal, jurídico, social y económico ni tiene por misión subordinar a las personas ni asumir el desarrollo de sus vocaciones, sino asegurarles, en principio, la zona de aislamiento, de protección, de juego y de ocio que les permitirán reconocer en plena libertad espiritual esta vocación; ayudarles sin coaccionar mediante una educación sugestiva, a liberarse de los conformismos y de los errores de otros sistemas... Es la persona quien hace su destino: ni otras personas, ni hombre ni colectividad, pueden reemplazarla”<sup>138</sup>.

Quienes se han interrogado acerca de esta más que presunta controversia de posiciones, como Marcello Veneziani, no parecen albergar demasiadas dudas al respecto: comunitaristas y liberales están llamados a convertirse, si es que no se han convertido ya, por derecho propio, y por la entidad de sus contribuciones al enriquecimiento del debate público, en los más significativos protagonistas del

<sup>138</sup> MOUNIER, E.: *El personalismo. Antología esencial*. Salamanca. 2002, pp. 71-72.



diálogo político a lo largo de las próximas décadas, y además en protagonistas en cuanto integrantes de posiciones alternativas<sup>139</sup>.

Existe ya, en efecto, un debate genuino. Y diría que, si no existiera, habría que posibilitarlo. Porque es un debate entre identidades democráticas, entre visiones sólidas del Estado de Derecho. Es uno de esos debates que importan, y no una mera controversia instalada en la cultura de lo efímero. Y, en último término, es un debate que, como sostenía el propio Maritain, está muy lejos de poder reducirse a una elección natural del “desarrollo dinámico” de los seres humanos entre individualismo, materialismo, y personalismo, y espiritualismo<sup>140</sup>.

## 2.- EL HUMANISMO COMO “DELICADEZA DE COBARDES”. LA ALTERNATIVA PERSONALISTA.

Ludwig von Mises sostenía que la acción humana es siempre acción de seres individuales, que lo social era únicamente una determinada orientación que cobraban las acciones individuales, y que debatir fines equivalía a debatir acciones, es decir, que la sociedad y la civilización eran los dos hechos que determinaban la cooperación social<sup>141</sup>. Más polémicas son sus célebres afirmaciones respecto al “malestar” como origen de toda forma de acción humana, o su denuncia del histórico fracaso de las “ciencias sociales” en su virtualidad como respuesta a los problemas humanos. En todo caso, Von Mises no denominó al millar de páginas que constituye su más fundamental obra la “acción individual”, sino la “acción humana”. El individualismo se presenta siempre, a lo largo del siglo XX, como un humanismo.

Más contundente era el planteamiento individualista de Ayn Rand, singularmente nítido en su imprescindible novela *El manantial*. Y, sin embargo, Ayn Rand mantenía haber compuesto un monumento a la grandeza humana, de acuerdo con una cosmovisión también humanista. La escritora estadounidense de origen ruso afirmaba, en el prólogo a la reedición de su célebre obra, en 1968, que había querido componer una “adoración al hombre” porque “ni la política

<sup>139</sup> VENEZIANI, M.: *Comunitari o liberali. La prossima alternativa?* Roma-Bari. 2006, pp. 93 y ss.

<sup>140</sup> MARITAIN, J.: *Para una filosofía de la persona humana...*, p. 163: “Si se realiza en el sentido de la individualidad material, irá hacia el yo aborrecible, cuya ley es tomar, absorber para sí, y como consecuencia, la personalidad tenderá a alterarse, a disolverse. Si por el contrario, el desarrollo va en el sentido de la personalidad espiritual, el hombre avanzará en el sentido del yo generoso de los héroes y de los santos”.

<sup>141</sup> MISES, L. von: *La acción humana. Tratado de economía*. Madrid. 2004, pp. 173 y ss. Sobre la influencia de la competencia en la acción humana *vid.* KIRZNER, I. M.: *Competencia y empresarialidad*. Madrid. 1998, pp. 225 y ss.

ni la ética ni la filosofía son un fin en sí mismas, ni en la literatura; sólo el Hombre (sic) es un fin en sí mismo”. Pero en el célebre juicio al que se ve sometido al final de la novela su protagonista, el inolvidable arquitecto Howard Roark, se sostienen no menos inolvidables planteamientos: “el primer derecho en la Tierra es el derecho al ego. El primer deber del hombre es para consigo mismo. Su ley moral consiste en nunca hacer de los demás su objetivo principal”. O, todavía más explícitamente: “el ‘bien común’ de una colectividad, una raza, una clase, un Estado, ha sido la pretensión y la justificación de toda tiranía que se haya establecido sobre los hombres. Los mayores horrores de la historia han sido cometidos en nombre de móviles altruistas”<sup>142</sup>.

Tanto Von Mises como Rand, extraordinarias personalidades intelectuales, grandísimos creadores y escritores, responden, en sus propias palabras a concepciones humanistas. Pero este humanismo se encuentra muy lejos de la exigencia socialcristiana. “Mi persona no es individuo” -mantenía Mounier- porque “llamamos individuo a la dispersión de la persona en la superficie de su vida y a la complacencia en perderse en ella... La persona se opone al individuo en que ella es dominio, elección, formación, conquista de sí; corre el riesgo del amor en lugar de protegerse”<sup>143</sup>. El personalismo, en efecto, asume el riesgo del amor, es decir, el riesgo de la fragilidad y de la vulnerabilidad. El riesgo de la plenitud. El riesgo de no resignarse a la disolución y despersonalización en lo material. El riesgo de trascender más allá de la tristeza empobrecedora del yo.

<sup>142</sup> RAND, A.: *El manantial*. Buenos Aires. 2005, pp. 21 y 734-735: “Una persona piensa y trabaja sola. Pero no puede robar, explotar ni gobernar sola. El robo, la explotación y el gobierno presuponen la existencia de víctimas. Implican dependencia.

Corresponden a la jurisdicción del parásito.

Los que gobiernan no son egoístas. No crean nada. Existen, enteramente, a través de los demás. Su fin está en sus súbditos, en la actividad de esclavizar...

Desde el principio de la historia, los dos antagonistas han estado frente a frente: el creador y el parásito...

El creador, negado, combatido, perseguido, explotado, continuó, siguió adelante y guió a toda la humanidad con su energía. El parásito no contribuyó en nada, más allá de los obstáculos. La contienda tiene otro nombre: lo individual contra lo colectivo”.

<sup>143</sup> MOUNIER, E.: *El personalismo...*, pp. 72-73: “...Mi individuo es el gozo avaro de esta dispersión, el amor narcisista de mis singularidades, de toda esa abundancia preciosa que no interesa a nadie sino a mí. Es incluso el pánico que se apodera de mí con la sola idea de desprenderse de él, la fortaleza de seguridad y de egoísmo que erijo alrededor para garantizar la seguridad y defenderlo contra las sorpresas del amor...”

La materia aísla, recorta, disimula las figuras. El individuo es la disolución de la persona en la materia...”

Para el personalismo que fundamenta el compromiso público del demócrata de inspiración cristiana no resulta aceptable, por insuficiente, el humanismo libertario de Von Mises o Rand. Pero también resulta insuficiente, y dramático, el humanismo que propone el existencialismo. Un humanismo absoluto, de acuerdo con los términos a los que acude Jean-Paul Sartre para afirmar, con claridad y concisión, con perfecta honestidad intelectual, que no existe naturaleza humana, y por lo tanto el ser humano no es ni más ni menos que el ente querido y concebido por él mismo<sup>144</sup>. Como diría el siempre recordado Pablo VI, en su maravillosa *Populorum progressio*, “el humanismo absoluto es un humanismo inhumano”. Un humanismo dotado de una base meramente material, circunscrito a la tiranía de las propias inclinaciones individuales. Un humanismo en donde el hombre se tiene, únicamente, a sí mismo.

Para la perspectiva política y constitucional del socialcristianismo, estos humanismos de raíz individualista y materialista no constituyen una base sólida y suficiente para el establecimiento del orden institucional del Estado de Derecho, un orden que, por definición, debe construirse a partir de la transpersonalidad, del establecimiento y consolidación de pautas racionales de encuentro y de entendimiento entre ciudadanos. Como decía Giorgio La Pira, una construcción política de tipo “burgués” -y tan burgués es el planteamiento de Ayn Rand como el de Jean-Paul Sartre- cuyo único criterio de discernimiento es la libertad individual, es decir, el humanismo absoluto, la autonomía absoluta, está desprovista de los criterios éticos de sociabilidad y de justicia que otorgan su razón de ser a la propia existencia del orden constitucional<sup>145</sup>. El personalismo puede y debe ofrecer un estilo de compromiso público y político, es decir, una manera de ser y de hacer historia. Y hacer historia significa saber, desde el principio, saber con quiénes querer edificarla.

---

<sup>144</sup> SARTRE, J.-P.: *El existencialismo es un humanismo*. Barcelona. 1999, p. 31: “El hombre, tal y como lo define el existencialista, si no es definible, es porque empieza por no ser nada. Sólo será después, y será tal como se haya hecho. Así pues, no hay naturaleza humana, porque no hay Dios para concebirla. El hombre es el único que no sólo es tal como él se concibe, sino tal como él se quiere...”. *Vid.* igualmente LUBAC, H. de: *El drama del humanismo ateo*. Madrid. 2006.

<sup>145</sup> LA PIRA, G.: *Examen de conciencia frente a la Constituyente*. Buenos Aires. 1957, pp. 24-25: “...¿cual es el fin y la estructura de la constitución de tipo burgués?...”

La respuesta es precisa: fin de aquella constitución es la libertad individual entendida como autonomía absoluta, la cual no encuentra límites fuera de aquello que está constituido por la autonomía y por la libertad de los demás; una libertad no “orientada” por principios superiores de ética, no unida a normas inviolables de sociabilidad y de justicia”.

3.- EL PERSONALISMO, O CONSTRUIR LA HISTORIA CON QUIENES LA SUFREN

Si la política es un arte, su expresión más genuina y su obra más perfecta es la plenitud de la persona. Cuando el 10 de diciembre de 1957, Albert Camus pronunció en el Ayuntamiento de Estocolmo el tradicional discurso que cierra el banquete que sigue a la recepción de los Premios Nobel, el escritor trazó los términos del compromiso del creador de acuerdo con unos perfiles inherentes al compromiso político. Las palabras del autor de *La peste*, palabras de un artista, más de medio siglo después sacuden la conciencia de cualquier servidor público:

*“Personalmente, no puedo vivir sin mi arte. Pero nunca lo he situado por encima de todo. Al contrario, si lo necesito es porque no se separa de nadie y porque me permite vivir, tal como soy, en el plano de todos. El arte no es a mis ojos un placer solitario. Es un medio para conmover al mayor número posible de personas, al ofrecerles una imagen privilegiada de los sufrimientos y alegrías comunes. Obliga, pues, al artista a no aislarse y lo somete a la verdad más humilde y más universal. Y quien a menudo ha escogido su destino de artista por sentirse diferente, no tarda en darse cuenta de que no nutrirá su arte y su diferencia, sino reconociendo su semejanza con todos. El artista se forma en esta perpetua ida y vuelta de sí a los demás, a medio camino entre la belleza, de la que no puede prescindir, y la comunidad, de la que no puede extirparse...”*

*“A la vez, el papel del escritor no está exento de difíciles deberes. Por definición, no puede ponerse hoy al servicio de los que hacen la Historia; está al servicio de los que la sufren”<sup>146</sup>.*

Ni la política ni la existencia constituyen solitarios ejercicios de recreo. Desde la óptica socialcristiana, el individualismo representa una percepción a todas luces insuficiente de la complejidad de la aventura humana y, en ocasiones, una percepción que reviste expresiones demagógicas y fanáticas. Pero la misma insatisfacción suscita un humanismo provisto de un pretendido substrato racional ilustrado, científicista, que reemplaza la llamada a la libertad responsable y comprometida de Jesucristo por dioses menores, como el bien, la lógica, y la razón. En el fondo, ese humanismo radicalmente temporal y terrenal reproduce las mismas actitudes cristianas ante la historia, esa visión lineal que responde también a una reinterpretación de uno de los grandes mitos políticos: el mito del reino feliz de los tiempos finales. A ese individualismo humanista le falta la caridad. Es un humanismo sin amor. Es más: es un humanismo beligerante con la introducción de la fraternidad en el espacio público.

<sup>146</sup> CAMUS, A.: *El revés y el derecho. Discurso de Suecia*. Madrid. 2010, pp. 102-103.

La plenitud personalista no reivindica un amor de folletín o de culebrón. Nada tan serio y tan difícil como el amor. Probablemente porque su territorio, el de la aventura de vivir, el del servicio, el de la entrega, de la donación, y de la gratuidad, es el mismo territorio de la política. El propio Papa Montini definió a la política, en *Octogesima adveniens*, como un “camino serio y difícil”. No dijo lúgubre, triste, o penoso, sino serio; no dijo imposible, iluso, o inocente, sino difícil. En todo caso, un camino de pasión, la misma pasión sin la que resultaría inexplicable la aportación de la Democracia Cristiana, es decir, de los demócrata-cristianos, a la construcción de un genuino proyecto político, es decir, un proyecto de humanidad<sup>147</sup>.

El individualismo humanista puede sucumbir, como proyecto de civilización humana, hacia visiones del hombre que, como diría Jacques Maritain, tienden hacia el “puro ideal imperialista o puro ideal burgués”. Es decir, hacia el desprecio de la vida humana, o hacia la preferencia por los bienes materiales... o en ambos sentidos, en absoluto incompatibles entre sí<sup>148</sup>. La paradoja, por no decir el sarcasmo, es que vocación humanista, incluso una vocación humanista radical, forma parte esencial y militante de todas las opciones políticas y de todas las cosmovisiones. El humanismo es parte sustantiva del vocabulario políticamente correcto. La óptica personalista del socialcristianismo debe ser capaz de sostener un discurso alternativo. Diría, en este momento de la historia, debe ser especialmente capaz de denunciar la “confusión” en la que, sostenía melancólicamente Marcel Proust, “vivimos”: no hay verdadero humanismo sin caridad; es decir, no hay verdadero humanismo sin fraternidad y sin justicia.

Jürgen Moltmann decía que la justicia crea futuro. También, que la ausencia de futuro ha comenzado. Y cabe suponer, siguiendo el razonamiento del pensador nacido en Hamburgo, que como consecuencia de la ausencia de justicia. Cuando el 21 de enero de 1968, Pablo VI dirigió un discurso a la Alianza Atlántica, el primero en la historia protagonizado por un Papa, describió la paz

<sup>147</sup> GASPERI, A. de: *Europa: escritos y discursos*. Madrid. 2011, pp. 4 y ss.

<sup>148</sup> MARITAIN, J.: *De Bergson a santo Tomás de Aquino. Ensayos de metafísica y moral*. Buenos Aires. 1983, p. 137. “Una civilización que despreciara la muerte porque despreciara la persona humana y el precio de la vida humana; una civilización que derrochara el coraje de los hombres y dilapidara sus vidas por los sueños de la codicia o del odio o por la ira de la dominación o por la idolatría del Estado, no sería civilización, sino barbarie. Su heroísmo sería una bestialidad sin corazón.

“Una civilización que conociera el precio de la vida humana, pero que estableciera como valores supremos, la vida percedera del hombre, el placer, el dinero, el egoísmo, la seguridad en la posesión de los bienes adquiridos y, en consecuencia teniendo la muerte como el más grande de los males y bajo pretexto de respetar la vida humana, evitara santamente todo riesgo de sacrificio y temblara de pensar en la muerte: una civilización tal no sería civilización, sino degeneración. Su humanismo sería una delicadeza de cobardes”.

mundial como una realidad cuyo fundamento era la justicia, el motor el amor, el clima la libertad, y el objetivo la verdad. Justicia, amor, libertad, y verdad. Lo que hace incomparable la propuesta cristiana para el ser humano concreto, y su también concreta presencia en la vida y en la historia, es el imperativo moral del compromiso, de la participación, en definitiva, de la acción.

A un cristiano se le debe poder reconocer como un hombre de acción. Y de acción con todo lo que eso representa: el error, la contradicción, el fracaso, la esperanza, la ilusión, la decepción, el sufrimiento, la alegría... Un hombre de acción, es decir, un hombre de amor, que por amor transforma el mundo, que por amor sirve, que por amor acude al cotidiano encuentro de sus responsabilidades ante la historia, es decir, de sus responsabilidades antes sus hermanos, porque la historia, para el cristiano, tiene rostro y sentimientos. Se ama haciendo historia. Se hace historia amando<sup>149</sup>.

André Philip, gran europeísta francés, convencido militante socialista, definió a su compatriota europeo Robert Schuman, al amigo y al adversario leal, como “el prototipo del verdadero demócrata, imaginativo y creativo, combativo dentro de su suavidad formal, siempre respetuoso del hombre y fiel a una vocación íntima que daba sentido a su vida”<sup>150</sup>. El amor, en todas sus formas, en todas sus dimensiones, en todas sus manifestaciones, acude siempre a la imaginación y a la creación. Persona y acción pública, tal y como entendemos ambas los cristianos, son términos imprescindibles de una presencia significativa, es decir, genuinamente humana, en la existencia y en la historia.

Ser persona es, en fin, no resignarse a la rutina. En 1956, Heinrich Böll escribió un artículo sobre “El riesgo de la literatura”, en donde mantenía que el arte “es una de las pocas posibilidades de vivir y de mantenerse vivo, tanto para aquel que lo ejerce, como para aquel que lo recibe”<sup>151</sup>. El escritor renano

<sup>149</sup> MARITAIN, J.: *Breve tratado acerca de la existencia y de lo existente*. Buenos Aires. 1949, p. 66: “Esta perfección no consiste en alcanzar una esencia mediante una exacta copia del ideal, sino que consiste en amar, pasando por todo lo que hay de imprevisto y peligroso, de oscuro, de exigente, de insensato en el amor; esta perfección consiste en la plenitud y la delicadeza del diálogo y de la unión de persona a persona, hasta la transfiguración que, como dirá San Juan de la Cruz, hace del hombre un dios por participación: ‘dos naturalezas en un espíritu solo y en un solo amor’, en una sola sobreexistencia espiritual del amor”.

<sup>150</sup> SCHUMAN, R.: *Para Europa*. Madrid. 2006, en el prólogo de Marcelino Oreja Aguirre a la traducción española, p. 7.

<sup>151</sup> BÖLL, H.: *Más allá de la literatura. Ensayos políticos y literarios*. Barcelona. 1986, p. 39: “Nacer y morir, y todo lo que ocurre entre estos dos extremos, no pueden convertirse en rutina; tampoco el arte lo puede. Sin duda, existen personas que llevan una vida rutinaria. Hay artistas, maestros, que se han convertido en meros rutinarios; sin confesarlo a los otros ni a sí mismos, han dejado de ser artistas. No es haciendo algo mal como uno dejar de ser artista; uno deja de serlo cuando comienza a temer los riesgos”.

expresaba muy bien un anhelo que, hoy, puede aplicarse a todas las dimensiones de la presencia y de la participación públicas: el compromiso y la profesión, en definitiva, la militancia, permiten a la persona vivir plenamente, es decir, permanecer viva. Pero la clave de la afirmación del autor de *Retrato de grupo con señora* reside en su capacidad de trascender más allá del servidor y más allá del militante, para ofrecer un esquema de reinterpretación de nuestra propia vida ordinaria. Böll, un cristiano siempre crítico, siempre dominado por el inconformismo, siempre presente en el debate público alemán y europeo, con aciertos y errores, Böll, el ser humano auténtico, no decía sólo que temer al riesgo representa empezar a dejar de ser artista: temer al riesgo significa empezar a dejar de ser hombre y empezar a dejar de vivir. La persona, y el personalismo, pertenecen al riesgo. Es decir: la persona y el personalismo pertenecen al amor.

#### 4.- CONCLUSIÓN: ILONA LLEGA CON LA LLUVIA. Y LA DEMOCRACIA LLEGA CON LA AMISTAD FRATERNAL

Pero el socialcristianismo nunca debe sucumbir al intelectualismo. En *Ilona llega con la lluvia*, Álvaro Mutis describe a uno de los personajes básicos de la novela, Larissa, como una mujer que “más que inteligente, daba la sensación de tener una facultad muy rara, de orientarse en lo esencial, en lo duradero y cierto, y prescindir de todo lo demás”<sup>152</sup>. En democracia, la inteligencia nunca sobra. Nunca. Pero también es importante saber reconocer lo esencial, permanente, y veraz. También.

Bertrand Russell quería conquistar el mundo con la inteligencia que, de acuerdo con su personal visión de las cosas, era esencial enemiga de todas las religiones, y significativamente de la cristiana, en nombre de un humanismo absoluto<sup>153</sup>. Pero la batalla por la paternidad de la inteligencia está completamente fuera de las posibilidades de los más grandes filósofos; incluso fuera de las posibilidades de Bertrand Russell. Sí que podemos avanzar, en cambio, en el ámbito de lo esencial, lo permanente, y lo veraz. El socialcristianismo puede y deber trabajar para que el amor y la amistad se instalen en ese ámbito. Y por la cons-

<sup>152</sup> MUTIS, A.: *Empresas y tribulaciones de Maqroll el gaviero*. Madrid. 1994, p. 168.

<sup>153</sup> RUSSELL, B.: *Por qué no soy cristiano y otros ensayos*. Barcelona. 1999, pp. 41-42. “Un mundo bueno necesita conocimientos, bondad y valor; no necesita el penoso anhelo del pasado, ni el aherrojamiento de la inteligencia libre mediante las palabras proferidas hace mucho por hombres ignorantes. Necesita un criterio sin temor y una inteligencia libre. Necesita esperanza en el futuro, no el mirar hacia un pasado muerto, que confiamos que sea superado por el futuro que nuestra inteligencia puede crear”.

trucción de un modelo de relaciones públicas y políticas basado en la amistad entre las personas. La amistad que no pretende sepultar, ocultar o desconocer la pluralidad y las discrepancias, porque se nutre de ellas. La amistad entre seres humanos concretos, que se alimenta de cuanto constituye a la amistad: la confianza, la lealtad, y la autenticidad. La amistad que hace posible el bien común. La amistad que hace posible persona y democracia.

En todo caso, el personalismo del hombre de letras conduce también a explorar una dimensión sumamente singular de la existencia porque, como sostenía Albert Camus, “la nobleza del oficio de escritor está en la resistencia a la opresión, y por lo tanto en decir que sí a la soledad”<sup>154</sup>. Ser persona significa, en ocasiones, en bastantes, en muchas ocasiones, resistir desde la soledad sonora. Para el hombre de ciencia esto no representa un problema. Marc Bloch decía que un historiador no se aburría con facilidad, porque siempre podía conjugar, al menos, tres verbos: recordar, observar, y escribir<sup>155</sup>. Recordar, observar y escribir deben ser, siempre, actividades familiares para el militante socialcristiano.

La filosofía de la persona humana, la filosofía personalista que supera las limitaciones y las insatisfacciones que suscita una lectura individualista de la persona, de la acción pública, y de la propia historia, se basaba en 1936, y se sigue basando en 2013, en una condición ya entonces enunciada por Jacques Maritain: la instauración, que él mismo consideraba “difícil”, de una amistad fraternal entre los hombres. Y, como genuina amistad, una actitud y un compromiso que se caracterizan por el afán de servir, la superación de toda forma de egoísmo, la práctica de la gratuidad, y la certeza de que vivir plenamente significa no pensar en uno mismo. O, dicho en palabras de Maritain:

*“Hay una obra común a cumplir por el todo social como tal, por ese todo de que las personas humanas son partes; y así las personas están subordinadas a esta obra común. Y sin embargo, lo más profundo que hay en la persona, su vocación eterna, con los bienes que esta vocación comporta, está sobre-ordenado a esta obra común y la trasciende.*

*“¿Cómo se resuelve esta antinomia? No basta decir, lo cual es muy cierto, que la justicia exige cierta redistribución del bien común a cada persona; es preciso decir que el bien común temporal, por ser un bien común de personas humanas, y justamente por eso, hace que cada uno, al subordinarse a la obra común, se subordine a la realización de la vida personal de los otros, de las otras personas; de suerte que, por la gracia de la amistad fraternal, la subordinación*

<sup>154</sup> CAMUS, A.: *El primer hombre*. Barcelona. 1994, p. 291.

<sup>155</sup> BLOCH, M.: *La extraña derrota. Testimonio escrito en 1940*. Barcelona. 2003, p. 34.



*de la persona conduce a la dignidad de la persona, pues ésta es parte de la ciudad y participa del bien común de la ciudad. Pero esta solución sólo puede cobrar un valor práctico y existencial en una ciudad donde la verdadera naturaleza de la obra común sea reconocida y donde, como Aristóteles lo había adivinado, sea reconocido el valor y la importancia política de la amistad fraternal”*<sup>156</sup>.

Incorporar la amistad fraterna a la agenda pública. Incorporarla como parte del substrato ético del debate público. E incorporarla como condición necesaria de la presencia y participación de los ciudadanos, de su motivación para el compromiso, de su conciencia de personalidad y de comunidad, de servicio a la causa de la libertad y de la justicia, de servicio al bien común. Porque la democracia no llega con el individuo. La democracia llega con la persona. Y la persona llega con la caridad.

---

<sup>156</sup> MARITAIN, J.: *Para una filosofía de la persona humana...*, pp. 189-190.

# LOS *CORSI E RICORSI* DE LA DEMOCRACIA CRISTIANA

## INTRODUCCIÓN: LAS EDADES DE LOS POLÍTICOS CRISTIANOS

Robert Bresson decía que “lo verdadero es inimitable, y lo falso intransformable”<sup>157</sup>. Si el director de *Lancelot du Lac* y *Pickpocket* estaba en lo cierto, existe una Era política democrática irrepetible, no solo por la gigantesca dimensión de las tareas emprendidas, sino también por la autenticidad de sus dirigentes. Porque, sostenía Bresson, lo verdadero no está incrustado dentro de las personas vivientes y los objetos reales que empleamos, sino que existe un aire de la verdad que las imágenes adquieren cuando las ponemos juntas, de acuerdo con un orden y un criterio. Ese aire de la verdad tiene una medida. En la política, y en la vida. Y se denomina compromiso.

El compromiso es, también, la medida de la historia, es decir, de la ciencia de los seres humanos en el tiempo. “Somos el tiempo. Somos la famosa parábola de Heráclito el Oscuro”, decía Jorge Luis Borges. Pero nunca somos el pasado o la pérdida. Somos el tiempo, porque somos nuestros propios actos o, como sentenciaba Giambattista Vico, *verum ipsum factum*. Vico era, ni más ni menos, que el emblema de toda una Era del pensamiento político en la Monarquía Hispánica, el gran filósofo napolitano que vivió en la brillante Nápoles de ese cultivado virrey y coleccionista de arte que fue Gaspar de Haro y Guzmán, VII marqués del Carpio y su *felice governo*, y después en el Nápoles de los austriacos, y después en el reino del joven Carlos III de Borbón, en ese escenario privilegiado que el maestro Giuseppe Galasso llamaría la *periferia dell’Impero*<sup>158</sup>. Una periferia, en todo caso, siempre esencial a los discursos más centrales a la historia de Europa. Y, la verdad, en efecto, en una traducción libre del contundente latín de Vico, se deduce que del hacer, del mismo y concreto hacer.

En sus *Principios de una Ciencia Nueva*, Giambattista Vico procedió, además, a la construcción de un esquema de interpretación de la historia que representaba un profundo cuestionamiento de la perspectiva que, desde la Antigüedad grecolatina, atribuía al itinerario de los seres humanos en el tiempo un sentido lógico ascendente, lineal, racional, casi científicamente vaticinable, una

<sup>157</sup> BRESSON, R.: *Notes sur le cinématographe*. Paris. 1988, pp. 83 y 81.

<sup>158</sup> GALASSO, G.: *Storia del Regno di Napoli III. Il Mezzogiorno spagnolo e austriaco*. Torino. 2006, pp. 683 y ss. Del mismo autor *cf.* igualmente *Alla periferia dell’impero*. Roma. 1994, pp. 237 y ss, y *Napoli capitale. Identità politica e identità cittadina. Studi e ricerche 1266-1860*. Napoli. 1998, pp. 202 y ss.

creencia de la que participan los discursos historiográficos que se sustentan en los razonamientos materialistas.

Vico, sin embargo, entendía que en la historia existían avances y retrocesos, *corsi e ricorsi*, fenómenos cambiantes y no previsibles, que determinaban la aparición y desaparición de experiencias y perspectivas condenadas a una suerte de eterno retorno, de superación de cualquier forma de encadenamiento causal fatídico, para establecer un proceso de ascenso y decadencia que, finalmente, como consecuencia de esos *ricorsi*, remitía siempre a la condición humana al principio, al derecho natural de las gentes heroicas, reiniciando los *corsi* del acontecer histórico<sup>159</sup>. Que, en conclusión, todo vuelve. Y muy singularmente en las más desesperadas circunstancias.

De acuerdo con esta óptica, Vico afirmaba que existían tres grandes etapas de la historia: la edad de los dioses, la edad de los héroes, y la edad de los hombres, edades en todo caso íntimamente vinculadas por el acontecer humano<sup>160</sup>. Es verdad que las teorías construidas en torno a las “edades” de la historia no comenzaban con la producción científica del escritor napolitano. Pero sí que resultaba más novedosa su interpretación en clave abierta de unas etapas históricas que, muy lejos de poder considerarse como realidades cerradas, estaban abocadas a su recurrente reaparición en la historia, y su consiguiente mixtificación. Porque, una vez que la historia aceptaba un discurso, ese discurso quedaba profundamente enraizado en la conciencia humana.

Y eso significaba que, felizmente, tanto los signos más positivos del proceso de civilización, como la centralidad de la persona humana, la cultura de los

---

<sup>159</sup> VICO, G.: *Principios de una ciencia nueva. En torno a la naturaleza común de las naciones*. México D. F. 1978, p. 155: “Y aquí se determina el estado perfecto de las naciones que se goza cuando las ciencias, las disciplinas y las artes, así como todas recibieron el ser de las religiones y leyes, sirven todas a las leyes y a las religiones. De modo que cuando obran diversamente de tales fines, como los epicúreos y los estoicos, o con indiferencia hacia ellos, como los escépticos, o contra ellos, como los ateos, las naciones están próximas a caer y a perder las propias religiones dominantes, y con ellas las propias leyes; y ya que no sirvieron para defender las propias leyes y religiones, perderán aún las armas y las lenguas; y con la pérdida de éstas sobre sus propiedades, deberán sobrellevar otra, la de sus nombres, extraviados entre los de las naciones señoreadoras: y por todo ello, demostradas naturalmente incapaces de gobernarse a sí mismas, perderán los gobiernos; y así por ley eterna de la Providencia, que quiere a toda costa conservar, regresar el derecho natural de las gentes heroicas, mediante el cual no hay entre débiles y fuertes igualdad de razón”.

<sup>160</sup> *Ibidem*, p. 93: “Puesto que los hombres recientemente pasados de una libertad sin freno a otra regulada tan sólo por la Divinidad, y por tanto infinita respectivamente a los demás hombres, como lo fue sin duda la de los padres en el estado de las familias bajo el gobierno de los dioses, deben por largo tiempo retener la feroz costumbre de vivir o morir libres, siéndoles tal infinita libertad conservada por su patria, que a su vez les conserva sus dioses, por los cuales gozan ellos de infinita potestad sobre otros hombres, sentiránse naturalmente llevados a morir por sus patrias y su religión”.

derechos y libertades fundamentales, la capacidad emancipadora del derecho, la apertura a un horizonte de trascendencia, la conciencia de igualdad, el ideal de fraternidad, cuanto, tristemente, los factores más abominables de la convivencia humana, como el fanatismo, la violencia, el racismo, la xenofobia, la intolerancia, la codicia, la ausencia de caridad, compasión y piedad, la desesperación... habían llegado para quedarse. Y se quedaron. Ya lo decía León Tolstoi en *Resurrección*: existen personas que están privadas “de la más importante propiedad humana: el amor y la piedad hacia nuestros semejantes”.

Cuando se examina la contribución de los políticos de inspiración cristiana a la democracia, puede muy bien aplicarse la tripartición de la *Scienza Nuova* de Vico a su presencia e influencia en la historia. Presencia e influencia determinantes en la vigente configuración y consolidación del Estado de Derecho. Existe, sin duda, una edad de los dioses que, con más propiedad socialcristiana, cabría denominar como la edad de los fundadores o, como nos gusta decir en Europa cuando pensamos en los precursores de la integración europea, de los “padres fundadores”. Tomando siempre la fecha de nacimiento como referencia objetiva, esa edad comenzaría con Luigi Sturzo (1871) concluiría con Ludwig Erhard y Manuel Gómez Morín (1897) y agruparía personalidades como Marc Sangnier (1873) Konrad Adenauer (1876) Alcide de Gasperi (1881) Pierre Dupong (1885) Robert Schuman y Ángel Herrera Oria (1886) Joseph Bech (1887) Manuel Carrasco i Formiguera (1890) Julius Raab (1891) y Paul Van Zeeland (1893)

La segunda edad, muy nutrida, por cierto, de los héroes, comenzaría con Efraín González Luna (1897) y finalizaría en Robert Francis Kennedy (1925), para englobar una auténtica plétora de grandes líderes, comparables en grandeza con los fundadores, y por todos los conceptos: Alfons Gorbach (1898) Georges Bidault (1899) Jan de Quay y Mario Scelba (1901) Leopold Figl y Louis Beel (1902) Kurt Georg Kiesinger, Miquel Coll i Alentorn y Giorgio La Pira (1904) Gastón Eyskens (1905) Amintore Fanfani (1908) Bernardo Leighton, Giuseppe Lazzati y Alain Poher (1909) Josef Klaus (1910) Joseph Luns, Maurice Schumann y Eduardo Frei Montalva (1911) Benigno Zaccagnini (1912) Pierre Werner y Giuseppe Dossetti (1913) Radomiro Tomić (1914) Mariano Rumor (1915) Aldo Moro y Rafael Caldera (1916) John Fitzgerald Kennedy (1917) Oscar Luigi Scalfaro y Patricio Aylwin (1918) Jean Lecanuet y Richard von Weizsäcker (1920) y Enrique Shaw (1921)

La tercera edad, la de los hombres, muchas veces también auténticos héroes, y no pocas auténticos padres fundadores de la democracia y de las libertades, sobre todo en Europa Central y Oriental, comienza con figuras como Tadeusz Mazowiecki (1927) y Helmut Kohl (1930) y, por incluir solamente el nombre de grandes personalidades

ya tristemente fallecidas, siempre muy prematuramente, incluye personalidades como József Antall y Bronislaw Geremek (1932) Claudio Orrego Vicuña (1939), Giovanni Gorla (1943), Carlos Castillo Peraza (1947), o Carlos Abascal Carranza (1949)

Edad tras edad, generación tras generación, todas las figuras enumeradas, sin excepción, padecieron la persecución nazi-fascista-stalinista, o autoritaria monpartidista. Edad tras edad, nos encontramos con auténticos mártires de la democracia, como Manuel Carrasco i Formiguera, John y Robert Kennedy, Aldo Moro, y Eduardo Frei Montalva. Nos encontramos, cómo no, a quienes padecieron intentos de asesinato, cárcel, campos de concentración, exilio, o todo ello al mismo tiempo. Y, también en muchos supuestos, nos hallamos ante aclamados líderes de la Resistencia al totalitarismo. Si existe un discurso político y partidario genuinamente identificado con el proyecto democrático a lo largo del siglo XX, a ambos lados del Atlántico, es el de los cristiano-demócratas. Los aliados y compañeros de viaje del totalitarismo y del colaboracionismo en la Europa que descendió a los infiernos de la más absoluta depauperación moral entre 1914 y 1945 son otros<sup>161</sup>.

Y, con la identificación de fundadores, héroes y hombres, cabe también detectar los *corsi e ricorsi* de una historia por definición inacabada. Francisco de Quevedo decía, en uno de sus más celebrados sonetos, el llamado *Repite la fragilidad de la vida y señala sus engaños y sus enemigos*, que el tiempo “ni vuelve ni tropieza”. Pero, al mismo tiempo reconoce, en su magistral último terceto: “¡Oh cuánto el hombre inadvertido yerra,/ que en tierra teme que caerá la vida,/ y no ve que en viviendo cayó en tierra!”. La historia humana pertenece a la inadvertencia del fragor cotidiano, a una fatiga que, decía un muy porfiado adversario de la DC italiana, el gran Cesare Pavese, tratamos de sostener sobre la certeza de que cuanto realizamos merece la pena o, como decía el escritor piemontés, “es algo único”. En definitiva, como mantenía Pavese, respondiendo a un profundo conocimiento de la condición humana, escribimos “por el hoy, no por la Eternidad”<sup>162</sup>.

Por otra parte, merece la pena proceder a un balance de la aportación cristiana a la democracia cuando, el próximo año 2013, se proceda a las sucesivas conmemoraciones que encierran los cincuentenarios que pueblan un año simbólico, como pocos, de la presencia e influencia del mensaje cristiano en la Era contemporánea: 1963. Un año en el que se sucedieron: la muerte de Francis Poulenc el 30 de enero; el fallecimiento de Juan XXIII el 3 de junio, y la elección de Pablo VI el 21 de junio; el fallecimiento de Robert Schuman el 4 de septiem-

<sup>161</sup> SAN MIGUEL PÉREZ, E.: “Una visión del Humanismo Cristiano en Europa”. *Palabra de Acción Nacional* 91. *Revista dogmática y de pensamiento del Partido Acción Nacional*, pp. 12-29. México D. F. enero-marzo. 2012, pp. 17 y ss.

<sup>162</sup> PAVESE, C.: *El oficio de vivir. El oficio de poeta*. Barcelona. 1980, pp. 428-429.

bre y de Edith Piaf el 9 de octubre; el abandono de la cancillería alemana por Konrad Adenauer y la elección de Ludwig Erhard, el 16 de octubre; el asesinato de John Fitzgerald Kennedy y el fallecimiento de C. S. Lewis el mismo 22 de noviembre; y la constitución del “gobierno largo” de Aldo Moro, sucediendo a Giovanni Leone, el 4 de diciembre, instaurando el celeberrimo *centrosinistra* con el acceso a las tareas ejecutivas del Psi, con Pietro Nenni convertido en viceprimerministro con 72 años, tras una vida entera de militancia. Un año después, la victoria de Eduardo Frei Montalva en las elecciones presidenciales chilenas, el 4 de septiembre de 1964, la primera en la historia de América Latina, abriría una nueva etapa en la historia de la cristiano-democracia.

Se acostumbra a depositar una privilegiada atención sobre la edad de los fundadores de la política de inspiración cristiana. Una atención, por otra parte, más que justificada. Lo interesante es que esa edad de dioses coincide en el tiempo con la edad de los héroes y la edad de los hombres, que el impulso fundacional, el heroico, y el felizmente instalado en las bondades de la “rutina” democrática, se funden en el tiempo y en el espacio para ofrecer al ciudadano un mensaje constante, dotado de extraordinaria actualidad y autenticidad. Un mensaje con identidad. Porque las aportaciones de los políticos de inspiración cristiana pertenecen a lo mejor de la historia democrática, es decir, pertenecen al futuro.

#### 1. LA REFUNDACIÓN ÉTICA Y POLÍTICA DEL ESTADO DE DERECHO: KONRAD ADENAUER

Konrad Adenauer es la personalidad europea más grande del siglo XX. No ganó ninguna guerra. Tampoco conquistó grandes imperios. Ni levantó gigantescos palacios o mausoleos que perpetuaran su memoria. Después de haber sido alcalde de Colonia entre 1917 y 1933, Konrad Adenauer se convirtió en 1949 en el canciller de un país completamente destruido, militarmente ocupado y divididos sus restos entre sus vencedores, éticamente arruinado, señalado por la historia como el responsable último de la mayor catástrofe humanitaria y moral nunca conocida. Y, cuando Konrad Adenauer abandonó sus responsabilidades de gobierno, en 1963, menos de dos décadas después del final de la II Guerra Mundial, dejó una Alemania que lideraba el proceso de construcción europea, se distinguía como el más fiable y leal aliado de las grandes potencias atlánticas, y se había convertido en la primera economía del continente. Pero, lo que es más importante, una Alemania democrática, contra toda forma de autoritarismo y de totalitarismo, respetada por la comu-

nidad internacional, plenamente reconciliada con su historia y con su identidad, a partir de la conciencia plena y el reconocimiento de sus responsabilidades<sup>163</sup>.

Una Alemania que demostró su grandeza incomparable cuando, a través de su canciller, que nada había tenido que ver con el nazismo, supo pedir perdón, y expresar su asco y su vergüenza por las atrocidades cometidas en su nombre. Nadie como Adenauer, y ningún país como Alemania, habían sabido, hasta entonces, exhibir ese coraje, esa lucidez, esa audacia, y esa grandeza. Gestionar la victoria es relativamente fácil. Gestionar la mera derrota, es relativamente difícil. Gestionar la ruina, la desconfianza, el desprecio, y el odio, era misión imposible antes de Adenauer. Y con Adenauer comenzó la mejor Era de la historia de una Europa que no es noticia ya por sus guerras y por sus delirios totalitarios, sino por su voluntad, desde luego ardua, desde luego siempre enfrentada a obstáculos, a dificultades y a retrocesos, pero siempre persistente, de construir un modelo de integración y de convivencia socialmente justo, libre, fraterno, y abierto al talento, al esfuerzo, a la creatividad, a la innovación, y a las oportunidades. Es decir: la Europa que Adenauer, en cuanto cristiano, soñaba<sup>164</sup>.

Porque el más grande europeo del siglo XX, y un indiscutible candidato a más grande europeo de toda la historia, era un cristiano. Sobre cualquier otra consideración. No podría nunca llegar a entenderse su fortaleza legendaria, su serenidad, su energía, su determinación, su tenacidad, su laboriosidad, y su austeridad, si se prescindiera de su configuración antropológica como hombre de fe y de oración, espiritualmente dinámico, muy unido a Willibrord Bentzler, primer abad de María Laach y, después, entre 1901 y 1919, obispo de Metz, en donde trataría y conocería también ampliamente a Robert Schuman; un Adenauer gran amigo del mítico cardenal Josef Frings, arzobispo de Colonia entre 1942 y 1969, sucesor del gran cardenal Schulte y antecesor del gran cardenal Höffner, y presidente de la Conferencia de Fulda entre 1946 y 1965, una vida que por todos los conceptos discurrió en paralelo a la de Adenauer. Un hombre que formó una familia cristiana, en donde habría de germinar la vocación sacerdotal de su hijo Paul. Un hombre de carácter, sin duda, a la medida de la aspereza de los tiempos. Pero un hombre cabalmente honesto, ejemplar y tesonero, no dispuesto a exigir más de lo que se exigía a sí mismo.

La obra de Adenauer no se limitó a la reconstitución ética de Alemania y, como consecuencia, a la apertura de un horizonte de reconciliación entre vencedores y vencidos sin precedentes en la historia. Adenauer realizó muy sustanti-

<sup>163</sup> ADENAUER, K.: *Un mundo indivisible. Con libertad y justicia para todos*. Buenos Aires. 1956, p. 37: “¿no es una gracia del destino para con el pueblo alemán, que tanto daño ha hecho al mundo a través del nacionalsocialismo, concederle ahora la oportunidad de luchar por la paz y por la libertad, no ya sólo para sí, sino para Europa y para el mundo entero?”.

<sup>164</sup> ADENAUER, K.: *Erinnerungen 1945-1953*. Stuttgart. 1965, p. 58.

vas aportaciones a la maduración de la Democracia Cristiana, de la CDU, como una formación partidaria interclasista, interreligiosa y no confesional, de masas, abierta a la militancia, y sensible a las grandes necesidades sociales.

Con Adenauer y la CDU surgió por primera vez en la historia de Alemania una gran fuerza central, cristiana y social, con vocación de gobierno, una fuerza con ideas, pensamiento, identidad y proyecto, dotada de una extraordinaria capacidad vertebradora en el ámbito territorial, en un país proverbialmente federal, y debeladora de la lógica decimonónica de la fractura social y de clase. Por muchos conceptos, la concepción partidaria contemporánea de la política democrática es, también, aportación de un Konrad Adenauer que, entre 1945 y 1949, se dedicó fundamentalmente a la creación de una formación partidaria que sigue siendo la gran referencia europea y mundial de la cristiano-democracia<sup>165</sup>.

Adenauer, además, lideró la más profunda de las mutaciones en el ordenamiento geopolítico de Europa, desde la Edad Media, poniendo término a la vocación imperial de un mundo germánico volcado en su *Drang nach Osten*, y abriendo una acción exterior que, a través de un profundo anclaje de Alemania en el mundo occidental, ha representado la clave de la paz y de la estabilidad europea y mundial desde 1945<sup>166</sup>.

Adenauer era jurista y renano, y la huella antropocéntrica del mundo clásico, del Derecho Romano, y de la vocación trascendente del universo judeo-cristiano; es decir, de Atenas, Roma y Jerusalén, se encontraba indisolublemente unida a su personalidad y a su creencia en una Alemania atlantista, desvinculada de cualquier delirio imperialista en el Este de Europa. De hecho, en Bonn se decía con humor, y Adenauer no lo desmentía, que cuando tenía que viajar a Berlín, siempre en tren y por la noche, no conciliaba el sueño a partir del momento en el que la expedición atravesaba el río Elba.

De Gaulle, por su parte, habría de componer toda una interpretación de su complicidad con Adenauer desde su primera entrevista, a la que habrían de seguir otras 15, en los breves cinco años en que coincidieron, uno y otro gigante, en la presidencia francesa y la cancillería alemana (1958-1963), a partir de su común identidad como francos que, desde la muerte de Carlomagno, habían dedicado once siglos a la enemistad y no a la mutua identidad y grandeza compartidas. La grandilocuente explicación histórica del fundador de la V república francesa no

<sup>165</sup> BÖSCH, F.: *Die Adenauer CDU. Gründung, Aufstieg und Krise einer Erfolgspartei. 1945-1969*. München. 2001, pp. 35 y ss. Cfr. igualmente KÖHLER, H.: *Adenauer. Eine politische Biographie*. Zwei Bänden. Berlin-Frankfurt am Main. 1997, II, pp. 111 y ss. STERNBURG, W. Von: *Adenauer. Eine deutsche Legende*. Berlin. 2001, pp. 149 y ss. SCHWARZ, H.-P.: *Adenauer (1876-1952) Del Imperio Alemán a la República Federal*. Tomo I. Santiago de Chile. 2003, pp. 423 y ss.

<sup>166</sup> ADENAUER, K.: *Erinnerungen 1953-1955*. Stuttgart. 1966, pp. 381 y ss.



obsta un hecho esencial a la conciencia de casi tres generaciones de europeos: estamos, seguimos, en paz. Cualesquiera que fueran las motivaciones geohistóricas y geoestratégicas de Konrad Adenauer, estaremos siempre en deuda con él.

Y, finalmente, Adenauer impulsó el establecimiento de nuevas bases para el entendimiento de la actividad económica, partiendo de la asunción de la utilidad del libre mercado en la asignación de recursos, pero prosiguiendo por la necesaria participación de los poderes públicos en su regulación, al servicio de un bien común cuya primera propiedad, decía Jacques Maritain, “es su eficacia distributiva”. Durante el mandato de Adenauer se materializó un nuevo paradigma económico, la Economía Social de Mercado que, como dice Alfredo Pastor, se opone tanto al socialismo como al neoliberalismo, porque ambos desembocan en la anulación de la libertad de la persona.

Para la Economía Social de Mercado, la justicia social y material no es un enunciado ingenuo y un todavía más ingenuo objetivo. El libre mercado posibilita que los seres humanos, libremente, puedan alcanzar el umbral de dignidad y bienestar que responsablemente, con su capacidad, sus méritos, y su esfuerzo, puedan obtener en un marco de igualdad de oportunidades. Pero la Economía Social de Mercado representa la expresión del compromiso del conjunto de la comunidad con quienes no han podido alcanzar esa existencia digna, a pesar de su esfuerzo acreditado, o como consecuencia de su especial debilidad o vulnerabilidad. Ludwig Erhard lo llamó “bienestar para todos”, y plasmó admirablemente el proyecto político y social que, de acuerdo con una profunda inspiración cristiana, había concebido Konrad Adenauer<sup>167</sup>.

<sup>167</sup> ERHARD, L.: *Bienestar para todos*. Barcelona. 1996. p. 29: “...En nuestro momento histórico, mediado el siglo XX, el florecimiento de la economía se halla íntimamente entretelado con el destino del Estado, y viceversa: el reconocimiento que se tribute a todo gobierno y al Estado viene directamente afectado por el éxito o fracaso de la política económica. Esta interdependencia de política y economía prohíbe aplicar todo criterio de compartimentos estancos. Así como el político economista debe sentirse obligado a contribuir a la vida del Estado democrático, así también, inversamente, el político reconocerá la importancia destacada del ser económico de los pueblos y obrará en consecuencia.

La economía social de mercado practicada en la República Federal tiene derecho a ser reconocida por los políticos como factor codeterminador y conformador en la construcción de nuestro Estado democrático; esta política económica ha sido capaz de realizar, en plazo brevísimo, una labor de reconstrucción única en la historia. No sólo ha conseguido dar pan y trabajo a una población acrecentada en una cuarta parte, sino además llevar a estas gentes a un nivel de prosperidad superior al de los mejores años de preguerra. La economía social de mercado ha recorrido el duro pero honrado camino de la reconstrucción, y precisamente así se ha ganado la confianza del mundo”.

Vid. igualmente PASTOR, A.: “El Estado del Bienestar de la Socialdemocracia y el de la Economía Social de Mercado”. RECIO, E. M.; PASTOR, A.; BERENGUER, E.; MANRESA, A.; FRANCO, L.: *Economía de mercado, ética y justicia y en tiempo de crisis*, pp. 37-44. Barcelona. Diciembre. 2010, p. 42.

Casi medio siglo después de su salida del *Palais Schomburg* de Bonn, la huella de Konrad Adenauer en la historia se encuentra más fresca que nunca. Con Adenauer el poder político se convirtió en conciencia de legitimidad y determinación y fortaleza democráticas frente a la barbarie y frente a toda forma de expresión totalitaria. Con Adenauer nació una democracia sin complejos, que sabe defenderse de sus enemigos nazi-stalinistas. Con Adenauer la democracia se convirtió en libertad con responsabilidad, en cordura, acción positiva y constructiva y sensatez, en ese *Keine Experimente!* de las elecciones de 1957, cuando, por primera y última vez en la historia democrática alemana, la “comunidad de trabajo” CDU/CSU alcanzó un asombroso 50.2% de los sufragios.

Y, lo que es todavía más hermoso: Adenauer ejerció ese liderazgo consciente de su fortaleza y de sus responsabilidades, desde un nítido y ejemplar ejercicio de la honestidad, de la sobriedad, de la sencillez, en la plena conciencia de las dificultades y penalidades que, como un alemán más, con la misma conciencia histórica y cívica, y con el mismo tesón y la misma laboriosidad, el canciller asumía como parte de su propio deber, de su voluntad de servicio, en definitiva, de su identidad cristiana. El hombre que, cuando regresó a la administración civil de Colonia en los últimos días del invierno de 1945, era plenamente sabedor de que no existía posibilidad de restauración material de Alemania si no se reconstruía su tejido moral, institucionalmente traducido en un sistema democrático digno de esa denominación, garante de los derechos y libertades fundamentales, creó un modelo intemporal de actuación del político en cuanto cristiano. Fue el más grande. Sigue siéndolo.

## 2. LA ACTUALIDAD PERENNE DE LA CENTRALIDAD DEMOCRÁTICA Y CONSTITUCIONAL: ALCIDE DE GASPERI

El Estado Liberal se desangró virtualmente y, a la postre, se desangró literalmente, en dos contiendas de ámbito mundial que delimitan el principio y el final del tercio de siglo más cruento de la historia, el que va de 1914 a 1945, a partir de su configuración originaria como un mero sistema de poder en donde dos bandos contendían por el ejercicio de las responsabilidades ejecutivas. Las revoluciones continentales, comenzando por la Revolución Francesa, establecieron un esquema de interpretación y expresión de la voluntad política que perseguía la aniquilación del adversario, entendido como enemigo, y no la construcción constitucional compartida y la consiguiente alternancia en las responsabilidades de gobierno, de acuerdo con una óptica genuinamente democrática y, por lo

tanto, respetuosa con la pluralidad inherente a las grandes sociedades occidentales. Como es natural, este cuadro político y social en modo alguno integraba el mensaje, el estilo, y la personalidad del cristianismo.

Los grandes precursores de esa “Era luminosa” que ya en 1790 se adjudicaba al advenimiento de una “democracia cristiana”<sup>168</sup>, y entre ellos figuras como Felicité de Lammenais y Frédéric Ozanam, decidieron impulsar un esquema de renovación democrática que, en primer lugar, afirmaba la paternidad cristiana de la democracia, y su esencial identidad con el proyecto de civilización del amor, del perdón y de la reconciliación. Pero, con la misma rotundidad, entendía la propia democracia como un sistema para la concordia, el diálogo y la conjunción de voluntades, en definitiva, para la construcción, y no para la confrontación y la ruptura.

Lamennais decía, ya en 1832, a sus lectores que vivían en malos tiempos, pero que esos tiempos pasarían. Y que a esos tiempos malos había que responder esperando y amando, porque la esperanza hacía todo dulce, y el amor convertía todo en fácil. Ozanam, por su parte, se dirigía a sus amigos y potenciales electores, en 1847, en vísperas del gigantesco estallido revolucionario del año siguiente, para testimoniar, tanto su inquietud ante la exacerbación de la hostilidad entre las clases, como su convencimiento célebre: “creo en la posibilidad de una democracia cristiana y no creo otra cosa en materia política”<sup>169</sup>.

Lamennais y Ozanam, grandes visionarios de la cristiano-democracia, no disfrutaron de éxito en su propósito de impulsar fuerzas políticas no confesionales. Europa habría de aguardar a las primeras semanas de 1919, finalizada la Gran Guerra, para que surgiera un gran partido político no confesional en uno de sus más relevantes Estados, concretamente en Italia, que tratara de incorporar los planteamientos cristianos al debate público: el *Partito popolare*, el histórico PPI, que ese mismo año, apenas unos meses después de su constitución, se convertía, con un 19.6% de los sufragios y 100 diputados, en la segunda fuerza partidaria en Montecitorio.

<sup>168</sup> DURAND, J. D.: *Storia della Democrazia Cristiana in Europa. Dalla Rivoluzione francese al postcomunismo*. Milano. 2002, p. 15.

<sup>169</sup> LAMENNAIS, F. de: *Paroles d'un croyant*. Paris. 1996, p. 7. ROMERO CARRANZA, A.: *Ozanam y sus contemporáneos*. Buenos Aires. 1951, p. 281: “Sólo existe un medio de salvación: que los cristianos se interpongan entre ambos bandos, y que para impedir, o al menos amortiguar el golpe, vayan del uno al otro campo con el objeto de llevar a pobres y ricos, a obreros y patronos, suficiente caridad como para que vuelvan a mirarse como hermanos. Esa caridad, disminuyendo sus egoísmos y aplacando sus rencores, concluirá por destruir las barreras de prejuicios que los separan; entonces, arrojando sus armas, podrán ir los unos hacia los otros para reconciliarse y juntos constituir una sociedad en la cual la dignidad del hombre y las libertades individuales se aúnen de un modo estable con los derechos del bien común y de la justicia social”.

Fundado por un sacerdote siciliano, Luigi Sturzo, muy prontamente habría de encontrar un interlocutor y continuador natural, en la figura todavía joven de un ya experimentado político llamado Alcide de Gasperi, antiguo representante de los italianos católicos del Trentino en la *Reichsrat* austriaca, en pleno fin de Imperio y de Era, hijo de antiguo ferroviario y gendarme, jurista políglota, un hombre cuya intervención en el Congreso fundacional del PPI, celebrado en el *Teatro Comunale* de Bolonia el 14 de junio de 1919, causó una verdadera conmoción. De Gasperi, como habría de recordar más tarde Andreotti, nació pobre, estudió a costa de un enorme sacrificio personal y familiar, con muchísimo esfuerzo, y sin ningún sustento o expectativa más allá de su constante superación<sup>170</sup>.

Sobre ese hombre, como Adenauer periférico; como Adenauer, sin pasado político; como Adenauer, jurista; como Adenauer, educado en la lengua y en la cultura germánica; como Adenauer, alto, severo, serio y sensato; como Adenauer, dotado de una sentida impronta católica, universal y occidental; como Adenauer, profundamente demócrata y, por lo tanto, dotado de un proverbial sentido del decoro institucional; como Adenauer, austero, sencillo y amante de la vida familiar, recayó la suprema responsabilidad de conducir a la Democracia Cristiana italiana a lo largo de una ardua travesía del desierto opositor, y hacerlo desde la cárcel y el exilio vaticano, para finalmente, como Adenauer, fundar un partido de masas y de gobierno y, sobre todo, un régimen constitucional que habría de formar parte cabal y protagónica de los grandes procesos de integración europea y atlántica, desde su propia aurora.

De Gasperi, último secretario general del PPI, tras el forzoso exilio de Sturzo en Londres y hasta la ilegalización del partido por el fascismo en 1926, encarcelado en las mazmorras mussolinianas, entre 1926 y 1929, en donde su salud habría de verse profundamente resentida, se convirtió en uno de los grandes líderes morales de la Resistencia interior al régimen totalitario, desde su modesta morada, y su todavía más modesto salario, en la Biblioteca Vaticana, a partir de los Pactos de Letrán. Nunca se fue al exterior. Padeció cárcel, vigilancia y persecución en el interior de Italia durante más de dos décadas.

Y, en plena II Guerra Mundial procedió, a partir de 1942, a la reconstitución de un nuevo modelo de partido definido por su opción socialcristiana, no confesional y abierto a toda la sociedad, dotado de unas señas de identidad que, a partir de los *Ideas reconstructivas de una Democracia Cristiana* redactadas por él mismo, de la reunión celebrada en Camaldoli entre el 18 y el 23 de julio de 1943, y de las aportaciones de figuras como Giulio Andreotti, Giorgio La Pira, Paolo Emilio Taviani,

<sup>170</sup> ANDREOTTI, G.: *De Gasperi*. Con una nota di Sergio Valzania. Palermo. 2006, p. 13. Sobre el encuentro entre Sturzo y De Gasperi *vid.* FANELLO MARCUCCI, G.: *Luigi Sturzo. Vita e battaglie per la libertà del fondatore del Partito popolare italiano*. Milano. 2005, pp. 51 y ss.

o Aldo Moro, adquirieron definitiva forma y expresión en el llamado *Codice di Camaldoli*, nutriendo con un nítido bagaje político y programático a un partido que nacía respondiendo a una denominación simple y directa: *Democrazia Cristiana*.

Al año siguiente De Gasperi entró en el Gobierno provisional o “del Sur”, formado en el Nápoles ya no ocupado por los nazis, como representante de la DC, y en 1945 se convirtió en presidente del Consejo de Ministros en la Italia, ya plena pero muy trabajosamente liberada; hay que recordar que, cuando cayó Berlín, los nazi-fascistas todavía controlaban buena parte del Norte del país. Y, al mismo tiempo, decenas de miles de partisanos comunistas, poderosamente armados, reclamaban el establecimiento de un nuevo orden stalinista. El trabajo del líder italiano, pendiente además la resolución del dilema Monarquía-República, con movimientos separatistas en Sicilia, y la amenaza de severas amputaciones territoriales en el Adriático y en los territorios del Friuli y Venecia Julia, era gigantesco.

Los fascistas habían servido hasta el final a la República de Saló, y los comunistas de obediencia stalinista apostaban por la conversión de Italia en un Estado comparable a la URSS. De Gasperi entendía que, frente a ambas potencias totalitarias, sólo un amplio acuerdo de las fuerzas democráticas, es decir, de todas las fuerzas que respetaran los principios del Estado de Derecho y quisieran contribuir a la construcción de un sistema democrático, podría evitar que Italia se sumiera otra vez en la conflictividad intestina, cuando no en la guerra civil. Pero De Gasperi estaba convencido de que era necesario que los cristianos se encuadraran dentro de una gran fuerza política que, en cuanto tal partido de los cristianos, incorporara como sello distintivo esa voluntad programática de acoger dentro de sus filas a cuantos ciudadanos quisieran apostar por un nuevo modelo constitucional para Italia.

La DC, magistralmente organizada por Giuseppe Dossetti, jurista, profesor de disciplinas jurídicas básicas, antiguo líder de los partisanos de la Emilia-Romaña, bien secundado por Amintore Fanfani, economista, catedrático de la Universidad Católica de Milán, se convirtió en ese *partito-paese*, en esa fuerza que nacía con la vocación y la voluntad de transformarse en el cauce de una ciudadanía italiana comprometida con un proyecto democrático de estabilidad política e institucional. Pero una fuerza de masas, capaz de disputar el espacio público al PCI y al PSI, y de protagonizar grandes manifestaciones de adhesión popular. En 1946, la DC contaba con más de un millón de integrantes. Había nacido, por primera vez en la historia política de la democracia, la militancia cristiana<sup>171</sup>.

---

<sup>171</sup> SCOPPOLA, P.: *La proposta politica di De Gasperi*. Bologna. 1988, pp. 147 y ss., y TROTTA, G.: *Giuseppe Dossetti. La rivoluzione nello Stato*. Reggio Emilia. 2006, pp. 120 y ss.

Esa militancia habría de imponerse en doce elecciones legislativas consecutivas, entre 1946 y 1992, sin descender nunca del 29.6% de los votos alcanzados en esta última fecha, y con el techo electoral del 48.5% de los votos obtenidos en 1948, la única mayoría absoluta obtenida por una fuerza partidaria con arreglo al sistema proporcional estricto aplicado en Italia, hasta la reforma electoral que puso fin a la llamada “I República”. Un registro político y partidario sin parangón en la historia de las grandes democracias.

Nació también un proyecto político sin precedentes por la nitidez de su propuesta: el *centrismo*. Es cierto que, en la Prusia de los Hohenzollern, y después en la Alemania guillermina y, por fin, en la República de Weimar, había existido un *Zentrum* confesional, cuya denominación convencional procedía del no menos convencional emplazamiento central en el *Reichstag*, adjudicado a los diputados católicos renanos cuando fueron elegidos para acudir a Berlín por vez primera en 1857. Pero el *centrismo* degasperiano era mucho más que una mera ubicación, o que una simple voluntad de encontrar un emplazamiento equidistante entre derecha e izquierda. De Gasperi entendía el centro como el punto de intersección entre los ideales y la posibilidad. Y la centralidad como el pilar político sobre el que reposaba el sistema institucional. Un pilar denotado por la responsabilidad, por la cordura, y por el afán de servicio a los ciudadanos. Un pilar eminentemente popular.

Como después vendría a sostener magistralmente Pietro Scoppola, De Gasperi había captado que la DC no podía vivir y fortalecerse más que como un partido central en la política italiana, casi como el *partito-italiano* o un *partito-Stato*, es decir, no como una parte, sino como un todo que hacía frente a la herencia del fascismo y a la amenaza del stalinismo. En esa capacidad para liderar la unidad y la concordia de una muy significativa mayoría de la ciudadanía italiana, en torno al proyecto democrático, radicaba la fuerza y, cómo no, la grandeza de la DC. Cuando esa identidad central se debilitó, entre otras razones, por la asunción del proyecto social y democrático de Derecho por las fuerzas partidarias, y la conversión de los valores democristianos en auténticos valores de Estado, se inició una visible decadencia que la Democracia Cristiana no supo conjurar a través de la renovación de su discurso, de sus propuestas y, en definitiva, de su propia identidad.

La DC había venido a quebrar una lógica agonal más que secular en el debate democrático, y a quebrarla no de acuerdo con un posicionamiento estratégico coyuntural, o un mero movimiento táctico, denotado por necesidades electorales concretas, sino con arreglo a una filosofía política nítida, dotada de identidad, de estilo, de cultura, y de muy concretas propuestas. El *centrismo* en-

cerraba todo un esquema de interpretación de la vida democrática que atribuía a las instituciones una presencia muy significativa en la regulación del conjunto del funcionamiento de la sociedad, que dotaba de una marcada vocación social a las políticas públicas, que procedía a la aplicación del principio de subsidiariedad en términos políticos y administrativos, que proponía la ejemplaridad en el estilo y en las formas de los representantes políticos, de acuerdo con valores como la austeridad, la humildad, y la sencillez, cuando no la pobreza, como le gustaba mantener al propio De Gasperi, y que disfrutaba de un contexto de expresión artística y cultural, muy singularmente de una presencia en el mundo del cine, que venía a cerrar una propuesta política integral<sup>172</sup>.

Una propuesta política basada en la entrega y donación de su gran protagonista. Entrega y donación hasta consumir las últimas energías de su existencia. De Gasperi, el hombre que expiró la noche del 19 de agosto de 1954, diciendo y repitiendo el nombre de Jesús, como ha relatado su hija María Romana, dedicó las últimas energías de su existencia a expresar su inquietud acerca del futuro del proyecto de construcción europea, tras el fracaso del proyecto de la Comunidad Europea de Defensa, en la Asamblea Francesa. La larga carta que el 14 de agosto, apenas cinco días antes de su muerte, le dirigió al secretario general de la DC, Amintore Fanfani, representa todavía un ejemplo de abnegación y de sentido del cumplimiento del deber hasta el último aliento de vida:

*“Si las noticias que llegan hoy de Francia son auténticas, aunque solamente en su mitad, estoy convencido que la causa de la CED está perdida y retrasado algunos lustros cualquier acercamiento a la Unión europea. Que una causa tan decisiva y universal se convierta en objeto de contratación ministerial entre grupos democráticos y grupos nacionalistas, que sueñan ahora la gloria militar de los emperadores es verdaderamente un espectáculo desolador y un triste presagio para el futuro.*

*Puedes imaginar mi pena, agravada por el hecho de que no tengo la fuerza ni la posibilidad de levantar la voz, por lo menos para alejar de nuestro país la corresponsabilidad de una lectura igual....*

*Estoy muy oscuro, y espero que quizás mi aislamiento me haga ver más negro que la realidad. Esperémoslo”<sup>173</sup>.*

<sup>172</sup> SCOPPOLA, P.: *La democrazia dei cristiani. Il cattolicesimo politico nell'Italia unita*. Entrevista a cura di G. Tognon. Roma-Bari. 2006, pp. 143 y ss. Vid. también RADÍ, L.: *La DC da De Gasperi a Fanfani*. Introduzione di Gaetano Quagliariello. Catanzaro. 2005, pp. 63 y ss., y VENTRONE, A.: *La democrazia in Italia 1943-1960*. Milano. 2005, pp. 207 y ss.

<sup>173</sup> DE GASPERI, M. R.: *De Gasperi. Ritratto di uno statista*. Milano. 2004, pp. 323-324.

Porque, sobre todas las cosas, De Gasperi era el mejor exponente de una clase política sobria, parca, casi hostil hacia toda forma de comodidad, impulsada hacia la acción política, consecuencia de su concepción como una suerte de religión civil. Una clase política proveniente de las clases medias y bajas de la sociedad, cuyos antecesores pertenecían a profesiones tan honorables y distintivas de la creciente pluralidad de las sociedades europeas: campesinos, ferroviarios, y maestros de escuela.

Marco Follini afirmaba que el símbolo de la estación de los grandes líderes democristianos, y también el mejor exponente de la fibra moral de aquellos hombres, era el viejo abrigo que portaba consigo Alcide de Gasperi, cuando en 1947 visitó los Estados Unidos para pedir fondos para la reconstrucción de Italia; un abrigo al que se había dado la vuelta al paño y al forro, en la mejor expresión del “poder pobre” que el propio líder italiano había siempre reivindicado como la mejor materialización del ideal público de unos cristianos que, en efecto, querían el poder, y no la riqueza. Porque el poder parco de estos hombres conocía sus propios límites, en términos intelectuales y materiales. Cuando el 4 de septiembre de 1935, De Gasperi escribió un testamento espiritual dirigido a su esposa Francesca, con la instrucción de trasladar la noticia de su muerte a Monseñar Tisserant, el futuro Cardenal, y al Papa Pío XI, no vaciló en realizar muy lúcidas y muy explícitas reflexiones en torno a las propias penurias que habían signado su existencia<sup>174</sup>.

Pero la actualidad del pensamiento de Alcide de Gasperi se resume en el impresionante discurso que pronunció en Bruselas el 20 de noviembre de 1948 bajo el título de *Las bases morales de la democracia*. Un texto imprescindible para todos los demócratas, y no solamente para quienes asumimos una identidad demócrata en cuanto cristiana. Un texto que expresa muy bien el significado humanista, civilizador, generoso, genuinamente liberal, racional, suprapartidista y comprometido con la justicia social, que delimita el proyecto político de la centralidad “degasperiana”:

<sup>174</sup> DE GASPERI, A.: *Cartas de la prisión*. Buenos Aires. 1957, pp. 13-14: “...encomiendo a mis hijas a la Suprema Paternidad de Dios

...No puedo dejarles a ellas medios de fortuna, porque a ésta tuve que renunciar para ser fiel a mis ideales. Dentro de poco habrán crecido tanto como para comprender el mundo en que viven. Que conozcan entonces de ti por cuál ideal de bondad humana y de democracia cristiana su padre combatió y sufrió. Leyendo mis cartas de antes y algún apunte para mis memorias aprenderán a apreciar la justicia, la fraternidad cristiana y la libertad.

Muero consciente de haber combatido en la buena batalla y con la seguridad de que un día triunfarán nuestros ideales”

Cfr. igualmente FOLLINI, M.: *La volpe e il leone. Etica e politica nell'Italia che cambia*. Palermo. 2008, pp. 18-19.



*“Nos felicitamos porque, igual que hemos aprendido a inutilizar la así denominada habilidad de la táctica maquiavélica para confiar, sin embargo, en las grandes líneas estratégicas de una política de civilización, animada por valores humanos y cristianos, así también otros pueblos, abandonando los egoísmos propios de tradiciones hoy superadas, se adhieran a los vínculos de una solidaridad renovadora...”*

*Defender la democracia con el método de la libertad es una cosa difícil, pero la experiencia, para ser meritoria, debe ser constante y conducida hasta sus últimas consecuencias.*

*Nosotros no nos abandonamos a la deriva porque no representamos un partido y tampoco solamente una nación, sino que somos una civilización en marcha y las razones de la civilización no admiten ni detenciones ni renunciaciones.*

*Nadie tiene el derecho a dudar de nuestra firmeza y de la aportación de un pueblo de 45 millones a la causa de la paz y de la civilización, que es la causa de cuantos buscan la libertad y tienen sed de justicia”<sup>175</sup>.*

Transcurrido más de medio siglo desde el fallecimiento de Alcide de Gasperi, en el verano de 1954, el debate en torno a la oportunidad, vigencia, o ambas características, de la centralidad, disfruta de más vigencia que nunca. En medio de circunstancias críticas para el proyecto democrático europeo, no tanto, o no solo, por la severidad de la crisis económica, en todo caso, y básicamente, una crisis de principios y de humanidad, como por el debate en torno al horizonte del sueño europeísta, y la reaparición electoral de los viejos y conocidos fantasmas populistas y autoritarios, resulta inevitable proceder a un examen histórico de la praxis política fecunda que hizo posible el Estado social, la construcción europea, y la consolidación de democracias amplias, inclusivas, comprometidas y abiertas a la aplicación de los principios de igualdad, mérito, y capacidad. En ese examen histórico aparecen señas de identidad invariables: una clase política extraordinaria, cualificada y honesta, por todos los conceptos ejemplar, un profundo sentido de la primacía del bien común, con la consiguiente relevancia y entidad del espacio público, en todas sus dimensiones, y un entendimiento central de la acción política, del debate partidario, y de la edificación del sistema institucional. Alcide De Gasperi representó todo eso en Italia. No estaba sólo.

---

<sup>175</sup> DE GASPERI, A.: *L'Europa. Scritti e discorsi*. A cura di María Romana De Gasperi. Brescia. 2004, p. 71

### 3. LA IDENTIDAD CRISTIANA DE LA DEMOCRACIA, LA INTEGRACIÓN EUROPEA, Y LA PAZ DEL MUNDO: ROBERT SCHUMAN

La publicación de los diarios de Jacques Dumaine, relativos a su etapa como jefe de protocolo del Ministerio de Asuntos Exteriores francés, entre 1945 y 1951, con maravilloso prólogo de François Mauriac, constituye uno de los testimonios más imprescindibles para el conocimiento de los políticos católicos franceses, y muy especialmente de Georges Bidault y de Robert Schuman, en su decisiva contribución a la definitiva consolidación de la paz en Europa y la aurora del proceso de construcción europea.

En el relato de Dumaine aparece el Schuman bibliófilo pero, igualmente, celoso administrador de los recursos de los franceses y de la moralidad en su actuación como servidor público, que con motivo de una visita al Papa Pío XII en El Vaticano, localiza para obsequiarle un precioso *Libro de Salmos* editado por Bossuet. Pero, no convencido del origen del libro en plena posguerra, y habiendo comprometido ya su adquisición, decide quedárselo para no perjudicar al vendedor, pero tampoco comprometer a la Santa Sede con la donación.

El 20 de noviembre de 1948, Dumaine, alto funcionario siempre renuente a reconocer los méritos de los responsables políticos del departamento, ofrece un detallado retrato de un Schuman recién llegado al Quai D'Orsay. Un retrato nada concesivo y que, al mismo tiempo, no puede ocultar su fascinación por la singularidad del ser humano. No me resisto al placer de traducir al castellano uno de los mejores textos nunca dedicados al padre de Europa:

*“Mi Ministro tiene una personalidad más compleja de lo que uno podría imaginar a primera vista, con la claridad pero también la profundidad de un espejo que pudiera mantener capturadas las imágenes que refleja. No sería nada fácil penetrar en el hinterland de su mente. Es observador y preciso, respetuoso e independiente. Su origen irredentista, la influencia de la religión en sus años de formación y su educación fuera de Francia determinan los verdaderos motivos que explican sus decisiones. Su sencillez obvia pero sutil desafía nuestra curiosidad interesada. Nos dice que fue un alumno excelente en el Colegio de Luxemburgo y que a menudo obtuvo el mejor resultado en sus exámenes; uno de sus condiscípulos, que era amigo suyo a pesar de su torpeza, le pidió que le permitiera copiar uno de sus ensayos; el joven Schuman le contestó: ‘te dejaré hacerlo, pero me gustaría recordarte que estás cometiendo un pecado’.*

*Frecuenta al clero por inclinación y por creencia, pero especialmente porque muchos de sus integrantes votan confiadamente por él”.*

El 9 de marzo de 1950 Dumaine participa en un banquete en el Palacio de Buckingham, en donde se sienta junto a Lady Crewe, esposa de quien fuera el histórico embajador británico en París en la extraordinaria época de figuras como Poincaré, Briand y Doumergue. Cuando Lady Crewe, “desbordada por la personalidad de *Monsieur Schuman*”, le pregunta cómo describiría al hombre, el diplomático francés responde en términos mucho más concretos que en el terrible otoño de 1948:

“*‘Espiritual’, repliqué, ‘en el sentido inglés de la palabra. Etéreo e inefable son demasiado vagos para describir el realismo que discurre junto a sus elevados pensamientos’. Nuestro Ministro de Asuntos Exteriores está sin duda causando una gran impresión a esta sociedad acostumbrada al comportamiento político ordinario, una impresión que es todavía mucho más profunda porque no está buscada deliberadamente*”<sup>176</sup>.

Espiritual... Como Adenauer y De Gasperi. Y, también, alto, impecable y clásico en su indumentaria, comparado a veces con los monjes que ocupaban su lugar en el coro, cuando se sentaba en su escaño como diputado o su sillón ministerial en el *Palais Bourbon*. Y, también, jurista. Y, también, formado en la lengua y la cultura germánicas, pero profundamente identificado con el Occidente latino y católico. Y, también, de gustos sencillos, amante de la lectura, del campo, de las flores, del huerto, de los paseos. Y, también, educado en el trato, lleno de humor, cariñoso y afable, pero firme en la defensa de sus posiciones. Y, también, entrañablemente vinculado con la Iglesia, célibe, además, y oblato benedictino. Y tal como sus queridos amigos, Adenauer y De Gasperi, sus contemporáneos, hombre de frontera, periférico, incapaz de sucumbir a ninguna conformación oligárquica o plutocrática. Un hombre que, como los grandes democristianos, quería el poder y no la riqueza, pero para poner el poder al servicio del pueblo.

Este hombre común, calificado como político mediocre por algunos, como un lacayo de la Santa Sede, de Alemania, de los Estados Unidos, nazi, clerical, y todo al mismo tiempo por sus enemigos, puso rostro al hecho positivo más inequívoco de la historia democrática europea: la *Declaración de 9 de mayo de 1950*. Un día lluvioso y húmedo, una mañana fría, en sencilla comparecencia ante la prensa; un comunicado breve, redactado con sencillez y, lo que se aprecia de manera nítida, con enorme urgencia, muy meditado en en la esencia de sus términos formales, pero no precisamente revestido de un gran aparato retórico. Coordinadas nada épicas para un hermoso fragmento de la historia.

<sup>176</sup> DUMAINE, J.: *Quai D’Orsay (1945-1951)* London. 1958, p. 190 y pp. 258-259.

El responsable de su lectura solemne ante los medios de comunicación, que después habrá de repetirse, cuando se repare en que no se habían tomado instantáneas de un episodio cuya naturaleza histórica no se advierte en un primer momento, nacido en Clausen, en Luxemburgo, afincado en Metz, después de estudiar Derecho en Estrasburgo y en Bonn, y cuya casa en Scy-Chazelles cambiará de titularidad estatal hasta en cuatro ocasiones a lo largo de su existencia fronteriza, bilingüe y, por encima de todas las cosas, universal gracias a su profunda y sentida catolicidad<sup>177</sup>, es una figura cuyo tratamiento por la historiografía reviste enorme dificultad.

Robert Schuman es un católico indiscutible, que va camino de la beatificación, y sus contemporáneos, incluidos sus más porfiados enemigos, destacan su amabilidad, su afabilidad, su modestia, su sencillez, su paz de espíritu, su paciencia, su sentido del humor, y su cortesía. Pero, en términos históricos, la simpatía que despierta la generosidad y altura de miras con la que concibió la construcción europea a partir de la reconciliación con Alemania, y la incorporación de Italia al proyecto, merecería desde el principio la severa crítica del mismísimo Charles de Gaulle, que inauguraría una significativa corriente de escepticismo en torno al Schuman político cristiano-demócrata, un Schuman que no alcanzaría la altura y la excelencia del hombre de fe, un Schuman perteneciente a un MRP siempre imprevisible y, en ocasiones, abiertamente enemigo de la mismísima grandeza de Francia<sup>178</sup>.

Cuando se piensa en que De Gasperi fue presidente del Consejo de Ministros italiano, entre 1945 y 1954, que Schuman fue ministro de Asuntos Exteriores francés, entre finales de 1948 y los primeros días de 1953, y que Adenauer fue canciller de Alemania entre 1949 y 1963, es decir, que los tres coincidieron en funciones, entre finales de 1949 y principios de 1953, poco más de tres años, y se considera la tarea que realizaron en menos de cuarenta meses de trabajo continuo, con la Declaración de 9 de mayo de 1950, el Tratado CECA de París, de 18 de abril de 1951, y la creación de la Comunidad Europea de Defensa, el 27 de mayo de 1952, aunque finalmente fracasara ésta última por culpa de unas decenas de votos en la Asamblea Francesa, puede valorarse la dimensión extraordinaria de la genuina generosidad, la verdadera grandeza, y el sentido histórico del liderazgo adoptado por Robert Schuman y su partido, el MRP, a

<sup>177</sup> ROTH, F.: *Robert Schuman. 1886-1963. Du Lorrain des frontières au père de l'Europe*. Paris. 2008, pp. 532 y ss.

<sup>178</sup> DE GAULLE, C.: *Mémoires d'espoir. Le renouveau 1958-1962. L'effort 1962...* Paris. 1980, pp. 330 y ss.

sabiendas de las consecuencias políticas y electorales que conllevaba semejante entendimiento de las relaciones exteriores.

Por eso, cuanto más se conoce la vida y las costumbres de Schuman, el hombre, más difícil resulta analizar a Schuman, el estadista. Cada episodio de su vida, su prematura orfandad, los tristes días de enero en que presenta su dimisión, y los funcionarios del *Quai D'Orsay* se despiden de él con tristeza, en medio de un respetuoso silencio, los últimos instantes de su existencia, cuando manifestaba abiertamente su pánico a quedarse solo, a morir solo... Robert Schuman es la radical, la palpitante, la conmovedora humanidad. François Mauriac calificó a Robert Schuman, cuando el 19 de julio de 1948 cayó el gobierno que había encabezado como primer ministro desde el 22 de noviembre de 1947, como un “cristiano abrigado de proba candidez, pero prudente y hábil, aunque sin astucia”<sup>179</sup>. No se puede armonizar tantos juicios, aparentemente tan dispares, de una forma más sintética y, desde luego, magistral. Schuman era, en efecto, todo eso, y al mismo tiempo. Aunque, seguramente, más astuto de lo que hubiera deseado el muy “gaullista” escritor bordelés.

Schuman había sido elevado al liderazgo del Consejo de Ministros, porque era el parlamentario más experimentado, de constante presencia en las tareas representativas, desde 1919, y estaba considerado como un cristiano devoto, dotado de un espíritu muy liberal. Schuman, calificado como “un hombre sin vida privada, casado solamente con la Iglesia y el Estado”<sup>180</sup>, un hombre melancólico al que un *chansonnier* bautizó como “Juana de Arco la triste”, fue realmente, a lo largo de su existencia, un ilustre desconocido de los ciudadanos y de la propia clase pública francesa. Su prudencia y su discreción, cuando no su muy especial timidez, no facilitaban un conocimiento exhaustivo de su personalidad. El arquitecto y el rostro de la paz de Europa, el hombre que convirtió el poder en *petit pas*, sigue siendo un motivo vigente de reflexión intelectual y de elaboración científica. Con Schuman ocurre lo mismo que con la Democracia Cristiana: es un ámbito de análisis inagotable.

Robert Schuman, además, apenas nos dejó *Para Europa*, una compilación de textos que, en origen, no tenía forma de libro. Adicionalmente, algunos discursos, y los testimonios de quienes trabajaron con él, le conocieron y, cada uno a su manera, pues en poco se asemejan Maurice Schumann y Jacques Dumaine, permite completar un retrato necesariamente fragmentario. Pero un retrato que integra un pensamiento nítido, ideas muy claras y llenas de vigor en su concep-

<sup>179</sup> MAURIAC, F.: *La paix des cimes. Chroniques 1948-1953*. Paris. 2009, p. 53.

<sup>180</sup> DESANTI, D.: *L'année où le monde a tremblé. 1947*. Paris. 1976, p. 324.

ción y en su exposición, muy inspiradas en la filosofía de Jacques Maritain o de Henri Bergson, pero también muy dotado de su propia dinámica política: la esencia de la democracia es evangélica, y los cristianos pueden y deben reivindicar la paternidad de un sistema institucional que sólo gracias al cristianismo puede y debe defender la igualdad, la justicia social y la fraternidad<sup>181</sup>. Todo un legado para un edad de dioses y fundadores que habría de encontrar, en la edad de los héroes, una natural continuidad en el pensamiento, en la propuesta, en el accionar, en la actitud, en la identidad, y en el estilo.

4. “QUIZÁS NO SEA VANO EL HACERNOS FUERTES ALGUNA VEZ, AUN A RIESGO DEL HEROÍSMO”: ALDO MORO

A veces es Hamlet padre, el rey que desde su asesinato atormenta al dubitativo príncipe danés, para que restaure su honor, su dignidad y, sobre todas las cosas, la verdad. A veces es el John Fitzgerald Kennedy o el Robert Francis Kennedy italiano que, inevitablemente, conduce a dos generaciones de transalpinos a preguntarse “¿dónde estabas tú cuando secuestraron y/o mataron a Moro?”

Y, siempre, desde aquella aciaga primavera de 1978, Aldo Moro es el protagonista del *ricorso*, por excelencia, de la Democracia Cristiana. Una suerte de rey Arturo que, desde su morada en la isla de Avalon, habrá de regresar una vez sanadas todas sus heridas para restablecer la unidad de la tierra, la justicia, y el bien. Como en el *Camelot* de Alan Jay Lerner y Frederick -"Fritz"- Loewe, el musical de Broadway que después llevó Joshua Logan al cine, cambiando en los papeles de reina Ginebra, el rey Arturo y Lanzarote del Lago a Julie Andrews, Richard Burton y Robert Goulet por Vanessa Redgrave, Richard Harris y Franco Nero, la era democristiana se dibuja como una suerte de edad artúrica de la política, *one brief shining moment*, un *Brigadoon* -de nuevo el genio de Lerner y Loewe, esta vez traducido al cine por Vincente Minelli- finalmente debelado por la violencia y por la mezquindad humanas. Pero nunca destruido, nunca desaparecido, nunca olvidado. Por cierto: *Camelot* se compuso en 1958, el musical se estrenó en 1959, convirtiéndose en la obra predilecta de John Kennedy quien, como su viuda habría de relatar después de su asesinato, en una célebre

<sup>181</sup> SCHUMAN, R.: *Para Europa*. Madrid. 2006, p. 43: “El cristianismo ha enseñado la igualdad de naturaleza de todos los hombres, hijos de un mismo Dios, rescatados por el mismo Cristo, sin distinción de raza, color, clase o profesión. Hizo reconocer la dignidad del trabajo y la obligación para todos de someterse a él. Ha reconocido la primacía de los valores interiores que solos ennoblecen al hombre. La ley universal del amor y de la caridad ha hecho de todo hombre nuestro prójimo”.

entrevista *para Life*, a menudo la escuchaba en las veladas que compartía en familia en la Casa Blanca, y se detenía especialmente en los versos finales de la última canción<sup>182</sup>. La película se rodó y estrenó en 1967, el año en el que falleció Adenauer. Camelot puede muy bien presentar su candidatura a mejor banda sonora, y *par excellence*, de de las edades de los políticos cristianos.

Porque la evocación de la figura de Aldo Moro, una suerte de *tertium genus* entre Hamlet-Kennedy y Arturo Pendragón, sigue todavía resonando en los oídos de quienes nunca podremos olvidar aquellos 55 días de 1978, aquellos 59 días que transcurren entre el secuestro en la vía Fani, el 16 de marzo, y el funeral de Estado en San Juan de Letrán, el 13 de mayo, recuerda mucho a la de Tomás Moro en la Torre de Londres, encarcelado por su fidelidad a su conciencia, sabiéndose un hombre condenado a muerte, sin juicio, sentenciado por su propia coherencia.

Cuando Robert Bolt escribió *Un hombre para la Eternidad*, la pieza teatral que el mismo adaptó al cine para que Fred Zinnemann la convirtiera en la maravillosa película que protagonizó Paul Scofield, recreó una visita de la familia Moro al antiguo canciller de Inglaterra en su mazmorra, con objeto de instarle a que depusiera su actitud y, así, conservara la vida. Durante la visita, Moro le explica a su hija predilecta, Meg, que el ser humano debe obrar en conciencia, a despecho de todas las consecuencias: "...ya que en este mundo la avaricia, la ira, la envidia, la soberbia, la pereza, la lujuria y la estupidez son de más provecho que la humildad, la castidad, la fortaleza, la justicia, y la razón, y tenemos que elegir, pues así es el ser humano..., quizá no sea vano del todo el hacernos fuertes alguna vez, aun a riesgo de heroísmo"<sup>183</sup>.

La estampa del anciano Pablo VI, que ofició el funeral, apenas tres meses antes de su fallecimiento, el 6 de agosto siguiente, era el mejor símbolo, abrumado por el dolor pero digno, más pastor que nunca, de una etapa del acontecer de Europa que, por muchos conceptos, puede considerarse la más brillante en la historia de la política democrática. Una etapa que, en Italia, autores como Giorgio Galli, no precisamente concesivos con la Democracia Cristiana, han denominado *La stagione di Moro*<sup>184</sup>. Moro, como su maestro y amigo, Montini, pertenecían a la estirpe de los hombres que amaban demasiado la vida como para sucumbir a todas

<sup>182</sup> LERNER, A. J.: *The Street Where I Live*. New York. 1994, pp. 250-251. Los versos que John Kennedy convirtió en sus predilectos son inequívocos: "Don't let it be forgot/ That once there was a spot/ For one brief shining moment that was known/ As Camelot".

<sup>183</sup> BOLT, R.: *Un hombre para la Eternidad (A Man for all Season)*. Madrid. 1967, p. 155.

<sup>184</sup> GALLI, G.: *I partiti politici italiani (1943-2004) Dalla Resistenza al Governo del Polo*. Milano. 2004, pp. 123 y ss.

sus servidumbres. Que, porque amaban la vida, no temían perderla por amor a la humildad, a la castidad, a la fortaleza, a la justicia, y a la razón.

La medida de la personalidad política de Aldo Moro sólo encuentra respuesta en Shakespeare o en la historia. Sin duda que su trágica agonía, la muerte en vida a la que le condenó la barbarie terrorista antes de su asesinato cobarde, amplifican extraordinariamente la dimensión ya gigantesca de su pensamiento, su acción política, y su desempeño en las tareas ejecutivas. Pero, sobre todas las cosas, esa muerte, que reviste auténticas trazas de sacrificio martirial, permite constatar la verdadera significación de la obra histórica de la Democracia Cristiana. Porque Aldo Moro no era hijo de un millonario bostoniano, ni un rey de los britanos, ni un personaje de un autor teatral, siempre más cómodo en medio de los juegos de tronos que en sus ocasionales incursiones en los bajos fondos londinenses, de Windsor, o en sus desplazamientos normandos.

Aldo Moro es el hijo de unos humildes maestros de escuela que, gracias a su talento y a su trabajo, consigue formarse bajo el magisterio del “padre Batista”, y en la camaradería de la FUCI, tras una infancia y adolescencia en Bari estudiando y rezando, consagrado a la lectura y la reflexión, como diría después Antonio Ghirelli, como “un sofista de la Magna Grecia”. Y su fe religiosa proviene de una meditación que ha sido calificada como “desconsolada” pero, en todo caso, llena de esperanza, sobre la condición humana.

Siguiendo la inspiración de “Don Batista”, su amigo y maestro, tras las elecciones del 2 de junio de 1946 y la victoria de la DC, se convierte, con apenas 30 años, en miembro de la “Comisión de los 65” que proporciona a Italia una Constitución y una nueva identidad democrática que, en apenas un lustro, la devuelven al lugar de excepción que le corresponde en el concierto de las grandes naciones. Bajo el liderazgo de De Gasperi, y de Scelba, y Dossetti, y de La Pira, y de Fanfani, y de Andreotti, y de Segni... Italia no sólo se convierte en Estado fundador de las Comunidades Europeas y de la Alianza Atlántica, sino también, más tarde, del G-7, en una gran potencia mundial.

Pero Aldo Moro no deja de ser nunca el *caro Aldo* de los recuerdos de Giulio Andreotti, quien habría de rememorar su primera larga conversación el otoño de 1938 en la “modestísima”, según rememora el político romano, sede central de la FUCI en Largo Cavalleggeri; Moro con 22 años, Andreotti con apenas 19, cuando el presidente Moro le ofreció al joven militante, destacado orador en los Congresos de Florencia y Génova, en contra de las leyes racistas del fascismo, la dirección de *Azione Fucina*, la revista de la organización. Andreotti evocaba al presidente, escribiendo siempre el artículo de fondo y, para desesperación de los tipógrafos, revisando una y otra vez la versión definitiva del texto, serio y



riguroso, deseoso de precisión y nitidez en la expresión todavía juvenil y, claro, un tanto grandilocuente, profundo y cultivado<sup>185</sup>.

También, cómo no, el padre devotamente evocado por su hija Agnese, el político que encarnaba toda la fortaleza y la fragilidad de los poderes públicos, pero también su ser siempre enigmático, sutil, irresistible, en el recuerdo de Leonardo Sciascia. El estadista admirado por los grandes historiadores italianos de las últimas décadas, como Pietro Scoppola, como Agostino Giovagnoli. El líder respetado por los más sañudos críticos de la Italia de la *zia*, la *nomma*, o la *ballena bianca*<sup>186</sup>.

El hombre bueno, padre y abuelo, cercano y alegre con sus seres queridos, divertido, lleno de humor y de inteligencia, ocurrente, profesor hasta sus últimas horas de libertad, curioso lector, servidor público íntegro, austero, sosegado y sencillo, hombre discreto, prudente, observador y dominador de sus llamativos silencios, toda vez más llamativos en medio de la personalidad simpática, arrolladora y exuberante, muy latina y muy católica, de muchos de sus compañeros, era también un hombre sabio y, lo que resulta hoy verdaderamente deslumbrante cuando se reproducen las palabras de Pablo VI, inocente. Un hombre que había conducido a la DC y a Italia a lo largo de años extraordinariamente difíciles, nada retóricamente llamados, como el propio Moro habría de experimentar, “años de plomo”, era un hombre inocente<sup>187</sup>.

Y cuando las personas buenas e inocentes acceden a responsabilidades públicas de la máxima relevancia, se convierten inmediatamente en figuras terriblemente incómodas. Pero esas son las presencias que permiten que el proyecto civilizador del Estado de Derecho pueda avanzar. Y, sin duda, las presencias que mejor acogen e interpretan el sentido y el significado de la propuesta histórica de los políticos de inspiración cristiana. La transformación de la historia comienza en la transformación de cada vida humana que se entrega al servicio del bien común. Georges Bernanos se quejaba en su obra más desgarradora, *Los grandes cementerios bajo la luna*, de que “la ira de los imbéciles llena el mundo”<sup>188</sup>. También, por fortuna, y sobre todo, el mundo está lleno de la calidez y de la inocencia de las buenas personas.

<sup>185</sup> ANDREOTTI, G.: *Vista da vicino*. Milano. 2000, pp. 50-51.

<sup>186</sup> GALLI, G.: *Storia della Dc. 1943-1993: mezzo secolo di Democrazia cristiana*. Roma 2007, pp. 251 y ss. Vid. igualmente, SAITA, F.: *Aldo Moro politico dalla Costituente a via Caetani sviluppo e crisi del pensiero di uno statista*. Roma. 2008, pp. 58 y ss.

<sup>187</sup> SANGUINETTI, O.: “Luglio 1960, centro-sinistra, Vaticano II: l’Italia verso l’esplosione del Sessantotto”. INVERNIZZI, M., e MARTINUCCI, P. (A cura di): *Dal ‘Centrismo’ al Sessantotto* pp. 455-474. Milano. 2007, pp. 458 y ss. Para la vertiente cultural del proceso *cfr.* CRAINZ, G.: *Storia del miracolo italiano. Culture, identità, trasformazioni fra anni cinquanta e sessanta*. Roma. 2005, pp. 19 y ss.

<sup>188</sup> BERNANOS, G.: *Los grandes cementerios bajo la luna*. Barcelona. 2009, p. 19.

Ese mundo perdió, en 1978, a dos figuras esenciales a la configuración de la cultura política de la Democracia Cristiana, una cultura que se nutría, precisamente, de hombres buenos, humildes, sabios, inocentes, y amigos: Aldo Moro y Pablo VI. Juan Pablo I y Juan Pablo II fueron dos gigantes que no permitieron nunca que nos sintiéramos huérfanos del Papa Montini, siempre recordado y siempre querido. Diría que hoy más que nunca. Pero Aldo Moro no tuvo verdadero sucesor como líder y pensador. Solo Helmut Kohl acertaría a conseguir la talla de estadista necesaria para dirigir con éxito el final de la Guerra Fría, la reunificación alemana, y la propia reintegración de Europa a su genuino ser continental.

Es siempre humana la magnificación de toda pérdida. Humana es la emoción en el recuerdo y el tributo de reconocimiento a los hombres que saben, siguiendo a Maritain, “que todo lo que no es amor perecerá”, es decir, a los hombres que no mueren nunca. Y Aldo Moro pertenece a esa estirpe.

Porque Aldo Moro es, finalmente, el vindicador de la “sana y libre política”, sin la que le faltaría a la condición humana “la libertad necesaria para ser libre”<sup>189</sup>. La política, como decía Luigi Sturzo, “no es una cosa sucia”. La política nos concierne a todos los ciudadanos porque la política y los políticos somos nosotros. La propuesta socialcristiana cree en la política porque cree en la condición humana. Negar y denigrar la política es negar y denigrar al ser humano concreto. No es con menos política, o con su reducción a un mero cometido técnico o burocrático, como vamos a conseguir comprometer e involucrar a nuestros conciudadanos en la vida pública. El proyecto cristiano para el mundo exige más política, porque exige más democracia. Esa es, también, una contribución de los políticos cristianos, y diría que sobre todos de Aldo Moro, a la vitalidad, virtualidad y vigencia del Estado de Derecho.

##### 5. “EL INFIERNO ES HABER DEJADO DE AMAR”: UN EPÍLOGO CON ROBERT BRESSON

La huella de los políticos cristianos en la historia democrática de Europa sería difícilmente comprensible, si no nos aproximáramos a la gigantesca movilización de las fuerzas de la cultura, la ciencia, la creación, la investigación y las bellas artes; todas las artes que, en nombre de una consciente identidad cristiana, quisieron proceder a la actualización y renovación de su mensaje, y mostrar

<sup>189</sup> SAN MIGUEL PÉREZ, E.: *La honorable ambición del nuevo conservadurismo. Una lectura cristiano-demócrata*. Bogotá, 2012, p. 75.

su capacidad para convertirse en la mejor expresión y el más natural aliado de las fuerzas de cambio.

Muchas son las figuras de la ciencia, la literatura, la filosofía, la pintura, o la música que podrían muy bien testimoniar la significación de la presencia creadora de los cristianos, y la necesidad de proceder siempre a su inclusión cuando se analiza la contribución cristiana a la vida pública democrática. Pero si existe una forma de expresión cultural propia del siglo XX es el cine, y el cine sería incomprendible sin la identidad cristiana de muchos de sus más grandes creadores, ya se trate de John Ford, Frank Capra, o Leo McCarey; ya de Roberto Rossellini o Vittorio de Sica. Entre todos los cineastas cristianos europeos, sin embargo, me gustaría detenerme, monográficamente, en la figura de Robert Bresson.

Bresson es el siglo XX. Y no sólo por haber nacido en 1901 y fallecido en 1999. En términos históricos y generacionales, Bresson es una síntesis de todas las edades cristiano-demócratas, pero muy especialmente de la edad de los héroes, habiendo nacido el mismo año que Mario Scelba y muriendo el mismo año que Amintore Fanfani. Todavía en 1983 estaba dirigiendo un bellissimo y estremecedor testamento moral: *El dinero*, una profunda reflexión sobre la acción incontrolable del mal y de la falsedad sobre las existencias inocentes, una reflexión que, a través del cine, adquiere siempre el carácter de una invención que modela la historia y la conciencia<sup>190</sup>. La política es un arte que guarda enormes paralelismos con el cine. Es un error contemplar cine y política como meros escenarios inermes de la historia. Política y cine no son reflejos o representaciones escenográficas de la realidad, sino experiencias de vida, cuya presencia e influencia se dejan sentir en nuestra cotidiana existencia. Y quienes nacimos a lo largo del siglo XX somos, también, hijos de esa presencia y de esa influencia.

Bresson era, además, como los padres fundadores de la Democracia Cristiana, un hombre tan periférico y ajeno a los grandes centros de poder, no digamos a los centros del más áspero de todos los poderes, el cultural, como podía serlo un hombre nacido en Puy-de-Dôme, en la más profunda Francia, en el territorio de los heroicos escaladores del *Tour*, el mismo territorio que regresa al anonimato de los cuadernos de los grandes creadores procedentes del mundo rural, tras sus episódicas irrupciones en la épica ciclista. Bresson es ese artista sencillo que rehúye la celebridad y se concentra en la serena y apacible recreación de las grandezas y las miserias de la epopeya humana. Bresson es un hombre denotado por su radical honestidad intelectual, su independencia, la originalidad de una obra leal a su propia identidad, y nunca sujeta a las directrices de estudios y pro-

<sup>190</sup> ISHAGHPOUR, Y.: *Historicité du cinéma*. Tours. 2004, pp. 79 y ss.

ductoras. Bresson es un creador y, por lo tanto, un transformador del mundo. Bresson es un cristiano.

El propio director, procedente de la Auvernia, mantenía en sus *Notes sur le cinématographe*, que “la hostilidad al arte es también la hostilidad a lo nuevo, a lo imprevisto”<sup>191</sup>. Y el Evangelio es Buena Noticia. El cristianismo es portador esencial de novedades, aliado natural de la sorpresa que acompaña siempre a la esperanza. El cristianismo es compañero y aliado del arte y de la creación. El cristianismo es compañero y aliado de la innovación. El cristianismo es compañero y aliado del cambio.

Bresson es perfectamente contemporáneo de directores franceses como Philippe Agostini y Raymond Philippe Bruckberger. Pero también de un neorrealismo italiano cuyos mejores exponentes, como Roberto Rossellini y Vittorio de Sica, realizarán obras denotadas por su militancia católica y, en el caso de Rossellini, por su adhesión a grandes figuras de la cristiano-democracia, como el propio Alcide de Gasperi, a quien dedicará su penúltima obra, *Año uno*, rodada en 1974, con la nítida finalidad didáctica que el gran director romano, nacido en 1906, le adjudicaba a su arte<sup>192</sup>. Por cierto: la última película no documental del director de *Francisco, juglar de Dios* o *Strómboli, tierra de Dios*, no puede ser más nítida en cuanto a su argumento y planteamiento: *El Mesías* (1975)

En su propia Francia, Robert Bresson es también perfectamente contemporáneo de la acción política de Marc Sangnier, Robert Schuman, Francisque Gay, Georges Bidault, François de Menthon, Maurice Schumann, Paul y Henri Coste-Floret, Pierre Pflimlin, Alain Poher, o Jean Lecanuet. Y del asesinato de Gilbert Dru. Contemporáneo del pensamiento de Jacques Maritain, Emmanuel Mounier, Paul Ricoeur o Jean Lacroix. Contemporáneo de la renovación teológica de Henri de Lubac, Yves Congar, o Paul Poupard, y del liderazgo eclesial de Emmanuel-Célestin Suhard, Pierre-Marie Gerlier, de Eugène Tisserant, de Achille Liénart, de Jean Villot, de François Marty, de Jean Daniélou, de Jean-Marie Lustiger. Contemporáneo de la obra literaria ingente de Charles Péguy, de Paul Claudel, de François Mauriac, de Georges Bernanos, de Paul Morand. Contemporáneo de las composiciones musicales de Olivier Messiaen y de Francis Poulenc<sup>193</sup>.

<sup>191</sup> BRESSON, R.: *Notes sur le cinématographe...*, p. 133.

<sup>192</sup> ROSSELLINI, R.: *Un espíritu libre no debe aprender como esclavo. Escritos sobre cine y educación*. Barcelona. 2001, pp. 40 y ss. Cfr. igualmente GUARNER, J. L.: *Roberto Rossellini*. Madrid. 2006, pp. 11-13.

<sup>193</sup> JUDT, T.: *Past Imperfect. French Intellectuals, 1944-1956*. Berkeley-Oxford. 1992, pp. 86 y ss.

Figuras, las de cineastas, políticos filósofos, teólogos, hombres de gobierno eclesiales, literatos y músicos, cuyos posicionamientos políticos coincidían, o no, con los cristiano-demócratas, y muy especialmente con los adoptados por el MRP<sup>194</sup>. En todo caso, figuras que ponen de manifiesto el vigor y el espesor de una cultura que obedece a una identidad cristiana militante, democrática y antifascista, que se puso de manifiesto cuando, tras el estallido de la Guerra Civil española, y con muy escasas excepciones, como la de Paul Claudel, los intelectuales cristianos franceses, con François Mauriac, Jacques Maritain, Emmanuel Mounier, Gabriel Marcel y Georges Bernanos, entre otros, a la cabeza, manifestaron su adhesión a la República y su rechazo del levantamiento franquista<sup>195</sup>.

Robert Bresson es el hombre que opone al vértigo del siglo XX el sentido cristiano de la propia identidad. Sus personajes caminan por su propio pie, exploran serenamente su propia personalidad. Los seres humanos de Bresson no pretenden ignorar el dolor y la enfermedad. Son libres espiritualmente, y por eso consiguen con paciencia y serenidad ser libres materialmente, como sucede en *Un condenado a muerte se ha escapado*. Sólo cuando pretenden comportarse como seres ajenos a toda forma de código moral originan terribles consecuencias, como sucede en *El dinero*. Pero, como Bresson muestra mucho más largamente en *Un condenado a muerte se ha escapado*, inspirada en el encuentro entre Jesús y Nicodemo, los seres humanos nos enfrentamos al supremo desafío de nacer, de verdad, de nuevo<sup>196</sup>.

Y, desde luego, Robert Bresson es el director que en *Diario de un cura rural*, adaptación de la novela de Georges Bernanos, explica que “el infierno es haber dejado de amar”, y que sólo quien se niega a sí mismo, y explora hasta sus últimas consecuencias el sentimiento de la donación y la gratuidad, comprende verdaderamente en qué consiste ser cristiano. En *Los grandes cementerios bajo*

<sup>194</sup> MOUNIER, E.: *El personalismo. Antología esencial*. Salamanca. 2002, p. 780: “...Nacidos para desligar al mundo cristiano de sus solidaridades reaccionarias, los partidos demócrata-cristianos, por un destino singular, corren el riesgo de convertirse en el supremo refugio. Constituidos contra la alianza del trono (o de la banca) y del altar, tienden a substituir, con cincuenta años de retraso en la historia, al Santo Imperio o a la Monarquía cristiana por una forma de ‘Santa Democracia’ que comporta las mismas ambigüedades. No es con las audacias de nuestros abuelos con las que responderemos a las angustias de nuestros hijos. No es con un clericalismo centrista con el que extirparemos al clericalismo conservador...”

<sup>195</sup> LOTTMAN, H.: *La Rive Gauche. la elite intelectual y política en Francia entre 1935 y 1950*. Barcelona. 2006, pp. 170-172.

<sup>196</sup> FRODON, J.-M.: “Quel vent souffle où il veut? A propos d’*Un condamné à mort s’est échappé* de Robert Bresson”. DEVICTOR, A.; FEIGELSON, K. (Dir.): *Croyances et sacré au cinéma*, pp. 179-182. Paris. 2010, pp. 181-182. Cfr. igualmente, del mismo autor *Robert Bresson*. Paris. 2007, pp. 29 y ss.

*la luna*, el escritor parisino se había incluso despojado de la propia escritura, para afirmar su radical humanidad, para compartir con el lector un análisis despiadado de su tiempo desde la más profunda humildad<sup>197</sup>. Pero, ahora, el libro de Bernanos y la película de Bresson proponen el absoluto despojamiento y la renuncia al mundo. El “Señor, ¡líbrame de mí mismo!”, de Paul Claudel, cobra ahora la plenitud de su sentido.

“Todo es Gracia” porque, como decía el protagonista de *Diario de un cura rural*, “la Gracia es olvidarse”<sup>198</sup>. En ese despojamiento, en ese desprendimiento, en ese renovado entendimiento de la gratuidad como experiencia liberadora, en esa donación permanente y esa vocación de servicio, que imprimen sentido y objetivo a la existencia humana, se hallan con toda certeza algunas de las claves imprescindibles para entender la acción política de los cristianos en los albores de este *ricorso* democristiano que devuelve los principios de la caridad y de la fraternidad a las conciencias de los europeos, ahora de regreso a los fundamentos de la civilización del amor, del perdón, y de la reconciliación.

---

<sup>197</sup> BERNANOS, G.: *Los grandes cementerios bajo la luna...*, p. 11: “No, no soy escritor... Tampoco rechazo el nombre de escritor por una suerte de esnobismo al revés. Siento un gran respeto por el oficio al que mi mujer y mis hijos deben, gracias a Dios, el no morir de hambre. Y hasta sufro humildemente el ridículo de no haber sino emborronado con tinta esa cara de la injusticia cuyo ultraje incesante es la sal de mi vida. Toda vocación es una llamada -*vocatus*- y toda llamada debe transmitirse. Aquellos a quienes va dirigida mi llamada no son muchos, evidentemente. No van a cambiar los asuntos mundiales. Pero es para ellos, para ellos para quienes he nacido”

<sup>198</sup> ESTÈVE, S.: “*Journal d’un curé de campagne*: de Robert Bresson, l’expression du sacré”. DEVICTOR, A.; FEIGELSON, K. (Dir.): *Croyances et sacré au cinéma...*, p. 178.



# DOSSETTI Y EL DOSSETTISMO, CIEN AÑOS DESPUÉS

## INTRODUCCIÓN. LAS RAÍCES DE UN MITO DEMOCRISTIANO

El último de los apacibles sobresaltos experimentados por la política democrática europea tuvo lugar cuando, entre el 24 y el 25 de febrero de 2013, se celebraron en Italia unas elecciones legislativas, en donde se impuso la coalición de centro-izquierda “Italia, Bien Común”, liderada por el Partido Democrático, con Pier Luigi Bersani como candidato a primer ministro, pero en donde las alternativas populistas a ocupar el Palacio Chigi, es decir, Silvio Berlusconi y Beppe Grillo, superaron ampliamente la mitad de los sufragios emitidos, y el denominado “Movimiento Cinco Estrellas” se convirtió en la primera fuerza política en número de votos, considerando que el Partido Democrático no se presentaba en solitario.

La pírrica victoria del PD, el partido nacido en 2007, con la pretensión de reunir la herencia reformista de todas las fuerzas resistentes al fascismo durante el régimen totalitario de Mussolini y la II Guerra Mundial, y después fundadoras de la República democrática, es decir, a democristianos, socialistas, comunistas y republicano-liberales, sumando a los nuevos movimientos sociales ecologistas y feministas, coincidió en el tiempo con la celebración del primer centenario del nacimiento, el 13 de febrero de 1913, de Giuseppe Dossetti, el político que había abogado, desde la militancia democristiana, el liderazgo partisano, y la actividad parlamentaria, como ponente constitucional, por consolidar la histórica alianza antifascista de las grandes tradiciones democráticas, para proceder a la construcción de un nuevo modelo de Estado de Derecho comprometido con la libertad, pero también con la igualdad, la justicia social y la paz

Dossetti, el vicesecretario general de la DC, nombrado por De Gasperi que, mientras el gran estadista trentino gobernaba la Italia asolada, creó una estructura partidaria capaz de imponerse, en las elecciones del 2 de junio de 1946, a socialistas y comunistas, sentando las raíces profundas de un partido que habría de prevalecer en todas las elecciones legislativas a las que se presentó: las once siguientes, no vaciló en enfrentarse con el propio De Gasperi por el liderazgo del partido, consolidando una presencia y un estilo dentro de la DC, el llamado “dossettismo”, que habría de prolongarse, en una más pragmática acepción, en dos figuras de enorme estatura histórica: Amintore Fanfani y Aldo Moro.



Dossetti, mientras abandonaba la presencia política ordinaria, en 1958, y se convertía en sacerdote, en 1959, creando la congregación de la Pequeña Familia de la Anunciación. Y su permanencia en la vida pública adoptaba una renovada presencia e influencia, junto al cardenal Giacomo Lercaro, arzobispo de Bolonia, al que habría de acompañar en el trabajo diocesano, pero también, a partir de 1963, en el Concilio Vaticano II, en el que Lercaro era uno de los cuatro cardenales “moderadores” que presidían la Asamblea conciliar, con Dossetti como secretario común durante las primeras sesiones. Y todavía en 1994, en plena crisis del sistema republicano, Dossetti habría de enfrentarse al populismo berlusconista, en defensa de la vigencia del legado republicano, cívico, democrático y constitucional.

Pero el dossettismo habría de conocer una extraordinaria proyección tras el fallecimiento del propio Dossetti, el 15 de diciembre de 1996. A finales de 2006, coincidiendo con la conmemoración de su décimo aniversario, uno de sus más declarados admiradores, e histórico militante del ala más dossettista de la DC, Romano Prodi, de regreso de la presidencia de la Comisión Europea, y en pleno comienzo de su segundo mandato como primer ministro italiano, reivindicó públicamente, no ya la significación histórica del hombre y de su testimonio, sino la vigencia de su pensamiento político y de su planteamiento estratégico. Y a Prodi se unieron numerosísimos representantes de la política, la cultura y la Academia, para reclamar la actualidad del mensaje, del ejemplo, y del proyecto político de Dossetti. El delgado y espigado joven, brillante y convincente, pero también el anciano y enérgico opositor a Berlusconi, se convertía en la expresión más acabada de la esperanza y frustración de la gran Italia de De Gasperi, Togliatti, y Nenni; de Rossellini, De Sica, Fellini y Visconti, y de Pavese, Lampedusa y Bassani. Algunos de sus biógrafos, como Giovanni Galloni, se referirían a él, en 2009, como un “profeta de nuestro tiempo”.

Dossetti, siempre recordado por lo que hizo, siempre añorado por lo que no pudo llegar a hacer, el hombre que nunca envejeció como político, que nunca se equivocó, se convirtió en un personaje sin mácula en una Italia todavía conmocionada por *tangentopoli*. Dossetti, el auténtico signo de contradicción: un partisano pacifista que nunca empuñó un arma en contra de su hermano; un hombre de gobierno que renunció a toda responsabilidad institucional; un líder que se distanció de toda forma del culto a la personalidad; un intelectual cristiano que reconoció no haber leído a Santo Tomás de Aquino hasta después de la II Guerra Mundial. Un genovés que estudió en Bolonia, enseñó en Milán a los universitarios y alfabetizó en Reggio-Emilia a los pobres, se convirtió en el centro de la vida política romana, participó activamente en el Concilio Vaticano

II, y finalizó su recorrido por este mundo como sacerdote. Un hombre libre y un militante leal. Un italiano. Un hombre universal. Un demócrata cristiano.

Probablemente, no ha existido en la historia democrática europea un político tan influyente con una trayectoria como representante más corta y, sobre todo, sin haber desempeñado nunca tareas ejecutivas. La entera historia de la brillante Italia que emergió a partir de 1945, y particularmente la historia del que fue su partido, la Democracia Cristiana, todavía se explica en función de la cercanía o la lejanía respecto de las ideas de Dossetti, el que soñaba con el “Estado cristiano”. Dossetti, el joven y fascinante líder. Dossetti, el austero y profesoral. Dossetti, el campeón de los sueños y el enemigo de toda forma de pragmatismo. Dossetti, el que abandonó en plena juventud la política, pero nunca el mundo. Dossetti, un mito, como todos los mitos, profundamente humano, y profundamente histórico.

#### 1. EL PROFESOR, EL PARTISANO, EL MILITANTE: EL DEMÓCRATA DE INSPIRACIÓN CRISTIANA

Porque Giuseppe Dossetti existió realmente. Nació en Génova, en 1913. Un siglo después que Giuseppe Verdi, y el mismo año que Pierre Werner. Perteneció a la segunda gran generación de la Democracia Cristiana, la siguiente a padres fundadores como Konrad Adenauer (1876), Alcide de Gasperi (1881) y Robert Schumann (1886). La generación que integran figuras como Bernardo Leighton, Giuseppe Lazzati y Alain Poher (1909); Josef Klaus (1910); Maurice Schumann, Joseph Luns y Eduardo Frei Montalva (1911), Benigno Zaccagnini (1912); Radomiro Tomić (1914); Mariano Rumor (1915); y Aldo Moro y Rafael Caldera (1916). La generación de los hombres que le dieron continuidad y profundidad al proyecto socialcristiano, hasta convertirlo en uno de los grandes discursos políticos de la vida democrática, y sin duda, el más representativo de un siglo, el XX, que en términos políticos democráticos puede muy bien ser conocido como el siglo de la Democracia Cristiana.

Durante su primer año de vida su padre, que era farmacéutico, se trasladó a vivir a la llanura padana, muy cerca de la localidad de Reggio Emilia, en cuyo Liceo estudió el joven Giuseppe. Pero su verdadera formación como cristiano se produjo en un ámbito que después habría de merecer su especial atención como ponente constitucional: la familia. El propio Dossetti habría de explicar las fuentes de su pensamiento cristiano:

*“Mi maestra, fundamentalmente, fue mi madre, que se puso a estudiar para poder seguirme en mi desarrollo religioso, paralelamente al desarrollo cultural. El domingo nos daba lecciones a mi hermano y a mí. Esta fue mi relación con la vida religiosa”.*

Emilia era una región históricamente señalada por la presencia y proyección de la Universidad de Bolonia, y también por una fuerte presencia del pensamiento republicano y del naciente socialismo. En plena dominación fascista, además, Dossetti creció en un ambiente hostil al proyecto socialcristiano, y por eso entendió que el siglo XX necesitaba cristianos con músculo intelectual, dotados de una vastísima formación, profundamente incardinados en el mundo, abiertos a la Modernidad y conocedores de todas sus fracturas, instalados en una atmósfera plural. Cristianos portadores de mensaje, de proyecto, y de propuestas para una sociedad profundamente carente de igualdad de oportunidades, de justicia, y de caridad.

Desde niño, unido a la Iglesia, y desde la adolescencia, a la Acción Católica, Dossetti decidió estudiar en la histórica Facultad de Derecho de la Universidad de Bolonia. Se inscribió con 17 años, el 30 de octubre de 1930, y allí habría de disfrutar del impacto de profesores como Arturo Carlo Jemolo. Pero, tras terminar sus estudios de Derecho, Dossetti decidió continuar su formación en Milán, en la Universidad Católica del Sagrado Corazón. Más que una especialización, el propio Dossetti mantendría siempre que en Milán buscó “un maestro”.

Se entrevistó con el rector Agostino Gemelli, por primera vez, el 21 de junio de 1934, quien lo escuchó “no simplemente como un joven que empezaba a estudiar, sino como un joven que pretendía realizar una elección de vida particular”. En Milán, Dossetti avanzó en su interés por el Derecho Romano y el Derecho Canónico, en donde habría de contar con el magisterio de Del Giudice, y profundizó en su vínculo con Acción Católica bajo la dirección de monseñor Francesco Olgiati. Ingresó, además, en los *Missionari della Regalità*, iniciando un camino que muy prontamente apuntó a la vida consagrada. En los ejercicios celebrados en Asís, a comienzos del otoño de 1937, conoció al grupo piemontés de Luigi Gedda, y también a Giuseppe Lazzati. Fue *minutante* del rector. Y, además, muy activo cuando, tras la elección de Eugenio Pacelli como Pío XII, Agostino Gemelli se convirtió en un muy privilegiado interlocutor del Papa en una Lombardía que era ya el motor del catolicismo italiano más resistente al fascismo.

Pero, probablemente lo más interesante del joven Dossetti milanés es que, tras su semana académica, regresaba la mañana del sábado a su pueblo en Reggio Emilia, San Rocco, a los barracones de don Torregiani, en donde se ocupaba, sábado y domingo, de enseñar y atender a las necesidades materiales de cente-

nares de jóvenes, regresando a Milán el lunes por la mañana. El compromiso cristiano de Dossetti se fundaba en la experiencia cotidiana de la pobreza, en el conocimiento sufriente de las necesidades humanas más elementales, y no en la experiencia intelectual, asociativa o política.

Una política que llegó a Dossetti con la historia. En Florencia aparecía en 1939 una revista denominada *Principi*, bajo la dirección de un profesor de la Universidad Católica de Milán, Giorgio La Pira, que desde su primer número proclamaba la ilegitimidad del régimen de Mussolini. Una revista que denunciaba la alianza con Alemania y, en la primavera de 1940, la entrada de Italia en la guerra. El 23 octubre de 1940, apenas cuatro meses después de la caída de Francia, a pesar del espectáculo constante de unos ejércitos nazis imparables, Agostino Gemelli convocaba a un grupo de profesores a realizar encuentros periódicos “para un intercambio de ideas sobre los problemas de la posguerra”. Gemelli consideraba inevitable la derrota de Italia y del Eje, y anunciaba que se avecinaban la ruina de Italia y de Europa. En plena aceleración histórica, Gemelli sabía que el verdadero político acierta a caminar por delante de los acontecimientos, incluso en los períodos de máxima velocidad de los procesos sociales, y caminar para establecer su propia agenda de proyectos y de esperanza, y no una agenda de resignada e improvisada respuesta a lo ya inevitable.

A partir del otoño de 1941, Dossetti participó en las reuniones que se celebraron en Milán, en la casa del profesor de Filosofía de la Religión de la Universidad Católica, Umberto Padovani, en Vía Ariberto, conjuntamente con Amintore Fanfani, Giuseppe Lazzati, Carlo Colombo y Sofía Vanni Rovighi, unas reuniones que habrían de contar con la presencia no constante de Giorgio La Pira, Antonio Amorth y Gustavo Bontadini. Las reuniones se prolongaron hasta la primavera de 1943. Amintore Fanfani habría de atribuir la iniciativa de la efectiva celebración de las reuniones semanales a Dossetti, y además, con un planteamiento muy nítido: “qué cosa debe hacer un católico para que renazca la democracia”. Dossetti, sin embargo, no participó en las reuniones que se celebraron casi paralelamente en la Casa Falk, entre el grupo de Piero Malvestiti y Alcide de Gasperi, para la construcción de la naciente Democracia Cristiana.

Cuando al final del verano de 1943, Italia se convirtió en el *nemico alleatto* de los Aliados, y en respuesta los nazis ocuparon casi toda la Península, las reuniones de Casa Padovani hubieron de suspenderse. Lazzati fue capturado e internado en un campo de concentración, Amintore Fanfani escapó hacia la inmediatez del exilio suizo, y Dossetti se unió a los partisanos. De hecho, en 1943, el mismo año en el que Georges Bidault se convertía en el responsable de la Resistencia en Francia, Giuseppe Dossetti, bajo la denominación clandestina

de “Benigno”, era nombrado jefe de la Resistencia en Emilia-Romaña, con apenas treinta años. Paolo Emilio Taviani, por su parte, lideraba la Resistencia en Liguria, con una completa división nazi persiguiéndole. Así se comportaron los futuros líderes democristianos durante la II Guerra Mundial.

Durante dos años, Dossetti se convirtió en una de las cabezas más buscadas de Italia, como responsable de una de las organizaciones más activas dentro del complejo de las fuerzas partisanas, las mismas que, cuando concluyó la contienda, contaban con casi trescientos mil efectivos. Fue un testimonio de caridad, de cristiandad, en definitiva, de Iglesia en acción, de comunidad de fieles en Cristo. Dossetti, de hecho, no dejó de ser un partisano. Él mismo habría de relatar cómo, conversando con el cardenal belga Suenens, durante la celebración del Concilio Vaticano II, el prelado le interrumpió diciendo: “pero... ¿eres un partisano del Concilio!”.

Y, además, fue un testimonio de esperanza, de emancipación humana, de liberación. Dossetti empezó a imaginar una nueva Italia en la resistencia, como joven expuesto a la tortura y a la muerte, igual que Gilbert Dru en Francia, o los hermanos Scholl en Alemania. Dru y los Scholl murieron asesinados. Dossetti sobrevivió, y portó consigo el espíritu, el idealismo, y la capacidad soñadora de los jóvenes socialcristianos de la Guerra, los mismos que en medio de todos los padecimientos humanos, en medio de la extrema depauperación de una civilización atribulada y sobrepasada por el dolor, se abandonaron a la confianza en su Dios, a la certeza del Amor de Cristo, y a la voluntad inalterable de restablecer una democracia verdaderamente popular, fraterna y comprometida con la igualdad y la justicia.

En realidad, la Democracia Cristiana nacía en la Europa del final de la Guerra y en la primera posguerra, como una fuerza en la que confluían dos grandes tradiciones de la acción política en cuanto cristiana, y también dos temperamentos, dos formas de entender la experiencia cristiana. Pietro Scoppola y Leopoldo Elia, en larga conversación con Dossetti y Lazzatti, maduraron una interpretación de las dos grandes generaciones socialcristianas, las representadas por De Gasperi y el propio Dossetti, que habrían de fraguar la riqueza de planteamientos, la diversidad de sensibilidades, y la genuina grandeza del socialcristianismo que lideró la reconstrucción política y constitucional, moral y material de la Europa democrática. Ambas sensibilidades habrían de convertirse en el fundamento de dos grandes visiones de la naturaleza, la identidad y la estrategia del socialcristianismo como opción política y de gobierno:

*“Hombres como De Gasperi y Montini disfrutaban verdaderamente de una espiritualidad profunda y sincera, pero la suya era una ‘espiritualidad del con-*

*flicto': la relación entre fe y política no se establecía en términos conceptuales, definidos de una vez por todas, sino que era vista existencialmente, conflictualmente, era el fruto de un equilibrio continuamente revisado en la experiencia cotidiana. En la segunda generación, y en particular en vuestro grupo, de un lado el hecho de no haber conocido una experiencia política de gobierno, y del otro el propio carácter de vuestra formación, doctrinal y abstracta más que histórica, empujó a buscar una definición conceptual de aquella relación como premisa del actuar político... de la relación entre conciencia y compromiso político, si bien en el momento de la prueba, cuando el proyecto del que eráis parte se mostró como no realizable algunos se retiraron y sustancialmente rechazaron la política, otros, permaneciendo en política, se vieron fatalmente resignados a una concepción puramente pragmática de la propia política”.*

## 2. DE GASPERI Y DOSSETTI, O LAS DOS ALMAS DEL SOCIALCRISTIANISMO

En 1945, Dossetti se convirtió en vicesecretario general de la Democracia Cristiana. Con el secretario general De Gasperi, convertido en presidente del Consejo de Ministros, Dossetti era el líder fáctico del partido. Y, por lo tanto, le correspondía afrontar una tarea titánica: la creación de una formación política con vocación de gobierno, en un país grande, con el sistema de comunicaciones muy dañado y, sobre todo, sin una base partidaria previa al fascismo en buena parte del territorio nacional.

Dossetti decidió reconstruir el equipo de Casa Padovani, llevándose a Roma a Fanfani. Pero ni las legendarias vitalidad y eficacia del profesor de San Sepolcro, muy pronto visibles en las oficinas romanas del partido, eran suficiente para levantar unas estructuras que pudieran competir con socialistas y comunistas. Ni siquiera el respaldo nítido de muchos sacerdotes y prelados en toda Italia, un respaldo que únicamente podía adoptar otra forma que la opción personal, conseguiría facilitar esas estructuras. De acuerdo con sus propias ideas políticas, Dossetti quería disponer de un instrumento de actuación laico, y preservar a la Iglesia de un debate exclusivamente civil.

Acción Católica, cuya militancia se aproximaría, a finales de esa misma década, a unos dos millones de militantes, habría de aportar esa estructura. Quizás no con la misma intensidad que en los primeros meses de 1948, cuando todos los cristianos italianos se movilizaron para unas elecciones tan decisivas como las del 18 de abril. Pero sí de una forma determinante para la histórica victoria del 2 de junio de 1946, una victoria que posibilitó la configuración de una Cá-

para de los Diputados en donde la DC se erigía como la primera fuerza parlamentaria, mayoritaria también en un gobierno que, bajo la presidencia de Alcide de Gasperi, seguía estando integrado por todas las grandes fuerzas partidarias de la coalición antifascista.

Giuseppe Dossetti pudo comprobar que, buena parte de la militancia de AC, se situaba dentro de un espectro ideológico más convencionalmente “conservador” que los antiguos partisanos democristianos del valle del Po. Y, con ellos, su líder, Luigi Gedda. La relación personal entre ambos era excelente, antigua, nutrida por la mística de la resistencia al fascismo, y muy grata, y la autenticidad de sus convicciones cristianas compartidas sentaba los pilares de una amistad inmune a los acontecimientos. Pero las divergencias estratégicas entre ellos eran muy notables. Por eso, cuanto más se analiza la grandeza de los grandes líderes cristianos de la Italia de posguerra, más grande aún se torna la personalidad de un Alcide de Gasperi, que habría de hacer del “centrismo” o, más bien, de la centralidad, un casi inverosímil punto de encuentro para sensibilidades diversas, dentro de la misma vocación de testimonio público de los valores del humanismo cristiano. La centralidad en De Gasperi significaba consolidar el modelo de pluralidad de actores, políticos, asociativos y sindicales, de manera que ninguno asumiera una pretensión hegemónica, y todos expresaran la diversidad inherente al mundo católico y, por extensión, templaran su mutua presencia en el escenario público.

Dossetti, sin embargo, quería ante todo un partido, una fuerza política en donde habrían de converger las energías de esa pluralidad de fuerzas. Una fuerza política absolutamente autónoma, capaz de sobreponerse a toda forma de directriz externa, religiosa o no religiosa. Una fuerza capaz de actuar de forma concreta, de formar parte de la vida del país, de convertirse en una suerte de congregación de laicos cristianos, de contraparte de los religiosos. Una fuerza para estar en el mundo, y transformarlo. Sus críticos, dentro de la DC, sostenían que Dossetti había quedado cautivado, durante la guerra, por los esquemas partidarios de socialistas y comunistas. Dossetti, sin embargo, consideraba la militancia política, y en concreto la actuación partidaria, como una forma concreta de ser cristiano en el mundo, y de aportar un testimonio de compromiso y de servicio.

Dossetti sabía que en la Asamblea Constituyente podría hacer escuchar su voz, unida a la de sus queridos amigos y colegas universitarios de Casa Padovani. La larga jornada electoral del 2 de junio de 1946 deparó dos resultados históricos: en primer lugar, los italianos eligieron República en vez de Monarquía, y Dossetti fue la más militante presencia republicana dentro de las filas

socialcristianas; en segundo lugar, la DC se impuso claramente, con más de un 35% de los votos y 207 diputados. Era la primera vez que sucedía en la historia de Italia, y la tendencia habría de mantenerse hasta 1992, completando la serie sucesiva de victorias electorales más prolongada de la historia democrática: doce, a lo largo de 46 años. 104 de esos diputados provenían de la Acción Católica. Socialistas, con 117, y comunistas, con 104, obtenían la mitad de respaldo electoral, aunque en conjunto superaban a la DC.

El debate de una nueva Constitución para una nueva Italia, liberada de todos los fantasmas del pasado, ofrecía a los jóvenes profesores de Casa Padovani, todos ellos integrados en la Comisión Constitucional o “de los 75”, una inmejorable oportunidad para fundar. Como los primeros cristianos. Instalados todos en la misma casa de la Vía della Chiesa Nuova, en pleno centro de Roma, y muy cerca del Palacio Madama, los *professorini* se convirtieron en una presencia característica en el paisaje político y, dos tercios de siglo después, en el ámbito sentimental de la naciente Italia democrática.

Jóvenes, pues tan sólo La Pira alcanzaba los 43 años y Fanfani los 40, con Dossetti y Lazzati emplazados en los 33 años. Brillantes universitarios, sesudos parlamentarios, oradores convincentes (excepto Lazzati, un hombre extremadamente tímido). Ardientes y serenos defensores de un Estado cristiano, en donde los recursos se compartían, y los pobres y marginados eran la sola y permanente prioridad. Austeros y limpios, vestidos con rigor. Joviales y serios, caminando por Roma cogidos del brazo, siempre severos, pero siempre llenos de vida y de confianza. Ninguno de ellos pertenecía a familias con recursos. Ninguno de ellos procedía de alguno de los grandes centros de decisión política del país.

Habían aparecido los hijos del pueblo. Los políticos que habían arriesgado vida e integridad física en defensa de la civilización de los derechos y las libertades, del amor, del perdón, y de la reconciliación. Habían aparecido los cristianos militantes contra el fascismo y el nazismo, y muy prontamente contra el stalinismo. Los jóvenes hijos de sus propios méritos y de sus propias capacidades. Estos cristianos, además, eran juristas, y como juristas creían firmemente en la capacidad racionalizadora del Derecho. Sin embargo, desde el principio de los debates, el propio Giuseppe Dossetti recordó que la nueva Constitución, si quería verdaderamente pervivir, no podría ser un mero conjunto de reglas y de normas, sino una auténtica propuesta ética. Otro de los jóvenes diputados que habrían de revelarse en la Comisión de los 75, Aldo Moro, de apenas 30 años, y también jurista, sostenía que una Constitución debía proponer un ideal de ser humano concreto.



El proyecto constitucional de 1947 daba forma a la segunda de las grandes Constituciones europeas de posguerra, tras la Constitución fundacional de la IV República francesa, de 1946. Pero el texto italiano, decisivamente inspirado por los juristas cristiano-demócratas, aportaba un Estado de Derecho cuyo artículo 1 afirma que la república italiana tiene por fundamento “el trabajo y la participación efectiva de todos los trabajadores en la organización política, económica y social del país”. En el artículo 4 (en el texto definitivo el 11) Italia “renuncia a la guerra como instrumento de conquista y de ofensa a la libertad de los otros pueblos y consiente, a condición de reciprocidad e igualdad, en la limitación de soberanía necesaria a favor de una organización internacional que asegure la paz y la justicia entre los pueblos”. En el artículo 6 (después, el 2) se establece la efectiva tutela judicial de la dignidad de la persona humana, contemplando sus dimensiones versátiles y sus derechos, pero también su deber de responder a sus obligaciones políticas: “los principios inviolables y sagrados de autonomía y dignidad de la persona y de humanidad y justicia entre los hombres; la República italiana garantiza los derechos esenciales a los individuos y a las formaciones sociales donde se desenvuelve su personalidad y reclama el cumplimiento de los deberes de solidaridad política, económica y social”.

Dossetti habría de negociar, personalmente, con el líder comunista, Palmiro Togliatti, la redacción del célebre artículo 7 del texto, que establecía la inclusión del Pacto de Letrán en el propio sistema constitucional, y recibiría del propio Togliatti, en la sede de Botteghe Oscure, un folio con la redacción final, y la fórmula “igualmente independientes y soberanas”. Días después, Togliatti habría de hablarle a De Gasperi del joven Dossetti, y confesarle: “si no tuviera la fe que tiene, sería un comunista óptimo”.

La simpatía comunista no garantizaba precisamente la simpatía de la Santa Sede. Pero Dossetti contaba un magnífico aliado en el sustituto, monseñor Montini, el antiguo capellán de la FUCI. El futuro Pablo VI designó a monseñor Dell’Acqua como su interlocutor. Dell’Acqua aceptó la redacción con entusiasmo, pero siempre a reserva de la obligada consulta con el cardenal Tardini, secretario de Estado. La designación de un monseñor, con acceso directo al propio Papa Pío XII, sin embargo, era una decisión sabia de Montini. La delimitación de un sistema constitucional, en donde pudiera existir un ordenamiento eclesiástico autónomo, una suerte de aplicación jurídica de la teoría de las “dos sociedades”, tan cara a la filosofía de Maritain, y tan presente en el pensamiento de los jóvenes profesores democristianos, habría de revelarse como una espléndida fórmula.

Dossetti estuvo hasta el final preocupado por la legitimidad de un convenio que la Santa Sede había suscrito con la Italia precedente. Además, sostenía que las tres materias básicamente reguladas por el concordato lateranense, es decir, el matrimonio, la enseñanza religiosa, y las entidades eclesiásticas, merecían una nueva regulación. Sin embargo, Dossetti habría de defender la constitucionalidad del contenido íntegro de los Pactos de Letrán, a pesar de tener enfrente nada menos que a Piero Calamandrei. Y defenderla con éxito.

El texto constitucional incorporó las ideas de los *professorini*, en muchos casos autores materiales de algunos de sus más característicos enunciados. Es cierto que el resultado final no satisfacía del todo las inquietudes sociales de Dossetti. Pero no es menos cierto que su trabajo ingente, tanto en el ámbito técnico y jurídico, como en la negociación política, impulsaba decisivamente su proyección como líder y alternativa de futuro al primer ministro. De Gasperi tenía 65 años (de los de 1947) cuando se aprobó la Constitución de 1947; Dossetti, 34. Probablemente Dossetti se encontraba dolido con la mentalidad “centrista” del presidente del Consejo, con su ya visible atlantismo, con su alineamiento occidental, y consideraba que el gobierno no estaba realizando todo el esfuerzo posible e imposible en su combate contra la pobreza. Y, seguro, Dossetti era terriblemente injusto con De Gasperi.

Tanto, que Dossetti anunció su propósito firme de no presentarse como candidato a diputado en las decisivas elecciones del 18 de abril de 1948. Sólo los ruegos llenos de autoridad de Giovanni Battista Montini le convencieron de las consecuencias nefastas de su decisión. Dossetti no sólo reconsideró su decisión, sino que contribuyó decisivamente a una jornada histórica, en la que la DC alcanzó la mayoría absoluta y su techo electoral, con un 48.5% de los sufragios, frente al 31% del frente “garibaldino”, nutrido por socialistas y comunistas.

### 3. EL FIN DEL DOSSETTISMO POLÍTICO

Sin embargo, Dossetti no podía darse por satisfecho con el resultado. Ni siquiera la estrategia política del presidente De Gasperi, que abrió la acción de gobierno a la colaboración con los partidos laicos del centro-izquierda, podía contentar a un hombre cuya absoluta prioridad era el combate contra la pobreza, contra la indigencia, contra la miseria material y la depauperación espiritual. La fundación de la revista *Cronache sociali*, como una publicación independiente de la propia DC, o de cualquiera de sus corrientes, incluso de la propia corriente dossettista, *Civitas Humana*, en donde esa independencia se traducía

en un examen muchas veces despiadado de la propia acción del gobierno, en nombre del histórico proyecto emancipador del cristianismo, se constituyó en el cauce de expresión de Dossetti, cada vez más crítico, más incómodo con las grandes apuestas estratégicas de un De Gasperi enfrentado con la crudeza del estallido de la Guerra Fría. El propio líder socialista Pietro Nenni habría de recordar que De Gasperi, cuya exigencia, rigor y honestidad no tenían nada que envidiar a las mejores cualidades de Dossetti, se refirió en una ocasión a Dossetti, La Pira y Fanfani, con enorme sarcasmo, pero también con amarga tristeza, como “los santos”.

El estrechamiento de las relaciones con los Estados Unidos, que tampoco entusiasmaba al otro lado del Tíber, era una de las motivaciones más notorias del visible distanciamiento de Dossetti. Truman y De Gasperi protagonizaban las negociaciones, en gran medida secretas, con la asistencia del conde Sforza y el embajador Tarchiani, por parte italiana. Pero Aldo Moro era subsecretario de Exteriores, y los ya conocidos como *dossettiani* disfrutaban de numerosos elementos de juicio para expresar su desagrado.

Tras su gran éxito electoral, De Gasperi se complacía del pleno respaldo de Truman, también muy reforzado tras su sorprendente victoria en las elecciones presidenciales de noviembre de 1948. El nuevo secretario de Estado norteamericano, Dean Acheson, era un firme partidario de la inclusión de Italia y de una restablecida Alemania en un amplio pacto de los Estados democráticos del Hemisferio Norte, que superara la Unión Europea Occidental y los recelos que inspiraban la Gran Bretaña laborista de Attlee y, sobre todo, en términos de relaciones externas, Bevin, un hombre cuya relación con Acheson era como mínimo problemática. El acercamiento entre De Gasperi y Truman, a través de Acheson, habría de constituirse en el fundamento de una fecunda relación bilateral entre Estados Unidos e Italia, cuando no de una suerte de mutua fascinación que habría de presidir las relaciones entre ambos Estados, aliados y amigos dentro y fuera de la Alianza Atlántica, durante más de medio siglo.

Dossetti, ferviente neutralista o, cuando menos, partidario de una Italia no tan firmemente alineada con los Estados Unidos, empezaba a encontrarse fuera de la “gran historia” que lideraba De Gasperi. La íntima diferencia de óptica, aunque nunca rivalidad, y mucho menos enemistad entre ambos, se constituiría en el sustento de buena parte de la política italiana durante el resto del siglo. E inauguraría una de las mejores expresiones de la Democracia Cristiana, como opción partidaria, cuya fortaleza se alimentaba de la fraternidad en el pluralismo, de la solidaridad en la discrepancia. Frescura, renovación del mensaje y de las propuestas, identidad, sentido militante, formación constante; el debate

interno como la mejor escuela de los más brillantes pedagogos políticos y, también, los más cáusticos parlamentarios y polemistas... Todo comenzó con la experiencia del debate De Gasperi-Dossetti.

Una experiencia en donde las diferencias políticas y estratégicas se planteaban con apertura y libertad, nítidamente. Cuando el 11 de marzo 1949, De Gasperi planteó en primer lugar al grupo parlamentario de su partido, y después a la Cámara, la integración de Italia en la naciente Alianza Atlántica, como Estado fundador, Dossetti hizo pública su oposición. Sometida la propuesta a votación en el seno del grupo *biancofiore* en Montecitorio, se produjeron 14 ausencias, 282 votos favorables, 6 abstenciones (Ambrico, De Cocci, Cappugi, Tambroni, Guerrieri y Rapelli) y 3 votos en contra, emitidos por Del Bo, Gui, y Dossetti. Pero, una vez adoptada la decisión por el grupo parlamentario, todos sus integrantes, incluido Dossetti, asumieron y respaldaron la opción de la mayoría, con dos solitarias excepciones: Del Bo no participó en la votación y Rapelli se abstuvo.

El debate interno no terminó aquí: apenas tres meses después, en junio de 1949, la DC celebró su célebre Congreso de Venecia, y Dossetti se enfrentó abiertamente con De Gasperi por el liderazgo del partido. Fue derrotado, pero sus propuestas obtuvieron el respaldo de un 40% de los delegados, frente a una figura ya dotada de una dimensión justamente mítica. El apretón de manos final entre ambos, con Fanfani como sonriente testigo, un apretón sin reservas, franco, sincero, testimonio de un mutuo e inmutable respeto, no ocultaba la profundidad de una fractura que, según algunos analistas, habría de acompañar a la DC hasta sus últimas jornadas, durante casi cincuenta años.

Porque, de acuerdo con la perspectiva de los partidarios de Dossetti, la DC acababa de pasar página a la posibilidad de llevar adelante la construcción de una democracia socialcristiana, superadora de un modelo de Estado liberal que, en todo caso, nacía en Italia más vocacionalmente social y más dotado de afán de justicia que nunca, tal y como se recogía en la Constitución naciente, probablemente uno de los textos constitucionales democráticos más comprometidos con los ideales de igualdad y de equidad de toda la historia. Pero, para Dossetti, la DC italiana era ya un partido “del sistema”, un partido “burgués”, una maquinaria electoral de éxito, y no una auténtica milicia cristiana, transformadora, conmocionadora del corazón de los hombres, tal y como la había soñado el joven profesor, partisano sin armas, padre constituyente, y futuro padre de almas.

Dossetti nunca desempeñó responsabilidades de gobierno, más allá de las funciones partidarias y, desde luego, las parlamentarias, y su concepto del ejercicio de las tareas ejecutivas tampoco puede juzgarse honestamente a través del itinerario de sus amigos de Casa Padovani y de la *Comunità del Porcellino*,

Fanfani y La Pira. De hecho, la leyenda de Giuseppe Dossetti se agiganta, gracias a la brevedad de su trayectoria pública, que abandonó con apenas 45 años, y en la que nunca envejeció. Pensar en Dossetti es pensar en las gafas amplias y gruesas, la sonrisa beatífica, la indumentaria seria, austera y pulcra, el pelo ralo y poco cuidado, el desdén por los bienes materiales. Pensar en Dossetti es pensar en el intelectual cristiano, de aspecto ausente y, sin embargo, plenamente involucrado en los problemas. Grave, severo y resuelto al mismo tiempo. En el verbo racional y espiritual. En la profundidad en el análisis y en las conclusiones. En el sentido de la responsabilidad ante la historia, cuando la convicción es que el Señor de la historia es Jesucristo.

A finales de 1951, cuando se aproximaban nuevas elecciones legislativas, fijadas para la primavera de 1953, Giuseppe Dossetti anunció que abandonaba la política activa, para consagrar su vida al servicio de Jesús y de su Iglesia. En realidad, la vocación religiosa, una vocación tan fuerte como la política, si es que no se trataba, en Dossetti, de dos vertientes de la misma, venía ya reclamándole para un ministerio más importante que cuantos le había ofrecido De Gasperi. En 1952 Dossetti ingresaba en la comunidad de Santa María *la Annunziata*. Al final de la década se convertía en sacerdote de la misma congregación. Y allí habría de permanecer durante cuatro décadas, hasta el final de su vida. Una vida distribuida entre la Universidad, la política y el sacerdocio, una vida de tránsito por todas las dedicaciones vocacionales, por todas las actividades consagradas al servicio.

Si se mira retrospectivamente, la marcha de Dossetti emplazaba el destino del presidente del Consejo. E, igualmente, el itinerario político de la DC, a partir de la dimisión de Alcide de Gasperi, en 1953, y hasta las elecciones de 1968, que marcaron el final del “gobierno largo” de Aldo Moro, siguió casi invariablemente la orientación “centro-izquierdista” que distinguiría, convencionalmente, el posicionamiento de Dossetti. De hecho, si se considera que a partir de 1968 se inició también un diálogo entre DC y PCI que, con sus avances y retrocesos, marcaría la historia de Italia durante una década entera, se puede afirmar que el cuarto de siglo que transcurrió entre la dimisión de De Gasperi, en 1953, y el secuestro y asesinato de Aldo Moro, en 1978, es un cuarto de siglo que pertenece al legado histórico de Alcide de Gasperi y al legado político de Giuseppe Dossetti.

Hablar del final del dossettismo político, dentro de estas coordenadas, puede interpretarse como una afirmación demasiado categórica. Pero cierto es que Dossetti se encontraba vivo, muy activo, y desplegando una infatigable actividad en un ámbito que, en su concepción del compromiso cristiano, se encontraba dentro de la misma lógica de donación, de gratuidad y de generosidad que el accionar político: la reflexión teológica. Y la reflexión, una vez más, para la acción.

## 4. LA IRRUPCIÓN DEL DOSSETTISMO TEOLÓGICO: EL CONCILIO VATICANO II

El profesor genovés nunca abandonó la política. Durante algunos años contempló los avatares de su partido y de su país, desde la distancia y desde la proximidad, al mismo tiempo. Compareció por última vez en el escenario electoral en 1956, como candidato democristiano a la alcaldía de Bolonia, duplicando el voto *scudocrociato* en la gran metrópoli de la izquierda italiana y europea. Fue un regreso fugaz que no mutó una decisión adoptada en plena juventud. Pero también un regreso que mostraba el interés con el que Dossetti seguía la política italiana. Como sucede con todas las dedicaciones vocacionales, la política comprometió toda una existencia. Quien es político lo es siempre, con y sin responsabilidades, con y sin mandato representativo. El militante muere siéndolo.

Durante dos años, Dossetti se convirtió en el portavoz de la oposición en el Ayuntamiento de Bolonia, en el histórico Palacio Acurso, siempre tan evocador para el historiador del Derecho. Pero en 1958 dimitió: la inminencia de su ordenación como sacerdote le aguardaba, y en sacerdote se convirtió en 1959.

Algunas ocasiones, como el fallecimiento de Bianca Rosa Prevasole, esposa de Amintore Fanfani, contemplaron la reaparición del sacerdote Dossetti, y con él de un período imborrable de la historia de Italia y de la historia democrática: la que comenzó a escribirse cuando un grupo de profesores de la Universidad Católica del Sagrado Corazón de Milán comenzaron a pensar en cómo reconstruir la democracia, en plena hegemonía nazi-fascista. Allí estaban de nuevo los amigos de Casa Padovani, Lazzati, Fanfani, La Pira... escuchando al sacerdote Dossetti. Fallecidos Sturzo, Gemelli y De Gasperi, todos los fundadores del nuevo concepto “popular”, de dedicación pública en cuanto seguimiento de Jesucristo, se reunían en torno al todavía joven cura, antiguo partisano desarmado, el honesto, el irreductible, el educado y afable, el siempre difícil Dossetti.

Como sacerdote, habría de guardar una estricta fidelidad a la Iglesia, reconociendo plenamente la custodia pontificia del legado de Jesús. El comportamiento y el posicionamiento público del padre Dossetti no desmerecieron nunca el comportamiento y el posicionamiento que se esperan en un sacerdote de Jesucristo. Su aportación teológica se centró en el contenido del magisterio pontificio para el actuar de los cristianos en el mundo. Y, para evitar cualquier género de controversia en este terreno, Dossetti sostuvo la necesidad de dotar a la Iglesia, a la comunidad de fieles cristianos, partiendo de su “núcleo cristológico”, de una tarea temporal concreta, de una clara intelección del sentido y del significado

del itinerario peregrino de la comunidad de fieles en Cristo: “el enfrentamiento con la historia para dar una conciencia histórica a la Iglesia”.

- ¿Eso significa que Dossetti se convirtió en una de las primeras figuras que preconizaron la necesidad de un nuevo Concilio y, por lo tanto, en uno de los precursores del Vaticano II? Desde luego, hasta sus más cualificados críticos, y precisamente sus más conspicuos adversarios, reconocen que, cuando el Concilio fue convocado, probablemente era uno de los teólogos italianos mejor preparado para influir en los trabajos conciliares. Y, sobre todo, el más dispuesto a hacerlo, sabiéndose muy especialmente avezado en las batallas procedimentales, gracias a su sólida formación jurídica, a su paso por la dirección democristiana, y a sus trabajos en la Asamblea constituyente, como integrante de la Comisión de los 75.

De hecho, parece incontrovertible que Dossetti influyó muy directamente en la disposición emitida por Pablo VI, el 13 de septiembre de 1963, para que los trabajos de la Asamblea conciliar fueran dirigidos, por turno, por cuatro cardenales “moderadores”: Leo Jozef Suenens, Julius August Döpfner, Gregorio Pedro XV Agagianian, y Giacomo Lercaro, arzobispo de Bolonia desde 1952, cardenal desde 1953, “papable” en el Cónclave que eligió al cardenal Montini, y amigo fraterno del propio Dossetti. Lercaro era ya el cardenal que había creado y difundido una expresión, “Iglesia de los pobres”, desde entonces siempre presente en la vida del catolicismo. Y Lercaro había intervenido decisivamente (con la plena simpatía del papa Pío XII) para que en 1956 Dossetti presentara su candidatura a la alcaldía de Bolonia y protagonizara una campaña desbordante, todavía hoy recordada en la ciudad *arrogante e papale* de Francesco Guccini.

Giuseppe Dossetti se convirtió en el secretario común de los cuatro cardenales, introduciendo una figura dotada de unas competencias de hecho no previstas por el propio papa Montini, al nombrar a los “moderadores” conciliares. Pero, en cuanto Dossetti detectó la incomodidad del papa al respecto, no vaciló en presentar su dimisión. Y, a partir de esa circunstancia, su trabajo se mostró singularmente activo en la lucha a favor de la Iglesia de los pobres. La inclinación de Dossetti por la colegialidad no entró nunca en contradicción con su lealtad al principio de la primacía papal.

Pero tampoco cejó en la profundidad de su apuesta por la paz mundial. Dossetti fue el autor material de la célebre homilía de la Misa de Año Nuevo, del cardenal Lercaro, el 1 de enero de 1968, cuando el arzobispo de Bolonia pidió

el fin de los bombardeos estadounidenses en Vietnam y los condenó sin reservas, considerándolos contrarios a la Ley de Dios. Una homilía que no motivó, por cierto, como se ha dicho, la renuncia de Lercaro, quien se encontraba dimisionario ya y camino de los 77 años. Una homilía que constituye una de las mejores expresiones históricas del pensamiento cristiano acerca de la paz humana integral, y sobre la naturaleza abominable de la guerra.

Finalmente, Dossetti reivindicó la necesidad de reiniciar la tarea de formación de la dirigencia católica, pero de reiniciarla de acuerdo con una vasta tarea de reflexión para la construcción de un cuerpo de pensamiento y de doctrina que, todavía en los años finales del siglo XX, continuaba dibujándose como una de las más elementales dificultades operativas ordinarias del accionar democristiano. Dossetti quería un pensamiento para la acción, un examen de la realidad sólido y omnicomprendido, ideas y propuestas. Quería interrogantes y respuestas profundamente incardinadas en la realidad, implantando el modelo de reflexión desde el análisis académico y universitario en el mundo, y especialmente en los espacios más populares de ese mundo. Dossetti quería, en definitiva, organización y formación, vocación de liderazgo en el compromiso y en la voluntad de servicio.

#### EN CONCLUSIÓN: LAS LECCIONES DE DOSSETTI Y DEL DOSSETTISMO

En la primavera de 1994, el ya anciano padre Dossetti reapareció en la vida pública italiana. La victoria de Berlusconi en las elecciones legislativas, en alianza con la *Lega Nord*, decidida partidaria de la desvertebración de Italia, constituía una auténtica amenaza a la legalidad republicana para el que era ya uno de los últimos supervivientes entre los fundadores del régimen constitucional.

Pero la reaparición del octogenario sacerdote adoptaba un contenido eminentemente político, y estaba destinada a generar una enorme controversia. Dossetti seguía siendo una figura venerable de la política italiana, pero llevaba más de un tercio de siglo alejado de la vida pública. Y, además, era un sacerdote. Achille Ardigò, quien fuera partisano católico y uno de sus más próximos colaboradores en *Cronache sociali*, decía que, en Dossetti, “el monje estaba presente en el político, y el político en el monje”.

La reaparición de Dossetti, el rápido deterioro del primer gobierno Berlusconi, y la celebración de nuevas elecciones legislativas, el 21 de abril de 1996, elecciones que se resolvieron en la victoria de la coalición de centro-izquierda El Olivo, liderada por Romano Prodi, un antiguo dirigente de la Democracia



Cristiana procedente de sus ámbitos más afines a las ideas de Dossetti, convirtió al veterano hombre de Estado en una figura pública hasta su fallecimiento, el 15 de diciembre de 1996.

Y con la muerte de Dossetti reapareció el mito. En una Italia y en una Europa desprovistas de la sutileza y de los matices imprescindibles para afrontar con honestidad la existencia humana y el accionar político, las elegías a la memoria de Giuseppe Dossetti le convirtieron en uno de los grandes precursores históricos del cambio, en la alternativa “progresista” al “centrismo” de Alcide de Gasperi, en el fundador del *centrosinistra* y en el líder del proyecto transformador socialcristiano que sucumbió a manos de la Guerra Fría y del pragmatismo democristiano.

Frente al examen histórico esquemático, frente a la construcción del mito del Dossetti profético, resulta muy interesante la valoración histórica de quienes le quisieron y le admiraron profundamente, y con ese amor incondicional examinaron su figura histórica con honestidad y sin prejuicios. El cardenal Biffi, arzobispo de Bolonia entre 1984-2003, recuerda la lealtad incondicional de Dossetti a la Iglesia, presente en detalles como, con motivo de la celebración del centenario del nacimiento del cardenal Lercaro, en 1991, recibir del propio Dossetti su intervención en el acto conmemorativo, para que modificara, suprimiera o añadiera lo que considerara oportuno. Pero recuerda que el propio Dossetti, a quien no vacila en calificar como un “hombre de Dios”, se consideraba un “autodidacta” como teólogo, y nunca fue capaz de renunciar, en el ámbito teológico, a su profunda identidad política.

E igualmente interesante es la visión de Pietro Scoppola, eterno exponente del ala más centrozquierdista de la DC, contrario a la posición del partido y de la propia Iglesia en el referéndum sobre el divorcio de 1974, fundador del PD, al que concebía como un “partido ligero”, como una estructura para la convergencia estratégica del bloque constitucional y reformista, pero no como un mecanismo supresor de identidades. Desde esa óptica política y estratégica, sin embargo, Pietro Scoppola no creía en el Estado que propugnaba Dossetti, tutela, garante y sostén del bien común y creador de la sociedad civil. Compartía y consideraba completamente vigentes las grandes opciones impulsadas por De Gasperi, desde el atlantismo al modelo de partido cristiano abierto a los no cristianos. Y, frente a la modernidad de Alcide de Gasperi, el historiador romano entendía que Giuseppe Dossetti representaba un testimonio personal venerable que, en cambio, lamentablemente, no había acertado a construir una propuesta política viable en el seno de una sociedad y una cultura pluralistas.

Finalmente ¿cabría observar la génesis del PD como la traducción partidaria del dossettismo, entendido como vector de convergencia del socialcristianismo y del socialismo democrático? No parece que la “razón fría” que presidió la conformación del PD recuerde la pasión y la autenticidad de Dossetti. Renunciar a los sentimientos, emociones, mitos y sueños que necesariamente deben acompañar a la mística vertebradora de las grandes tradiciones políticas de la democracia solo beneficia a los enemigos del Estado de Derecho. Y Dossetti creía firmemente en partidos políticos dotados de esa mística, de esa identidad, de esa pulsión de adhesión en libertad. De esa conciencia militante.

Pero el tiempo también le ha dado la razón a Dossetti y a sus amigos de la Vía della Chiesa Nuova. El Estado de Derecho no puede resignarse a reproducir el mismo modelo mercadológica del siglo XIX. La refundación democrática de nada servirá si se circunscribe al plano meramente técnico e institucional, y no se presenta una auténtica alternativa de civilización, especialmente exigente en el ámbito del estilo, de las actitudes, de la manera de ser y de vivir. Así es como el socialcristianismo puede y debe aspirar a una posición central y de liderazgo en el seno de una sociedad plural.

Pero eso no se compadece con la adopción de estrategias “espaciales”, una pretensión que nunca persiguió el propio Dossetti. El dossettismo no representa la fundación del mítico *centrosinistra* cristianodemócrata: De Gasperi batió a Togliatti y a Nenni en 1948 porque Dossetti le brindó una maquinaria partidaria perfectamente organizada y plenamente consciente de que el comunismo stalinista era tan totalitario como el nazismo. Dossetti no miraba a derecha e izquierda. Miraba hacia la injusticia, hacia la pobreza, hacia la desigualdad, hacia la ignorancia, hacia la ausencia de oportunidades... Y entendía que, como cristiano, resultaba un escándalo intolerable.

Finalmente, cabe recordar qué propugnó Dossetti, y qué no propugnó en absoluto. Dossetti no impulsó la creación de un partido unitario o de una federación de partidos que pretendieran representar a la totalidad de las fuerzas reformistas de la Italia constitucional. Dossetti fue un militante socialcristiano que dedicó su energía y su inteligencia, descomunales ambas, a la creación de una gran fuerza partidaria y de gobierno, profundamente popular, dotada de ideario, identidad, discurso, propuestas y cultura propia, en el seno de una sociedad extraordinariamente diversa. Y, con plena confianza en la potencia transformadora del diálogo, no aspiró a una disolución de identidades dentro de un magma vagamente progresista. Una disolución que destruye, y no suma. Una disolución que aniquila.

Dossetti creía en una vida democrática rica en experiencias, en posibilidades de elección y de oportunidades para cada ciudadano. El “horizonte de la complejidad” que, según Ernesto Paolozzi, define a la sociedad contemporánea, es un desafío para toda formación política. Pero la mejor forma de abordarlo no es, precisamente, convertir la complejidad en la identidad de un partido. La complejidad es la resultante de las identidades que suman. Pretender otorgar estatuto partidario institucional a la complejidad anula las identidades y, por lo tanto, anula la suma.

La experiencia del PD no es en absoluto extrapolable a ninguna gran nación democrática. Pero sí es muy útil para todos los demócratas que, en Europa, y en todo el mundo, entendemos que la nueva amenaza al Estado de Derecho se denomina “populismo”. Y en todas sus expresiones. Una amenaza sin duda menos mortífera que el totalitarismo y el autoritarismo. Pero una amenaza cierta, que destruye la democracia a través de su banalización, su desprestigio, y su corrupción.

Romano Prodi, que dedicó uno de los capítulos de su libro *La mia visione del fatti* a “el gobierno de la prosperidad”, y con Prodi el dossettismo posterior a Dossetti, incurrieron en un análisis de la historia y de la realidad de Italia y de Europa que, además de revelarse erróneo, obedecía a una concepción materialista de la condición humana, que entraba en abierta contradicción con las más profundas creencias y convicciones de Dossetti: interpretar la igualdad, y la justicia social, y la fraternidad, como un esquema de distribución de la abundancia, puramente anclado en reglas mensurables, y no como un imperativo humanista integral, como una condición básica del accionar político, y no digamos del accionar político en cuanto cristiano, y como una regla de existencia de toda forma de poder público.

Porque no tiene ningún mérito el “gobierno de la prosperidad”. Lo meritorio, lo político, y lo cristiano, es establecer reglas en la prosperidad y en la crisis, en el crecimiento y en la recesión, en la abundancia y en la escasez. Reglas que deben servir a la portentosa capacidad transformadora y emancipadora de la gratuidad, la donación, la generosidad y la fraternidad en medio de la penuria. Igualdad, justicia social y fraternidad son principios inmutables. No consecuencias despótico-ilustradas del superávit presupuestario.

Un joven De Gasperi le escribía a su futura esposa Francesca, proponiéndole matrimonio, asegurándole que era pobre y que serían pobres. Y un poder pobre, un poder consciente, responsable y en acción, pero austero y ejemplar hasta sus últimas consecuencias, fue el poder que encarnaron los fundadores de la opción política socialcristiana. Dossetti renunció incluso al poder, pero nunca

a la pobreza. Querer el poder, y quererlo para la austeridad y para la sencillez. Quererlo para cambiar la vida. Quererlo para saber que el final de la utopía es aquí y ahora. Ése es el verdadero legado de los primeros cien años en la vida de Giuseppe Dossetti.



## BIBLIOGRAFÍA

- BACCETTI, C.: *I postdemocristiani*. Bologna. 2007.
- BOSELLI, G.; MORANDI, M. (A cura di): *I Cattolici democratici e il nuovo partito. Da Chianciano al Manifesto del PD*. Reggio Emilia. 2007.
- BRUNETTA, G. P.: *Il cinema neorealista italiano. Storia economica, politica e culturale*. Roma-Bari. 2009.
- CRAINZ, G.: *Il paese mancato. Dal miracolo economico agli anni ottanta*. Roma. 2005.
- DE GASPERI, A. de: *L'Europa. Scritti e discorsi*. A cura di Maria Romana De Gasperi. Brescia. 2004.
- Cara Francesca. Lettere*. A cura di Maria Romana De Gasperi. Brescia. 2003.
- DOSSETTI, G.: *Conversazioni*. Milano. 1994.
- Il Vaticano II. Frammenti di una riflessione*. Bologna. 1996.
- ELIA, P.; SCOPPOLA, P.: *A colloquio con Dossetti e Lazzati*. Bologna. 2003.
- FOLLINI, M.: *La DC*. Bologna. 2000.
- GALAVOTTI, E.: *Il giovane Dossetti. Gli anni della formazione 1913-1939*. Bologna. 2006.
- GALLI, G.: *Storia della Dc. 1943-1993: mezzo secolo di Democrazia cristiana*. Milano. 2007.
- GALLONI, G.: *Dossetti profeta del nostro tempo*. Roma. 2009.
- GHIRELLI, A.: *Democristiani. Storia di una classe politica degli anni Trenta alla Seconda Repubblica*. Milano. 2004.
- GIOVAGNOLI, A.: *La cultura democristiana. Fra Chiesa Cattolica e identità italiana 1918-1948*. Bari. 1991.
- LA PIRA, G.: *Para una arquitectura cristiana del Estado*. Buenos Aires. 1956.
- Examen de conciencia frente a la Constituyente*. Buenos Aires. 1957.

- LA RUSA, V.: *Amintore Fanfani*. Catanzaro. 2006.
- LOREFICE, C.: *Dossetti e Lercaro. La Chiesa povera e dei poveri nella prospettiva del Concilio Vaticano II*. Milano. 2011.
- MALGERI, F.: *L'Italia democristiana. Uomini e idee del cattolicesimo democratico nell'Italia repubblicana (1943-1993)* Roma. 2005.
- MELLONI, A. (A cura di): *Giuseppe Dossetti: la fede e la storia. Studi nel decennale della morte*. Bologna. 2007.
- MORO, A.: *La democrazia incompiuta. Attori e questioni della politica italiana 1943-1978*. A cura di Andrea Ambrogetti. Introduzione di Giovanni Moro. Roma. 1999.
- NOVELLI, E.: *Le elezioni del quarantotto. Storia, strategie e immagini della prima campagna elettorale italiana*. Roma. 2008.
- PAOLOZZI, E.: *Il partito democratico e l'orizzonte della complessità*. Napoli. 2007.
- PARISELLA, A.: *Cultura cattolica e Resistenza nell'Italia repubblicana*. Roma. 2005.
- PRODI, R.: *La mia visione dei fatti. Cinque anni di governo in Europa*. Bologna. 2008.
- RADI, L.: *La DC da De Gasperi a Fanfani*. Catanzaro. 2005.
- SAN MIGUEL PÉREZ, E.: *La Democracia Cristiana y la Democracia de los Cristianos*. Madrid. 2010.
- SCOPPOLA, P.: *La proposta politica di De Gasperi*. Bologna. 1988.
- La repubblica dei partiti. Evoluzione e crisi di un sistema politico 1945-1996*. Bologna. 1997.
- TROTTA, G.: *Giuseppe Dossetti. La rivoluzione nello Stato*. Reggio Emilia. 2006.
- VENTRONE, A.: *La cittadinanza repubblicana. Come cattolici e comunisti hanno costruito la democrazia italiana (1943-1948)* Bologna. 2008.





